

LA MALDICIÓN DEL VERDUGO



NESA COSTAS



«Cinco condiciones mueren, cinco familias son la causa. Si tan horrible, violenta y aterradora consideráis nuestra existencia que así sea. Generación tras generación, el mundo que os desprecia tanto como lo despreciasteis será vuestro». A Reyes nunca le habían gustado los cambios, y estaban siendo demasiados. Su hermano se iría a la universidad, su grupo de amigos se distanciaría al empezar el bachillerato. Adrián, ese amor a todas luces imposible, no parecía capaz de verla como otra cosa que una cría. En resumen, el maravilloso mundo en el que llevaba quince años viviendo se resquebrajaba, y nadie parecía darse cuenta de que estaba a punto de acabarse. A Saúl nunca le habían gustado las responsabilidades, pero caían sobre él sin importar su criterio. Desde que la maldición entró en su vida, su día a día era un infierno. Compaginar el trabajo en la fábrica con sus tareas sobrenaturales lo envenenaban, igual que no poder quitarse de la cabeza a la pelirroja de aire sereno. Un imposible en mayúsculas tanto por las tramas normales, como por las peculiaridades mágicas. En resumen, el desastroso mundo en el que llevaba veintitrés años viviendo lo asfixiaba, y nadie parecía darse cuenta de que los peligros iban en aumento. «No se cuestionan las órdenes. No se duda del líder. No se juega con las normas».

Nesa Costas

La maldición del verdugo



Título original: *La maldición del verdugo*
Nesa Costas, 2019

Revisión: 1.0
03/11/2019

Para Noe, porque a estas alturas esta historia no es mía, es nuestra, y por evitar que exploten más mansiones de las estrictamente necesarias.

«—Cinco condiciones mueren, cinco familias son la causa. Generación tras generación, el mundo que os desprecia tanto como lo despreciasteis, será vuestro. Si tan horrible, violenta y aterradora consideras nuestra existencia que así sea. Que estas condiciones corran por vuestras venas y se perpetúe el linaje maldito. Solo yo tengo el poder de romper esta condena, y mi voluntad es que sea eterna».

La maldición del Verdugo.

LOS MALDITOS

FAMILIA NOVOA:

Silvia Novoa Alonso: Inmune. Madre de Daniel y Reyes.

Esteban Domínguez: Humano. Padre de Daniel y Reyes.

Daniel Domínguez Novoa: Estudiante de secundaria destinado a ser un licántropo.

Reyes Domínguez Novoa: Posible Verdugo.

Carmen Alonso: Madre de Silvia, abuela de Daniel y Reyes. Se convirtió en el Verdugo al poco de nacer Reyes.

José Novoa: Padre de Silvia, abuelo de Daniel y Reyes. Recorre el mundo en busca de un modo de detener al Verdugo.

Iñaqui Alonso: Licántropo. Tío de Silvia Novoa. Encargado de eliminar a su hermana Carmen al convertirse en el Verdugo.

Noemí Alonso: Inmune. Hija de Iñaqui. Su embarazo supondrá un problema en relación con el Verdugo.

GRANDES AMIGOS:

Adrián Ibarra: Mejor amigo de Daniel. Destinado a ser un licántropo.

Antonio Villar (Toni): Pandilla de Reyes. El volátil del grupo. Posible señalado como brujo.

Leo Estrada: Pandilla de Reyes. El bueno del grupo. Posible señalado como licántropo.

Sofía Molares: Pandilla de Reyes. La tímida del grupo.

Tamara Santomé (Tasmi): Pandilla de Reyes. La superficial del grupo. Posible señalada como vampira.

Isaac García: Pandilla de Reyes. El mediador del grupo.

Carlos Álvarez: Compañero de pupitre de Reyes.

Elena Soto: Compañera de clase de Reyes. De niña su tía intentó matarla.

Ana López: Actual novia de Daniel.

Mónica Soler: Demonio. Mejor amiga de Ana.

David Romero: Novio de Tamara Santomé.

Pedro Castro: Compañero de instituto de Reyes, amigo de David.

OTROS

Iñaqui Rueiro: El pescador. Brujo asentado que no vive en el pueblo. Suele ir de visita por su padre. Tiene visiones que afectan a la comunidad sobrenatural.

Saúl Villar: Encargado de los brujos locales. Arisco y desagradable por culpa de las responsabilidades que implican la maldición.

Pablo Villar: Padre de Saúl y Toni. Abandonó a su familia sin explicarles la maldición.

Nieves Lago: Madre de Saúl y Toni. Humana ajena a la maldición hasta la conversión de Saúl en brujo.

Isa Valle: Ex compañera de Daniel y Adrián. Regresa al pueblo para pasar su instrucción como bruja.

Antón Santomé: Vampiro. Hermano de Tamara. Encargado de los vampiros dominantes del pueblo.

Inés Sateria: Vampira. Prima de Antón y Tasmi. Vive en la ciudad. Pasa en el pueblo la instrucción, y por eso cuando le surge un problema recurre a Saúl Villar.

Lourdes García: Vampira. Madre de Isaac. Siempre en números rojos por culpa de las deudas contraídas por el padre de Isaac.

Noel Abrente: Líder de los licántropos y de la comunidad sobrenatural del pueblo.

Raquel Campos: Presencia. Tía de Sofía Molaes. La única con la que puede hablar es con Silvia Novoa.

Irene Marín: Cambiaformas. Madre de Carlos Álvarez. Se esfuerza por ocultar su condición y por proteger a su hijo de todo lo sobrenatural.

Una noche silenciosa, un pequeño pueblo, unos vecinos con muchos secretos.

Reyes apareció en el centro de un claro en mitad del bosque. Cuando su vista se acostumbró a la oscuridad, pudo reconocer a las personas que la observaban al amparo de los primeros árboles. Vecinos, familia, amigos. La rodeaban, sin intención de acercarse. Una ligera brisa revolvió su pelo negro y le pareció escuchar una voz firme. Una orden susurrada. Al tiempo, las figuras semiocultas le dieron la espalda. Permanecían allí, pero se desentendían de lo que fuera a sucederle. Todas salvo una.

Adrián avanzó hasta detenerse frente a ella. Sus ojos azules la observaban con una expresión tan triste que Reyes fue incapaz de mediar palabra. De cerca, encontró en él algo extraño, diferente. El pelo más largo, las facciones más marcadas. Parecía mayor, más autoritario. Un líder.

La mano de Adrián ascendió para acariciar la mejilla de Reyes con los dedos. El viento susurró de nuevo y las figuras entre los árboles se movieron, pero para alejarse. Su marcha, o la expresión de derrota de Adrián, instaló en Reyes la certeza de correr un grave peligro.

—Tienes que ayudarme —suplicó perdida en los ojos claros del chico al que tanto quería.

—No, Reyes —dijo Adrián mientras su mano se deslizaba por su rostro hasta rodear su cuello—. Yo tengo que matarte.



CLAVE I

Todos son importantes, porque a las cinco condiciones afecta.

Los otros acechan, ávidos por alcanzarnos.

No se cuestionan las órdenes.

No se duda del líder.

No se juega con las normas.

De lo contrario, surgen las grietas.

1

DEMASIADO RÁPIDO

—¡Reyes! —protestó Daniel, a tiempo de dar un paso atrás para que la puerta del baño no le golpeará en las narices—. ¡Maldita sea!

La protesta y el portazo llegaron hasta la cocina. En el centro, sentado en la isla que formaba la estrecha mesa, Esteban dejó salir un lamento. La tregua entre hermanos había terminado. Dirigió su mirada hacia la puerta que conducía al pasillo de las habitaciones. Su hijo de dieciocho años no tardó en aparecer por ella.

—Ya le vale —refunfuñó Daniel antes de empezar a prepararse el desayuno.

Esteban lo observó con toda su paciencia. El trasteo de su hijo mayor en busca de leche y cereales era brusco. Mascullaba y gruñía.

—Me gusta esta cocina —dijo Esteban—, no tiene la culpa de que tu hermana sea más rápida, ¿sí?

Daniel apenas lo escuchó, continuó sujetando los tiradores de las alacenas con energía. Reyes tardaba siglos en prepararse, lo que a él le supondría tener que ducharse y arreglarse en tiempo récord para no llegar tarde. Quería afeitarse, dudaba que fuera a darle tiempo. Distraído, mientras con una mano echaba cereales en la taza, con la otra acarició el vello de su barbilla. Desde que había comenzado la recta final para los exámenes de selectividad lo había pospuesto, pero ahora venía el verano, la calma, y deseaba adecentarse. Eso sí su hermana pequeña salía alguna vez del baño, claro.

—¡Qué perra! —gruñó al meter la leche en el microondas. Pulsó botones con toda su molestia. Sus ojos regresaron a la puerta que daba al pasillo, pero la atención se la llevó una especie de grieta en los azulejos de la pared. Daniel parpadeó, y la línea desapareció como si nunca hubiera estado.

—Aún es pronto —señaló Esteban para poder desayunar en calma y no tener que comprar un microondas nuevo.

—Ahora —puntualizó Daniel—. A ver cuando termine.

El hombre lo dejó por imposible. Más le valía estarse callado. Mientras Daniel estuvo metido de lleno en los exámenes, Reyes fue lo bastante considerada como para darle prioridad a la hora de usar el baño que compartían, foco principal de sus problemas. Ahora que todo había acabado, volvía a imponerse la ley del más rápido.

Su hijo se le sentó delante, ceñudo, concentrado en el tazón hasta arriba de cereales y leche caliente, con los labios apretados. Esteban sabía que no todo era por el aseo. El chico estaba con los nervios de punta, y así seguiría hasta que le dieran las notas finales. No era para menos, Daniel quería estudiar periodismo y necesitaba una nota muy alta. Tal vez lo cegaba el amor de padre, pero Esteban apostaba a que lo conseguiría. Lo observó con orgullo, y la realidad lo devolvió a la tierra.

Resultaba obvio el cambio que sufría el cuerpo de Daniel. Siempre había sido alto, pero no tan fuerte. Sus facciones dejaban atrás la dulzura juvenil y se imponían muy masculinas. La barba lo hacía mayor, intimidante. A Esteban no le gustaba, pero, por más que desapareciera, no lo haría su sino. Su hijo no estudiaría periodismo, al menos no en un futuro próximo.

Lo único que consiguió interrumpir el cabreo de Daniel fue darse cuenta de cómo lo miraba su padre. Los ojos de Esteban, rodeados de pequeñas arrugas, brillaban de pena.

—¿Qué pasa? —preguntó Daniel, inquieto.

Esteban se obligó a esbozar una sonrisa tranquilizadora.

—Crecéis muy rápido —dijo sin más.

No era él quien debía hablarle al chico. Esteban no quería meterse en un tema que apenas comprendía. Todo lo relacionado con la maldición se lo dejaba a su mujer. Él hacía lo posible por olvidar lo que sabía y lo que había visto a lo largo de los años.

Dani enarcó una ceja en un intento de conservar la normalidad, pero la inquietud se mantuvo. Intuía que algo raro pasaba, tanto por las miradas de su padre, como por las de su madre. Porque también él notaba que no todo iba como debería. Se centró en desayunar, sin la menor intención de meterse en lo que fuera que rondase por las cabezas de sus progenitores. Le llegaba con las sensaciones que lo envolvían y con los extraños sueños que empezaban a enturbiar sus noches. Sueños, en ocasiones pesadillas, que lo hacían incorporarse de la cama con el corazón a un paso de salirse del pecho.

Intentó recordar qué había tocado esa noche, pero a su cabeza solo acudieron un montón de símbolos celtas en color magenta. Observó su muñeca izquierda con el ceño fruncido. Creía recordar que el sueño de esa noche iba de tatuajes raros, grabados justo en esa zona del cuerpo. Su madre, Reyes, algunos de sus amigos y conocidos estaban marcados. Sin un patrón lógico, o al menos él no le encontraba lógica, reconoció el elven, la triqueta, el fold, el awen o la cruz solar. Las alarmas habían saltado cuando vio que su hermana llevaba una cruz celta. El símbolo siempre le había sido indiferente, pero parecía señalar algo horrible. Se despertó cuando en el sueño echó un vistazo a su propia muñeca y encontró en ella el árbol de la vida. Pasada la inquietud, se rio de sí mismo. Por voluntad propia no se tatuaría algo así, mucho menos en rosa.

—Reyes no tanto, sigue siendo una cría —cuchicheó Daniel mirando sobre su hombro hacia el pasillo, por si algún tipo de milagro obraba que su hermana saliese pronto.

El timbre de la puerta dejó a Esteban con la palabra en la boca. Dani dio un respingo, y sus ojos fueron directos hacia el moderno reloj colgado en la pared. Suponía que era Adrián, su mejor amigo, y eso solo podía implicar que era más tarde de lo que imaginaba. Para su sorpresa, las manecillas marcaban las ocho menos veinte.

Esteban ni se molestó en levantarse, también suponía quién era, y Daniel se encargaría. Unos segundos después, eran tres en la cocina.

—¿Tú qué? ¿Te han echado de casa? —preguntó Esteban con falsa molestia.

Adrián se encogió de hombros y se metió las manos en los bolsillos de la cazadora de moto. Su pelo oscuro de mechones cortos y rebeldes enmarcaba su rostro. Se le veía inquieto, como si de verdad pensara que a Esteban le resultaba una molestia. Ni siquiera se atrevió a tomar asiento.

—No... bueno, sí... mis hermanos... —titubeó al fin el recién llegado mientras Daniel regresaba a la mesa y a su desayuno.

A Esteban le sorprendía ser capaz de intimidar a los muchachos. A sus ojos hacía tiempo que dejaron de ser niños, y en Adrián se notaba mucho más que en el resto. Era alto como Daniel, pero mucho más corpulento. Se lamentó para sí mismo, consciente de que cualquier día sería él quien le tuviera respeto al hijo mayor de los Ibarra.

—Ponte un café, anda —dijo Esteban apiadándose de él. La casa de Adrián era una locura. Con ocho hermanos, todos más pequeños y ruidosos. Entendía que hubiera huido a primera hora.

Lo vio romper su inmovilidad y moverse por la cocina con soltura.

—Gracias —murmuró el chico.

Esteban se mordió la lengua para no reírse. Adrián llevaba un mes viviendo con ellos para poder preparar los exámenes con calma, lejos del ajeteo y las constantes interrupciones que tendría en su casa. Aun así, ahora que no estaba instalado de forma oficial, volvía a adoptar su exagerada educación, como si fuese un extraño. La sonrisa se esfumó del rostro de Esteban cuando una vocecilla en su cabeza le recordó el verdadero motivo por el que Adrián se mostraba tan respetuoso, o, más bien, avergonzado en su presencia. Era por Reyes, y en este tema sí que prefería no pensar ni un poco.

Cuando Adrián se sentó junto a Daniel, frente a él, Esteban observó la mano vendada. Sabía las ganas que el chico tenía de independizarse, y podría hacerlo gracias a la casa de su abuela, quien había muerto dos años antes. Adrián la estaba arreglando a los pocos, con sus propias manos y sus escasos recursos.

—¿Quemando nervios en la casa? —preguntó Esteban mientras señalaba con la cucharilla su mano herida.

Adrián contempló la mano, flexionó los dedos, y sus ojos azules dejaron ver más humillación que dolor.

—Ayer —respondió con un lamento—. Después de comer fui a ver si avanzaba un poco y me corté con la sierra.

Esteban le sonrió con aprecio. Lo de que avanzaba a los pocos era un eufemismo. Adrián llevaba un año trabajando en la pequeña casa de una sola planta, situada en la carretera de salida del pueblo. Tenía mérito, tesón no le faltaba, pero seguía sin ser habitable. Necesitaba dinero para contratar profesionales. Esteban gustoso se lo habría prestado, pero ni Adrián ni sus padres lo aceptarían. El día que pudiera trasladarse, Adrián podría decir con orgullo que él solo había levantado su hogar.

Daniel se puso en pie como un resorte y Adrián giró la cabeza hacia la puerta que daba al pasillo. Ambos habían escuchado algo, un sonido que pasó desapercibido para el oído humano de Esteban. Mientras su hijo salía despedido hacia la puerta, él soltó un suspiro de resignación. Le parecía increíble que ni ellos mismos fueran conscientes del cambio que sufrían sus sentidos. Quizá lo eran y, como él, trataban de ignorarlo.

Reyes apareció al poco con una sonrisa malvada en su bonito rostro. Adrián la saludó con normalidad, pero Esteban no dejó escapar el leve temblor del chico ni el de su hija. Esteban se

pasó las manos por el rostro. No sabía qué le parecía más inquietante, si lo sobrenatural o el natural enamoramiento de ambos. Era un buen momento para dar por finalizado el desayuno, no sin antes amonestar a su hija.

—No quemes a tu hermano.

Inmersa en el ritual de calentar la leche, la adolescente dejó escapar una risita.

—Solo he sido más rápida.

Esteban no pensaba ir más lejos. Se puso en pie, ya había cumplido su parte. Notó cómo Adrián recuperaba la tensión ante la idea de estar a solas con su hija. De ser otros, hasta le habría parecido gracioso. Siendo ellos, solo le quedaba fiarse del buen juicio del que, pese a todo, hacían gala normalmente.

En cuanto Esteban se perdió por el pasillo, Adrián no pudo evitar que sus ojos fueran hacia Reyes, aprovechando que la chica estaba de espaldas. El cuerpo que se intuía bajo la ropa estaba en forma. A falta de gimnasio o actividades extraescolares interesantes, Reyes y sus amigos se dedicaban a hacer ejercicio a su manera. Las modas también llegan a los pueblos remotos y los adolescentes habían sabido adaptar los deportes urbanos a los caminos de tierra. La larga melena negra y rizada caía sobre los hombros. Llevaba una sudadera, unos vaqueros y deportivas. Y qué bien le sentaban. Muy ella, cómoda y casual. No estaría más guapa de ir más arreglada, o él la veía con buenos ojos, que también era posible. Adrián dudaba que algún día pudiera encontrarla fea. Mala cosa siendo la hermana de su mejor amigo y menor de edad.

Por alguna extraña asociación de ideas, se la imaginó en un vagón de tren, sentada junto a la ventanilla. La mirada de Reyes estaba puesta en el cauce del río que serpenteaba por el bosque. Un susurro melódico, femenino, acompañó la imagen. De pronto, las facciones de Reyes se endurecieron y su mirada empezó a ennegrecerse, como si la pupila se apoderase de todo. Adrián prestó atención a lo que la voz susurraba:

«Ha llegado el momento».

En cuanto Reyes se volvió, Adrián se encontró con sus ojos oscuros. Lo visto se diluyó, perdiéndose en lo más profundo de su mente, mientras él reunía fuerzas para fingir que no pasaba absolutamente nada entre ellos. Costaba, porque Reyes había dejado de ser una niña, y la joven en la que se estaba convirtiendo lo atraía como nadie. Notó cómo se le encogía el estómago. Qué pensaba ella resultaba imposible saberlo, porque Reyes era la persona más hermética del planeta. Después de tantos años a su lado, empezaba a ver que lo que pasaba por la mente de Reyes casi nunca correspondía con lo que salía de su boca. Un detalle de lo más fascinante.

Adrián controló sus sentimientos y sonrió con normalidad, valiéndose de la misma técnica.

—¿Fin de la tregua? —preguntó Adrián, felicitándose porque no le temblase la voz.

Reyes le devolvió la sonrisa y avanzó hacia la mesa.

—Oye, he sido súper considerada. ¿Qué no?

Adrián tuvo que darle la razón. Durante unas semanas que se les hicieron eternas ni se enteraron de su presencia. De hecho, tenía la impresión de que hacía siglos que no la veía, y eso que habían estado viviendo bajo el mismo techo.

Reyes tomó asiento en el lugar que había dejado libre su padre.

—¿Qué tal los exámenes? —preguntó mientras abría las galletas.

Adrián se revolvió en su taburete. Prefería no tenerla de frente, por si su rostro lo delataba. Se puso a jugar con la taza verde, ya vacía, en la que un sol de enormes ojos azules le echaba la

lengua. Era mejor que pensar en los hoyuelos de Reyes al sonreír, en cómo brillaba su melena negra o en lo bien que olía. Qué ganas de enterrar la nariz en su cuello. Adrián se esforzó en respirar por la boca. La mezcla del olor propio de la piel dorada, los geles y las cremas empezaban a marearlo.

—No lo sé. Creo que la cagué en economía. Ni idea —respondió con inseguridad.

Se centró en ese tema, desterró el aturdimiento y los nervios que lo asaltaban cada vez que estaba con ella. La tensión de los exámenes y la incertidumbre ante las notas se lo facilitaron.

Reyes hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Bah, seguro que te salieron genial.

Adrián le agradecía los ánimos, pero no las tenía todas consigo.

—Mientras apruebe, me vale —comentó distraído.

Sus sentidos parecían volver a la normalidad. Ahora ya no olía de forma tan intensa ni su oído era más agudo que de costumbre. Eran momentos puntuales. Le resultaba todo muy extraño. Quizá se debiera al estrés de los últimos días. Su mente retomó el tema de los estudios. Era una suerte que en empresariales no hubiera un corte demasiado duro, o estaría subiéndose por las paredes como Daniel.

—Genial —murmuró Reyes tras comerse otra galleta.

—¿Y tú? ¿Ya te decidiste? —se interesó Adrián.

Reyes chasqueó la lengua con fastidio y sus ojos se volvieron esquivos. Un par de rizos obstinados se negaron a mantenerse tras su oreja.

—Qué va. Bueno, casi. Ciencias sociales, creo. No voy a ir por puras.

Adrián la notó extraña. Algo le rondaba por la cabeza. El brazo de Adrián cobró vida, se extendió para alcanzar a Reyes y tiró de uno de los rizos con delicadeza. Siempre le había hecho gracia aquel efecto muelle.

—¿Va todo bien? —preguntó Adrián con suavidad.

Reyes lo miró sorprendida, quizá porque hacía tiempo que él no tenía ese gesto tan familiar. Ella evitó sus ojos de nuevo, sus mejillas enrojecieron y Adrián juraría que su corazón había empezado a latir más deprisa.

—Como siempre —respondió Reyes.

Adrián no insistió. No la creía, pero le preocupaba mucho más haber sido capaz de escuchar su pulso, al menos durante un par de segundos. Tenía que tratarse de un error. El móvil de Reyes sonó. La vio sacar el *Smartphone* del bolsillo trasero del pantalón y, al momento, volvió a sonreír.

Adrián sintió una punzada de celos. Se moría de curiosidad por saber quién acababa de alegrarle el día a Reyes. Podrían ser Tasmi, Sofí, Isaac, Toni o Leo. Reyes y su pandilla siempre estaban en contacto de un modo u otro, inseparables y fieles. Solo sus amigos conseguían pintar esa expresión feliz en el bonito rostro. Adrián separó los labios para preguntar, pero se detuvo a tiempo. No tenía ningún derecho a inmiscuirse. Se ordenó pensar en otra cosa, quitársela de la cabeza.

Se concentró en el futuro. Iría a la universidad, ya no estaría tanto allí, no la vería a todas horas. Vivían en un pueblo demasiado pequeño, estudiaban en el mismo instituto. Él no podía mudarse, pero la universidad de la ciudad le daría un respiro. Reyes dejaría de ser omnipresente. Adrián podría hacer su vida sin su sombra a la vuelta de cada esquina. La vería solo como a una

hermana, nunca más flaquearía. Todo cambiaría y las cosas serían mucho más sencillas. Estaba convencido.

Reyes dejó el móvil sobre la mesa y atendió al desayuno. Había estado cerca de soltar que no se sentía nada bien porque esa noche había soñado con Adrián, quien le decía que iba a matarla. Oh, sí, todo marchaba de maravilla, y ella se merecía un premio por fingir que estaba tranquila. Como si no estuviese sentada ante el hombre más maravilloso del universo. Como si el mundo no diera una vuelta de campana cada vez que se encontraba con sus ojos claros. De paso, maldijo por ser hija de dos arquitectos excéntricos. ¿Por qué no podían tener una mesa de cocina corriente? En una barra el espacio era mínimo y, tenía a Adrián tan cerca que su aliento bien podría despeinarla. Y ella echaba mano a todo su autocontrol para no salvar la distancia y arrojarle a su cuello. Galletas, leche, era una tarea simple, podía desayunar sin peligro ni ponerse en evidencia. Como si fuese una cría, que era justo como la veía Adrián.

—¿Y el verano cómo pinta? —preguntó Reyes para romper el silencio y quitarse de la cabeza la opción de estirar la mano, sujetarlo del pelo y besarlo.

—Lo pasaremos como siempre —respondió Adrián con un encogimiento de hombros—, salvo por el papeleo de la universidad y esas cosas.

Reyes lo estudió, aprovechando que él observaba distraído el vendaje de su mano. Tenía toda la pinta de que se había hecho daño trabajando en la casa. No parecía grave. Llevaba un jersey azul marino de punto sin ninguna marca. La ropa de Adrián tendía a ser de saldo, algo inevitable al pertenecer a una familia tan numerosa, sostenida por un único sueldo. A él no le preocupaba, a Reyes mucho menos, porque a Adrián cualquier trapito le servía. Además, tanto él como su madre —encargada principal de renovar el vestuario de la familia—, poseían muy buen gusto. Los Ibarra eran la prueba viviente de que para ir guapos o a la última no hacía falta dejarse una fortuna en telas.

A Reyes le pareció que él resoplaba. Se le veía nervioso por las notas o por la incertidumbre frente al cambio. Adrián se mordisqueó el labio, y Reyes devolvió la atención a su taza y a sus galletas, notando un calor sofocante. No pudo detener las imágenes, unas en las que era ella quien mordía aquel labio. Menudo problema. Si no fuese tan agradable ni estuviera tan bueno sería mucho más fácil. Su estómago se había cerrado en banda y no iba a tentar más a la suerte. Lo mejor que podía hacer era irse a su habitación y seguir repitiéndose que Adrián era como otro hermano. Lo mismo por insistencia llegaba a creérselo algún día.

Adrián percibió la expresión ceñuda de Reyes. Las ganas de volver a estirar el brazo y acariciarla regresaron, por lo que buscó un tema de conversación para no sumirse en un silencio que impulsaba sus fantasías.

—¿Ya sabes qué le vas a regalar a Daniel? —preguntó. Si no recordaba mal, la última conversación mantenida iba justo del regalo de su amigo. Esteban y Silvia le comprarían una moto, Reyes había pensado en alguna protección o complemento.

Reyes soltó un quejido. El cumpleaños de Daniel sí que era una pesadilla. Quería a su hermano, pero sus gustos no podían ser más diferentes. Ahora sí que se le había quitado el hambre. Por la risa de Adrián, bien podría estar esbozando un puchero.

—No tengo ni la más remota idea —reconoció Reyes. No era del todo cierto, ideas tenía unas cuantas, pero no presupuesto ni opciones. Para cualquier compra decente debía ir a la ciudad, y ella y sus amigos no salían mucho del pueblo.

Adrián ya había sacado su móvil. Tras clicar sobre un par de enlaces, le enseñó la pantalla a Reyes. Por los sonidos que llegaban del pasillo, Daniel seguía en la ducha y no los escucharía. Por si acaso, Adrián bajó la voz y se echó un poco hacia adelante. La actitud conspiradora provocó que Reyes también se inclinase hacia él. Ambos con la atención puesta en el teléfono y las cabezas casi pegadas.

—Con este casco es tuyo para siempre —aseguró Adrián, satisfecho por ayudarla a ella y a su amigo.

Reyes se fijó en el precio. El casco no era barato, pero entraba dentro de sus posibilidades. Sus padres ganaban bastante, pero ni alardeaban ni derrochaban el dinero, y se empeñaban en que sus hijos no se acomodasen. Daniel y ella recibían una paga de lo más justa, y solo les caía dinero a mayores si se daban casos como un cumpleaños. Entre lo ahorrado y lo que pudieran añadirle sus padres, podría comprarlo. Levantó la cabeza con entusiasmo para agradecerse.

—Mil millones de gracias —dijo con énfasis, hasta que reparó en lo cerca que estaban, lo bien que olía Adrián y lo brillantes que eran sus ojos. Durante un segundo, solo pudo contemplarlo con una sonrisa estúpida. Las pupilas de Adrián parecieron dilatarse, y el calor ante aquella mirada volvió a sacudirla de pies a cabeza.

Adrián se había olvidado del móvil, del casco, de su amigo y probablemente de su nombre. Lo único presente era Reyes. El iris oscuro, no tan negro como de costumbre, se acercaba más a un tono castaño, suave y cálido. Se moría por besarla y arrancarle la ropa. La culpa y el respeto que les guardaba a Reyes y a su familia lo mantuvieron en su taburete. Adrián recuperó su sonrisa amable y retrocedió sin hacer movimientos bruscos.

—Lo vimos hará unos días en el Gran Vía —dijo citando uno de los centros comerciales de la ciudad próxima al pueblo—. Si quieres se lo pillo yo —añadió antes de irse de la lengua y prestarse a llevarla.

Lejos de aquella casa y del pueblo, Adrián podría olvidar el mundo de inconvenientes que los separaban, y ceder a la atracción que sentía por ella. Lo descolocó un poco ver cómo los ojos de Reyes se oscurecían de nuevo y la chica se enderezaba con aire serio.

—No te preocupes, ya me las apañaré —dijo Reyes con una sonrisa impostada mientras sujetaba su taza y se ponía en pie.

Para Reyes, una bofetada habría sido más fácil de encajar. Le dio la espalda a Adrián y la sonrisa se convirtió en una mueca de rabia. No pasaba por alto ni la sutil retirada ni lo presente que Adrián tenía que era una cría que no podía moverse libremente. No como él, quien ya podía considerarse un universitario.

Adrián iba a asegurarle que no le importaba, pero la actitud de Reyes invitaba a dejar el tema. Tras meter la loza del desayuno en el lavaplatos y despedirse con aire distraído, Reyes se perdió por el pasillo. A Adrián le dio la impresión de que se había perdido algo y casi va tras ella. Se regañó a sí mismo, porque las palabras ascendían por su garganta, listas para meterlo en un compromiso. A solas, se sostuvo la cabeza con ambas manos. Reyes era todo un misterio, pero no le correspondía a él desentrañarlo.

2

LA LLAMADA

Con el traje puesto y un poco más despierto, Esteban salió del baño integrado en la habitación de matrimonio. Su mujer seguía sin estar. Dirigió la mirada a la columna del extremo, en apariencia una simple bajante.

Tras el desayuno, cuando regresó a la habitación, esperaba encontrar a su mujer preparándose para irse al trabajo. Que no estuviera allí ni en el baño, le daba mala espina. Solo quedaba un lugar, y eso siempre implicaba malas noticias.

Metió en su cartera los planos que iba a presentar a su nuevo cliente e intentó no ceder ante la ansiedad. No quería saber de las cosas raras que afectaban a la familia, pero tampoco podía mantenerse al margen. Le preocupaban sus hijos, también su mujer. Soltó la cartera de forma brusca y se sentó en la cama. No se movería de allí hasta que ella volviera.

Cuando Silvia le había hablado por primera vez de la maldición, Esteban no creyó ni media palabra. Por aquel entonces, llevaban tres años juntos, y la opción de casarse o formar una familia ya no parecía tan lejana. Por eso Silvia le confesó el secreto mejor guardado del mundo. La reacción inicial de Esteban fue de puro rechazo. ¿Cómo aceptar que un brujo resentido había condenado a los descendientes de una serie de familias a convertirse en seres sobrenaturales? La palabra maldición, la existencia de seres sobrenaturales, no le parecía posible. Esteban creyó que su novia le tomaba el pelo, llegó incluso a pensar que quería romper con él y de ahí toda la película, o que se había vuelto loca. Pasó por tantas fases, le dio tantas vueltas al tema, que fue un milagro que no le estallase la cabeza. Durante un par de meses dejaron de estar juntos, pero, al margen de rarezas e imposibles, estaba totalmente enamorado de Silvia y no quería perderla. Volvieron, y él seguía sin creer hasta que no le quedó más remedio.

Íñiqui, el tío de su mujer, le mostró lo que había a petición de Silvia. El hombre dejó de ser hombre para convertirse en un lobo inmenso. Un animal imponente, de complexión afín al lobo gris, salvo por el color del pelaje. Ahí había sido un milagro que a Esteban no le hubiera dado un ataque de nervios. Todavía hoy no entendía cómo había conseguido salir del estupor que le provocó la conversión. Frente al prodigio, no le quedó otra que aceptar la existencia de la magia. Digirió, como pudo, que había personas que llevaban una vida normal, pero también eran algo más. Sin embargo, su mente no estaba preparada para asimilar toda la información. Él podía enfrentar lo básico: había cinco condiciones aptas para la convivencia pacífica, todo lo demás

entraba dentro de la categoría de demonios. Y luego estaba el Verdugo.

Pasados unos minutos, la falsa columna, la bajante que había en una esquina de la habitación, empezó a girar, y Esteban contuvo la respiración. Una vez abierta, vio las escaleras de caracol y los ojos enrojecidos de Silvia a medio vestir y con el pelo mojado pegado al rostro.

Esteban se puso en pie como un resorte. Silvia rompió a llorar y corrió a refugiarse entre sus brazos.

—Cariño... ¿Qué ha pasado? —preguntó Esteban con un hilo de voz. Intuía que se trataba de Reyes, y los recuerdos del pasado le provocaron un estremecimiento.

Silvia fue incapaz de pronunciarse, el llanto le cerraba la garganta. A sus cuarenta y seis años, después de todo por lo que había pasado, pocas cosas podían afectarla, pero el destino de sus hijos era una carga demasiado pesada.

—Tranquila, cariño —dijo Esteban, estrechándola contra su cuerpo como si el gesto pudiera solucionar las cosas.

Silvia se esforzó por recomponerse. No fue fácil, pero, al fin, consiguió explicarse. Se mantuvo con la cabeza sobre el pecho de Esteban porque no se atrevía a mirarlo al rostro.

—Me ha llamado mi tío —respondió con voz tomada—. Noe vuelve a estar embarazada y esta vez sí es una niña.

Abatido, Esteban cerró los ojos. El significado de una noticia que debía llenar a la familia de alegría no podía ser más nefasto. No había estado presente durante la charla con el tío de su mujer, pero sin duda Iñaqui no estaría mejor que Silvia; ni Noe, su hija, sería feliz al tener ya la parejita. La prima de su mujer vivió los estragos del último Verdugo y fue la primera en descubrir que la siguiente sería Reyes. Intentó restarle importancia, no podía hacer otra cosa.

—Sabes que no entiendo demasiado bien... esto, pero... ¿no es demasiado seguido? —dijo, sin saber cómo exponer sus dudas—. Me refiero a que apenas han pasado años desde lo de tu madre. Tal vez salte a Reyes, tal vez ni siquiera la hija de Noe esté condenada.

Silvia le agradecía el empeño, pero solo consiguió que su dolor fuera más pronunciado. Lo primero que aprendió cuando descubrió las cinco condiciones y la maldición que afectaba a su familia, fue a no escapar de lo evidente.

—Reyes fue señalada, Esteban, Noe me lo dijo. Cuando pasó lo de mi madre, apareció el tono. Y aún lo tiene, aunque te juro que hago todo lo que puedo por no verlo.

Esteban guardó silencio. Lo que sabía del Verdugo era que cuando se manifestaba moría gente. Que eso fuera a trastornar a su pequeña sin que pudieran evitarlo era un poderoso motivo para no querer profundizar en los detalles, o al menos a él se lo parecía. Seguro que si lo pensaba con calma se volvería loco. Además, su suegro ya se encargaba por todos de ir de un lado para otro buscando respuestas o cualquier cosa que pudiera servirles de ayuda, sin éxito. Escéptico por naturaleza, Esteban jamás entendería cómo funcionaban los aspectos mágicos, las cinco condiciones, por más que estuviera rodeado de ellas.

Silvia cogió aire, se apartó un poco de su marido y se secó las lágrimas.

—No pasa nada —dijo para sí misma—. Es... es por la época. Estos días son complicados, todos andamos más sensibles, ya sabes.

El hombre se tragó un lamento. Ya sabía, sí, su mujer iba a empezar a divagar como una lunática. Se armó de paciencia, preparándose para que su raciocinio aguantase estoico la riada de incoherencias mágicas.

—Vienen los sueños —comenzó a enumerar Silvia de pie ante él, alisándole las solapas de la americana—, las señales, toda la comunidad se resiente frente al incremento de energía. Hasta los posibles lo notan. Pero no pasa nada.

Esteban la miró, dubitativo. Prefirió no señalar que, aunque lograra contener los sollozos, las lágrimas corrían por sus mejillas. Le acarició los brazos con cariño y la dejó hablar porque no tenía idea de qué decirle.

—Esta vez todo será diferente —aseguró Silvia con un brillo de desafío en sus ojos.

Esteban estaba acostumbrado a los cambios de humor de su mujer, pero no dejaban de resultarle fascinantes. Tal vez Silvia pudiera recuperar su entereza y sobrellevar el resto del día con normalidad, pero él se pasaría la semana inquieto, por ratos apenado, incapaz de quitarse el malestar de encima.

—Hoy o mañana hablaré con Daniel —dijo Silvia, separándose de él para irse al baño.

Esteban la contempló al alejarse. Frustrado, hundió las manos en los bolsillos del pantalón del traje. No sabía si hablaría con su hijo del tema de Reyes o de lo que le sucedería a él mismo. Tras lavarse la cara con agua fría, Silvia comenzó a peinarse. Esteban iba a preguntar, pero su mujer se le adelantó.

—Dani tiene que saber lo que le toca, lo que va a pasarle. ¿Puedes ver su cambio?

Esteban hundió un poco más las manos en los bolsillos, sintiéndose impotente. Por eso no quería saber del tema. No lo comprendía ni sabía cómo encararlo.

—Está enorme.

Silvia le sonrió a través del espejo. Descifró la expresión de su marido y dejó el cepillo para regresar a su lado. Lo abrazó con fuerza.

—Lo siento, cariño. Yo... de verdad, todo saldrá bien.

Esteban se aferró a su palabra, no podía hacer otra cosa.

—No me cabe la menor duda —dijo con sinceridad. El mal cuerpo seguía presente, pero la razón imponía la calma. Simplemente, no le entraba en la cabeza que su hija pequeña fuera a volverse una homicida y su hijo mayor un perro. Era absurdo.

3

EL PESCADOR

En la zona norte del pueblo de Lumeira, gran parte del río quedaba al amparo del bosque. Los altos árboles y la maleza bordeaban sus orillas, y su caudal dependía del mar en el que desembocaba. También por esto sus aguas eran a veces dulces, otras saladas. En algunos tramos, cuando la marea bajaba del todo, entre el bosque y la parte más profunda del río surgía un lodazal.

Ignacio Rueiro aprovechaba para hacerse con *el bicho*, con las botas de goma enterradas hasta el tobillo en el fango. La lata de atún en la que recogía las lombrices estaba ya por la mitad. Había dejado el pueblo un par de años atrás, pero antes o después regresaba. Su padre todavía vivía allí, en una pequeña casa perdida en el bosque, y lo que los unía era la pesca y lo sobrenatural.

Él era un brujo. A los dieciocho años, cuando se manifestó la condición, se prometió escapar de aquel mundo a la menor oportunidad. Cumplidas las enseñanzas, cuando controló sus poderes y otros ocuparon su lugar, se desentendió. Le pidieron que se quedase en Lumeira porque los brujos capaces de tener visiones eran toda una rareza, pero él se mantuvo inamovible. Las visiones no se fueron, a veces lo asaltaban, pero Ignacio se limitaba a poner al tanto al líder de su ciudad, y hasta ahí toda implicación.

A su padre, también brujo, no le hizo ninguna gracia su empeño por escapar. Había aceptado sin problemas que su hijo se enamorase de otro hombre, pero no que pusiera tierra de por medio con el pueblo. Ahora, con cuarentaisiete años, a Ignacio ya no le afectaban sus miradas de rechazo. Si su padre quería verse atado de por vida a algo que ni siquiera le gustaba, era cosa suya. Él tenía otros planes, como, por ejemplo, tener una vida normal.

Ignacio dejó escapar un profundo suspiro al recordar la discusión que había tenido con su padre. Comprendía al hombre, la vejez empeoraba su carácter tosco y catastrófico, y las nieblas del tiempo lo hacían olvidar gran parte de la información. Durante la cena, su padre no dejó de asegurar que su empeño por esquivar la maldición no estaba bien, que le traería problemas. Por un momento, Ignacio se arrepintió de la visita, debió aprovechar las vacaciones para irse de crucero, pero no le tentaba la idea de viajar sin su pareja. Además, con todo lo gruñón y pesado que resultara el anciano, no dejaba de ser su padre, y se sentía un poco mal por no visitarlo más. Por no acabar enfadados el primer día, trató de hacerlo entrar en razón, explicarle que él no había eludido nada.

Cuando supo que era un brujo pasó la iniciación. Durante un par de años se encargó de

arreglar, a base de conjuros, accidentes de otros sobrenaturales y borrar cualquier indicio sospechoso que pudiera señalarlos ante los humanos. Estudió los malditos libros que, aún hoy, plagaban sus noches de pesadillas. Lo que leyó en ellos terminó de convencerlo para poner distancia, aunque también le habían dado las claves, los vacíos legales por así llamarlos, para que no sucediera lo que tanto temía su padre. Porque el hombre llevaba razón, rechazar la maldición siempre terminaba mal.

Tal vez por lo que sabía, la fortuna le había sonreído hasta el momento. La magia era poderosa y aseguraba la perpetuación de las cinco condiciones como fuera. A esas alturas, estaban tan extendidos que plagaban el mundo. De ahí el poder limitar su implicación a un par de años y no pasarse la vida entre prodigios o vigilando sus espaldas. No fue así en el pasado, los archivos recogían barbaries históricas acontecidas a los pocos que rechazaron su sino o intentaron terminar con los linajes. Ahora se veían sujetos, pero no condenados, salvo en el caso de los líderes de cada localidad. Ellos sí estaban obligados a pasarse el resto de sus días arbitrando entre comunidades para asegurar el cumplimiento de las normas establecidas siglos antes. El único modo en el que podían escapar era siendo derrocados por otro, lo que suponía o bien la muerte, o el destierro.

Ignacio sintió un escalofrío. Se pasó la zona limpia del guante por la frente para quitarse el sudor. Era muy pronto, en la orilla del río el aire no era cálido, pero el trabajo físico compensaba el frescor, además de moler sus riñones de tanto encorvarse para rebuscar en el suelo enlodado. No quería pensar en maldiciones ni en desgracias, estaba de vacaciones y todo eso quedaba atrás.

En su mente alcanzó a ver un vagón de tren con sus asientos dobles forrados en azul marino. El enfoque se daba desde la mitad del pasillo para que percibiera bien el horror expuesto. Cinco cuerpos jóvenes sin vida, tal vez adolescentes y con heridas de desgarró, se repartían por el espacio. La sangre salpicaba cada superficie.

—Évitalo y ganarás tiempo —murmuró Ignacio antes de recuperar el control sobre sí mismo.

Entre jadeos, se esforzó por escapar de la visión. De lo contrario, no sería capaz de impedir que sucediera la desgracia. Para alcanzar los detalles era importante que estuviese tranquilo. Los datos nunca se revelaban si se dejaba llevar por la desesperación y el miedo. La angustia cayó sobre él y a punto estuvieron de doblársele las piernas, pero aguantó. Observó el río, el barro, las altas y frondosas copas de los árboles. El sudor le hizo cosquillas en la cara, su pulso seguía enloquecido. El cielo gris atrapó su mirada.

Necesitaba un pensamiento más agradable, algo que lo alejase de la masacre vista, y lo encontró. Mañana por fin iría a pescar. Cogería la pequeña barca marinera de su padre y se dejaría guiar por las corrientes. En su mente dibujó la imagen de sí mismo sobre la barca. A su pesar, no era tan fácil huir de la sangre que manchaba los grandes ventanales del tren, de las heridas abiertas que asomaban entre la ropa rasgada. Cinco chicos muertos. Sacudió la cabeza y puso mayor empeño en verse sobre la barca, en el río. Echaría un vistazo al motor que había en el cobertizo. Lo más seguro era que no funcionase, llevaba tiempo sin usarse y seguro que su padre no se había encargado de su mantenimiento, pero no perdía nada por probar. Su cuerpo empezó a relajarse mientras la imagen de sí mismo ganaba nitidez. Si el motor iba bien, subiría por el cauce hasta llegar a la altura del castillo. En la zona más alta del acantilado era donde estaba la mejor pesca, aunque había que andarse con ojo con las rocas. Su respiración y su pulso recuperaron el ritmo normal. Ir a remo sería un suicidio y un trabajo agotador...

El río desapareció. La calma empezó a envolverlo, e Ignacio al fin se vio en el andén correcto. Por suerte, conocía el lugar a pesar de lo poco que veía. Una bruma blanca impedía saber si estaba solo o acompañado, si había gente subiendo o bajando del tren regional. Estaba allí solo para obtener los detalles básicos. La fecha y la hora siempre eran fáciles de descubrir gracias a las enormes pantallas digitales que informaban a los viajeros. Por lo que Ignacio leyó en ellas, tenía un par de días antes de la tragedia. Buen margen. Con los datos necesarios la visión finalizó. Él soltó un quejido.

Como para no rechazar esos momentos. Sin embargo, no lo hacía. Avisaría de lo visto, pero tenía tiempo y había madrugado con un propósito. A fuerza de costumbre, las visiones ya no le generaban tal angustia que necesitaba vomitar lo recabado al segundo. Tras media vida prediciendo accidentes estaba curado de espanto. Movié los hombros con intención de aliviar la tensión de su espalda. No les pasaría nada a esos cinco chicos, pero tampoco estropearía sus vacaciones más de la cuenta. Reemprendió su tarea y hundió las manos en el fango.

La nostalgia lo envolvió. Ojalá pudiese ir a pescar con su padre como cuando era niño. Por desgracia, su padre no estaba tan ágil como para subirse o mantenerse en la barca, por no mencionar su espontánea aversión al agua. Perdido en sus cavilaciones, Ignacio sacó varias lombrices envueltas en algas. Solo la vejez podía conseguir que un marinero acostumbrado a pelearse con las olas le cogiera pavor al agua.

Un desagradable hormigueo en el cuerpo lo obligó a levantar la cabeza y prestar toda su atención. Esta vez no era una visión, sino una advertencia mucho más preocupante. Su pulso emprendió un nuevo galope. Algo iba mal. Fijó la atención en la superficie estanca del río. El aire parecía haber desaparecido, una sensación de quietud le taponaba los oídos. En cualquier caso, Ignacio supo que allí pasaba algo no natural.

Se deshizo de uno de sus guantes con manos temblorosas. Con las visiones había margen, podía tomárselo con calma, pero la presencia que intuía lo obligaba a comunicarse inmediatamente. Ignoró las salpicaduras o el barro de su ropa, y rebuscó en sus bolsillos hasta dar con el móvil. Le costó encontrar el número, pero al fin dio con él. A los dos tonos una voz desconocida respondió. No era el mismo líder, pero el número se mantenía.

—Soy Ignacio Rueiro, estoy en el río... a la altura de la finca de Cabrero. Hay algo aquí — dijo atento a su alrededor. No pudo evitar preguntarse qué habría pasado con Santi, el anterior líder del pueblo. Mejor no descubrirlo. Esperaba que el líder actual fuera igual de efectivo y justo que el anterior.

Por de pronto, pudo comprobar que era rápido, aunque la espera se le antojó eterna. No habían pasado ni cinco minutos desde que colgó, cuando escuchó el golpeteo de unas patas contra el suelo y el avance entre la vegetación. El líder se acercaba a toda velocidad. Lo asaltó la impotencia al ver que las señales remitían y la escena regresaba a su aspecto común. El aire volvió a agitar los árboles y la superficie del río. Para cuando el imponente perro llegó, no había nada que señalar.

El animal de pelaje tostado y complexión desarrollada, tan similar a un lobo, retrocedió. Al amparo de matorrales y árboles, adoptó su aspecto humano. Ignacio supuso que tendría algo de ropa guardada por allí. Por la familiaridad de los pueblos pequeños, donde todo el mundo se conoce, también pudo ponerle nombre: Noel.

No tuvo que esperar demasiado hasta que el hombre joven se acercó a su posición, vestido

con prendas deportivas. Lo recordaba de niño, aunque no demasiado, pues la diferencia de edad se lo impedía. Al mirarlo a los ojos, Ignacio supo que no le gustaba el nuevo líder. La expresión de Noel era dura, lo observaba como Ignacio podía observar las lombrices del suelo. También le pareció demasiado joven para ser un líder, rondaría los treinta. Alto, corpulento, autoritario, pero le quedaba mucho por aprender. Por terminar rápido el encuentro, Ignacio señaló el agua. Después le comentaría lo de los chicos.

—Había algo ahí. Lo que fuera, se ha ido.

Con escepticismo y altanería, Noel pasó sus ojos del pescador al río.

—¿No sería una anguila?

El tono burlón y la arrogancia consiguieron que Ignacio se ofendiera.

—Soy un brujo. Sé diferenciar un animal de un demonio.

Con regocijo, vio cómo el líder se tensaba ante la palabra demonio. A Ignacio nunca le había parecido un término correcto, pero así se definía a los seres que no formaban parte de las cinco condiciones. Noel controló con rapidez la sugestión que provocaba el concepto y esbozó una mueca fanfarrona.

—¿Acaso no son lo mismo? No vuelvas a molestarme a menos que sea algo tangible. Para la próxima, llama a los de tu condición.

Noel le dio la espalda y se encaminó con paso tranquilo hacia el bosque. Ignacio despegó los labios para detenerlo, dispuesto a puntualizar un millón de cosas. Comprendía el rechazo del líder a darle importancia al fenómeno —los demonios se volvían más fuertes cuanto mayor protagonismo se les daba—, pero a Ignacio aún le quedaba por decir lo de los cinco chicos. Sin duda, no le gustaba nada el nuevo líder. No salió una sola palabra. Ignacio transmitiría lo visto a los de su condición, no fuera a parecerle al líder otra molestia sin importancia. Que los brujos dominantes del pueblo se entendieran con aquel imbécil.

Volvió a contemplar su alrededor con una mirada de desafío. Todo estaba en calma, pero el demonio seguía allí. Así actuaban. Primero asomaban a la menor grieta para ganar importancia; después, se aprovechaban de las emociones negativas, debilidades o problemas. Como brujo no caería en su manipulación con facilidad, pero no sería igual para las otras condiciones, mucho menos para los humanos.

—Maldita sea —replicó con los puños apretados. Iba a implicarse le gustase o no.

La estación vista estaba demasiado cerca y esos cinco chicos podían ser del pueblo. Y, si eran de allí, seguro que también eran algo. Sumado al suceso extraño en el agua y al desagrado que le provocaba el actual líder, Ignacio no podía limitarse a transmitir lo visto y desentenderse. Por eso apenas pasaba por el pueblo, en aquel lugar todo resultaba más complicado. Sin ánimo para volver a escarbar entre el barro, empezó a recoger, lamentando como nunca no haberse ido de crucero.

4

GRANDES AMIGOS

«Esta es una de las decisiones más importantes de vuestra vida».

La frase con la que el tutor empezó el curso se había grabado a fuego en su cerebro, por muchos meses que hubieran pasado. Sentado en la cama, Toni Villar observó el desordenado armario abierto de par en par. La elección que sí debía tomar en ese momento estaba bien visible y formaba una bola oscura en el segundo estante. Vaqueros negros y camiseta gris, con una siniestra calavera estampada en el pecho y en la espalda.

«... una de las decisiones...».

Se revolvió su indómito pelo, enredado por el sueño, por partes duro con los restos de cera. Necesitaba una ducha. Eso desterraría la somnolencia y, con suerte, la voz del profesor de matemáticas.

«... más importantes...».

En el pequeño cuarto de baño, Toni se metió en la ducha y abrió el grifo. Dejó que el agua cayera sobre su cabeza sin molestarse en esperar a que se calentara. Soltó un siseo cuando empezó a picarle la herida del costado. El *rascazo* sobre los dorsales se lo debía al último video de YouTube sobre parkour que intentó poner en práctica. Con todo lo ágil que era, zigzaguear a toda velocidad por el bosque no era tarea fácil, y al usar un tronco para tomar impulso se había comido de pleno otro árbol. Nada grave, pero dolía con fuerza. No le dio la mucha importancia, pronto sería una anécdota más; los moratones y pequeñas cicatrices salpicaban su fibroso cuerpo. Ni la herida ni lo liberador del deporte lograron espantar la voz del profesor.

«... de vuestra vida».

Lo que a él le parecía era una responsabilidad abrumadora. Ciencias sociales, humanidades, ciencias puras. Cualquier opción sería una pérdida de tiempo. No valía para estudiar, o al menos no para estudiar repúblicas, derivadas o cordilleras. Quería trabajar, pero su madre había sido inflexible: *«No quieres bachillerato, lo entiendo, pero haz al menos un ciclo medio. No lo plantes todo o te arrepentirás, te lo aseguro».*

No iba a arrepentirse, ponía la mano en el fuego, pero no pudo hacerla entrar en razón. Y ahora debía buscar un ciclo medio que tampoco le serviría para nada. Más elecciones, más formas de sentirse miserable. Sus amigos conocían sus quebraderos de cabeza, lo respetaban, pero estaban con su madre. Un ciclo medio les parecía una idea genial, insistían en que él no era tonto,

quizá muy vago y un chulo, pero no estúpido. Ellos sí continuarían en el instituto mientras él seguía dándole vueltas a sus dudas. Hasta Reyes tenía claro su futuro, aunque todavía no lo hubiera compartido con nadie. Leo ya se había decantado por ciencias sociales. Tasmi, quien tardaba cuatro horas en escoger barra de labios, supo desde el principio que quería humanidades. Sofi también se iba para ciencias sociales, e Isaac a ciencias puras.

Toni se aclaró el jabón del pelo. Los quería más que a nada en este mundo. Ni siquiera le preocupaba quedarse descolgado. Ellos seguirían juntos en el pueblo, él no. Aun así, sentía que las cosas no cambiarían demasiado. Nada lograría que dejaran de ser amigos.

Un fuerte golpe en la puerta hizo que el bote de gel se estrellara contra el suelo de la ducha. La voz de su hermano mayor tensó cada músculo de su cuerpo.

—¡Espabila, atontado! —gritó Saúl desde el pasillo—. ¡Qué no vives solo!

Toni sintió un dolor en el pecho. Nada cambiaría, ni siquiera la tirria que su hermano mayor le profesaba.

Una imagen lo asaltó mientras cerraba los ojos para que no le entrara el agua. Saúl salía de un tren con el rostro desencajado y mortalmente pálido. A pesar del aire macarra, de sus pendientes y tatuajes, su hermano mayor parecía vulnerable. No se le veía herida alguna, pero sus manos estaban manchadas de sangre. Saúl daba dos pasos y caía de rodillas. Lo único que Toni escuchaba era el agua de la ducha pero, por lo que veía, su hermano dejaba escapar un grito de dolor o de rabia. Sacudió la cabeza y espantó lo visto.

—¡Voy! —gritó Toni porque si no respondía su hermano igual echaba la puerta abajo.

Apretó los dientes y se esforzó por esquivar la angustia que siempre le provocaba el maltrato de su hermano. De niños, Saúl siempre fue su referente. Era *skater*, molaba, siempre se ligaba a chicas guapas y tenía unos amigos geniales. Toni no sabía qué demonios le había pasado, cambió de la noche a la mañana. Nunca tuvieron una gran relación, al menos no como Daniel y Reyes. Eran más como Tasmi y Antón. Ni amigos ni enemigos. Su madre no dejaba de repetir que Saúl tuvo una adolescencia muy mala. Ahora, bien pasados los veinte, no había mejorado su carácter. Al contrario, cada vez se metía en más jaleos. La pandilla en la que Saúl se movía desde los dieciocho años era muy extraña, a excepción de Lucas, primo de ambos. Ellos lo trataban con el mismo desdén que su hermano. No tenía sentido ni era algo personal, porque se mostraban bordes y faltones con el resto del mundo. Pero Saúl no dejaba de ser su hermano mayor y, por algún extraño vínculo imposible, Toni lo quería. En cambio, Saúl no perdía oportunidad de machacarlo.

La última jugarreta había ocurrido hacía apenas dos meses. En un descuido, Toni se dejó encendido el ordenador de segunda mano, y Saúl vio que estaba buscando información para el ingreso en la policía. Se estuvo riendo de Toni durante dos semanas. Ya era bastante malo no tener opción a entrar por ser tan bajo, medía 1,64 cm, que encima tenía que escuchar sus burlas. Como no podía ser de otra forma, a Saúl le faltó tiempo para contárselo a todo el que quisiera escucharlo. Toni enfrentaría a quien fuera que intentase burlarse, aunque a nadie le importaba lo suficiente como para hablar con él del tema. Solo sus amigos, quienes aseguraban que sería un poli tremendo, y su madre, quien lamentaba esa limitación insalvable.

Un nuevo golpe, aún más furioso, hizo crujir la madera de la puerta. La protesta de Saúl instó a Toni a secarse rápido y salir del baño envuelto en la toalla para terminar de arreglarse en su cuarto.

Saúl esperaba en el pasillo, enorme a sus ojos. Apenas superaba el metro setenta y cinco, pero

tal vez por su fuerte carácter, a Toni le parecía un gigante. Sus ojos marrón verdoso, idénticos a los suyos, lo fulminaron. Hasta ahí cualquier similitud entre los hermanos Villar. El cuerpo de Saúl estaba bien desarrollado, como dejaba ver el pantalón corto de deporte, que era lo único que usaba para dormir. La tinta negra se apoderaba de cada centímetro de su piel.

Para Toni, su hermano era todo un homenaje a la simbología celta. Los nudos serpenteaban sobre su torso y sus brazos, apresándolo como si se tratasen de cadenas, y unían los demás símbolos. Sobre el corazón se encontraba el elven. En el pectoral derecho, el fold. En el centro, sobre el abdomen, el árbol de la vida. El costado derecho era para la triqueta, el izquierdo para el awen. Toni no podía ver su espalda en ese momento, pero el mapa seguía con líneas similares. Los nudos reptaban por la columna vertebral de Saúl y, como si sostuviera el peso de la simbología sobre sus hombros, en la paletilla derecha se encontraba la cruz celta, en la izquierda la cruz solar. La expresión de asco absoluto de Saúl casi lo hace encogerse.

—Pareces una *pava* —le gruñó Saúl, echándolo a un lado de un empujón para meterse él en el baño y cerrar la puerta.

Toni se frotó el pecho. Ahí estaba ese dolor tan incómodo. Mal despertar, mal medio día, mal constantemente. Con los hombros caídos, arrastrando los pies y la moral, volvió a su habitación. Fue directo a su armario. Vaquero negro y camiseta gris. Las pesadas botas de puntera metálica seguían tiradas bajo la cama.

«... *la decisión*...».

Toni se llevó las manos a la cabeza.

—¡Ya he decidido! —gritó con frustración.

Ganaban ellos, haría un ciclo. A medio vestir, cogió el móvil que descansaba sobre la mesa de estudios, llena a rebosar de papeles y envoltorios de chucherías. Pulsó el icono del WhatsApp y entró en el grupo que tenía con sus amigos. No pudo evitar sonreír al ver la imagen de buenos días que enviaba Isaac. Tecléo agradecido de poder contar con ellos.

«*Listo*».

Sofi respondió al momento, también ella estaba preparada. Toni terminaría de vestirse, se subiría a su escúter, e iría a recoger a su amiga. Desayunaría más tarde en el recreo, compraría algo con la calderilla que tenía en el bolsillo de su cazadora que imitaba el cuero. En casa ni pensarlo. Para cuando Saúl dejase el baño, más le valía estar bien lejos.

5 REYES

El aire helado se coló por el cuello de su cazadora. Reyes se cerró del todo la prenda y abrazó sus libros. Menos mal que no llevaba coleta. Junio asomaba, estaban a las puertas del verano, pero las ocho y cuarto de la mañana era una mala hora con el río tan cerca.

Si caminase un poco más rápido entraría en calor. El problema era que, entonces, llegaría demasiado pronto al instituto. Se arrepintió de no haber esperado a sus amigos. Ahora que se veía sola en la carretera mal asfaltada y sin pintura que delimitase los dos carriles o los arcenes, se sentía estúpida.

Contuvo las ganas de llorar. Estrechó los libros con más fuerza y usó su melena para protegerse el rostro. Dudaba que los pocos coches que iban y venían se fijasen en ella, solo era otra de tantas estudiantes. Una a la que le aterrorizaban los cambios y ya eran demasiados.

De forma egoísta deseaba que Daniel y Adrián suspendieran selectividad. De esa forma no se irían a estudiar a la ciudad y todo seguiría como siempre. Tampoco quería escoger rama para bachillerato, porque cualquier elección la separaría de sus amigos. La sola idea le daba vértigo. Llevaban desde preescolar en la misma clase, ni siquiera en las optativas se dividían, y ahora cada uno tomaría un camino. Después, la universidad terminaría de alejarlos. Como a Daniel y a Adrián, como había visto tantas otras veces. Cada uno tendría su nueva pandilla, más afín a los gustos que se van adquiriendo con el paso de los años, y ella parecía ser la única que lo veía.

Sus amigos estaban convencidos de que su amistad era indestructible. A veces se preguntaba cómo estaban tan ciegos, si acaso no lo veían en la gente que los rodeaba. ¿Cuántos de sus conocidos conservaban su grupo de cuando eran niños? Ella no quería terminar reuniéndose con ellos una vez al año o limitando su relación a un wasap simpático durante las navidades, pero siempre era lo mismo.

Cogió aire, le era imposible no ser catastrófica. Necesitaba dejar de pensar en el tema. Por suerte, llegaba a la altura de la mansión en la que vivía Tasmi. Podría esperarla. Se congelaría mientras ella se arreglaba, pero entonces dejaría de ir sola y de darle vueltas a la cabeza.

Ni siquiera se detuvo al alcanzar la elegante verja negra que delimitaba la propiedad de su amiga. Había decidido ir sola al instituto y eso haría. Un poco de música evitaría que se rallase tanto.

Al sacar el móvil para conectar los cascos vio que había más mensajes en el grupo. Bajo el

divertido oso animado con una resaca importante que Isaac envió a primera hora, Toni informaba de que ya estaba listo, Sofi contestaba que también, y le pedía que la recogiera de camino. Leo había puesto varias zetas como si siguiera durmiendo, o estuviera muy dormido, pero él siempre estaba preparado a tiempo. Tasmí, por supuesto, no daba señales. Seguiría en la ducha.

«¿Reyes?» —preguntaba Leo.

El nuevo mensaje consiguió que se sintiera culpable. Isaac siempre iba con su madre, profesora de infantil. Si Toni recogía a Sofi, entonces Leo se quedaba solo. Si no estuviera tan cerca del instituto, Reyes hubiera dado la vuelta sin pensarlo siquiera. Tecléo con rapidez.

«*Me dio el agobio. De camino*».

Esperó atenta a la pantalla sin dejar de avanzar, mordiéndose el interior de la mejilla con arrepentimiento. Leo respondió con el emoticono de la mano con el pulgar hacia arriba. Ante esto, Reyes se sintió aún peor. Siempre tan comprensivo. Le mandó un par de besos con corazones y conectó los cascos. Para cuando salió del grupo, Isaac había acudido en rescate del descolgado. Su madre lo recogería en la plaza. Un nuevo mensaje directo de Sofi la obligó a sonreír.

«¿*Todo bien?*».

Reyes dudó. No sabía qué decirle. La carretera, el bosque que la envolvía y la calma de la mañana desaparecieron. Se vio en un vagón de tren, de pie entre los cadáveres de sus cinco amigos. El rojo de la sangre colapsó su vista y un inquietante regocijo substituyó cualquier atisbo de pena frente a la pérdida. Los había matado y después iría a por el resto.

Todo volvió a la normalidad y ella dejó escapar un jadeo. Un golpe de aire le revolvió el pelo y enfrió un poco su cabeza. Igual era hora de hacerle caso a su madre y prescindir de tanta peli de miedo. Vale que sentía que perdía a sus amigos, pero no por ello los quería muertos. Se pasó la mano que no sujetaba sus libros por la cara, envuelta en una sensación de lo más extraña.

El sonido de un claxon la hizo dar un brinco. Por un momento pensó que, distraída, había dejado el arcén para meterse en la carretera, hasta que reconoció la escúter azul de Adrián y a su hermano de paquete. Alzó el brazo para devolverles el saludo. Quería que se la tragara la tierra. A saber qué pensarían al verla caminar sola. De todo menos que tenía ganas de llegar pronto a clase. Al verlos desaparecer tras una curva, los ojos se le llenaron de lágrimas. Esa sí era la metáfora perfecta. Así, más o menos, los perdería. El móvil tembló en su mano, Sofi enviaba un par de interrogaciones. Volvió al teclado.

«*Sin fallo*».

Era una mentira, su amiga lo sabría, pero lo envió igual. Sofi no insistió, aunque Reyes supuso que se moría de preocupación. Lo arreglaría más tarde. En cuanto Sofi la viera bien se le pasaría.

Un ruido de hojas hizo que sus ojos fueran directos al bosque. Un hombre caminaba hacia el arcén y una alarma de peligro saltó en su mente. Reconocer quién era no desterró el malestar. Al encontrarse con sus ojos marrones sintió un escalofrío. Noel nunca le había gustado. No sabía por qué jamás habían hablado ni escuchó de él nada grave, pero era una de esas personas que, sencillamente, se le atragantaban. Al llegar a su altura, Noel esbozó una sonrisa.

—Hola, Reyes.

Reyes le devolvió el saludo con un gesto y siguió andando mientras se preguntaba qué demonios hacía él en el bosque tan pronto. Por el chándal que vestía era de suponer que había salido a correr, pero algo no encajaba. Se colocó los cascos con premura por si a Noel se le daba por hablarle, y apretó un poco el paso. *I'm an albatros*, de AronChupa, substituyó cualquier sonido.

Con gusto le habría girado la cara a Noel sin saludarlo, porque sí, pero en el pueblo primaba la cortesía. Todos eran vecinos, sus padres sabían qué hacía durante el día nada más poner un pie en su casa, y no tolerarían que su hija fuese una maleducada. La angustia la obligó a quitarse el auricular izquierdo. No quería aislarse tanto, podría venir un coche demasiado cerca, y le preocupaba que Noel estuviera tras ella.

No tenía motivos para tenerle miedo pero, con todo el disimulo que pudo, miró por encima de su hombro. Esperaba que sus rizos ocultasen su paranoia. Cuando lo vio de espaldas, caminando en dirección opuesta, soltó el aire y un quejido, segura de que se estaba volviendo loca.

Al llegar a la curva tras la que había desaparecido la moto de Adrián, a su lado pasó el coche de la madre de Isaac. Se detuvo para que Leo bajase. Desde el asiento del copiloto, Isaac la saludó con la mano.

Reyes le devolvió el saludo y sintió cómo las comisuras de sus labios se alzaban al encontrarse con Leo Estrada. El pelo rizado de su amigo, similar al suyo pero en rubio y mucho más corto, se veía oscurecido por la humedad. Sus ojos azules brillaban con cariño, y sus facciones casi perfectas reflejaban una complicidad absoluta.

—¿A quién hay que partirlle las piernas? —preguntó Leo con una sonrisa cómplice.

Reyes le rio la gracia y se colocó a su lado. Le debía una disculpa.

—Perdona, estoy tonta —reconoció con un puchero.

Leo puso los ojos en blanco.

—Estás rarita, sí —dijo antes de ponerse más serio—. Oye, sabes que puedes contarme lo que sea.

Reyes bajó la mirada, se concentró en las piedrecitas que se desprendían del asfalto y en las hojas dispersas. Podría comentar algo sobre el extraño sueño de esa noche en el que Adrián le decía que iba a matarla o sobre la visión repentina y grotesca. No quería decirlo, pero las palabras surgieron solas:

—Estoy *pilladísima* por Adrián.

Expuesto así, en voz alta, le sonó absurdo. El estómago se le revolvió y se insultó por lo bajo. Leo bostezó de forma exagerada, lo que consiguió que el genio de Reyes saltase y dejase de autocompadecerse. Antes de que ella despegase los labios, su amigo habló.

—Vale, tía. Dime algo que no sepa.

Reyes se quedó clavada en el suelo.

—¡No me digas que se nota! —chilló. Sintió el rostro en llamas.

—Calma —pidió Leo. Alzó los brazos en un gesto despreocupado y se esforzó por no reírse—. Claro que no se nota. Te lo noto yo porque soy tu amigo y te conozco como si te hubiera parido.

El alivio solo consiguió devolverle la sensación de tristeza. Reyes notó cómo las lágrimas corrían por sus mejillas, imparables. Todo cuanto había contenido arañaba su garganta.

—¿Y qué hago?

Leo la miró con pesar. La comprensión entre ellos siempre había sido inmensa, y Reyes tuvo la impresión de que su amigo también ocultaba algo. Leo hizo ademán de abrazarla, pero ambos sabían que entonces el llanto sería eterno, por lo que enlazó su brazo con el de Reyes para continuar el camino.

—Olvidarlo —respondió Leo, lamentando no poder decirle otra cosa.

6

SITUACIÓN DE LA CLASE

Al final de la carretera, antes de la explanada en la que los coches daban la vuelta para no terminar en mitad del bosque, un cercado verde señalaba el terreno que albergaba los centros educativos del pueblo. El edificio más pequeño, un bloque de cemento rectangular de cuatro plantas, era el destinado a primaria. Un edificio más grande, de idéntica estructura, se usaba como instituto y acogía no solo a los estudiantes locales, sino también a los de los pueblos limítrofes. Entre ambos, y rodeándolos, estaban las pistas de tierra, un pequeño campo de fútbol, un par de canastas y un parque infantil vallado. El terreno se alzaba junto a la carretera y, al otro lado de la vía, propiedades, viñedos y un par de casitas convivían con más bosque. Tras el centro educativo se encontraba una pequeña agrupación de árboles y el caudaloso río.

En la segunda planta del instituto, en un aula espartana con doce pupitres dobles, Carlos Álvarez observaba a sus compañeros con disimulo mientras sacaba sus libros de la mochila. Uno a uno entraban, en su mayoría con los ojos aún hinchados por el sueño. Una sonora carcajada al fondo de la clase consiguió que desviase sus ojos de la puerta. El origen era, por supuesto, la pandilla formada por Reyes, Leo, Toni, Tamara, Sofía e Isaac. Ya estaban todos y se arremolinaban al fondo junto al pupitre de Isaac López. Hablaban a pesar de los vestigios de somnolencia que Carlos percibió en más de un rostro.

Era su segundo año en el centro y desde el primer día supo que no tendría problemas en Lumeira. Allí no había grupo de populares ni matones ni nada relevante. Había solitarios y pandillas, compañeros que destacaban por algún motivo, pero en general ninguno era ni se consideraba mejor que el resto. El grupo que Carlos observaba sería uno de tantos, de no ser porque llevaba consolidado desde siempre y jamás había variaciones entre sus miembros. Era en parte admirable y en parte escalofriante. Los seis resultaban tan diferentes y, sin embargo, nadie recordaba verlos enfadados. Tal vez fuera por su norma más importante, un secreto a voces, que era y sería siempre no tener ninguna relación sentimental entre ellos.

Cuando Sofía Molares se movió para sacar algo de su carpeta, Carlos interrumpió su espionaje para no ser cazado. Volvió a mirar hacia la puerta a tiempo de ver cómo Elena Soto entraba. Los ojos castaños de la adolescente morena y bajita fueron directos al grupo de Reyes. Su expresión de disgusto hizo que se retorcieran las sutiles cicatrices que iban desde el cuello hasta su mejilla derecha. Carlos sintió una punzada de pena por su compañera. Su historia había sido

uno de los primeros cotilleos que escuchó. La tía de Elena, esquizofrénica, había intentado matarla. Carlos no sabía cuánto había de cierto en los detalles que le habían regalado sus primeras compañías, unos hablaban de cuchillos, otros de arañazos, pero las marcas sobre la piel de la adolescente sugerían que bastante.

Sin embargo, la expresión de disgusto de la adolescente no tenía nada que ver con el antiguo ataque. Elena era la compañera de Isaac, por lo que sabía que no podría acercarse a su sitio hasta que los amigos se dispersaran o empezase la clase. Lanzándoles miradas furtivas, vigilando a Toni, que era quien ocupaba su silla, se acercó a su amiga Carmen en busca de asilo hasta que el profesor llegase y los chicos se fueran a sus verdaderos sitios.

Carlos dejó de escudriñar a los demás y perdió la mirada por la ventana. El cielo empezaba a tornarse gris, en cuestión de minutos volverían las lluvias. Observó lo poco del río que dejaban ver las copas de los árboles. Le pareció que el agua se agitaba de un modo extraño y, por un segundo, creyó ver una enorme cola de pez. Una voz femenina muy suave y melódica se filtró en su cabeza.

—Nunca lo hemos tenido tan fácil. Haremos que surja con toda su furia. Ante un problema grave, las cinco se matarán entre ellas.

Carlos parpadeó, confundido. La voz se había ido apagando hasta desaparecer tras soltar aquella parrafada incomprensible. Vendría de otra aula. Estudió el río. Allí no había nada. La vista lo había engañado y él tenía quebraderos de cabeza más reales que un pescado gigante.

Por el trabajo de su madre, interina en la administración, Carlos había pasado por varios centros, y tenía que reconocer que el del pueblo era uno de los mejores. No en cuestión de nivel, no sabía si en eso era bueno o no, sino en cuanto a gente. Por mucho que los profesores protestasen, los separasen y varias veces tuvieran que mandar callar a más de uno, era una clase muy tranquila. Apenas había malos rollos entre los alumnos y, como todos se conocían, nadie destacaba demasiado.

En eso pensaba Carlos cuando Reyes ocupó el sitio libre que había junto a él. Cuando la sentaron a su lado al comenzar las clases —lo primero que hacía el tutor era separar las pandillas—, su carácter tímido y reservado mantuvo un pulso con el de ella que duró varias semanas. Un trabajo de historia los obligó a entablar más que un par de frases. A Reyes debió de caerle en gracia o darle pena, porque desde entonces charlaba con él en los descansos, e incluso si se encontraban por el pueblo. Le habría gustado estar más con ella, y le hubiera dolido que no lo incluyera dentro de su grupo de amigos de no ser porque era evidente que no dejaban entrar nadie.

—Hola —saludó Carlos con una sonrisa mientras la chica sacaba las cosas de clase como si cada papel pesase una tonelada.

Reyes hizo una mueca de desagrado.

—Hola —respondió sin entusiasmo.

—¿Un mal día? —preguntó Carlos.

—*Nah*, solo tengo ganas de que se acabe esto —dijo ella recogiendo el pelo en un improvisado moño.

Carlos asintió. Él no tenía tantas ganas de que terminasen las clases. Su vida social se limitaba a las horas lectivas. Se veía ante un verano solitario y aburrido. En ese tiempo había trabado alguna que otra amistad, pero no había cosas interesantes que hacer, y ser el chico nuevo en un pueblo tan pequeño lo convertían en el eterno extranjero, por lo que no contaban demasiado con

él.

El profesor entró en el aula con un «buenos días» y una mirada cargada de advertencias para que fueran guardando silencio. Mientras el hombre alto y desgarbado de pelo canoso y gafas gruesas se acomodaba en su mesa, Carlos volvió a hablarle a Reyes en un tono más bajo.

—Oye, ¿qué se meten tu hermano y su colega?

Reyes dejó de rebuscar en su carpeta y lo miró desconcertada.

—¿De qué hablas?

Carlos esquivó sus ojos negros. Ante su tono defensivo, pensó que había metido la pata, pero era tarde para enmendarlo.

—No sé, parece que los estén hinchando con un bombín. Cada vez están más cachas.

Se relajó cuando ella rio de forma discreta.

—Supongo que será por el deporte —concluyó Reyes, quien parecía no haberse dado cuenta del cambio.

Carlos la miró con escepticismo.

—Ya, si por jugar al balonmano me voy a poner así de cuadrado me meto ahora mismo en el equipo.

Reyes volvió a reír ganándose una dura mirada del profesor. Con un susurro de disculpa se centró en sus libros.

Quedaban muy pocos días de clase, con lo que los ánimos estaban demasiado revueltos y al profesor iba a costarle mantener la atención de los alumnos. Carlos supuso que el hombre deseaba tanto como ellos dejar de acudir cada día, pero no le quedaba otra.

Aburrido, las matemáticas no le gustaban nada, Carlos observó los rostros de sus compañeros de clase. Le llamó la atención ver a Toni escribiendo en una hoja como si le fuera la vida en ello. En su rostro una sonrisa burlona señalaba que no estaba inmerso en nada bueno. El macarra de la pandilla de Reyes le imponía mucho respeto, era bastante borde, pero no podía negar que era simpático. Creyó saber lo que hacía, estaba con una «situación de la clase», y se le escapó una risita.

Le dio un codazo a Reyes para que lo mirara. De forma discreta, señaló con su cabeza al amigo más bajo. En cuanto Reyes lo localizó, también ella esbozó una sonrisa divertida.

Carlos nunca había visto algo semejante. Se necesitaba un oído fino para conseguir una buena «situación de la clase» e ignorar bastante la lección del día. Consistía en ir anotando frases o palabras sacadas de las charlas entre compañeros y de lo que dijera el profesor. Al final, lo que quedaba era una extraña mezcla, un sinsentido, de lo más curioso.

Miró la hora. Aún faltaba para terminar. Con sumo esfuerzo se concentró en la monótona voz del profesor, cubriéndose la boca con la mano cuando le fue imposible contener el bostezo.

El timbre arrancó un suspiro de alivio a más de uno, lo que consiguió que el profesor menease la cabeza antes de empezar a recoger. Se despidió y salió por la puerta. Regresó el movimiento a la clase, pero Toni se puso en pie, dejó su sitio para plantarse ante el encerado y agitó el papel en el que había estado escribiendo.

—Nenas y nenes, situación de la clase.

Entre risas y curiosidad, todos prestaron atención a Toni, quien empezó la lectura tras un carraspeo dramático. Tras el primer punto, que correspondía al profesor, a medida que Toni pronunciaba las palabras robadas, los que las habían dicho levantaban la mano.

- *Buenos días*
- *Me voy a poner así de cuadrado*
- *Lo pensaba hacer mañana*
- *Casi al caer*
- *Tres frentes son*
- *¡Mestre!*
- *Todos odian la maldición*
- *Le pregunto mañana*
- *Y un huevo*
- *Coefficientes del dividendo ordenados*
- *Pásale esto a Carmen*
- *En una esquina*
- *¡Qué te calles!*
- *División por $x-2$*
- *Fue Ruffini*
- *Hasta mañana*

Carlos sintió una inquietud rara con dos de las frases: «tres frentes son» y «todos odian la maldición». En su mente habían sonado como una sentencia. Sus ojos fueron de nuevo a la ventana y al río. Un escalofrío lo obligó a apretar los párpados. Sugestión, se repitió en su mente.

La culpa era de sus abuelos, a quienes no podía decirse que les tuviera especial cariño por lo raritos. Ellos le habían contado un cuento chino cuando se enteraron del traslado a Lumeira. Para sus abuelos el pueblo era importantísimo porque un brujo lo maldijo. O algo así. Carlos no solía prestar demasiada atención a las chaladuras de los ancianos, pero siempre quedaba registrado algún detalle en su cabeza. Menos mal que vivían lejos. Ser el nieto de la bruja local era casi tan incómodo como ser el nuevo. Tanto él como su madre mantenían el contacto por respeto, por parentesco y, sobre todo, porque comprendían que la muerte de su hijo los había dejado tocados. Lástima que no pusieran de su parte al pasarse el día hablando de cosas imposibles.

Sobre Lumeira, decían que fue el lugar en el que se refugiaron las últimas criaturas mágicas de la tierra con intención de hacer su vida y no dar pie a enfrentamientos con los humanos. A la mención de la wicca y de los celtas, Carlos había empezado a pensar en sus cosas. Dudaba que determinados símbolos como la triqueta o el árbol de la vida indicasen a una especie sobrenatural concreta o que gracias a ellos se los pudiera controlar o invocar. Lo mejor era que la cruz celta o la solar —hasta donde sabía símbolos de protección—, correspondían a los demonios. De sus propias deducciones, Carlos entendió que un brujo con poder real se cabreó con los humanos por perseguir a su comunidad y querer exterminarlos sin motivo. A través de una maldición, convirtió en sobrenaturales a los humanos que encabezaban los ataques.

Carlos sabía que no era un hecho real, pero al poco de llegar al pueblo, por eso de entablar conversación con sus nuevos compañeros, comentó el cuento de su abuela. Quedó como un idiota porque ni siquiera les sonaba.

Más enfadado que asustado, espantó el mal rollo y devolvió la atención a la clase. La profesora de inglés entraba por la puerta interrumpiendo los aplausos y las risas. Nada más ver a Toni haciendo reverencias junto a la mesa grande, la mujer alzó la vista al techo.

—Antonio, a tu sitio —dijo con impaciencia.

—Todo suyo, *Teacher* —respondió Toni moviéndose entre los pupitres.

Carlos sonrió como el resto. Del mismo modo que muchos estudiantes temían hablar con Toni por si les soltaba alguna réplica burlona, a los profesores les preocupaba que les saboteara la clase. No solía hacerlo, salvo interrupciones puntuales, pero el chico podría salir por cualquier parte.

Por lo que Carlos sabía, ese iba a ser su último año de instituto. El mismo Toni se había encargado de anunciarlo a bombo y platillo. Qué iba a hacer después era todo un misterio. Muchos apostaban a que seguiría el camino de Saúl, el hermano mayor de Toni, lo que implicaba que terminase muy mal. Unos pocos daban por sentado que se pondría a trabajar, y solo los más crédulos lo veían estudiando un ciclo medio. Estos últimos eran, por supuesto, los miembros de la pandilla de Reyes, quienes parecían estar ciegos ante su amigo. Él lo tenía claro, Toni jamás llegaría a nada. Era un hecho comprobado que los graciosos de la clase, los que tanto resaltan, alcanzan un futuro mediocre. Y la verdad, le daba pena. Con el ingenio que el chico tenía para todo lo que no fuera correcto, seguro que podría sobresalir en cualquier profesión si se lo proponía.

Se fijó en él con disimulo; que Toni te pillara mirándolo con fijeza era bronca asegurada. Como no, ni siquiera había sacado sus apuntes. Aprobaba por los pelos el curso, pero era evidente que podría haberlo hecho mucho mejor. Incluso había salvado el examen de tecnología, en el que más de media clase se las veía en la repesca. Terminaría igual que Saúl, del que ahora se decía que pasaba droga. Sin embargo, a Carlos le parecía impensable que sus amigos fueran a permitirle meterse en semejantes jardines. Ellos lo apoyaban, creían en él, y eso era lo único que separaba a Toni de los problemas.

Sus ojos fueron de Toni a Sofía. La chica tenía el ceño fruncido en un gesto de concentración. El inglés y ella mantenían una enemistad épica. Como Reyes, Sofía se había sujetado el pelo cobrizo, pero al tener solo media melena apenas podía considerarse que llevase coleta. Sus ojos color café estaban fijos en el encerado, el derecho a través del extraño flequillo, como si quisiese memorizar todo lo que la profesora escribía en la pizarra.

Carlos no recordaba haber cruzado palabra con Sofía. No era reservada ni borde, sino muy tímida. Las pocas veces que la había oído charlar con sus amigos le reconoció ingenio y simpatía. Algo que, al parecer, reservaba solo para su círculo más íntimo. Estaba seguro de que si él le hablaba no recibiría un mal gesto, pero la haría pasar un mal momento.

Pasó a otro de los colegas de Reyes, Leo, y descubrió que también él miraba a Sofía. Por el gesto del rubio de rizos, sus pensamientos iban por otro camino. Carlos no era un especialista en el amor, pero podría jurar que el chico bueno del grupo de Reyes estaba colado por Sofía. Impresionado, Carlos devolvió la vista al frente. Los ojos azul oscuro de Leo brillaban cargados de pesar. Le vino a la cabeza esa norma que tenían de no enredarse entre ellos. Eso sí era una faena, a él se lo parecía.

Como el idioma no era un problema para Carlos, le gustaba y le resultaba facilísimo, siguió analizando al grupo de Reyes por si encontraba nuevos datos succulentos. No era un cotilla, pero observar a las personas, descubrir e imaginar sus vidas, rascar bajo la superficie, era una costumbre que tenía.

Solo le quedaban Isaac y Tamara Santomé, Tasmi para los amigos. Se fijó en ella y procuró

mantenerse inexpresivo al localizarla sentada en mitad de la clase con su premeditado aire de diva. Para él ni siquiera era guapa, por muy rubia de ojos azules que fuera. Normalita, pero se arreglaba tanto que, como solía decirse, daba el pego. Era la pija y estaba orgullosa de ello y del dinero de su familia. La mansión de piedra, la piscina del jardín junto a la pista de pádel y las fiestas que organizaban eran un alarde que despejaba cualquier duda acerca del carácter vanidoso y clasista de los Santomé. Carlos se preguntaba cómo Tasmi toleraba a Toni o a Isaac como si fuesen uno más. No terminaba de entender qué hacía ella con Reyes y amigos ni ellos con Tasmi.

Como Tasmi le parecía irrelevante, observó a Isaac. Su pelo rojizo, peinado de forma desordenada, le daba un aspecto travieso. Le parecía el mediador del grupo, más accesible y más sencillo. Una persona sin dobleces, de mirada dulce y muy diplomático. Sobre todo, era el que frenaba a Toni cuando este se enfadaba sin motivo, o con él.

Sus ojos dieron con el perfil de Reyes. Estaba absorta, pensando a saber en qué. Ella también le parecía una persona compleja. Ahora que se llevaban bien, su opinión era diferente porque cuando la conoció le resultó la típica borde. Algo de chulería no le faltaba, pero era una mezcla entre Toni y Sofia. Tenía su punto macarra y una timidez de la que derivaba todo. Estaba seguro de que le costaba abrirse hasta con los suyos. Suponía que ellos también la comprendían y por eso les iba tan bien juntos.

Carlos miró su libreta abierta sobre la mesa. La hoja impecable, ni un solo apunte. Cogió el bolígrafo y empezó a garabatear parte de lo que la profesora había escrito en la pizarra. De poco servía a esas alturas, las últimas clases eran solo una forma de pasar el tiempo. Ni aprenderían lo que no aprendieron durante el curso, ni le prestarían especial atención, pues sus cabezas estaban ya en las vacaciones de verano. Unas vacaciones que le daban un poco de miedo. No quería estar solo. Se llevaba genial con su madre, la adoraba, pero necesitaba tener más amigos. Su mente le recordó que en cualquier momento se marcharían. Pensó en todos los lugares por los que había pasado y, sin duda, Lumeira era el que más le gustaba. Hablaría con su madre, sabía que a ella también le gustaba el pueblo. Tal vez, si se quedaba sin trabajo o si el nuevo puesto no estaba muy lejos, podrían quedarse. Entonces, con más tiempo, igual rompía las estadísticas y terminaba siendo uno más en el grupo de Reyes. Reprimió una sonrisa cargada de esperanza. Su mente volvió a susurrarle: «cosas más difíciles se han visto».

SIEMPRE DISPONIBLE

A las afueras de Vigo, en el polígono de Valladares, Saúl Villar se sentó a la barra de la única cafetería. No le gustaba el sitio, pero el café de máquina de la fábrica en la que trabajaba le revolvió el estómago.

Lo bueno de ser un habitual era que no necesitaba cruzar palabra con los camareros. Llegaba, se sentaba en uno de los taburetes altos y, minutos después, le plantaban un café con leche templado delante de las narices. Los camareros también agradecían no tener que darle charla. Sus ropas flojas, su cabeza afeitada, sus *piercings*, sus tatuajes y su expresión agresiva le permitían gozar de un amplio espacio a su alrededor. Su móvil vibró en el bolsillo de la cazadora. Cerró los ojos con fuerza y apretó los dientes.

—Siempre hay alguien jodiendo —murmuró sacando el aparato para ver quién era.

No reconocía el número, pero le era indiferente. Cuando en el teléfono sonaba *Thrift Shop*, de Macklemore & Ryan Lewis, era porque le tocaba hacer desaparecer pruebas. Contestó con un gruñido. Una voz femenina, suave y algo agitada, se le metió en la cabeza.

—Necesito que vengas al aparcamiento que hay junto al antiguo hospital Xeral. Date prisa, por favor.

Saúl torció el gesto, su café ya estaba listo. Se llevó la mano al costado izquierdo para detener el hormigueo en el awen tatuado. Sutil modo de descubrir qué bicho raro estaba al otro lado de la línea: una vampira. «Estupendo», pensó con ironía.

—Yo no me *teletransporto*. Llegaré cuando pueda —dijo antes de colgar.

Se llevó el café a los labios. El calor que emanaba de la taza lo previno, y se detuvo antes de escaldarse la lengua. Su ánimo se ensombreció más por lo difícil que les resulta a algunos camareros entender el concepto de templado. Le hizo una seña al *barman*, quien, con una disculpa, se lo puso en un vaso para llevar. Sin ganas de follones, porque no tenía tiempo, Saúl dejó el euro sobre la superficie brillante, y se dispuso a acudir al rescate de la dama a la que seguía sin ponerle rostro.

Nada más regresar a la calle el aire frío lo golpeó. A grandes zancadas, frotándose la mano libre contra el vaquero, fue hasta su moto, una Ténéré gris aparcada en primera línea. Necesitaba unos guantes, tal vez a primeros de mes pudiera conseguir unos. Tenía los dedos entumecidos por el viaje de ida y porque la piel, de tan expuesta, estaba plagada de grietas. Desde hacía unos

meses algún tipo de metal, o lo que fuera que hubiera en el ambiente de la fábrica, le originaba una reacción alérgica. Sus manos se veían horrorosas, parecían despellejadas, a un paso de quedar en carne viva. Tenía que echarse una crema que le había recetado el médico de la empresa. Algún día la compraría.

Destapó el vaso de café a la espera de que el fresco de la mañana templase la mezcla. Si su retraso le suponía a la chica más problemas, ya lo solucionaría luego todo junto. Una vez terminara con ella tocaba hacer malabares para que su jefe no lo abroncara por llegar tarde...

Con rabia, lanzó el vaso contra el aparcamiento. Su café con leche salpicó un par de defensas de los coches estacionados. Se puso el casco y subió a su moto. Al acelerar, las marcas de la rueda se grabaron en el suelo. Un mundo de reproches estalló en su cabeza. Él tuvo una vida. Hasta los dieciocho años no es que todo fuera de maravilla, pero era mejor que esto. Ahora, se reducía a acatar unas normas con las que ni siquiera estaba de acuerdo. Un coche le pitó por salir demasiado deprisa de la calle principal del polígono. Saúl le enseñó el dedo corazón y siguió conduciendo de forma temeraria. Matarse en un accidente de moto no era una opción.

Las calles de Vigo, repletas de vehículos incluso a primera hora de la mañana, se sucedieron en su avance. Tras saltarse un par de semáforos en rojo, dejando tras él una estela de cláxones y sonidos de frenadas, llegó hasta el hospital Xeral. El edificio sanitario había echado el cierre años antes, pero el tráfico en la zona no había disminuido lo más mínimo. Se dirigió a la calle lateral donde los coches aparcaban en batería. La chica no había concretado, pero era lo único que podía considerarse aparcamiento, a excepción del *parking*.

Bajó de velocidad para hacer un barrido. El lugar siempre le había parecido un curioso contraste. En la estrecha acera de la derecha estaba la moderna fachada del hospital. En la de la izquierda, más estrecha si cabe, se encontraban los muros de piedra, saboteados por el tiempo y las pintadas. En otro tiempo contuvieron los terrenos de grandes mansiones. Ahora, los portalones de hierro estaban tapiados con ladrillos desnudos y el amarillo de la flor del tojo destacaba sobre el verde de la maleza que invadía tierra y edificaciones. Esperaba encontrarse a una pija y, en efecto, allí estaba. En la acera opuesta al hospital, a la altura de la residencia juvenil y las ruinas de la mansión La Rosaleda, una melena pelirroja asomaba entre dos furgonetas. No parecía haber nadie más en la calle, al menos a ese lado.

Dejó la moto tras un monovolumen y se acercó mientras se quitaba el casco. Ahora sí que no tenía ni idea de por qué lo había llamado. Allí no pasaba nada. En cuanto pudo ver el suelo se quedó paralizado. Junto a la chica, menuda, estilizada y vestida con un bonito traje de pantalón y chaqueta verde, había dos cuerpos. Saúl silbó impresionado antes de mirar a la chica, quien ni siquiera parecía haberse despeinado.

Las mejillas de ella se encendieron bajó la vista azorada. Al encontrarse con los cuerpos, miró hacia el muro de piedra del internado.

—Intentaron atracarme —susurró a modo de disculpa.

Saúl no lo ponía en duda. A simple vista parecían dos yonquis. La zona solía estar repleta de ellos, siempre atentos para señalar los codiciados sitios a cambio de unas monedas. Seguro que fueron a por ella, y al ser una novata en su condición, se había pasado con su fuerza.

—¿Te has comido a dos *gorrillas*? —necesitó preguntar.

Al margen de lo asqueroso que le resultara ese instinto en los vampiros de beber sangre, en apariencia la chica ni siquiera habría podido con medio. Suponía que les había dado una paliza,

pero no podía evitar tomarle el pelo.

El gesto de horror y repulsión que substituyó la vergüenza consiguieron que Saúl sonriera.

—¡Claro que no! —exclamó ella ofendida—. Yo... Aparqué aquí, iba a darle calderilla a este, y el otro se me echó encima.

Saúl la miró de arriba abajo con descaro.

—Me da que la calderilla les importaba una mierda. —Le pareció una chica bastante guapa, para ser una pija, claro.

—Pero qué listo eres. ¿Vas a ayudarme o no? —preguntó ella a la defensiva.

Saúl se cruzó de brazos. Estaba obligado a ayudarla, pero ella no parecía saberlo. Era bastante nueva, tendría tres años menos que él. Dudaba que llegase a los veinte.

—¿No puedes llamar a tu papá abogado?

En un primer momento ella pareció asustada, como si temiera que Saúl fuera a marcharse. Él se contuvo para no reírse. Si usara más esa cabeza tan bonita, entendería que él no se hubiera desplazado hasta allí por nada. Vio cómo le temblaban las manos. Saúl estuvo a punto de compadecerse porque era obvio que no estaba pasando un buen momento. Para su sorpresa, la pelirroja alzó el mentón y volvió a ponerse a la defensiva.

—Mi papá es mecánico. No a todos nos sobra la pasta.

Cada vez le parecía más atractiva, por lo que más le valía terminar el trabajo pronto.

—Pues lo disimuláis de puta madre —dijo acercándose a los cuerpos—. Ya puedes largarte.

La chica solo se movió para dejarle espacio. Sus ojos color miel, de aire felino, lo seguían con curiosidad.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella.

Saúl se acuclilló entre los cuerpos. Desprendían un olor asqueroso, o tal vez fuera el propio de la calle.

—¿Y a ti qué te importa?

—Lo llevo a saber y llamo a otro —protestó ella con los brazos en jarras, sin la menor intención de irse.

A Saúl le estaba costando concentrarse. La calle olía mal, pero supuso que el agradable perfume que le llegaba con el viento era cosa de la chica. Una colonia cara, dulce, sin resultar empalagosa.

—Me estás molestando —gruñó Saúl—. Ya me has jodido el café, ¿puedes dejar de estropearme la mañana?

Saúl se fijó bien en los hombres. No pensaba tocarlos, ni falta que hacía. No había rastro de incisiones y una vena palpitaba en su cuello. Solo estaban inconscientes. Sus ojos dieron con los elegantes zapatos, cuya punta asomaba bajo el pantalón. Allí seguía ella. Se ordenó no mirarla. Volvió a los cuerpos. No tenían nada grave, salvo un par de moratones obra de la defensa de la chica. Por si acaso, decidió meterles en la cabeza que se habían pegado entre ellos. Fin del problema.

Cuando se incorporó de nuevo la encontró a un paso, abrazada a sí misma. Su rostro desvelaba lo que sentía. Apretaba los labios para no llorar, sus ojos estaban enrojecidos. Le pareció tan vulnerable que actuó de forma refleja. Saúl le acarició los brazos con suavidad. Le hubiera gustado decirle algo tranquilizador, pero la sorpresa lo dejó mudo cuando ella se echó contra él y rompió a llorar. Tardó un par de segundos en abrazarla.

—Oye, nena, tranquila —dijo Saúl, tan halagado como incómodo—. Ya ha pasado todo. Venga, sepárate, que esto empieza a parecer un remake de *West side story*.

Para alivio de Saúl, ella rio. Se separó con la vista fija en el suelo mientras se secaba el rostro, con cuidado de no arruinar su discreto maquillaje. Saúl dejó una mano en su cintura y, con la otra, le alzó la barbilla.

—Tengo que irme, no es nada personal.

Durante unos momentos sus miradas se encontraron. A Saúl le pareció preciosa. A su pesar, pronto sería tan insufrible como sus congéneres.

—Que no te estropeen —dijo antes de darle la espalda.

No volvió la vista atrás, se puso el casco y arrancó. Fue fácil desterrarla de su mente, porque ahora le tocaba vérselas con su jefe.

8

ESTÁ EN TUS OJOS

A media mañana, Reyes y Toni dejaron el aula al salvarse del examen de tecnología. El Tablas, como solían llamar al profesor, se caracterizaba por sus exámenes retorcidos. Ellos eran de los pocos que habían aprobado y tenían una hora libre antes del recreo.

Si el instituto quedase más cerca de la plaza, o del grueso del pueblo, podrían haber pasado el tiempo en la única cafetería local, un bar ideal para echar las partidas de cartas, concurrido de jóvenes y jubilados. A su pesar, estaban justo en el extremo opuesto, la última calle antes del enorme bosque que ascendía hasta los acantilados, famosos por el castillo que se erigía en lo alto.

Para fastidiarlos un poco más, el cielo estaba cubierto de nubarrones grises y la llovizna empapaba el suelo. Sin opciones, se fueron hasta el patio cubierto, donde algunos estudiantes del último curso pasaban las horas entre examen y examen o a la espera de las notas finales.

Reyes y Toni ocuparon las gradas de cemento pintadas de verde, a distancia del único grupo que había, compuesto en su mayoría por chicas. De allí salía la música de fondo, probablemente de algún móvil. Álvaro Soler amenizaba el entorno con *Bajo el mismo sol*. En la pista, los de segundo habían formado dos equipos mixtos para disputar un partido de balonmano. Este era el deporte rey local, el equipo femenino y el masculino eran bastante buenos y tenían un par de trofeos para constatarlo.

Nada más sentarse, Reyes localizó a su hermano, quien solía jugar de centro. Con la mano vendada sosteniendo la pelota de cuero, Adrián se dirigía a grandes zancadas hacia la portería. Por lo que se decía, era un fantástico extremo izquierdo. Reyes los creía, aunque de balonmano no tenía ni idea.

La forma de moverse de Adrián la cautivó por completo. No llevaba ropa de deporte, pero eso no impedía que avanzase por el campo como si le perteneciera. No había rastro ni de su cazadora de moto ni del jersey que le había visto durante el desayuno. Igual que ella, Adrián solía usar cazado deportivo, salvo los días más lluviosos. Los vaqueros se ajustaban a sus muslos y la camiseta azul de manga corta dejaba intuir su musculatura. Tremendamente *sexy*. El pelo negro, despeinado, bailaba alrededor de su rostro. No podía considerarse melena, pero tampoco corto. Reyes recordó el sueño de esa noche; en él sí lo tenía largo, y le sentaba de maravilla. Mejor desterrar lo visto, sobre todo por lo que Adrián le había dicho. Él iba a matarla. Bien pensado podría ser otra metáfora. Como Reyes siguiese sintiendo por él lo que sentía, terminaría muerta.

Hora de regresar al planeta tierra.

Reyes quería apartar la vista, no fuera a desencajársele la mandíbula o perderse entre suspiros, pero no podía. Le pareció escuchar un rumor de agua, similar al que originaba el río en las zonas en las que había pozas. El sonido empezó a convertirse en una especie de murmullo, casi una melodía, hasta definirse. Entonces, una voz femenina y suave se pronunció: «Quieren detenerte». Reyes miró a su alrededor buscando a la propietaria de aquella voz. Como allí no había nadie que le hablase, ni le encontraba sentido a la frase, su atención regresó al campo y, muy a su pesar, a Adrián.

Toni también miraba a los jugadores, pero con expresión de hastío. Varios, sin contar las chicas, eran bajitos. Quizá no tanto como él, pero la altura no era relevante en ese juego. Más de una vez pensó en anotarse en el equipo, parecía divertido. El miedo al ridículo, a no ser bueno, se lo impidió. Prefería comerse árboles en confianza con sus amigos, que fallar un penalti en público. Además, le gustaba la ropa de deporte, pero no se veía entre los colores chillones del equipamiento. Amarillo, verde y morado. En su opinión, serían muy buenos, pero no podían ser más horteras. Inmersos en el juego, ninguno miraba hacia las gradas. Parecían felices. Toni los envidió también por esto. Más le valía pensar en otra cosa.

—¿Informática y comunicaciones o sistemas microinformáticos y redes? —le preguntó a Reyes.

Como su amiga lo miró con cara de no entender de lo que estaba hablando, le explicó que eran los dos ciclos que le rondaban por la cabeza. Que ella le sonriera con cariño logró que se sintiera aún más pequeño. Estaba orgullosa, se alegraba por él. Toni sintió el peso de la responsabilidad. No quería defraudarla, ni a ella ni a sus otros amigos ni a su madre. Quería aprobar el ciclo, tomárselo en serio, pero se conocía lo bastante para saber que no iba a ser una tarea fácil mantener sus propósitos.

—Sistemas microinformáticos y redes suena que te cagas, aunque no tengo ni idea de lo que es —dijo Reyes tras meditar un poco.

Toni se encogió de hombros y sus ojos fueron al grupo que estaba en las gradas, deteniéndose con interés en las chicas. A varias no las había visto nunca. Se estiró un poco en su sitio. No sería alto, pero sí podía presumir de cara bonita. Gustaba al género femenino, se daba cuenta, y eso lo ayudaba a superar sus miedos. Había cazado a más de una compañera de clase mirándolo y, cuando él les hablaba, se percibía el nerviosismo en ellas. A veces por lo que él pudiera decirles, otras porque si Toni veía posibilidades no le suponía el menor inconveniente plantarles un beso en la boca, en la mejilla o en el cuello.

—Yo tampoco, pero de lo que he visto es lo que más me mola —comentó estudiando a las foráneas de las gradas. Relajó un poco su postura al percibir que lo superaban en años. Debían venir de la ciudad. Él no dejaba de ser un adolescente, no podía competir con los del último curso. Todavía jugaban en ligas distintas, por lo que mantuvo los pies en el suelo—. De meterme en el ciclo, tiene que ser en el instituto de Teis, en Vigo. Es el que mejor le queda a mi madre para llevarme y traerme. Eso es lo que hay.

—Pues habrá que echarle un ojo —dijo Reyes, dispuesta a ayudarlo a decidirse. Vio que la atención de Toni estaba en el otro grupo que había en las gradas, y la curiosidad le pudo—. ¿Qué?

Toni dejó salir su expresión más maliciosa.

—La tipa esa se está merendando a tu hermano.

Reyes se puso en guardia. Bajo las indicaciones de Toni, localizó a una atractiva mulata que no le quitaba los ojos de encima a Daniel. Debía ser de la ciudad, del pueblo no o la conocería. Se fijó mejor en las otras chicas. De las siete que eran solo dos le sonaban de la clase de su hermano. Rondarían los dieciocho, y le pareció que iban demasiado arregladas para visitar un instituto. Pantalones ajustados que dejaban ver unos cuerpos esbeltos, muy de catálogo de ropa. Complementos en cantidades industriales. Por supuesto, tacones.

—¿Y esa quién es?

Toni negó con la cabeza.

—Es la primera vez que la veo, seguro. La recordaría.

A Reyes no le hacía ninguna gracia. Intentó ver qué le parecía a Dani lo de su admiradora, pero su hermano no se había dado cuenta.

—Ups, alguien te está midiendo... —alertó Toni con diversión.

Reyes devolvió la vista a la guapa desconocida. Le llamó la atención otra chica sentada a su lado, o más bien le llamaron la atención sus pendientes. Dos cadenas largas, muy brillantes. Notó un cosquilleo en la nuca. Unos pendientes bonitos, pero que no le gustaban ni un poco. Y tanto que estaba rarita. Mejor centrarse en la fan de su hermano, quien, en efecto, la estaba mirando. Sus ojos marrones estaban puestos en su persona. La chica la medía, para encargarle un ataúd. La fan de su hermano no solo era celosa, sino también una engreída. La advertencia impresa en los ojos de la chica la incomodó.

En la pista, una falta detuvo el partido y los jugadores lo aprovecharon para ojear a su alrededor. Reyes ignoró a Adrián por si también él buscaba a alguna fan en el otro grupo, y observó a su hermano. La inseguridad la envolvió. Estaba conforme con su aspecto, sobre todo cómoda pero, en ocasiones, se sentía insignificante, por no decir una paleta. Lo notaba cada vez que iban a la ciudad o la ciudad se paseaba por el pueblo. Entre lo poco que ella y su pandilla salían de allí, y su poca pericia al vestirse, Reyes sabía que no estaba a la altura de otras adolescentes de su edad. Igual si ella empezaba a ponerse tacones, escote y se pintaba como una puerta, Adrián se daba cuenta de que también era una chica. Debía centrarse en su hermano y espantar unas ideas que no venían a cuento.

Daniel localizó a la mulata, los ojos verdes le brillaron y se creció orgulloso. Saludó a la chica con la cabeza, con estudiada normalidad. Reyes se tragó el ataque de risa por lo fanfarrón que era. Daniel la localizó a ella y a su gesto burlón, y la estampa se le vino abajo. Daniel volvió a mirar a la mulata, regresó a Reyes, quien se lo estaba pasando en grande con su apuro.

—Apuesto a que se teme que le chafe el tonto —murmuró Reyes con una risa discreta.

Toni también rio por lo bajo.

—No seré yo quien te lo impida.

Era tentador, pero ella nunca se metería en la vida amorosa de Daniel, sobre todo para no dar pie a que él se metiera en la suya, si es que algún día llegaba a tenerla. Se limitó a hacerle un guiño cómplice a su hermano que la desconocida malinterpretó. Por la cara de la mulata, su hermano iba a tener que dar un montón de explicaciones. Debía ser su novia. Reyes esperaba que no por mucho tiempo, pero se repitió que era problema de Daniel. Con un gesto de inocencia hacia su hermano, se centró en Toni para no estropearlo más.

—La cagaste —aseguró Toni.

—Mierda, va a matarme —lamentó Reyes.

Toni pareció dudar.

—¿Tu hermano o ella?

Reyes no supo responder, probablemente ambos. Carlos y Elena entraron en el patio cubierto. Se sentaron con ellos un poco incómodos bajo la presencia de Toni, por si los echaba con cajas destempladas. Al ver que el macarra del grupo no parecía encontrar nada malo en la reunión, Carlos les sonrió a ambos.

—Somos unos *chapis* —bromeó.

Toni lo miró con seriedad.

—Habla por ti —lo cortó de forma seca.

Las mejillas de Carlos se encendieron, se sentó junto a Reyes, lo más lejos que podía de Toni. Por su parte, Reyes le lanzó a Toni una mirada de desaprobación.

—Ni caso —le dijo Reyes a su compañero de pupitre con complicidad—. ¿Qué tal el examen? Carlos resopló con fastidio.

—Bien, supongo. Tuve ayuda —reconoció a media voz.

Reyes enarcó una ceja al entender que estaba hablando de chuletas.

—¿Boli o papel? —curioseó.

Carlos rio con nerviosismo.

—Boli. Rallé un Bic con las formulas —confesó en voz todavía más baja, antes de abrir mucho sus ojos pardos—. Y casi infarto cuando el Tablas me pidió el boli para anotar una cosa. No se dio cuenta del grabado... creo.

Reyes puso cara de circunstancias, se imaginaba el susto. Se vio en la obligación de animarlo.

—Si te hubiera pillado no te hubiera dejado hacer el examen, seguro que no hay fallo.

—Eso espero —dijo Carlos con una sonrisa franca.

Carlos la observó unos segundos de forma fija, perdido en sus ojos de tal forma que Reyes se revolvió cohibida.

—¿Conoces los anillos esos que cambian de color con el estado de ánimo? —preguntó él sin venir a cuento.

Nerviosa, Reyes se colocó el pelo detrás de la oreja. Carlos le caía bien, era una de las pocas personas con las que tenía trato al margen de sus amigos, pero a veces la forma en la que la miraba la hacía sentirse expuesta.

—Sí, claro. Una pijada —Había tenido uno, le encantaba, pero no lo reconocería ni bajo tortura.

—Pues así son tus ojos —aseguró Carlos.

La sorpresa pudo con los nervios y Reyes lo miró con confusión, antes de soltar una carcajada. No estaba segura de si estaba coqueteando con ella, pero lo parecía. Como no sabía qué hacer, decidió seguir en un tono más cómico. Parpadeó de forma exagerada.

—¿Mis ojos? ¿Me lo explicas?

Carlos también rio, un poco abochornado, y le señaló el rostro.

—Depende de cómo estés, tus ojos son más o menos oscuros.

Reyes ladeó el rostro de forma encantadora y le sonrió.

—Mis ojos son marrones, colega —puntualizó, sin idea de qué le estaba diciendo.

—Sí, sí —dijo Carlos agitando las manos. Se acercó un poco más a ella, su rostro a un palmo del de Reyes.

—A veces marrón oscuro, en serio. Pero cuando te cabreas, negro chamizo. No te vacilo, de verdad.

Reyes sintió la rigidez en su cuerpo. Quería echarse hacia atrás, recuperar su espacio, pero tampoco le gustaría que la tomase por una creída. Era evidente que Carlos solo señalaba un hecho, ni estaba tonteando, ni nada. Visto de cerca, tan de cerca, él sí que tenía unos ojos bonitos, de pestañas cortas, pero espesas.

—Sabes que depende de la luz, ¿verdad?

—Que no —se empecinó Carlos, y se acercó un par de milímetros, tan cerca, que bien podría besarla—. Ahora marrón, te caigo bien, ¿eh?

Reyes se ordenó mantener la calma.

—Me siento observada —bromeó y no pudo evitar echarse un poco hacia atrás—. Y empiezo a verte doble.

Un alarido de dolor consiguió que ambos fijasen su atención en el campo. El revuelo se apoderó de la pista en un segundo, los murmullos se extendieron.

El portero estaba en el suelo, se sostenía la mano contra el pecho mientras lloraba y se mecía sobre su espalda. Daniel y varios jugadores más lo rodeaban para ayudarlo. Una de las chicas del grupo de las gradas saltó al campo. Se arrodilló junto al lesionado y le pidió que le dejase ver la mano. Adrián estaba inmóvil dentro del área, con los brazos caídos como si se hubiera quedado sin fuerzas, mirando a su compañero con horror. Reyes se fijó en la mano que tenía vendada. Una mancha oscura teñía el blanco en la palma. Parecía conmocionado, Adrián dio un paso al frente con expresión culpable.

Los murmullos decían que el portero se había roto la muñeca al parar la falta. Reyes sabía que los lanzamientos en balonmano eran fuertes, pero jamás imaginó que tanto. La voz de Carlos le llegó de forma lejana. Intentaba bromear, pero estaba tan impresionado como el resto.

—Vaya... Sí, me apunto al equipo, aunque no de portero.

Reyes lo ignoró. La expresión demudada de Adrián le rompía el corazón. Tuvo ganas de saltar al campo y abrazarlo. Su hermano lo hizo por ella. Daniel no lo abrazó, le dio una palmada cómplice en la espalda, como quien quiere restarle hierro al asunto. Reyes no supo qué se dijeron. Palabras de ánimo, supuso, y preocupación por el herido.

Que Adrián levantara la cabeza para mirarla a ella consiguió cortarle la respiración. Sin saber por qué, Reyes se sintió culpable. Segundos después él volvía a atender a Daniel. Adrián meneó la cabeza y se acercó al herido. Por lo que Reyes interpretó, lo acompañaría a la enfermería porque él era el responsable. El portero no parecía guardarle rencor alguno. La chica que había saltado a la pista para ayudar al herido también miró hacia las gradas. Reyes frunció el ceño. Era la de los pendientes en forma de cadena. Tenía los ojos claros, casi tanto como Adrián, pero brillaron de un modo inusual, como si el iris se tiñera de un color plata. La chica devolvió su atención al portero. La voz de Carlos la sacó de su ensimismamiento.

—¿Reyes?

—¿Sí? —preguntó, incapaz de quitarse de la cabeza el gesto de Adrián ni la mirada de la chica.

—Ahora son negros —lamentó Carlos, consciente de que la charla y el acercamiento habían concluido.

9

EL DESCANSO

Por más que lo intentó, Saúl no fue capaz de quitarse de la cabeza a la chica pelirroja. La monotonía del trabajo en cadena, sus movimientos automáticos en los que no necesitaba pensar, solo consiguió que la evocara durante horas.

Tenía un aire familiar, estaba seguro. La conocía de algo. No creía que fuera del pueblo. Con los años, todos los rostros se asimilaban y era imposible despistarse. Tal vez de sus noches de fiesta, aunque le parecía impensable haber coincidido con ella en ninguno de los garitos a los que iba, ni antes del cambio ni mucho menos ahora. No era una chica de antros. Y la curiosidad lo estaba matando. Se sintió tentado a mandarle un mensaje, conocía su número, sería fácil, pero lo descartaba una y otra vez. Se repetía que no venía a cuento.

Siempre que se obsesionaba con algo echaba mano a la información grotesca. Centrarse en los datos sobrenaturales era su versión terapéutica de poner la mente en blanco. Con el solsticio de verano tan cerca, tenía recurso para rato. En el pueblo había unos cuantos que cumplirían dieciocho y que pertenecían a las familias malditas. Estaban a un paso de entrar a formar parte de los bichos raros.

Uno a uno, los símbolos celtas grabados en su cuerpo desfilaron por su cabeza, cada uno con su significado. El primero, el elven, por supuesto. Representaba a los brujos, y por eso lo llevaba grabado a la altura del corazón, aunque no de forma poética, sino como una marca para ganado. En el centro de todo, el árbol de la vida, emblema absoluto de los licántropos. Se había tatuado el fold al otro lado del corazón porque los inmunes, o sea, Silvia Novoa, era la única condición sobrenatural con la que se sentía próximo. El awen de los vampiros estaba en el costado izquierdo, bajo su corazón, porque también a ellos los tenía muy en cuenta. Después de los brujos, eran los que más problemas daban en sus inicios. La pelirroja había vuelto a ganar protagonismo con el símbolo, y Saúl puso todo su empeño en continuar el repaso de sus tatuajes para espantarla. Pensó en presencias, simbolizadas con la trisqueta en su costado derecho. Lejos del elven, porque nunca había sentido a ninguna ni esperaba ir a hacerlo. Al llegar a las cruces de su espalda, consiguió sepultar a la pelirroja y echarse encima una mala sensación tremenda. Porque la cruz solar era el símbolo de los demonios y la cruz celta correspondía al Verdugo.

El sonido brusco de la sirena marcó la pausa. La hora del descanso le supuso una alegría. Dejó de darle vueltas a los símbolos, y se centró en su vida humana. Su intención era regresar a la

cafetería, a ver si al fin podía disfrutar de un café templado. Salía por la puerta, distraído, cuando la voz de la pelirroja se le metió en la cabeza.

—Saúl —lo llamó de forma tímida.

Saúl se quedó inmóvil, se volvió hacia ella convencido de que no era real. La encontró a un lado de la puerta de la nave. Parecía nerviosa, pero muy tangible. Entre sus finas manos de manicura perfecta sostenía dos cafés para llevar. La sonrisa amplia y sincera consiguió instalar un cosquilleo en el estómago de Saúl.

—¿Estás de coña? —preguntó él con un gruñido.

El rostro de la chica cambió. Su vergüenza fue tácita. Saúl se sintió despreciable. Sin establecer contacto visual, ella se acercó y le tendió los cafés. Saúl los aceptó, porque de lo contrario terminarían en el suelo. Con elegancia y el mentón en alto, la chica giró sobre sus tacones y le dio la espalda.

—Por el café de esta mañana —dijo ella en tensión, antes de avanzar con rapidez hacia el aparcamiento que había al otro lado de la estrecha calle.

Lo mejor que Saúl podía hacer era dejar que se largara. En cambio, echó a correr para alcanzarla. Se le plantó delante antes de perderla entre los coches. La miró, molesto.

—No me debes nada, por si no lo sabes estoy obligado a ayudarte. Eso tampoco es personal.

Saúl se arrepintió al momento de la dureza que transmitió en sus palabras. Los ojos de la chica brillaron como si fuera a ponerse a llorar antes que la ira los tornase gélidos.

—Solo intentaba ser amable, capullo —le espetó y trató de rodearlo.

Saúl se movió cortándole el paso de nuevo. Le tendió uno de los cafés.

—Es la falta de costumbre, pija —devolvió sin miramientos.

La chica resopló. A Saúl le resultó muy cómica su expresión. Antes de darse cuenta le estaba sonriendo.

—Vale, empecemos de nuevo —dijo Saúl con resignación. Se justificó como pudo, al menos así podría desvelar de qué la conocía—. ¡Qué bien!, gracias por el café. ¿Cuánto te debo?

—Este lo pago yo —masculló ella sin tenerlas todas consigo. Aún molesta, cruzada de brazos, observaba a Saúl y el vaso de café, como si no supiera qué hacer.

Por el modo de decirlo, la mente de Saúl echó a volar y dio por sentado que habría otros cafés. Desterró la idea. Averiguaría lo que le carcomía y se olvidaría de ella para siempre.

—Vale... ¿Qué tal si me dices tu nombre?

Con el ceño fruncido, la chica cogió el café.

—Inés.

Saúl siguió en las mismas. El nombre no le decía nada.

—Bien, Inés... —No tenía nada que perder, por lo que preguntó sin rodeos—. ¿De qué te conozco? No eres del pueblo, pero me has llamado a mí, no a los de Vigo. Y me suena tu cara. No lo entiendo.

Inés se concentró en destapar el café. Del bolsillo de su chaqueta recuperó los sobres del azúcar y los palos para revolver. Le tendió a Saúl un par, pero este negó con la cabeza. Prefería el café amargo.

—Vivo aquí, pero como tengo familia en tu pueblo supuse que pasar el cambio con ellos me sería... más fácil —Hizo una pausa, en la que Saúl interpretó que tampoco a ella le resultaba sencillo afrontar su condición. Lo miró a los ojos, apenada—. Soy prima de Antón Santomé.

Saúl la miró de hito en hito. Pasada la sorpresa inicial, negó con la cabeza y decidió largarse.

—¡Joder! Ni de coña. Olvídame, tía —protestó, dejándola allí plantada. Los vampiros no le gustaban y a los Santomé no podía verlos delante. Podía ser muy guapa, parecer simpática. Le gustaba un poco, pero le chica tenía la combinación genética ideal para que no quisiera saber nada más de ella.

10

UNA SALIDA IMPREVISTA

Isaac se reunió con Toni y Reyes en el patio cubierto. La normalidad había vuelto de forma relativa. El partido seguía, pero no había rastro de Adrián ni del portero ni de la chica que había tomado las riendas. Tampoco estaban Dani ni la mulata. Isaac se enteró de todo como si hubiera estado presente. Al llevarse bien con todo el mundo no le era difícil ponerse al tanto de cuanto sucedía. Y su labor era compartir la información con sus amigos. Como, por ejemplo, que esa noche habría una fiesta en la plaza organizada por los de segundo, pero en la que invitaban a quien pudiera pasarse. Ellos no salían de noche, pero siendo en la plaza, seguro que encontraban el modo de que sus padres les dejaran ir. Isaac decidió dejar la fiesta para más tarde, porque ese día llevaba datos mucho más jugosos.

Daniel se había limitado a decirle a Reyes que él, Adrián y dos de las chicas del grupo de las gradas llevarían al herido al hospital. Como los mayores estaban allí sobre todo por no estar cada uno en sus casas, y no tenían que volver hasta más tarde, se habían prestado de ambulancia. Isaac rellenó los huecos mientras se pasaba las manos por su alocao pelo, siempre en mechones que salían disparados de su cabeza: Adrián y Daniel se habían ido con Mónica, la chica que tomó las riendas y atendió al herido, y con Ana, la mulata. Como había sospechado Reyes, Ana era la última novia de Daniel. El herido era lo de menos, lo sentimental llamaba a gritos, y a todos les traía en ascuas qué había entre Adrián y Mónica. ¿Amigos, amantes? Isaac encontró a Reyes un poco pálida, pero todavía no había terminado con su papel protagonista. Vio a Carlos intentando atraer la atención de su amiga. Le deseaba suerte. Toni parecía de lo más entretenido con Elena.

—Eh, buenas noticias —dijo Isaac—. Mi madre tiene que ir al Carrefour a no sé qué del cole. ¿Quién se apunta?

—¿Ahora? —dudó Reyes. Había logrado sacarse de la cabeza la expresión triste de Adrián, pero la mirada inusual de la chica, como plateada, o sus pendientes en forma de cadena, no se daban ido. Mónica, se llamaba Mónica, y podía ser la novia de Adrián.

—No, mañana —replicó Isaac—. Claro que ahora.

Toni miró a Isaac con fastidio.

—Yo tengo examen después del recreo, ya le vale a tu madre, podía haber ido antes.

Desterrando cosa raras y estúpidos ataques de celos, Reyes se centró en sus amigos. Lo lamentaba por Toni, pero una visita al centro comercial no se rechazaba nunca.

—Yo voy. Y Sofi. Ella también aprobó gallego, pero aún sigue en el de tecnología. ¿Salís ya?

Isaac rio con ganas ante la acogida de su propuesta. Pocas veces lograba ser él quien aportase algo, sobre todo por falta de dinero. Ir a la ciudad era una oportunidad digna de tener en cuenta y pensaba disfrutarlo.

—Aún no, mi madre está en clase —comentó sin borrar la sonrisa—. Cuando empiece el recreo, para entonces ya habrá terminado Sofi.

Carlos tampoco tenía examen de gallego, pero no quería parecer desesperado ni apuntarse él. Reyes sabía que estaba libre. Esperanzado, se hizo notar. Notaba a Reyes muy rara, ausente, como si su atención continuase en el campo. No logró su objetivo. Ella no le dio pie a apuntarse y, además, se ganó una mirada desconfiada de Toni.

Por prudencia, Carlos se limitó a comentar otro tema. Sentía los audaces ojos verdes del adolescente bajito fijos en él. Si Carlos quería acercarse al grupo iba a tener que moverse con mucho cuidado. Solo esperaba que, una vez dentro, Toni se relajase un poco. No se veía con ánimo de enfrentarse a su volátil compañero de clase a cada segundo.

11

MUCHA LUZ

A medida que la cinta transportadora los acercaba a la primera planta del centro comercial, Daniel sentía la necesidad de dar media vuelta y regresar al cobijo del aparcamiento. Eran las luces, todas ellas tan brillantes que estaban a un paso de dejarlo ciego.

Adrián y Mónica iban delante de él. Ana estaba a su lado, enfadada. La chica no lo había dicho abiertamente, pero se la veía arisca como una gata. Las luces lo hicieron parpadear un poco más. Los pendientes de Mónica parecieron lanzar destellos todavía más molestos. Por suerte, la sensibilidad se esfumó tal y como había aparecido. La inquietud de Daniel se mantuvo, pero supo ocultarla. En su cabeza, no dejaba de repetirse que le pasaba algo. Acalló el pensamiento con fuerza, como llevaba haciendo desde que terminaron los exámenes. La fiesta de esa noche lo ayudaría a despejarse y poner fin a tanta tensión. Suerte que la fiesta era en la plaza del pueblo, porque pensaba disfrutar hasta quedar inconsciente. Al poner rumbo a las siguientes escaleras mecánicas para continuar el ascenso, le llegó el cuchicheo de Ana.

—Tenemos que hablar.

Daniel contuvo un quejido lastimero. La dichosa frase nunca implicaba nada bueno. Porque lo que menos le apetecía era tener bronca con su recién estrenada novia, se dirigió a Adrián y a Mónica. Una vez a solas esperaba poder solucionar los problemas.

—Ir yendo vosotros. Voy a echar un ojo a las tiendas —dijo con aire despreocupado—, lo mismo me adelanto un regalo.

Era una justificación vaga, prefería ir a tomar un café como habían decidido al salir del hospital, pero no tenía otra. Su novia era muy guapa y muy celosa. Se sintió mal por Adrián. Sabía de sus remordimientos por la lesión del portero, pero tampoco es que fuera a dejarlo solo. Mónica le caía bien y a Adrián le gustaba un poco, o eso le parecía. Esperaba que fueran más allá del simple coqueteo y, de paso, que ella le durase a su amigo más que las anteriores. Nunca lo habían hablado de forma directa, pero Daniel tenía la impresión de que Adrián contaba con un lado romántico, o algo similar. Casi podía jurar que estaba esperando a alguien y, mientras, cualquier chica con la que estuviera se lo tomaba como un pasatiempo; sin más, cerrándose en banda ante cualquier relación seria. Por el contrario, Daniel se enamoraba de todas y cada una de las mujeres que se cruzaban en su camino. Del mismo modo se desenamoraba. Una suerte, pues veía poco probable que pudieran partirle el corazón.

Por el rabillo del ojo vio que Ana asentía conforme. Le bastaba. La pareja no pareció tener problemas. Es más, a Mónica se le iluminaron los ojos ante la perspectiva de verse sola con Adrián. El gesto de su amigo era indescifrable, y Daniel supuso que seguía dándole vueltas a lo sucedido en el patio cubierto. Se sintió aún peor por no permanecer a su lado, pero tampoco iban a hablar demasiado con las chicas delante. Ya tenían una conversación pendiente, o al menos Daniel así lo creía. No se le ocurría otra persona que no fuera Adrián con la que compartir las cosas raras que le estaban sucediendo.

Tras despedirse y dejar que Mónica y Adrián se perdieran escaleras arriba, Ana echó a andar hacia una tienda de complementos. Daniel la siguió armándose de paciencia.

—Ana... —la llamó con toda la dulzura que pudo.

Daniel suponía el motivo de su enfado pero, como nunca se sabía, prefirió dejarla hablar primero. Frente al escaparate repleto de baratijas, con los brazos cruzados y las cejas muy juntas, Ana ni se molestó en mirarlo.

—¿Y bien?

Daniel se pasó las manos por el rostro. Eso tampoco era buena señal.

—¿Y bien qué? —preguntó tragándose un lamento.

Los ojos oscuros de Ana lo fulminaron.

—¿Quién era la morenita esa de las gradas?

Daniel respiró con alivio. No se había equivocado en sus suposiciones. No pudo evitar sonreír, lo que agravó la expresión de la mulata.

—Mi hermana —respondió.

Ana pareció dudar, como si no terminase de creerle. Despegó los carnosos labios para protestar, pero al fin tuvo que reírse, avergonzada.

—Reyes —nombró Ana con toda su atención puesta en unos pendientes que ni siquiera le gustaban, con tal de no mirar a su novio.

—La misma —corroboró Daniel.

Porque no le gustaba verla tan incómoda por una tontería, y porque ya había pasado el peligro, Daniel rodeó la cintura de su novia con el brazo. Un tirón suave y la pegó a él. Ana se dejó envolver en un abrazo cariñoso y escondió el rostro en su pecho.

—Ay, mierda. La he mirado fatal.

Daniel soltó una carcajada.

—No creo que te lo tenga en cuenta.

—Seguro —negó Ana, separándose para mirarlo a los ojos.

Daniel no la miraba. Su atención estaba en la cinta que subía del aparcamiento. Con un gesto burlón, señaló el lugar con la cabeza.

—¿Vamos a comprobarlo?

Ana miró en la dirección que él indicaba y se quedó inmóvil al reconocer a la hermana de Daniel en compañía de una mujer y dos adolescentes más.

—No, Dani, por favor, no...

Pero Daniel ya la había cogido de la mano y la arrastraba hacia los recién llegados.

—Que no, Daniel... —protestó Ana a un paso de ponerse a la defensiva, convencida de que Reyes sería de todo menos amable.

Cuando llegaron junto a ellos no sabría decirse cuál de los cuatro se sorprendió más. Tras los

saludos, la madre de Isaac fue la primera en hablar.

—Me he enterado de lo del partido. ¿Cómo está?

Daniel reflejó su propia confusión.

—Alucinado y bromeando con sus huesos de cristal. No sé, lo pasaron a urgencias y cuando llegó su padre nos fuimos. Supongo que está bien, yeso y descanso.

Mientras hablaba, sintió los ojos de Reyes pasando de él a la mulata. La madre de Isaac consultó su reloj de muñeca con nerviosismo antes de hablarles a los adolescentes.

—Chicos, voy a por las cosas de clase. En veinte minutos nos vemos aquí —ordenó antes de dirigirse a su hijo—. Veinte minutos, que no tenga que ir a sacarte de la tienda de videojuegos.

Abochornado, Isaac bajó la mirada y asintió de forma cohibida. Había planeado ir a esa tienda, mientras Reyes y Sofi tomaban algo, para probar los nuevos videojuegos que no podía comprarse.

Reyes intervino para hablarle a la madre de Isaac. En presencia de extraños, Sofi se sumía en su habitual silencio.

—Tranquila, si no sale, ya lo sacamos nosotras.

La madre de Isaac les sonrió.

—Cuento con ello, chicas —dijo haciéndoles un guiño antes de despedirse del grupo, y caminar con rapidez hacia la zona del hipermercado que ocupaba más de la mitad de la planta con sus diversas secciones.

Daniel aprovechó para presentar a su nerviosa novia.

—Reyes, ella es Ana —dijo incapaz de borrar la sonrisa—. Ana, estos son mi hermana, Isaac y Sofi.

—Hola —saludó la mulata sin saber si venía a cuento darles los dos besos habituales o no. Por si acaso, se limitó a alzar la mano, y los chicos le devolvieron el gesto y el saludo. Prestó especial atención a Reyes, quien le sonrió sin el menor recelo. Con una sola mirada el malentendido de las gradas estuvo olvidado.

—Encantada —dijo la adolescente, ganándose una sonrisa de aceptación de la nueva novia de su hermano.

Daniel no pasó por alto la complicidad entre ellas. Porque sabía que su hermana no se abriría mucho más, y por no tentar a la suerte no fueran a aliarse en su contra, decidió poner fin al encuentro.

—Vamos a ver si encuentro alguna excusa para regalarme algo —dijo mientras le pasaba el brazo por los hombros a Ana—. Algo así como mi cumpleaños —añadió aun sabiendo que su hermana no se habría olvidado.

Reyes le sonrió con inocencia.

—¿Pero eso no es en diciembre?

Daniel rio ante su falso gesto bobalicón.

—Vete a comprarme algo bonito, anda —replicó antes de moverse, llevándose con él a Ana.

Cuando los tres adolescentes estuvieron a distancia, la mulata rompió el silencio.

—Me cae bien tu hermana, parece maja —reconoció bastante sorprendida.

Daniel no pudo mostrarse más orgulloso.

—Lo es. Y, ahora, arreglado el tema... —comenzó a decir antes de girar el rostro, atrapar su boca y darle un prolongado beso.

12

DOS CONSUMICIONES

Adrián no se había quitado de la cabeza el accidente durante el partido. Romperle la muñeca a su compañero de equipo lo superaba. No podía ser culpa suya, él no tenía tanta fuerza como para algo semejante, pero todos los indicios apuntaban a que así había sido.

Sentir la mano de Mónica sobre la suya lo sacó de su ensimismamiento. El centro comercial, con sus sonidos y olores, regresó. Consiguió centrarse en la mesa que ocupaban, próximos a las escaleras mecánicas, donde ya estaban los refrescos que habían pedido.

—Se pondrá bien —aseguró Mónica con una cálida sonrisa—. No fue culpa tuya.

A Adrián le hubiera encantado creerla. Lo sucedido en el campo se le antojaba irreal. Estaba jugando tan tranquilo cuando en uno de los vistazos furtivos a las gradas vio a aquel adolescente a punto de besar a Reyes. El arranque de celos lo hizo apretar la pelota con fuerza y lanzó con toda su rabia.

Mónica señaló preocupada el vendaje enrojecido. Los pendientes largos con forma de cadena se movieron, captando la atención de Adrián.

—Deberías haberte quedado en el hospital para que te hicieran las curas.

Adrián escondió la mano bajo la mesa, incómodo.

—Esto son gajes del oficio. Pasará.

Su estado no mejoró al ver cómo lo miraba su acompañante. Odió a Daniel por haberse ido con Ana de compras dejándolo a él con su amiga y sin la menor idea de qué decirle. No era una desconocida, desde que Daniel había empezado a salir con la mulata un par de semanas atrás habían coincidido un montón de veces. Habían tonteado un poco, incluso dos noches atrás se habían besado por cortesía de las copas de más, pero nunca habían hablado a solas sin otra intención que divertirse.

Para su sorpresa, Mónica puso cara de susto.

—¡No me digas que eres un matón! ¿Una pelea a navajazos? —preguntó con horror ante la herida.

Adrián sonrió agradecido por el empeño de la chica en animarlo.

—Nada tan emocionante. Me corté con una sierra mientras intentaba poner una tabla en lo que, algún día, lo mismo cuarenta años, será mi casa.

—No te tenía yo por tan optimista, majo —replicó Mónica con una sonrisa.

Ambos rieron con complicidad, y él se sintió ridículo ante la apatía de la que estaba haciendo gala. Debería sentirse afortunado o, por lo menos, un poquito feliz. Era joven, tenía una familia tan numerosa como estupenda, buenos amigos, y se estaba tomando algo con una chica preciosa.

Desde el primer momento, él y Mónica se habían llevado muy bien. Sabía que ella sentía algo por él, aunque cualquier indicio de relación estaba en el aire. Por su parte, Adrián no podía encontrarle demasiados defectos como para negar una mínima atracción. Era una persona sencilla que le sonreía a todo el mundo, bastante guapa, pero sin que eso se le subiera a la cabeza. Sus ojos competían por ver cuál tenía el azul más claro. Los de Mónica brillaban cargados de vida y promesas, que nadie en su sano juicio podría dejar pasar... Era idiota.

Como para confirmarlo, lejos de atender al rostro en forma de corazón de su acompañante, la mirada de Adrián fue un poco más allá, hasta el pasillo, a tiempo de ver pasar a Reyes, Sofi e Isaac por delante de una de las numerosas tiendas de menaje. Era como si tuviera un maldito radar. Cuando la hermana de Daniel estaba cerca, no tardaba ni tres segundos en localizarla, y ella también solía localizarlo a él.

Los ojos de Reyes lo situaron, sonrió a modo de saludo, pero la sonrisa perdió bastante fuelle al reparar en la chica que le daba la espalda. Sin motivo ni justificación, Adrián sintió como si la estuviera traicionando. Estuvo tentado a levantarse, alcanzarla, explicarle que Mónica no era más que una conocida y jurarle amor eterno.

Sí, definitivamente era idiota.

Mónica, al percibir que su atención se había ido muy lejos, se volvió a tiempo de ver en el pasillo a los amigos, quienes alzaron la mano a modo de saludo antes de perderse tras uno de los pilares que interrumpían la visión.

Incluso cuando sus tres vecinos ya no eran visibles, Adrián fue incapaz de quitarse de la cabeza a Reyes, alentado por la reacción que había tenido al verlo con una mujer. Hasta el saludo de la adolescente había sido desganado. Juraría que los ojos de Reyes se habían oscurecido de forma perceptible en la distancia.

El carraspeo de Mónica lo sacó del trance, consiguiendo hacerlo sentir peor. Ponerse a balbucear no lo haría quedar mejor, pero fue incapaz de hablar con normalidad.

—Si... yo... Me quedé traspuesto.

La actitud de Mónica cambió. Mucho más segura, enarcó una ceja.

—¿Por la morena, por la rubia o por el chico que las acompañaba?

Aún más humillado, Adrián parpadeó con incredulidad.

—¿Qué?

Mónica soltó una carcajada sincera.

—Oh, venga, ¿vas a decirme que no estás coladito por una de esas dos niñas?

Acorralado, Adrián frunció el ceño temiéndose una encerrona. Le costaba creer que a Mónica no le importara lo que acababa de pasar.

—Es un poco joven —replicó.

Mordiéndose la lengua para no volver a reír, Mónica le sujetó la mano que aún tenía sobre la mesa, más divertida al sentir su agarrotamiento.

—Tranquilo, no te voy a montar ningún número. No me pilla desprevenida que ya estés cogido, aunque te hubiera agradecido que me lo comentases en vez de enterarme así.

En cuanto logró salir del atontamiento inicial, Adrián meneó la cabeza y rompió el contacto

porque no estaba cómodo, y por si Reyes volvía a pasar. No era dado a compartir sus problemas personales, pero por algún motivo fue más franco de lo que le hubiera gustado.

—No estoy cogido, Mónica, solo soy gilipollas.

Esta vez fue Mónica la sorprendida.

—Hombre, no nos conocemos mucho, pero a mí no me pareces gilipollas.

Adrián dudó. Nunca le había contado a nadie lo que sentía por Reyes. Era algo suyo, personal e imposible, con lo que tampoco venía a cuento hacer terapia, y su mejor amigo no sería un buen hombro sobre el que llorar.

Descartándolo, se limitó a gruñir.

—No es nada, no hay nada ni lo va a haber.

Mónica suavizó su expresión. Sin hacer ademán de tocarlo, se recostó en su silla.

—Créeme, nada de lo que digas saldrá de aquí. Me caes bien, me gusta estar contigo y está claro que no voy a juzgarte ni a sermonearte... Además, dado el caso, creo que sería un *detallazo* por tu parte darme alguna explicación.

Eso no podía negárselo y una parte de Adrián deseaba poder desahogarse, gritar a los cuatro vientos todo lo que sentía y lo que le dolía no poder expresarlo pero, otra parte mucho más fuerte lo hacía callar.

El teléfono de Mónica emitió un tono extraño, una especie de clic metálico. Los ojos de Adrián se centraron en los pendientes. Las cadenas de plata se movían con suavidad mientras ella ojeaba la pantalla y sonreía. Otra imagen sacudió su mente. Adrián rememoró el extraño sueño que había tenido aquella misma noche. En una plaza muy parecida a la del pueblo, aunque sin asfaltar y rodeada por un bosque frondoso, un montón de gente se congregaba alrededor de cinco piras. Su imaginación se la había jugado, y mucho. Por la forma de vestir, Adrián casi podía jurar que estaba en plena Edad Media. Muy del salvajismo de la época, en las piras se estaban quemando personas. Podría considerarse un sueño recurrente. Lo había tenido esa noche y un par de días antes. Como Mónica tecleaba en el móvil, él rememoró el sueño completo, dónde el fuego generaba un calor sofocante.

Una de las piras parecía desocupada. Lejos de no darle importancia, Adrián supo que en ella también había una víctima a pesar de no verla. En lugar de un cuerpo, las llamas lamían una cruz de lapislázuli. La muchedumbre, ensalzada y rabiosa, en su mayoría vestidos como campesinos, vitoreaba lo grotesco. Por si el espectáculo no fuera lo bastante raro, Adrián le dio sentido a la matanza. Cada una de esas cinco personas pertenecía a una condición sobrenatural. Los últimos de su especie, reducidos por mandato de cinco familias que se unieron para ir contra cualquier ser inhumano, vivieran de forma pacífica o no.

Vivía aquel sueño como si formase parte de él, como si fuese un hecho real, y por eso comprendía los pormenores que lo habían llevado a ese momento. Desde los inicios de su existencia, las cinco condiciones habían implantado normas estrictas para no dar motivos de queja, para no ser una amenaza contra los indefensos. Vigilaban a los más susceptibles de ser arrastrados por sus instintos, y se retiraron a aquel pueblo para constatar que no querían tierras ni dominios. No fue suficiente. Tras años de exterminio, los últimos estaban a punto de perecer y lo aceptaban para dejar de sentirse acorralados.

Todos salvo uno. En una de las piras se encontraba el brujo más poderoso que jamás hubiera existido. Él no estaba allí por derrotismo, resignación o pesar, ni había cuerda o conjuro capaz de

atraparlo. Sus labios se movían, pero no acompañaba los gritos de dolor de los condenados. Lo único que lo retenía era la venganza. Los instigadores de aquel movimiento sentirían en sus carnes, en los senos de sus familias, la fuerza y el significado de lo que tanto temían. No susurraba un hechizo, no conjuraba ni confundía. Su último aliento era para una medida drástica que jamás prescribiría. Así como algunos humanos se arrepintieron demasiado tarde, también demasiado tarde entendieron que el brujo estaba maldiciendo.

Adrián regresó al presente y le dio un largo trago a su bebida. Los exámenes parecían haberle generado estrés *post* traumático. Sumado a su pequeña obsesión hacia Reyes, no veía la hora de empezar la universidad antes de perder del todo la cabeza.

Mónica devolvió el móvil a la mesa y le sonrió de medio lado. Adrián vio que, a pesar de su reticencia y de la interrupción, la chica no tenía la menor intención de ignorar el asunto de Reyes.

—Muy bien, tú lo has querido —dijo Mónica—. Empezaré a hacer cábalas... A ver... os lleváis muchos centímetros, la verdad... Está claro que te conoce, y sus amigos te conocen... ¡Oh, Dios mío! ¿Es tu hermana? Eso sí sería chungo, ¡puaj!

A su pesar, Adrián tuvo que sonreír. Antes de darse cuenta estaba hablando.

—No, no es mi hermana, pero como si lo fuera. Es la hermana de Daniel.

Con aire satisfecho, Mónica volvió a acomodarse en su silla.

—Vaya, la hermana de Daniel. ¿La morena entonces?

—La misma —rezongó Adrián, mientras el sueño de la noche regresaba, y con él la voz del brujo que maldecía.

—*Cinco condiciones mueren, cinco familias son la causa. Generación tras generación, el mundo que os desprecia tanto como lo despreciasteis será vuestro.*

Mónica hizo una pausa para beber antes de seguir y Adrián se esforzó por ignorar la voz grave y autoritaria del brujo.

—Bueno, no sé —comentó Mónica—. Yo soy hija única, pero supongo que de tener un hermano preferiría que se enrollara con una amiga a la que conozco y aprecio y no con cualquier zorrón. ¿No?

Adrián tenía que reconocerle el mérito.

—Creo que Daniel preferiría que su hermana se hiciera monja, eso lo dejaría muchísimo más tranquilo.

Mónica lo miró con incredulidad.

—No puede ser para tanto. La época de encerrar a las mujeres en sótanos ya pasó.

Con un encogimiento de hombros, Adrián negó con la cabeza.

—No me refiero a eso. Es su hermana pequeña, en su cabeza no contempla que pueda tener nada parecido a novio. Me la juego a que cuando empiece a salir de noche se mantendrá lo más lejos posible por no topársela con cualquier tío... —La sola idea le arrancó un gesto de rechazo—. Tendría que matarlo.

—Y apuesto a que tú lo llevarás mejor.

—No —reconoció.

Mónica le hizo un gesto al camarero para pedir otro refresco.

—El perro del hortelano, ni come ni deja comer.

—¿Daniel o yo? —preguntó Adrián antes de ser sincero—. Para nada, nunca me he metido en sus cosas. Como Daniel, casi prefiero no saber, pero es difícil no conocer obra y milagros con la

de tiempo que paso en su casa y con su hermano.

—Y en el pueblo —resaltó Mónica.

Adrián se terminó lo que quedaba de su consumición, notándose cómodo al compartir el espinoso tema con alguien. Resultaba hasta fácil, porque Mónica no tenía demasiada relación con ninguno de los personajes de los que hablaba. La voz del brujo volvió a atravesar su mente:

—Los primeros serán vuestros hijos. —Los ojos del brujo, negros como la noche, se fijaron en el hombre que había encendido su pira—. Si tan horrible, violenta y aterradora consideras nuestra existencia, que así sea. Algún día tu hija será mi verdugo como el mal egoísta y destructivo que tanto nos achacaste. Entonces, el único modo de detenerla será poner fin a su vida a manos de sus seres queridos, ya que solo estos podrán acercarse tanto a ella. Que estas condiciones corran por vuestras venas y se perpetúe el linaje maldito. Solo yo tengo el poder de romper esta condena, y mi voluntad es que sea eterna.

Adrián se enderezó en su sitio. Movi6 los hombros en un intento de desterrar las imágenes y la sugestión. El fuego de la pira había reducido al brujo a cenizas en un parpadeo, llevándose con él toda esperanza, porque una maldición solo puede ser rota por aquel que la formula. Ahí Adrián se había despertado, envuelto en sudor y con el olor del humo metido en la nariz.

El rostro de Mónica lo devolvió a la realidad, lo observaba con aire curioso y una sonrisa que le pareció un poco perversa. Adrián no entendió a qué venía la expresión, pero seguro que ella no tenía ni la más remota idea de lo que le estaba pasando a él por la cabeza. No sin esfuerzo, se centró en la charla, listo para olvidar el sueño y al brujo para siempre.

—En el pueblo no hay problema. Solo se junta con sus amigos, son una pandilla bastante cerrada.

—Y sospecho que alguno de sus miembros te preocupa.

—Muy lista —cuchicheó Adrián. Una parte de él quería guardar silencio; otra, la que llevaba las riendas, no pensaba detenerse hasta vomitar todo lo que sentía—. Hay uno, Leo. Es con el que más afinidad tiene y, la verdad, a veces parece que hay algo entre ellos, pero hoy la he visto tonteando con otro de su clase...

Hubo un silencio en el que Mónica esperó a que el camarero recogiera el vaso vacío y pusiera uno nuevo antes de hablar.

—Está claro que eres un buen tío, de esos que siempre hacen lo correcto, pero me parece que te pasas un pelín. Si tanto te gusta deberías arriesgarte. ¿Qué es lo que te echa para atrás? ¿Su hermano, la competencia o la edad?

Los ojos de Adrián volvieron a brillar con pena. Tras una pausa decisiva, fue del todo franco.

—Todo y ella misma. No sé hasta qué punto puede estar interesada en mí. No sé si solo me ve como otro hermano o si hay algo más. A veces me parece que sí, otras... Me rompe todos los esquemas.

—Sí, las mujeres tenemos esa mala costumbre —aseguró Mónica—, pero vamos a ser sinceros, tendría que ser idiota para no sentir nada por ti.

Sorprendido por el cumplido, Adrián se revolvió en su sitio.

—Se agradece, pero yo no diría tanto. Además, si me equivoco y me declaro a lo Romeo, sería una faena tener que verla día sí y día también... por no mencionar que Daniel me daría una paliza y sus padres, bueno, no creo que fueran felices.

Mónica pareció meditarlo.

—Sobre sus padres opino como con Daniel —dijo con seguridad—. Apuesto a que prefieren un tipo fiable al que conocen y aprecian que a cualquier capullo que se encuentre en la calle.

Adrián volvió a encogerse de hombros.

—Cualquier capullo no, pero no soy el único tío maravilloso sobre la tierra.

—Ah, créeme que escasean —aseguró Mónica—. De todas formas, por lo que vi de refilón, la chica no parecía muy contenta con que estuvieras conmigo. No sé en tu pueblo, pero en el mío eso son celos y si hay celos...

Adrián alzó las manos como si se rindiese.

—Eso me pareció a mí también, pero podría ser que, siguiendo tu lógica, le preocupe que me atrape cualquier lagarta.

Mónica silbó con falsa impresión.

—Entonces, mi consejo es que te alejes de esa familia. ¿Qué te parece?

Adrián le lanzó una mirada molesta.

—Si pudiera, lo haría.

—Sí, claro, y yo soy La bella durmiente —bromeó Mónica—. En serio, Adrián, mira cómo estás, si te quedaste embobado mirándola ella. Creo que deberías arriesgarte.

Adrián no dijo nada. Deseaba arriesgarse, pero si las cosas no salían bien no solo perdería a Reyes, si no también a su segunda familia.

—Va a hacer dieciséis y yo ya tengo dieciocho. Dentro de un tiempo, dos años de diferencia no serán nada, pero ahora son un abismo. El único riesgo que pienso correr es comprarle algo por su cumpleaños —decidió meneando la cabeza con pesar.

Mónica ignoró el tema de la edad.

—Un regalo. Claro, seguro que eso hace que caiga a tus pies —le recriminó—. Déjame adivinar... ¿Un peluche monísimo para que crea que la ves como una niña? ¿Un perfume que es lo típico para salir del paso? De verdad, los tíos sois pésimos haciendo regalos.

Adrián se sintió ofendido. El regalo de Reyes lo había desvelado casi tanto como las pesadillas. Él quería regalarle algo especial, y creía haberlo encontrado.

—No, lista, un colgante. Uno que vi en una joyería del centro. Una cadena con una cruz celta en plata. Dime, ¿qué pensará con eso?

Mónica se cruzó de brazos con el ceño fruncido, como si estuviera enfadada, pero el brillo en sus ojos indicaba que se lo estaba pasando en grande.

—Mierda, ese es un buen regalo... En serio, si se te pasa el enamoramiento... recuerda que yo siempre he estado de tu parte. Y que cumplo el tres de abril.

13

SILVIA

Aunque en parte deseara volver a la tranquilidad del pueblo, Silvia Novoa satisfacía su gusto por las compras y desconectaba del trabajo perdiéndose en uno de los centros comerciales de la ciudad. Durante las horas matinales de un día laborable se estaba a gusto; en cambio, las tardes, los fines de semana o los días de lluvia había demasiada gente.

Mientras curioseaba en una de las tiendas de complementos se llevó un buen susto al sentir unas manos en sus hombros. Dio la espalda al *stand* repleto de bolsos para darse de bruces con la amplia sonrisa de su hija pequeña.

—Hola, mamá —saludó Reyes antes de darle un sonoro beso en la mejilla.

Sin dejarse engatusar por zalamerías de la adolescente, Silvia estudió el rostro enmarcado por una melena rizada en ébano presa en una coleta. A su edad, también ella contó con aquel pelo endrino, aunque sus ojos no eran oscuros sino verdes y en su metro setenta tenía que mirar a su hija desde lo alto. El temor la asaltó al percibir la niebla que envolvía a Reyes. Sutil, marcaba el contorno de su hija en malva apagado, pero el simple hecho de ser visible la llenaba de congoja. Con toda su fortaleza, ignoró el rastro sobrenatural para mantener la normalidad.

—¿Qué haces aquí? ¿Tú no tenías que estar en clase? —preguntó con desconfianza.

—Te envié un wasap, mamá —respondió Reyes con un gesto de paciencia—. Además, si estuviera colgando no habría venido a saludarte. Están con exámenes de recuperación y, como soy tan aplicada, me libro. He venido con Sofi e Isaac, nos trajo su madre para tomar algo y comprar el regalo de Daniel.

El pulgar de Reyes señalaba la cafetería que había al otro lado del pasillo. Desde una de las mesas circulares, una adolescente con el pelo corto y mirada tímida saludó en cuanto Silvia puso sus ojos en ella.

—¡Qué bien vivís! —bromeó Silvia.

Reyes se tomó unos segundos para ojear los bolsos que había estado contemplando su madre. Sostuvo uno enorme con mil colores chillones.

—¿No tienes suficientes?

Silvia sonrió y chasqueó la lengua.

—¿Es que no te he enseñado nada? Nunca tenemos suficientes bolsos ni suficientes zapatos.

Reyes le rio la gracia antes de dejar el bolso en su sitio, mareada por tanto colorido.

—Tasmi opina lo mismo —comentó lista para abandonar la pequeña tienda en compañía de su madre.

—Me tomaré algo con vosotras, si no sois demasiado mayores para que os acompañe. Un ratito, que todavía tengo que ir al súper.

Reyes negó despreocupada, encaminándose hacia la cafetería. Al verlas acercarse, Sofi se apuró en despejar la tercera silla, ocupada por los bolsos y las cazadoras.

—Para nada, es un chollo tomar algo contigo, siempre terminas invitando.

—Ahora entiendo por qué has venido a saludarme —cuchicheó Silvia, y recuperó su expresión más amable para saludar a Sofi con la delicadeza que la adolescente exigía.

Por muy cómoda que se sintiera entre ellas, Silvia no se quedó mucho. Se despidió y siguió su camino por los luminosos pasillos, haciendo un verdadero esfuerzo por no reparar en los escaparates que exponían sus mejores reclamos para consumistas como ella. Su tarjeta no estaría a salvo hasta verse en el aparcamiento.

Pasó por el baño del centro comercial antes de perderse en el enorme supermercado para hacer la compra del mes. No había cola, solo un par de clientas como ella. Saludó por educación y regresó a sus pensamientos.

Salía de una de las particiones, cuando el enorme espejo encajado en la pared la hizo fijarse en una mujer joven que se lavaba las manos. Sus miradas se encontraron y a Silvia se le formó un nudo en la garganta. El iris color plata y los pendientes con forma de cadena bien podrían haberle arrancado un grito. Eso era un demonio, y de los fuertes. La mujer también la reconoció a ella. Le sonrió a Silvia de medio lado, toda una mueca de desafío. Ambas sabían que el demonio ansiaba atacar, hacerla pedazos, pero la protección que rodeaba a las cinco condiciones se lo impedía. Silvia dejó el baño esforzándose por desterrar a la chica de su cabeza. Necesitaba pensar en cualquier otra cosa y no volver a dedicarle, jamás, ni un solo pensamiento. El rato con Reyes y Sofi la hizo sentir reconfortada, y se aferró a la sensación con todo su empeño.

Su hija era una buena estudiante, capaz de escoger con buen ojo a sus amigos. Reyes ni se imaginaba hasta qué punto estaba vinculada con las dos chicas y los tres chicos que formaban su pandilla de toda la vida. Al recordar la llamada y el nacimiento de la hija de su prima se le encogió el corazón. Todavía no se lo había dicho ni a ella ni a Daniel. Ambos adoraban a Noe y se pondrían muy contentos por su maternidad, sin la menor idea de cuánto encerraba.

Un sudor frío empapó su espalda y el miedo desterró toda sensación agradable. Silvia detuvo su camino cuando las piernas amenazaron con fallarle. A solas, en el amplio y luminoso pasillo que llevaba a la zona en la que estaban los carritos para la compra, rompió a llorar. Se arriesgaba demasiado, no podía confiar en su empeño porque el Verdugo no se manifestase en Reyes. No funcionó con su madre por mucho que lo deseó. Solo era cuestión de tiempo, podría manifestarse en años o en horas. Y su padre seguía sin encontrar una solución. Por no llamar la atención, buscó un rincón despejado, y trató de contener el llanto y la angustia.

Lo único que jamás se había puesto en práctica para ocuparse del Verdugo era no hacer absolutamente nada y mantener a la persona que llevara esta carga todo lo lejos que fuera posible de evidencias sobrenaturales. Por eso se habían trasladado al pueblo, porque allí habría cien ojos para controlarla y apoyarla, y porque si había que reducirla todos colaborarían para que el daño fuera el menor posible. Unidad y confianza. Esas eran las claves, aunque nadie podría señalar qué unir ni en quién confiar.

14

CUESTIÓN DE ECONOMÍA

De regreso en el instituto, Reyes, Sofi e Isaac se sentaron en las escaleras que daban al pasillo dónde se encontraba su aula. Tenían un par de minutos antes de la siguiente clase, y pasaban el tiempo como podían. Reyes sentía un enorme vacío en la boca del estómago. La imagen de Adrián con la chica de los pendientes en forma de cadena dolía horrores. Absorta, compuso una imagen mental de sí misma. Vaqueros sencillos, sudadera, calzado deportivo, cara lavada. Si acaso podía sentirse afortunada por no sufrir acné juvenil. Algún que otro grano había, pero gracias a la herboristería de las madres de Leo tanto Reyes como sus amigos se salvaban de los estragos de la pubertad.

Reyes asumió, de mala gana, que no tenía nada que ver con la acompañante de Adrián. Vaqueros ceñidos, camiseta de manga corta entallada y con ligero escote, labios pintados, maquillaje sutil. A mayores de los desconcertantes pendientes, un par de abalorios plateados, o de plata real. Jamás había sabido diferenciarlos. En su mente volvió a verla en el patio cubierto, saltando al campo a pesar de llevar unas cuñas altísimas. De intentar lo mismo, Reyes se había partido un tobillo o los dos. Se mordió el interior de la mejilla y parpadeó al notar que los ojos empezaban a picarle. Tal vez había llegado el momento de ponerse en manos de Tasmí. Su amiga más presumida insistía en cambiar su *look*. Alababa su cuerpo estilizado, sus rizos y hasta las facciones de su cara, mientras la ponía de vuelta y media por no sacarle partido a sus presuntos encantos. De soslayo, observó a Sofía. No iba arreglada en exceso, pero hasta la tímida del grupo resultaba más femenina que ella. Se insultó con ganas. Podía cambiar su apariencia, disfrazarse, pero dudaba que eso bastase para que Adrián la viera como algo más que la hermana pequeña de su mejor amigo.

—Mierda, mierda, mierda —protestó Sofi mientras sus dedos acribillaban la pantalla del móvil.

A su lado, Reyes miró el teléfono y solo necesitó ver el pájaro de Twitter para hacerse una idea del apuro de su amiga.

—¿Qué has *retuiteado* sin querer?

Sofi soltó un gruñido y desistió. De un soplido le apartó la parte más larga del flequillo para que el pelo dejara de hacerle cosquillas en la cara.

—Un tuit de Estela.

Al otro lado de Sofi, Isaac dejó escapar una risita. Reyes puso los ojos en blanco antes de hablar.

—De verdad, ¿por qué la sigues?

Sofi guardó el móvil en el bolsillo de su cazadora vaquera y se encogió de hombros.

—Porque ella me sigue a mí.

—Pareces boba —dijo Reyes—. Esa sigue a todo el instituto.

—A mí no —corrigió Isaac con tono burlón. Él también tenía móvil, pero de tan antiguo y precario, lo más moderno que pudo instalar fue el WhatsApp. A través del ordenador del colegio se había abierto cuentas en redes sociales, tenía *e-mail*, pero no las utilizaba porque en su casa ni siquiera había internet. La situación económica de su familia era pésima. El sueldo de su madre les bastaría para vivir bien, si no fuera por la deuda que les había dejado su padre al abandonarlos.

Sofi y Reyes le sonrieron. Isaac parecía llevar bien la situación, pero sabían que se sentía un poco descolgado.

—Eso que te ahorras —aseguró Reyes al tiempo que sacaba su móvil—. Yo no tengo a la tía petarda esta, pero si vamos a la cuenta de Sofi...

La aludida se llevó las manos a la cabeza y se revolvió los mechones dorados.

—No lo digas en alto, no lo digas en alto.

Bajo la divertida mirada de Isaac, Reyes leyó el tuit con voz de falsete.

—*Están aquí, no dejes que te alcancen* —dijo, antes de torcer el gesto—. ¿Y esto?

Sofi se estiró para poder ver la pantalla del móvil.

—Eso no fue lo que puso —aseguró Sofi—. Sí, la foto es la misma...

Reyes había seguido navegando por el móvil, y colocó la pantalla para que sus amigos pudieran verla.

—Pues tiene todo su perfil completo con perlas de estas.

Sofi tomó la mano de su amiga para acercarse un poco más el teléfono y confirmarlo. Leyó en voz alta otro de los tuits.

—*Surgirá con toda su furia. Entonces, en lugar de detenerlo, se matarán entre ellos* —murmuró con impresión—. Ostras, como se le va, ¿no?

Isaac se sumó a la lectura, tomándose como un juego.

—¿Y ese? —dijo—. *Cinco, cada uno de las cinco, para dividirlos...* ¡Mi madre! Esta chavala está fatal.

El timbre del cambio de clase los hizo guardar los móviles y ponerse en pie. La puerta de su clase se abrió, y un ceñudo Toni salió mascullando. Ninguno se atrevió a preguntar por el examen. Como muestra de apoyo, se quedaron con él en el pasillo y se centraron en otro tema de conversación.

—¿Qué le regalamos a Tasmi? —planteó Sofi mientras barría la zona con la mirada por si la cumpleañera aparecía.

—¿Un cerebro nuevo? —protestó Toni.

Isaac tenía una idea mejor.

—¿Un novio nuevo?

Leo fue el siguiente en reunirse con ellos, y por su gesto no le había ido mejor que a Toni.

—Para Tasmi, ¿no? —preguntó Leo.

Sofi asintió con expresión divertida. De todos, Leo era el que solía arrancarle la sonrisa más amplia.

Reyes mantuvo su gesto de fastidio. El novio de Tasmi apareció en su cabeza con el aspecto de pijo arrogante habitual y cubierto de sangre. Reyes dio un respingo. Sus amigos lo pasaron por alto, y ella espantó la imagen para mantenerla sin el tinte sangriento. Tampoco a él le deseaba la muerte, pero si le pasaba algo no se desharía en lágrimas. Era un incordio, no le caía bien a ninguno, pero por respeto a Tasmi lo toleraban. Sin embargo, era evidente que él no los toleraba a ellos, pues las pocas veces que quedaban juntos no podía mostrarse más incómodo. Por costumbre, aguantaban las peculiaridades de Tamara, también porque a pesar de ellas su amiga poseía un buen fondo. Su novio, no.

—Si se pudiera... —lamentó Reyes—. Nos toca pensar otra cosa, para alguien que lo tiene todo, y muy caro. ¿Presupuesto?

Isaac se revolvió nervioso. Lo que él podía poner era más simbólico que otra cosa. Sus amigos lo sabían. Si lo dejaban pagar sus consumiciones cuando salían era porque él se ofendía ante las invitaciones. No dejaba de decirlo: si no podía salir, se quedaba en casa. Y muchas veces se veía obligado a hacerlo, por lo que arrastraba al grupo a limitadas salidas con tal de estar con él. Eso era lo que más les agradecía, pero a menudo lo hacían sentir mal. Que ni siquiera Tasmi protestara lo tendría presente toda la vida.

—Yo puedo poner cinco euros —respondió Isaac. Era un exceso, lo pagaría más adelante, pero sabía que sus amigos pondrían más para compensar y no quería.

Toni, el siguiente en mala situación económica, asintió.

—Con cinco euros por cabeza va sobrada —sentenció—. Lo pijo que se lo compren los pijos.

La decisión estaba tomada. Sofi volvió a adquirir protagonismo mientras Leo le daba el relevo en la vigilancia.

—Ok. Reyes y yo lo compramos. Vi en el centro comercial un conjunto muy chulo, nos da de sobra.

Toni sonrió al fin.

—Todo vuestro el marrón, pero me apunto a ir al centro. Mi madre también va a estar de cumpleaños y alguna cosilla tendré que tenerle.

Con facilidad, Reyes y Sofi entendieron que lo que Toni les estaba pidiendo era que lo ayudasen a comprar el regalo.

—¿Y cómo vamos? —preguntó Sofi.

Reyes lo tenía tan claro que hasta le sorprendió la determinación en su voz.

—En tren —dijo. A su mente acudió el vagón y los cuerpos sin vida de sus amigos. Justo por la inquietud que le provocaba la imagen imposible, su obstinación le impidió descartarlo—. Yo creo que ya somos mayorcitos para poder movernos, ¿no? Que no les pedimos salir de noche. Pero a la ciudad de día y en tren, seguro que nos dejan... ¿No?

Toni solo tenía una duda:

—¿Cuánto vale el billete?

—No creo que pase de cinco euros —respondió Sofi.

Leo les enseñó la pantalla de su móvil, dónde había consultado tarifas y horarios.

—No más. ¿Para cuándo?

—¿Puede ser pasado el examen de inglés? —suplicó Sofía.

Reyes asintió emocionada, sin tener muy claro por qué.

—Sin problema, y en tren nos vamos... —dijo notando algo raro, una sensación que aconsejaba andarse con cuidado—. Se lo pediré a mi madre, por si acaso. ¿Alguien más se apunta?

A Isaac le hubiera encantado ir, pero el billete de tren se le escapaba del presupuesto para esa semana. Un presupuesto que se empobrecía por momentos gracias a los cinco euros del regalo. Comenzaba a arrepentirse, era demasiado. Sintió cómo Leo le ponía la mano en el hombro.

—Yo paso —dijo Leo—, sabéis que ese sitio me agobia. Demasiada gente, demasiado ruido, demasiado crío. ¿Isaac?

—Yo también paso —respondió Isaac con normalidad. A Leo no le gustaba el centro comercial, pero lo toleraba con tal de estar juntos. Sabía el porqué de su negativa, se sintió incómodo, culpable, pero también agradecido.

—¿Y la fiesta de esta noche? —se interesó Isaac. Eso era gratis, aunque no las tenía todas consigo de si su madre o los padres de sus amigos los dejarían ir—. ¿Vamos?

—Pues claro —espetó Toni—. Es en la plaza, a ver cómo nos dejan fuera.

—Mientras esté en casa antes de las once, podría ser —comentó Sofí, quien no tenía la menor gana de ir, pero los acompañaría.

—A ver qué dice mi madre —comentó Reyes dubitativa. Su padre seguro que no la dejaba pero, por suerte, una convención lo mantendría lejos hasta el día siguiente. Se moría de curiosidad por ver cómo eran las fiestas de los mayores.

Leo asintió como si le diera lo mismo.

—Lo que decidáis —concluyó.

Reyes miró a Leo con interés. Recordar la charla de la mañana le daba que pensar. Leo era un chico guapo, aunque no ponía el menor empeño en que el mundo lo supiera. Su carácter era afable, pero lo limitaba como si temiera traicionarlos a ellos si se relacionaba demasiado con los demás. Se preguntó si guardaría relación con lo que percibió en su mirada durante la charla. A Leo le pasaba algo. Estaba dispuesta a descubrirlo.

—A tí... hay que espabilarte —murmuró Reyes dejándolos a todos con las dudas. El profesor avanzaba hacia la clase y, al dirigirles una mirada cargada de advertencias, los amigos se apresuraron en entrar.

15

RECUERDOS

Saúl entró en casa y agradeció que no hubiera nadie. Lo primero que hizo fue ir a su desangelada habitación para deshacerse de la cazadora y del casco. Las paredes conservaban restos de cinta adhesiva allá dónde en su día sostuvieron los posters. Ahora, nadie encontraría un solo recuerdo ni indicios sobre sus gustos o manías. Su estómago protestó. Estaba muerto de hambre, por lo que aprovechó la calma y dejó la habitación. Al llegar a la cocina sus ojos fueron hasta el reloj del microondas. Eran casi las tres de la tarde, buena hora para comer. Al ir a coger el pan se encontró con un enorme círculo naranja en el calendario de propaganda. Su madre estaba de cumpleaños en breve. Soltó un juramento. Debería comprarle algo. Su malestar no mejoró, se consoló con que lo del regalo sería fácil de solucionar y volvió a perderse en sus cosas. Mientras improvisaba con las sobras del medio día no dejaba de darle vueltas a la cabeza.

Se sentía mal por cómo había tratado a Inés y no entendía por qué no era capaz de dejarlo correr, por qué le daba tanta importancia. Supuso que la chica le sonaba de verla en el pueblo de las veces que fuera de visita a la mansión de los Santomé, tal vez había coincidido con ella en alguna fiesta. Era guapa, normal que no pasara desapercibida. Y, sin embargo, ahí seguía la vampira, insistente. En especial, su expresión avergonzada y el dolor que le provocaron sus palabras de desprecio.

Cogió el móvil que descansaba en el bolsillo del vaquero y accedió a las últimas llamadas. Soltó el aparato sobre la encimera al darse cuenta de que estaba a punto de enviarle un mensaje de disculpa.

—Me cago en...

Trató de concentrarse en la comida. Lo consiguió durante un par de minutos. Después, volvieron los remordimientos. Enseguida volvió a coger el móvil. No tardaría en arrepentirse, así que se dio prisa al escribir.

«*Me pasé*».

Era una disculpa, al menos para él. Contempló que Inés estaba en línea, el azul indicaba «mensaje leído», pero no obtuvo respuesta. Sintiendo como un idiota, volvió a soltar el teléfono y le dio la espalda al plato que giraba en el microondas. Su madre no lo dejaba fumar dentro de casa, por lo que tuvo que salir al jardín. Al jardín prohibido, como él lo llamaba. A veces pensaba que su madre quería más a las plantas que bordeaban el césped repleto de calvas que a sus hijos.

Desterró este pensamiento al segundo. La ira conseguía que se revolviera contra todos. No podía echarle nada en cara a su madre, aunque jamás lo reconocería delante de ella.

Nada más salir por la puerta trasera, el frío le mordió la piel solo cubierta por una camiseta y los pantalones. Refunfuñando, cogió la cajetilla que tenía en el alfeizar de la ventana, junto al cenicero que su madre debió vaciar antes de volver al trabajo.

Saúl fumaba mucho y bebía mucho. Se sentía mal consigo mismo. Volvió a pensar en Inés. No necesitaba encima la culpa de tratar mal a una chica que solo pretendía ser amable. No iba a volver a verla. Era lo mejor para ambos. Vampira y Santomé. No se le ocurría nada peor que añadirle.

El canto de los grillos sonó abrumador. Ahí estaban día y noche. Esos bichos plagaban su jardín para ponerlo de los nervios. Sin venir a cuento, se vio de adolescente sentado en las rocas, detrás del campo de fútbol que casi nadie usaba. Sus ojos estaban puestos en el río, la noche caía y le llegaban los sonidos de la fiesta del pueblo. La fiesta del Carmen. Él acudía a la plaza, pero al Saúl actual le sorprendió no verse con sus amigos. En verano siempre estaban juntos. La respuesta le vino al poco: se había separado a propósito. Le gustaba una chica, pero no tenía ninguna posibilidad con ella.

En la puerta de la cocina, Saúl se quedó inmóvil. La chica era Inés, ahora lo recordaba. Años atrás, nada más verla se sintió atraído. Su carácter despreocupado había conseguido que se acercara a ella y se pusieran a hablar. Descubrió que era una Santomé porque Antón se les sumó con una dura mirada.

«*Es mi prima. Largo*», fueron las palabras exactas y Saúl se vio desafiado. Se le puso chulo a Antón, más con ella delante, y Antón le dio tal empujón que lo estampó contra el borde del palco.

Antón tenía entonces dieciocho años, acababa de convertirse en vampiro y no controlaba su condición. A Saúl el dolor le había recorrido la espina dorsal dejándolo sin aire, y le había sorprendido que el chico estirado tuviera tanta fuerza. El aturdimiento consiguió que tardase en reaccionar. Para cuando se repuso, Antón sujetaba a Inés del brazo y se alejaban entre la gente.

No le extrañó haberse olvidado, era algo humillante, y después se le juntaron los problemas. Era de suponer que Inés tardó en volver al pueblo o, si lo hizo, no volvieron a cruzarse. De otra forma, la hubiera reconocido cuando fue a ayudarla. Si buscaba entre sus recuerdos, no había cambiado tanto. O podría haberla tenido delante de las narices y no fijarse. La verdad, cuando se reunían todos los sobrenaturales, él estaba demasiado ocupado deseando estar en cualquier otra parte como para observarlos. Esos encuentros se limitaban a las fiestas en la mansión Santomé, dónde había tanta gente que era fácil ignorar a los miembros de las demás condiciones.

En todo el tiempo que llevaba como brujo, nunca se había dado nada lo bastante grave como para que los diferentes sobrenaturales se unieran. Una suerte, dudaba que pudieran trabajar en equipo. Él y los suyos seguro que no lo ponían fácil. La culpa era de sus diferencias como personas y de lo mal que llevaba Noel el liderazgo. El modo en el que los trataba podía ser justificado para algunos, pero a él y los suyos les daba cien patadas. Lo peor de todo era que cambiar de líder ni era democrático ni sencillo. Y no había vistas de conseguirlo en mucho tiempo.

Dejó de pensar en Noel para no emprenderla a golpes. El rostro de Inés pareció suavizar su cabreo, quizá porque evocarla era más agradable. Había mejorado con los años, mucho. Le pareció de lo más curioso tener la misma sensación que cuando eran niños. Ahora, tampoco tenía

ninguna posibilidad con ella. Lo mejor era no volver a verla nunca.

—Hola, Saúl.

Saúl observó al hombre que aguardaba al otro lado del cercado. Sonrió algo azorado porque le había dado un susto.

—Ignacio, ¿a qué andas? —saludó haciéndole un gesto para que entrase.

El hombre alto y de aspecto afable, antecesor y amigo a pesar de ser tan diferentes, entró en el jardín con una sonrisa tensa. Saúl lo recordaba de cuando vivía en el pueblo, y también porque siempre estaba con su padre, Pablo Villar, al ser ambos brujos dominantes. Parecía hacer mil años de eso. Por aquel entonces, Saúl no tenía la menor idea de la maldición ni de que él mismo formaba parte de las cinco condiciones. Una época en la que ni él ni Toni ni su madre alcanzaban a imaginar que el cabeza de familia terminaría abandonándolos. Como pensar en el cobarde que había huido lo envenenaba, Saúl se esforzó por apartarlo de su mente.

—Quería hablar contigo —respondió Ignacio.

Saúl protestó para sí mismo. Comprendía en esas tres palabras que quería hablar con él de algún aspecto sobrenatural. Dio una larga calada y se centró en el hombre. Ignacio ya no era un brujo dominante, podía decirse que era libre, pero tampoco eso sería correcto. Ahí estaba la prueba; con una vida lejos del pueblo, Ignacio todavía debía rendir cuentas.

—Soy todo oídos.

Ignacio estudió las flores con aprobación antes de cargar su voz de seriedad. Le gustaba aquel chico, quizá porque entendía mejor que nadie el rechazo que exteriorizaba.

—Hay algo aquí.

Saúl volvió a verse con un montón de información en pocas palabras.

—Siempre están aquí —apuntilló Saúl en tensión. Hablar de demonios era muy complicado.

—Sentí uno en el río —dijo sin intención de darle énfasis al detalle, para no cargar a las criaturas de demasiada relevancia—. Llamé al líder...

—Oh, has conocido a Noel —murmuró Saúl con aire burlón.

También Saúl podía decir mucho de forma breve. Con solo cruzar una mirada con Ignacio supo que al pescador Noel no le había gustado, y eso era justo lo que le preocupaba.

—Unidad y confianza... —empezó a decir Ignacio.

Saúl lo interrumpió, tragándose una maldición. Los grillos le resultaron más molestos que nunca.

—Ni un poco de ninguna —reconoció Saúl—, pero aquí seguimos.

Por la expresión de Ignacio no estaba de acuerdo ni tranquilo. Saúl lo vio apretar los labios para contener lo que fuera que pasase por su cabeza. Seguro que algo en relación con los demonios. El pescador ya había dicho todo lo necesario acerca del ser que había sentido en el río, no podía darle más relevancia, pero la curiosidad tenía la mala costumbre de imponerse frente a la prudencia. Saúl se preguntó si lo que Ignacio no querría saber era quién era ese demonio. Una de las normas sagradas de los brujos era no buscar identidades, pero todos sabían que había demonios en el pueblo.

Como ellos, casi todos los demonios llevaban una vida más o menos normal. Solo se revelaba su condición, sus rasgos o su poder, cuando surgían las grietas. Ponerles cara o nombre era una pérdida de tiempo, pues la mayoría ni siquiera sabía de su condición oculta. A estos se les llamaba demonios bífidos, porque la parte humana ignoraba ese lado perverso. Entidades

independientes y engañosas hasta para las personas que los ocultaban. Aquí los brujos no querían conocer identidades porque la parte humana no podía ser más inocente.

Los que sí estaban en sintonía eran los demonios íntegros, menos frecuentes, por suerte para todos. Los íntegros solían contar con un poder mucho más fuerte y, al ser conscientes de su lado siniestro, la parte humana era igual de peligrosa que la sobrenatural. O esa era la teoría. Saúl le daba credibilidad a los textos antiguos porque nunca se las había visto con un demonio ni íntegro ni bífido, al menos que él supiera. Por su propio bien, seguro que los demonios ponían el mismo empeño que ellos en mantener oculto lo que eran.

El suspiro de Ignacio previno a Saúl. No habían acabado las malas noticias. Le dio otra calada a su cigarrillo y observó las plantas que tanto cuidaba su madre. En parte podía entender su afición gracias a las tonalidades vivas que adornaban los bordes de la finca. Si no fuera por los bichos que rondaban las flores, y en especial por los grillos, Saúl consideraría la botánica relajante.

—Tuve una visión —dijo Ignacio—. Un tren regional en la estación de aquí al lado. No puede salir de la estación, al menos a la hora prevista.

—Qué misterioso —apuntilló Saúl.

Ignacio dejó salir una risa de disculpa. No había rastro de humor en ella, ni en la mirada astuta del brujo que lo escuchaba.

—Aquí algo va muy mal, Saúl. Sabes que, con ellos, cuanto menos bombo se les dé, mejor. Tú solo hazme caso. Creo... vi cinco muertos. Me pega que uno por condición. Tiene pinta de ser algo grande, y si no estáis unidos podríais terminar matándoos entre vosotros.

A Saúl le parecía de lo más providencial haber pensado algo parecido segundos antes de la aparición del hombre. Asintió, pues no tenía muchas alternativas y confiaba en el instinto de Ignacio. Su mente se la jugó e Inés apareció en su cabeza. La sola idea de pelear a su lado o en su contra consiguió que se revolviere inquieto en su sitio.

—Dime el día y la hora —pidió—. Nosotros nos encargamos de que vaya con retraso.

Ignacio compartió los datos y respiró un poco más aliviado. A pesar del aspecto desaliñado y rebelde de Saúl, se tomaba muy en serio su parte.

—Se lo dirás al líder, ¿no? —quiso saber Ignacio.

Saúl asintió y sus ojos se perdieron de nuevo entre las flores. La mueca de rechazo fue inevitable.

—Contaré lo que me has dicho, pero ya te aviso que solo me harán caso los vampiros, y porque son unos paranoicos. Noel y sus perros, olvídate. O le describes ese algo con pelos y señales o no reconocerá una mierda.

—Espero no tener que describírselo —aseguró Ignacio, incomodísimo ante la idea.

Saúl asintió con vehemencia. Si alcanzaban a ver un demonio con total nitidez sería porque estaban a su alcance.

—Ni yo, colega.

Los ojos de Ignacio localizaron la puerta de madera casi a ras de suelo. Era el acceso al sótano de la casa. Tragó saliva con nerviosismo. La voz de Saúl lo hizo devolver su atención al joven.

—Están a buen recaudo —dijo Saúl como si nada, a pesar del ligero temblor de su voz.

Ignacio cabeceó de manera afirmativa, sin intención de pronunciarse en voz alta. Los brujos

custodiaban toda la información sobrenatural en diversos volúmenes. El sótano en sí era una enorme y grotesca biblioteca en la que también se encontraba el mayor peligro para toda la comunidad sobrenatural: las claves para hacerse con el poder de los Antiguos. Un conjunto de hojas de apariencia inofensiva, meros versos, estrofas, palabras sin más. Nadie de las cinco condiciones podía ver más allá, porque las claves no habían sido creadas para ellos. Ni siquiera los brujos comprendían el significado de las frases recogidas. Podía ser una profecía, una adivinanza o un conjunto de predicciones. Lo que fuera. Pero sí sabían a ciencia cierta que en manos de un demonio supondría el fin de toda la comunidad.

16

LAS CINCO CONDICIONES

Silvia aguantó sin sufrir una nueva crisis los veinte minutos necesarios para salir de una ciudad con locos al volante, y los treinta por la carretera nacional que bordeaba la costa. Su pueblo natal estaba en Andalucía, pero Galicia, y aquel lugar en especial, la hacía sentirse como en casa. A fin de cuentas, la historia de su familia había empezado allí.

Apenas eran las tres y media. Tenía toda la tarde por delante. Su cuerpo se relajó al localizar el conjunto de casas y edificios que no superaban las tres plantas. Los rodeaba el verdor de los jardines, los huertos e incluso las partes boscosas. Ya en el puente romano, Silvia bajó la ventanilla. La vibración de los neumáticos contra las piedras antiguas meció su cuerpo. Las aguas sobre las que circulaba alzaban un arrullo al desembocar en la ría y se fundían con la voz de India Martínez, de la que Silvia era fan incondicional. Hasta el aire, con aquel regusto salado, parecía darle la bienvenida.

La localidad era tan pequeña que solo había dos carreteras de doble sentido al salir del puente. El resto, no eran más que vías estrechas que no tenían espacio para más de un coche. El desvío de la izquierda ascendía por el pueblo y serpenteaba por el bosque hasta la ciudad vecina, con escalas en otras aldeas.

Silvia tomó el desvío de la derecha y siguió el tramo del río conquistado por el embarcadero. A pesar del buen cauce, los vecinos disponían de una única playa fluvial pequeña. La ribera pertenecía al bosque y a los acantilados en los que, a lo lejos, se alzaba el imponente castillo.

Llegó a la plaza circular y aparcó junto al palco de piedra, en línea con la media docena de vehículos que había a esas horas. Desde allí se veían un par de embarcaciones de recreo ordenadas en el pantalán de madera, donde también se resguardaban las pequeñas barcas marineras de apenas cuatro metros. Siempre le resultaba un contraste curioso.

Recuperó su móvil del bolso y tecleó el número de Daniel. El único inconveniente a la ubicación de su casa era el acceso, solo posible a pie, con lo que se veían obligados a dejar los coches en la plaza. Como imaginaba, Daniel no puso ninguna pega a bajar para ayudarla a subir la compra. A punto de cumplir los dieciocho años, su hijo seguía teniéndole miedo. Mientras esperaba intentó imaginarse el aspecto que ese lugar tenía en el pasado. Siglos antes, el suelo de gravilla era tierra negra. No existía el palco de piedra ni el embarcadero, y las casas dispersas no eran más que parcelas de bosque con alguna que otra cabaña oculta. Siglos antes, una

muchedumbre rodeaba cinco piras, provocando una maldición irrompible.

El sonido de unos nudillos contra el cristal de la ventanilla hizo que Silvia se sobresaltara. Daniel borró la sonrisa ante el modo en el que ella lo miró y percibió el desconcierto en sus ojos verdes.

Obligándose a calmar su respiración, Silvia dejó atrás toda visión del pasado. Se centró en el rostro de su hijo mayor, enmarcado por el pelo corto castaño. Él había heredado los rasgos de su padre, era su viva imagen, aunque lucía una complexión más fuerte. Su mirada, de un verde oscuro, podía decir con orgullo que era cosa suya. Reyes, menuda y de diferente belleza, se parecía a su abuela, muy a pesar de Silvia.

Salió del coche y le dio un abrazo a su hijo. En cuanto Daniel le devolvió el gesto, Silvia fue aún más consciente de lo mucho que se había desarrollado su cuerpo. Igual que Reyes, su hijo mayor se veía rodeado por algo. Una fuerza propia de su condición, incolora, similar a algún tipo de corriente eléctrica. Impresionaba, pero al contrario que el de su hija, el fenómeno no le generaba otra cosa que orgullo. Reparó en Adrián al separarse. El joven se había mantenido allí sin sentirse fuera de lugar, bajo una sonrisa maliciosa y con un gesto travieso.

—Qué bonito —se mofó Adrián hablándole a su amigo.

Ni por asomo se habría burlado de Silvia, también él le tenía miedo. Tras tantos años de amistad con Daniel, ella lo regañaba de igual forma que su propia madre. Divertida, Silvia le dedicó una enorme sonrisa.

—Por gracioso, nos ayudas. Que tú también terminarás asaltando la alacena —aseguró sin pasar por alto que, aunque la diferencia era sutil, Adrián había crecido más que su hijo.

Silvia se sintió empequeñecida por el metro noventa que medían ellos. Como Reyes, también Daniel había escogido con acierto a su amigo. Se llevaba bien con todo el mundo, pero su afinidad con Adrián aumentó durante los últimos años de colegio. Y como a Reyes, les unía algo más que vivir en el mismo pueblo desde siempre. Si se mantenían juntos les serían más llevaderos los cambios que iban a sufrir, y sus familias estarían más tranquilas. Porque esa maldición que había empezado hacía tanto tiempo estaba a punto de manifestarse en ellos.

Con Silvia en cabeza, dejaron la plaza y subieron por la cuesta asfaltada hasta el primer camino que dejaban las fincas de esa zona. Tras ella, Daniel y Adrián protestaban por la carga. Los ignoró, porque no era tanto peso y sí mucho cuento, atenta al suelo de tierra del segundo camino, desde el que empezaba a verse la casa de dos plantas. Su vivienda también era un motivo de orgullo al estar hecha a su gusto y al de su marido. Como buenos arquitectos, habían dado rienda suelta a su creatividad para escapar de lo cotidiano. En el exterior, el camino ajardinado que unía el cancello con la puerta principal, el cenador en el lateral y el práctico porche eran la envidia de muchos. El interior, todo un laberinto capaz de desconcertar a quien entrase por primera vez.

Mantuvo la puerta abierta para que pasasen los chicos sin necesidad de decirles a dónde ir. Los siguió hasta la cocina, pero con intención de perderse por la puerta que daba a las habitaciones.

—Voy a ponerme cómoda, ya sabéis dónde va cada cosa —se despidió conteniendo la risa al ver las caras que se les quedaban.

Huyó antes de vérselas con una nueva ronda de protestas y cerró la puerta tras ella para desentenderse. La ventana que daba a la terraza iluminaba el pasillo lo suficiente como para no

necesitar encender la luz. Que las puertas de las habitaciones estuvieran cerradas la obligó a fruncir el ceño con desconfianza. Por la primera a la izquierda se accedía a la habitación de Reyes. Seguro que había dejado la cama sin hacer y la mitad de la ropa por el medio. Su hija se había dado prisa en irse después de comer para reunirse con sus amigos, pero cuando volviera iba a escucharla. La de la derecha era la de Daniel. Si estaba cerrada era porque tampoco la había recogido. Con él hablaría, pero no de lo necesario del orden. Al menos ese día. No puso mejor gesto ante la del baño. La habitación de invitados sí estaba abierta y bien ordenada ahora que Adrián había regresado a su casa.

Dejó atrás el territorio de sus hijos y tomó la curva a la altura de la puerta de la terraza. Entró en su habitación, donde el baño integrado les permitía no verse en mitad de las peleas mañaneras. En el extremo se encontraba la falsa bajante que comunicaba con la pequeña sala de uso exclusivo del matrimonio. El orden del segundo piso no era tan fácil de dictaminar gracias a los tabiques móviles, encargados de alterar el número de habitaciones. Las únicas partes fijas eran las que cerraban la sala privada, un pequeño despacho y los dos baños. El salón, la sala de lectura y otra sala que podía servir de dormitorio, eran variables.

No les mintió a los chicos, iba a ponerse cómoda, además de revisar los datos recabados a lo largo de los años. Tras cambiar la ropa de calle por un práctico vestido camisero, hizo fuerza para girar la media columna sobre los raíles. Cerró y ascendió por la escalera de caracol hasta el cuarto secreto. No era una sala amplia, y las estanterías repletas de archivadores reducían más el espacio. La única ventana quedaba protegida por los árboles del jardín. Para sus hijos ese lugar no era más que un desván olvidado en el que sus padres guardaban sus apuntes, bocetos y libros de la carrera. La puerta que conectaba la sala al segundo piso no podía estar más cerrada ni ser más falsa.

De uno de los cajones, Silvia sacó un par de pergaminos antiguos y los extendió sobre la mesa de estudio. Se puso las gafas, encendió el flexo y tomó asiento en la silla de oficina. No esperaba que Daniel la interrumpiera, ni siquiera le extrañaría que tardase tanto en cambiarse de ropa. Con ellos, en el pueblo, convivían muchas familias, la mayoría con poderes capaces de hacer casi cualquier cosa. Los textos ante ella explicaban el motivo a través del testimonio de uno de sus antepasados. Toda información sobre el mundo sobrenatural la manejaban los brujos, salvo lo referente al Verdugo.

Los extremos del primer pergamino apenas tenían consistencia de tantas manos por las que había pasado. Una letra de caligrafía admirable narraba la historia el motivo de la maldición que los seguía como una sombra y condicionaba sus vidas. Sus hijos serían los siguientes. Silvia parpadeó para contener las lágrimas.

El texto rezumaba pena y arrepentimiento. En algún punto podían verse palabras emborronadas, obra de las lágrimas que un lector anterior no pudo contener. Hablaba de muertes injustas, de cacerías y exterminio. Silvia casi podía oír los gritos de los exaltados, el crepitar de las hogueras, los lamentos de las víctimas y, sobre todo, la sentencia de un brujo al que no podía culpar por su resentimiento.

¿Qué habría hecho ella de tener tanto poder ante una masacre semejante? El brujo podría haber matado a la mitad de los presentes con solo chasquear los dedos, pero no lo hizo. Su ansia de venganza pudo con el calor del momento y cualquier acto contra los humanos les habría dado la razón. No, revolverse en su pira no lo llevaría a ninguna parte. Por eso aprovechó el instante a las

puertas de la muerte para maldecirlos, y se aseguró de que toda condición resurgiera de sus cenizas en lugar de ser extintas. Y así había sido a lo largo de todo ese tiempo.

Con manos temblorosas, Silvia pasó al segundo pergamino. Resultaba igual de antiguo y no mucho más augurador. Permitía al lector retroceder en la historia de las condiciones sobrenaturales hasta lo que se sabía de sus inicios. En esencia, habían sido creados al tiempo que la naturaleza daba forma al ser humano. No había fechas concretas porque no quedaban testigos, solo detalles y suposiciones, que bien podrían ser inventadas.

Se decía que Los Antiguos, entidades cargadas de secretos, posibles deidades, otorgaron características especiales a unos pocos elegidos. Buscaban diversidad sin descuidar el equilibrio entre las criaturas sobrenaturales y las naturales. Cinco condiciones aptas para la convivencia pacífica, solo cinco, pues el resto jamás pasarían desapercibidas a los ojos de los humanos tanto por sus extremas rarezas, como por su violencia. El texto hacía referencia a seres tales como gárgolas, sirenas y, en unas pocas líneas, mencionaba a los demonios.

Silvia sintió un escalofrío y dejó la breve alusión para seguir con el resto de la lectura. Si una cosa se recalca era que cuanto más se piensa en demonios más se arriesga uno a vérselas con ellos. No, a Silvia ya le llegaba con sus propios problemas como para añadir una aparición de semejante calibre. Había que cumplir las normas que Los Antiguos habían fijado tiempo atrás. No excederse con los poderes, bajo ningún concepto emplearlos contra los humanos y, de esta forma, se mantenía lejos a los demonios. Unas criaturas siempre atentas, deseosas incluso de caer sobre cualquier miembro de las cinco condiciones. La envidia los movía, odiaban a los vampiros, a los licántropos, a las presencias, a los brujos y a los inmunes por moverse por el mundo mientras ellos se veían relegados a la clandestinidad. Los Antiguos habían dejado de dar señales de vida hacía siglos, pero todas sus creaciones sabían que las normas continuaban vigentes. Un obligado cumplimiento aseguraba una buena protección; la historia insistía en que no era buena idea airear sus condiciones ante los humanos, el temor a los demonios hacía el resto.

Silvia sospechaba que Los Antiguos se mantenían en el más absoluto silencio para no tener que escuchar reproches, quejas o eludir cualquier petición a modernizarse. Lo que estaba claro era que no habían dejado de existir. Esos posibles dioses seguían presentes. De lo contrario, ellos no mantendrían sus capacidades. Y cómo lo lamentaba. Todo sería más sencillo y menos peligroso si no fueran más que humanos.

De regreso al primer pergamino, se quitó las gafas y se frotó los ojos. Varios pinchazos recorrieron su espalda. Demasiada silla, demasiada tensión. Debía dejar a un lado las generalidades y centrarse en lo que le afectaba de manera directa. A su familia. Descendientes del hombre que encendió la quinta pira, aunque a esas alturas el linaje maldito se había extendido y afectaba a muchas más. El éxito de su supervivencia era mantener toda condición en secreto.

Era un mundo organizado y extendido por todas las regiones, en el que destacaban los licántropos. Ellos se encargaban de arbitrar, y las decisiones de su líder debían ser acatadas no solo por su manada, sino también por el resto, si esta influía en la convivencia entre condiciones o con los humanos.

Aunque la maldición no seguía una pauta clara, podía intuirse la condición de cada persona. Todo dependía del papel que hubiera tenido su antepasado. En el caso de Silvia, la suerte no jugaba de su parte por mucho que su condición de inmune fuera una de las menos preocupantes.

Explicar lo que ella era no resultaba sencillo. Tampoco entenderlo, ya que solía ser un camino

solitario en el que uno se descubría a sí mismo. Se le confería el nombre de inmune, pero era una condición un poco ambigua y no podía tomarse de forma literal. Alguien inmune no se veía afectado por hechizos ni conjuros, pero era el que antes veía el influjo y la existencia de la magia. Un inmune podía reconocer a un licántropo, a un vampiro o a un brujo de un solo vistazo y podía localizar, escuchar y sentir con total nitidez a las presencias. Era con estas últimas con quienes solían identificarse. Ambas condiciones eran solitarias, mientras los demás se agrupaban con los suyos para apoyarse en el descubrimiento y manejo de su condición.

Los inmunes eran meros humanos cuyos ojos alcanzaban a ver más de lo que a menudo deseaban. No necesitaban una instrucción para controlar su habilidad porque no afectaba a nadie más que a sí mismos. No estaban sujetos a las mismas normas del mundo sobrenatural, como tampoco lo estaban las presencias. No eran peligrosos, colaboraban con los que sí tenían responsabilidades y riesgos, señalaban condiciones y a los posibles menores afectados.

Silvia repasó las anotaciones de sus antepasados. Había llegado el momento de transmitir el legado a Daniel, y quería ser lo más clara posible.

Lejos de cuentos populares, los vampiros ni estaban muertos ni tenían necesidad de beber sangre para su supervivencia. Dependían de un cuerpo humano, y por ello era este el que cuidaban. Sus habilidades o aptitudes tales como teletransportarse, una capacidad auditiva y visual superior, velocidad y una regeneración mejor incluso que la de los licántropos, era lo que requería la ingesta de sangre.

Los brujos no sufrían una conversión violenta, pero no por ello suponían menos problemas. Un brujo solo sabía con qué poderes contaba y cuál era su capacidad o su alcance haciendo pruebas. Para evitar posibles desastres, otros brujos se encargaban de poner barreras o deshacer hechizos que se torcían, asegurando que nadie saliera mal parado. Y, pese al control, a veces había accidentes o malas interpretaciones y altercados, pero juntos podían hacerle frente asegurando la permanencia y el secretismo.

Silvia recogió los pergaminos y los devolvió a su sitio. Estas condiciones solían manifestarse al llegar a los dieciocho años, y su hijo estaba a punto de cumplirlos. El solsticio de verano podía considerarse otro indicativo, pues las condiciones surgían entre el mes anterior y el posterior. No le preocupaba en lo que Daniel iba a convertirse. Había reconocido que muy pronto sería un licántropo. Dentro de las posibilidades era algo bueno. El problema estaba en cómo se tomaría que, de un día para otro, su vida normal se truncara.

Silvia trabajaba con el líder de los licántropos, aunque este no terminaba de gustarle demasiado, y ya lo había hecho partícipe de las futuras incorporaciones. Noel sería el encargado de adoctrinar a Daniel, pero ella era su madre y pensaba ser la primera en decirle lo que estaba a punto de pasarle.

Recordó algo de una fiesta. Esa noche, Daniel estaría en la plaza porque los de segundo habían organizado una reunión para celebrar el final de los exámenes. Las lágrimas se agolparon en sus ojos. Pospondría la puesta al tanto porque su hijo se merecía desconectar y en los próximos meses no iba a tener oportunidad.

17 COINCIDENCIAS

Saúl odiaba cualquier tipo de aglomeración de gente. El Corte Inglés no iba a ser una excepción. No soportaba el lugar ni a los vendedores ni a la clientela. A las cuatro de la tarde no había demasiada gente, pero el rechazo que sentía era el mismo. El único motivo por el que estaba allí era porque tenía que comprarle un regalo a su madre y, si no le gustaba, entre aquel mundo de objetos lo podría cambiar por cualquier otra cosa que le viniera mejor.

Con muy mal gesto, esgrimido para que los hombres y mujeres uniformados no se acercasen a él, fue directo a la zona de libros. Ya estaba deseando irse, y eso que apenas había clientes. Miró las numerosas estanterías con asco y se preguntó cómo iba a encontrar algo que pudiera gustarle a su madre.

La charla con Ignacio competía con su tarea. Para colmo, esa noche se celebraba una fiesta de los de segundo en la plaza. Muchos de los futuros bichos raros iban a beber y colocarse hasta caer de culo. A él le traía sin cuidado su salud, pero siendo candidatos a formar parte de la maldición y estando tan cerca del momento del cambio, Saúl y los suyos estaban obligados a pasear entre ellos por lo que pudieran manifestar. Decidió economizar el tiempo y aprovechar la fiestecita para compartir con Noel lo de la visión. Seguro que el líder rondaría por allí con un ojo puesto en sus próximos lacayos. Por no hacerse más mala sangre, se concentró en el regalo de su madre.

Las mesas de novedades atrajeron su atención, pero no por las lecturas. El corazón pareció salirse del pecho al reconocer a Inés de espaldas a él, hojeando los libros de una de las estanterías próximas. Se quedó paralizado. Quería largarse, pero para eso tendría que moverse, y su cuerpo no parecía dispuesto a ello. La sorpresa por los sentimientos que lo recorrían era descomunal. Debía pensar con la cabeza, aquella chica no podía agitarlo de aquella forma. Observarla de arriba abajo no mejoró su inquietud. El vestido entallado le sentaba muy bien, y las botas de caña alta, con un tacón que se le antojó desproporcionado, protegían unas piernas largas y estilizadas.

Ella se volvió y sus ojos se encontraron. Saúl sintió cómo el estómago daba una sacudida. Recordó la dureza de sus palabras y también el mensaje que le había mandado horas antes. Un mensaje sin respuesta. No sabía en qué lugar los dejaba eso. Por orgullo, mantuvo su semblante serio. Pero cuando ella le sonrió de forma amable, él también lo hizo. Sin poder evitarlo, se dirigió hacia donde estaba. Verla tocarse el pelo con una especie de tic nervioso desterró parte de

la rigidez.

—Hola —saludó antes de fijarse en el libro que tenía en la mano.

Porque era una situación incómoda para ambos y porque no pensaba pedirle disculpas en persona, decidió aprovechar la situación. Tal vez ella pudiera ayudarle con el regalo.

Inés bajó la mirada hasta el libro que sostenía y sus mejillas se encendieron. De forma apresurada, lo devolvió a la estantería.

Intrigado, Saúl no lo dejó pasar.

—¿De qué va? —preguntó tras alcanzar el mismo libro. La portada no le dijo demasiado—.

Crepúsculo —murmuró dándole la vuelta para echarle un vistazo a la sinopsis.

No pudo evitar soltar una carcajada al leer las palabras destacadas en rojo.

—¿Vampiro? Vaya, ¿documentándote?

Molesta, Inés le arrebató el libro de la mano y volvió a dejarlo en la estantería.

—Solo era curiosidad.

El tono contenido y su rubor consiguieron que Saúl ampliara su sonrisa.

—No sé si lo sabes, pero los brujos manejamos bastante información sobre nuestras cosas... y no creo que en ninguna novela encuentres algo real.

Inés cambió la vergüenza por el enfado.

—¿Vienes a hacerme la puñeta un poco más?

Saúl levantó las manos con falsa inocencia.

—Vengo a invitarte a un café —dijo. Se arrepintió al segundo. No quería tomar un café con ella, no tenía ni idea de qué acababa de pasar.

Inés lo miró desconfiada, y se cruzó de brazos.

—No sé, chico, el último se me atragantó bastante. Los dos.

Saúl prefirió centrarse en la mesa de novedades que tenía a su lado para no vérselas con el enfado de ella.

—Ya, mala idea.

Durante unos segundos ninguno supo qué decir. Sus miradas vagaron por las cubiertas que los rodeaban sin que ninguna atrapase su atención. Saúl quería irse sin más, sin tener que excusarse. Recordó por qué estaba allí, y le pareció el mejor tema de conversación para romper el incómodo silencio.

—Oye... tengo que comprarle algo a mi vieja —comentó como si nada. La expresión de rechazo de Inés ante el término usado hacia su madre le devolvió a la realidad. No podían ser más diferentes. Señaló de nuevo la novela de la estantería—. Le gustan las *pasteladas* sobre vampiros. ¿Ese me valdría?

Inés dudó.

—Esto... sí, bueno... no lo creo... ¿Sabes qué suele leer?

—Pasteladas sobre vampiros —repitió Saúl.

Inés lo miró con impaciencia.

—¿Puedes ser más concreto? ¿Algún título de los que ya haya leído para hacerme una idea?

—No —respondió Saúl categórico.

Le parecía todo un mérito la información recabada, títulos o autores era impensable. Él ya tenía suficiente con los volúmenes de datos reales que manejaban. No era muy aficionado a la lectura, pero de leer con frecuencia jamás se decantaría por el género fantástico.

Inés le dio la espalda para pasearse entre las estanterías. Sintiéndose como un idiota, Saúl la siguió.

—Oye, no te mates. Si no le gusta lo cambia por algo que...

—Así no se hace un regalo —lo regañó Inés deteniéndose ante un montón de libros cuyas portadas se veían invadidas por alas, garras, colmillos, tribales, símbolos raros o una chica o un chico *sexy*.

—No voy a regalarle nada de esto a mi madre —le advirtió Saúl.

Inés lo miró por encima del hombro con suficiencia.

—Pues si buscas una *pastelada* de vampiros tendrás que hacerlo.

Saúl gruñó por lo bajo. Cogió uno de los libros y negó con la cabeza.

—¿De verdad os mola esto?

Inés se colocó a su lado para mirar la cubierta y negó con la cabeza.

—Esa es la segunda parte de una saga. Busca el primero.

—Ah, te mola esto —se burló Saúl.

Inés lo miró con los ojos entrecerrados.

—No te pases, Saúl, o te buscas la vida con el regalo. Todavía no tengo claro si me llega con una disculpa vía WhatsApp o si debería exigírtela en persona.

La risotada de Saúl alertó a un par de adolescentes que tenían cerca, quienes se apuraron en mirar en otra dirección con sendos coloretos.

—Espero que te llegue, guapa.

—Cobarde —cuchicheó Inés sin poder evitar esbozar una sonrisa. Antes de que Saúl replicara, tomó uno de los libros y se lo tendió—. Si no lo ha leído, creo que este podría gustarle.

Saúl debería estar enfadado por el insulto. Dejarlo correr no iba con él, pero aceptó el libro sin siquiera mirarlo para poder irse lo antes posible.

—Gracias, Santomé.

Inés negó con la cabeza y le dio la espalda.

—Adiós, desagradable.

Saúl no quería dejar las cosas así, pero Inés ya se perdía entre los expositores. Se sentía como si algo lo retuviese, quizá porque ella no le había dicho ni que sí ni que no a la propuesta de tomar un café. Saúl se dio un buen tirón de orejas y fue en busca de una caja para pagar el libro, listo para largarse de una vez. Sobraban las palabras y los cafés. Seguir cada uno su camino era lo mejor para los dos.

18

CAMBIO DE LOOK

Reyes apretó los párpados para escapar de la imagen que le devolvía el espejo. ¿En qué demonios estaba pensando? Tasmi revoloteaba a su alrededor invadiendo su cuarto y su espacio vital.

—Oh, señor, por ti me haría lesbiana —aseguró Tasmi con un ronroneo—. ¡Por favor! ¿Quieres abrir los ojos?

—No —gimoteó Reyes, asustada como en su vida.

Tasmi era la finura en persona, pero también contaba con un lado impetuoso. Le dio una colleja a su amiga, cuyos reflejos la obligaron a enfrentarse a sí misma. Si es que en realidad esa del espejo era ella, claro. Reyes no se reconocía tras el maquillaje, cuyo rasgo a destacar estaba en los ojos. Ni siquiera sabía cómo definir su propia mirada, pero resaltaba con su oscuridad, igual por el juego de sombras y el khol empleado por Tasmi. Lo peor, no era exagerado, le gustaba. Todo lo demás, no.

Reyes contempló las larguísimas piernas. Entre el vestidito corto de media manga y los tacones altos con un poco de plataforma se volvían interminables. Acarició el bajo con las manos. Ni siquiera llegaba a la mitad del muslo. Trató de aplastar el vuelo de la tela estampada con florecillas. Un vestido bonito para Tasmi, hasta para Sofía. En ella se veía fuera de lugar. Como el escote en barco. Ver la curva de sus pequeños pechos era toda una novedad. Igual que el modo en el que la prenda se le adhería a la cintura.

—No pienso salir así —dijo Reyes con voz chillona.

—Oh, ya lo creo que saldrás —siseó Tasmi, quien acababa de convertirse en un sargento intransigente. La señaló con el dedo y le habló al reflejo—. Por una vez que me dejas ponerte las manos encima, ya lo creo que vas a salir. Y ahora, vamos a recoger ese *pelazo* para que se te vea mejor.

Reyes retrocedió como una serpiente y casi tropieza con sus amadas deportivas. Debería ordenar la habitación y dejar de hacer el idiota.

—No, se acabó. Voy a cambiarme.

Tasmi puso las manos en las caderas y entrecerró los ojos. También ella llevaba un vestido, incluso más corto que el de Reyes; iba maquillada, y se dejaba ver bien, pero eso en Tasmi era lo normal. Ella siempre parecía salida de una revista. Conocía un millón de trucos con los que disimular el poco pecho que tenía o que sus curvas no estaban demasiado definidas. El pelo rubio

y liso como una tabla formaba una cortina que ocultaba sus orejas, en opinión de Tasmi demasiado grandes. Le daba profundidad a sus ojos azules, volumen a sus finos labios y sepultaba cualquier imperfección de su piel, pero parecía que no iba maquillada en exceso.

—Sobre mi cadáver.

La visión del tren regresó. Reyes vio a su amiga desmadejada sobre el asiento forrado en una tela azul y blanca, con la sangre empapándolo todo. Los ojos sin vida de Tasmi se perdían en el techo. A Reyes le impresionó el realismo, pero no se compadeció ni un poco dada la situación en la que Tasmi la ponía.

Empezó a razonar con su amiga más pija. Por muy mona que Tasmi la encontrase, aquel aspecto no casaba con el estilo de Reyes. Iba a estar todo el tiempo tiesa como un palo porque no sabía moverse ni con tacones ni con una falda tan corta. Mientras Reyes exponía argumentos, Tasmi negaba con la cabeza. Reyes podía ver como las palabras revotaban contra la melena de Tasmi incapaces de llegar al cerebro de su amiga.

Tasmi vivía en un universo paralelo. Sería por su familia o por esas fiestas de alto postín, pero a menudo, a Reyes le resultaba imposible comprenderla. Minutos antes, mientras revolvía su armario a la caza de algo aceptable, Tasmi charlaba como si tal cosa sobre perder la virginidad con su novio. Le faltó tiempo para resaltar cuanto sabía del tema. A Reyes se le habían calentado hasta las orejas porque si pensaba en sexo, solo podía ver a Adrián, y resultaba tan emocionante como violento. Cuando le dio su opinión a Tasmi no fue bien acogida. Muy a pesar de Reyes, no iba a mentirle. Sabía que Tasmi y David iban en serio, pero él no le parecía el adecuado para Tasmi. Ni como primero ni mucho menos como último. Según le había contado la propia Tasmi, David se planteaba estudiar fuera del país. A esas edades los amores a distancia tenían cero posibilidades de triunfar. Pero Tasmi parecía decidida, y Reyes no era la más indicada para dar consejos sentimentales cuando en la vida había tenido novio.

Tasmi ganó la discusión sobre el modelito de Reyes con una buena defensa: ellas dos no irían solas, las acompañarían Sofi, Toni, Isaac y Leo. Además, siendo una fiesta organizada por los de segundo, chicas mayores y más monas, atraparían atenciones. Iba a ser en la plaza del pueblo, donde todos conocían a Reyes. La ignorarían como de costumbre y nadie se pasaría un pelo. No había nada que temer.

—Tienes que hacerlo —concluyó Tasmi irguiéndose con toda su determinación—. Si no vistes así ahora, ¿cuándo demonios lo harás? Estás guapisima, tía, no seas idiota.

Media hora después, de camino a la plaza con sus amigos, Reyes asumió que sí era idiota. Se había puesto en manos de Tasmi por un único motivo que no reconocería ante nadie: Adrián. Quería gustarle, así de simple y ridículo. Le daba lo mismo cuanto la alabara su pandilla. La aprobación que buscaba no era esa.

Trastabilló por culpa de las ridículas piedrecitas del sendero de tierra que dejaban las otras fincas. Los zapatos le rozaban. El atardecer tras el día gris dificultaba la visión, pero la culpa era de los tacones. Soltó un discreto quejido. Leo, tras ella, le regaló una caricia amable en el brazo. Él seguro que sospechaba a qué venía el cambio, pero no diría palabra a menos que Reyes quisiese hacer terapia. Por ahora no, pero no descartaba que en unas horas la necesitase. A su lado, Sofía la miraba con una sonrisa divertida. Le gustaba lo que veía, pero seguro que ella también sabía que el asunto era muy raro.

La música empezó a adquirir protagonismo, el ritmo de la base parecía repercutir en el cuerpo

de Reyes empeorando su estabilidad. La voz acelerada de Nicki Minaj le arrancó un lamento. A un paso de la histeria, Reyes vislumbró la plaza desde lo alto de la cuesta y respiró con tanto alivio que casi se cae al suelo. Allí había un montón de gente, casi tanta como en las fiestas locales. Enganchó su brazo al de Sofia porque la cuesta era bastante empinada, pero se sintió un poco mejor. Ni en un millón de años repararían en ella.

La plaza insulsa y simple parecía otra. En el palco para la orquesta había un par de mesas de mezclas con DJ improvisados y varias mujeres jóvenes que ejercían de gogos. No alcanzaban el nivel de las fiestas organizadas por la familia de Tasmi, pero debía reconocerles el mérito. Los altavoces estaban repartidos para amplificar la música machacona. Los grupos se congregaban con copas de todos los colores en sus manos. Lo mejor, las luces que se proyectaban por el firmamento y entre los asistentes.

Reyes tuvo que tragarse sus propias palabras nada más poner un pie en la plaza. Porque la miraban prácticamente todas las personas que se congregaban allí, y eran un montón. Ni todo el despliegue de luces y sonidos bastó para ocultar a Reyes, igual porque los mayores estaban habituados a ese tipo de eventos. Como se había puesto tiesa como un palo, sus amigos la rodearon. Eso era justo lo que necesitaba para colocar un pie delante del otro y no clavarse en el suelo.

—¿Qué demonios pasa? —cuchicheó Reyes estrujando el brazo de Sofia, su punto de apoyo, quien tuvo el detalle de no quejarse aunque Reyes le estuviese cortando la circulación.

Tasmi y Toni se partían de risa. Isaac, más diplomático, sonreía mientras caminaba un paso por delante en esa barrera perfecta. Leo, a su espalda, cuchicheó la respuesta.

—Una, estás buenísima. Y dos, eres Reyes, aquí te conocen por tus vaqueros y tus sudaderas. Verte... eh... así, es mil veces más sorprendente que los juegos de luces que han montado.

Reyes sentía el rostro en llamas y la frente tan arrugada que debía parecer un acordeón. No estaba cómoda ni satisfecha. Tasmi, por el contrario, disfrutaba como en su vida.

—Sí —dijo Tasmi igual de tiesa, pero por orgullo—. Esta pedazo obra es mía.

La pandilla se detuvo cuando los chicos se vieron rodeados por vecinos y rostros desconocidos, todos jóvenes y con sonrisas propias del exceso de alcohol. Mucho alcohol, a tenor del aire desinhibido que empezaban a mostrar algunas parejas y varios grupos. Reyes se centró en las otras mujeres. Como había comentado Tasmi, todas iban más maquilladas, más sexis. ¿Por qué tenían que mirarla a ella?

Una pareja no la miraba porque se besaba con tanta pasión que parecía a un paso de montárselo delante de todo el mundo. La mano del chico se movía sin ningún reparo bajo la falda corta. Sintiéndose violenta, Reyes giró el rostro para concederles una intimidad que no parecían necesitar. Empezó a respirar con dificultad al reconocer en un grupo próximo a uno de los jugadores del equipo de balonmano. Su hermano y Adrián no andarían lejos, y ellos eran las últimas personas a la que quería ver con lo mal que se sentía. Dio la espalda a esa dirección para encontrarse con más pares de ojos y sonrisas de reconocimiento y sorpresa. La voz melódica que la acompañaba los últimos días aprovechó para filtrarse en su cabeza, precedida del murmullo de las aguas.

—*Puede ser ahora, puedes surgir ahora mismo. Nos sirve, están los cinco. Puedes. Debes.*

Aquella voz parecía instigarla a algo que Reyes no terminaba de comprender. La presionaba. Las ganas de gritar se agolparon en su garganta. Su pecho subía y bajaba. Reyes no era capaz de

manejar lo que oía ni la atención que caía sobre ella. Sus manos se aferraban al bajo del vestido porque una ligera brisa parecía empeñada en levantárselo hasta la cabeza. Justo lo que le faltaba.

En mitad de la multitud, encontró a una mujer madura con sus mismos rizos negros y unos ojos que parecían dos pozos sin fondo. Vestía un traje de falda y chaqueta en azul marino. La conocía, su madre guardaba fotos suyas. Era su abuela. Reyes parpadeó mientras una sensación de ingravidez la asaltaba. Se estaba volviendo loca. Entre los corrillos, su abuela no dejaba de mirarla con una expresión sombría. Sus labios esbozaron una inquietante sonrisa. No vocalizó, pero a Reyes le llegaron sus palabras a través de una voz que no correspondía al tono melódico y suave, sino a uno más desagradable, frío y rabioso:

—*Tres frentes son, sin importar condición. Uno quiere destruirte, uno quiere protegerte, uno quiere utilizarte. Todos odian la maldición.*

Las palabras arañaron su mente, pero casi al momento se difuminaron hasta extinguirse, como si no fuesen más que un eco incomprensible.

—Reyes... —la llamó Leo acariciándole la espalda.

Reyes dejó de ver a su abuela y se sintió un poco mejor. La música machacona y el griterío la ayudaron a centrarse. Su parte más cabal decidió que se había intoxicado con lo que estaban fumando por allí. Sofía también la miraba con preocupación. Reyes apretó los párpados. A su pesar, al abrirlos volvió a localizar rostros fijos en ella. Algunos la saludaban mientras la miraban de arriba abajo, a la mayoría no les daba tiempo porque ella les giraba la cara. Apenas localizó compañeros de instituto porque la media de edad sobrepasaba en mucho los veinte. Sintió un hormigueo en la nuca y se giró para buscar el origen, preocupada por si volvía a ver a su abuela muerta. La voz melódica se coló en su mente, deslizándose sobre la música, provocándole un pinchazo en la frente.

—*A todos. Ahora. No dejes que te detengan.*

Noel estaba en el grupo que tenían al lado. Él también la miraba, y no como durante el encuentro anterior. Sus ojos marrones estuvieron cerca de aniquilarla. Él le sonrió como un depredador mientras su atención iba de su cara a su escote.

—Vaya, Reyes, ¡qué guapa! —comentó Noel.

Sus amigos y ella se sorprendieron por el presunto cumplido. Quizá fuera el tono, pero a ella las palabras le revolviéron el estómago. Sintió ganas de mandarlo a la mierda y exigir que dejase de mirarla de esa forma. Pero como estaban en el pueblo y eran vecinos, Reyes murmuró un «gracias» de pura cortesía, y miró en cualquier otra dirección buscando un sitio por el que escabullirse. ¿Por qué se habían internado tanto en la plaza? Hombres y mujeres jóvenes que no había visto en su vida y vecinos de siempre la estudiaban. Como Saúl, quien iba directo hacia ella.

—Toni... —gimió Reyes.

Toni se había enderezado, pero los seis sabían que ni él ni el resto detendrían a Saúl. Por la sonrisa socarrona del macarra sabían que iba a vacilarlos.

—*Vaaaaya* —expresó Saúl plantándose ante su hermano e Isaac, más divertido ante la pobre defensa.

Reyes enfrentó su rostro sintiéndose minúscula. Las luces hacían brillar los pírsines de Saúl, sobre todo el de la ceja, dándole un aire imponente. Como Toni, Saúl era muy guapo, y además, rezumaba seguridad en sí mismo. Isaac y Toni se mantenían delante a modo de apoyo, pero

temblaban como hojas. Reyes tragó saliva y se preparó para la esperada salida de tono.

—Cenicienta... menudo cuerpazo —dijo Saúl sin sonar, en absoluto, a felicitación—. Te invitaría a bailar, pero lo mismo te mato del susto. Deberías volver a tu casita, y antes de las doce... No vaya a ser.

Los amigos de Saúl se acercaron, todos igual de desaliñados, con ropas holgadas y la sonrisa perversa.

—No te pases —protestaron Toni, Tasmí y Leo a la vez.

Isaac y Sofía no se pronunciaron, pero sus gestos no eran amables. Reyes quería defenderse sola, pero por primera vez en su vida estaba de acuerdo con Saúl. El comentario no era agradable, pero no la hizo sentir ni la mitad de mal que las palabras de Noel.

—Te sobran príncipes —comentó Saúl logrando que las carcajadas de sus amigos estallaran en los oídos de los adolescentes—. ¿Qué tal si volvéis en un par de años, nenes? —Sus ojos recorrieron a Reyes de pies a cabeza—. Puedes repetir modelito.

Conformes con haberse reído de ellos en sus caras, Saúl y sus amigos siguieron moviéndose entre corrillos mientras se partían de risa. Reyes bajó la cabeza, apretó los puños. Se sentía débil, pequeña, ridícula. No podía mover los brazos por si se le levantaba el vestido. La rabia estaba cerca de provocarle una combustión espontánea. Quería matar a alguien, no se decidía si a Saúl por su franqueza, a Tasmí o a sí misma. Una vocecita le susurró que los matase a todos. Soltó un lamento y movió los brazos con mucha rapidez para deshacer el estúpido recogido y liberar sus rizos negros. Necesitaba su pelo suelto. No es que fuera a tatarla, pero igual así dejaba de sentirse tan expuesta.

Junto a ella, sus amigos ponían de vuelta y media a Saúl. Ella no los acompañó porque el molesto hermano mayor había dicho una verdad como un templo. No pintaban nada allí. Un nuevo vistazo a la fiesta lo confirmó. Los mayores iban todos por el aire, y lo más osado que ellos habían hecho había sido salir por los *pubs* de la ciudad una tarde. Su obstinación saltó como un resorte.

—Me largo —sentenció Reyes con un gruñido.

Sus amigos se apuraron en seguirla, pero ella los detuvo con una mirada. Se conocían, un montón. Quería irse porque quería estar sola. Necesitaba estar sola. Ni uno solo se atrevió a contradecirla, mucho menos a acompañarla a casa. Probablemente no la perderían de vista hasta que dejase la plaza sana y salva. No iba a ser necesario porque la expresión con la que Reyes se abría paso no daba opción a acercarse. Y, aun así, escuchó toda suerte de piropos, unos más fuertes que otros. Lejos de inflarle el ego, la envenenaron. No necesitaba que cuatro babosos se fijasen en lo largas que eran sus piernas ni en la bonita delantera, como soltaron por ahí. Solo le importaba la opinión de una persona, quien no la habría visto, porque estaría metiéndole mano a la chica de los pendientes en forma de cadenas. Parpadeó para aliviar las lágrimas, pero estas escaparon de sus ojos. Bajó un poco más la cabeza, y dejó que sus rizos ejercieran de cortina, ocultándolas. Alguien se le plantó delante cuando estaba a un paso de dejar la multitud. Unas fuertes manos se cerraron en los brazos de Reyes con una ligera presión.

—¿Qué pintas aquí... y así? —preguntó Adrián con dureza.

Reyes alzó la cabeza y sintió cómo la sangre le huía del rostro. Tenía a Adrián delante y no la miraba con aceptación, sino con horror. Al momento, la expresión del joven se suavizó un poco, igual por los lagrimones que ella sentía en las mejillas. Reyes imaginó el aspecto de su cara con

líneas negras, cortesía del rímel corrido. ¿Cuánto más podría humillarse? Reyes trató de zafarse del agarre, pero Adrián no la soltó. Por el contrario, tiró de ella obligándola a avanzar. Sus manos dejaron los brazos de Reyes cuando se colocó a su lado. Una terminó en la curva de la espalda, para que ella siguiera caminando.

—¿Te han... dicho... hecho... algo?

Su voz era ahora suave. A Reyes no la hizo sentir mejor. El calor de su mano traspasó la tela del vestido. Se revolvió, quería que dejase de tocarla con esa delicadeza y esa consideración.

—Déjame en paz —espetó Reyes importándole bien poco pagar con él todas sus frustraciones.

Dio por sentado que lo había espantado. Le pareció increíble lo seguros que resultaban sus pasos mientras se batía en retirada. No le hacían daño los zapatos ni tenía problemas con el equilibrio. La rabia era el mejor estabilizador físico. En lo referente a las emociones, no.

—¡Reyes, espera! —protestó Adrián un paso por detrás de ella.

—Qué te largues —ordenó Reyes entre dientes. Siempre era agradable con él, pero no estaba de humor para chorradas—. Vuelve a la fiesta.

Reyes no mencionaría a la de los pendientes, pero también ella ocupaba un lugar en su mente. Odiaba a esa chica con toda su alma. Como ella no estaba, más le valía a Adrián darse media vuelta o se las vería con esa parte arisca que no todos tenían la suerte de conocer.

Reyes alcanzó el segundo paso, y desde allí ya no se veía la plaza ni a la gente. La mano de Adrián atrapó la de Reyes, deteniéndola. Ella se volvió a un paso de sacudirle.

—¿Qué te ha dicho Saúl? —quiso saber Adrián.

Reyes encontró su expresión fiera. Parecía muy preocupado. Como si le importase. Intentó recuperar su mano, pero los dedos de Adrián la apresaron un poco más. Se estiró sin flaquear por tenerlo a un palmo.

—Una verdad como un piano —aseguró Reyes con rabia—. Y, como se te ocurra soltarme lo mismo, te parto la cara.

Los ojos de Adrián se abrieron de pura sorpresa. La penumbra no le dejaba apreciar bien su expresión, pero su enfado parecía haberse ido a otra parte. A Reyes le llegó un ligero olor a algún tipo de bebida alcohólica. Adrián había estado bebiendo. Por supuesto, a él no le pedían el carné.

—¿Vas a sacudirme por preocuparme por ti? —preguntó casi incrédulo, apretando la mano de Reyes cuando ella intentó soltarse de nuevo.

A Reyes le hizo ilusión que se preocupase por ella, así de estúpida era. Su mano derecha estaba inutilizada, pero no la izquierda. Hundió el dedo índice en el pecho de Adrián, encontrándolo más duro de lo que había esperado. ¡Y tanto que estaba en forma!

—Tú no tienes que preocuparte por mí —dijo Reyes poniendo énfasis en cada sílaba—. Sé que te cuesta verlo, pero ni soy tu hermana ni una cría.

Los ojos de Adrián se convirtieron en dos finas rendijas, y se cernió sobre Reyes de tal forma que ella estuvo a un paso de retroceder.

—Te aseguro que lo sé —siseó echándose en cara—, y has bajado a confirmarlo.

La sorpresa era ahora de Reyes. No tenía muy claro qué intentaba decirle, pero no era tan ingenua como para no apreciar que, en efecto, no la estaba mirando ni como a una hermana ni como a una cría. Igual había logrado su propósito, pero el resultado no era el que esperaba. Los ojos claros la recorrían de un modo muy similar al de Noel, y ella se sintió intimidada. Dio un paso atrás en señal de derrota y bajó la cabeza para no mirarlo.

—No... no sé por qué dejé que Tasmí me convenciera —reconoció preguntándose por qué no se despedía sin más y se iba a llorar a su habitación como tenía planeado. También se preguntó si él sería consciente de sus manos unidas—. Estoy ridícula, me consta. He llamado tu atención y la de media plaza. Lección aprendida.

Ahora era cuando se iba directa a llorar. Reyes no se despidió, giró para dar por finalizado el encuentro. Adrián ni le había soltado la mano ni parecía tener intención de hacerlo.

Adrián se debatía mientras sentía la mano de Reyes contra la suya, cálida y sin rastro de firmeza. Sintiera lo que sintiera por ella, la consideraba su amiga y no podía dejarla irse para casa así. Los lagrimones vistos lo habían afectado como nada en este mundo. Muy mala idea. Llevaba un par de copas encima, de ahí no iba a salir nada bueno.

—Tu hermano me matará si se entera de esto... —lamentó Adrián. Dio un ligero tirón para que Reyes volviera a estar frente a él. Su mirada negra lo atrapó—. No estás ridícula, estás como un tren. Por eso te ha mirado toda la plaza, no la mitad.

Reyes dio un respingo. Adrián estaba hablando en serio. No era compasión ni mentía. Sintió las mejillas en llamas por la sonrisa de Adrián. Ni la noche había ocultado su bochorno. Lejos de sentirse peor, Reyes terminó riendo. Hora de dejar de comportarse como una imbécil. Ni siquiera le molestó que él no le soltase la mano. Al contrario, le dio un apretón amistoso. Quería a Adrián y él la quería a ella, aunque no del mismo modo. Nunca pasarían de ahí, por lo que no venía al caso sentir más que cariño.

—No volveré a vestirme así en la vida. No... no me gusta que me miren, menos que me digan... cosas.

Porque la conocía, Adrián asintió. Más tranquilo, se apoyó en el muro de piedra. Debería soltar su mano, pero prefería seguir jugando con sus dedos. Agradeció que ella se colocase junto a él. Se le iban los ojos. No pasaba nada mientras no se le fueran las manos.

—Por eso me sorprende el modelito. Sin embargo, sería una pena que no volvieras a ponértelo porque, como dije, te queda muy bien. Sobre las miradas, la mitad son de sorpresa. No sueles vestir así, no le des más vueltas. —Su expresión volvió a resultar dura—. Por lo que hayan podido decirte, eso sí que no es culpa tuya. Tienes derecho a ponerte lo que te dé la gana, Reyes. Imagino lo que pudo haber soltado Saúl, pero ese es su problema.

Reyes frunció el ceño y lo miró con los ojos muy abiertos.

—Eh... No, Saúl no me insultó ni nada —dijo con un gesto de incompreensión—. Más bien me mandó para casa y me recomendó volver en unos años.

Adrián sacudió la cabeza y la miró con un horror fingido.

—¿Saúl, Saúl el hermano de Toni?

—Alucina —afirmó Reyes alzando la mano libre con un gesto exagerado antes de perder la vista en los terrenos repletos de sombras.

Sin poder evitarlo, Adrián tomó la barbilla de Reyes para que lo mirase. Ella estaba mucho mejor, su mirada al menos así lo decía. Sería el maquillaje, pero parecía llegarle al alma. Y ella cada vez estaba más cerca. En algún momento, la boca de Adrián había ido en busca de la de Reyes. Justo el lugar que Adrián quería probar en ese momento, sobre todo porque Reyes no parecía hacer otra cosa que contener el aliento. La charla con Mónica se reprodujo. Debería arriesgarse. Sin embargo, no lo haría medio borracho ni con ella tan vulnerable.

Reyes se tragó una maldición cuando la frente de Adrián se pegó a su sien, y su boca se desvió

hasta depositar un beso en la mejilla. Había estado a punto de besarla, pondría la mano en el fuego. ¿Por qué había cambiado de idea? Suspiró por no soltar un lamento. Volvió a sentir la tensión al ver que el beso casto finalizaba, pero Adrián mantenía la frente contra su sien. Su quejido se le metió en la cabeza mientras sentía los dedos de Adrián deslizarse por su barbilla hasta acunar su rostro.

—No necesitas nada, Reyes. Si quieres mi opinión, estás perfecta te pongas lo que te pongas.

Reyes sintió cómo le temblaban hasta las pestañas y, sobre todo, las rodillas. De no ser por el muro y las manos de Adrián, se habría caído al suelo derretida por completo. El calor la invadió en oleadas y se estremeció contra el cuerpo de Adrián. Él volvió a quejarse.

—Y yo me estoy pasando cuatro pueblos —añadió Adrián besando de nuevo su mejilla antes de separarse con reticencia—. Buenas noches, Reyes.

—Buenas noches —murmuró Reyes.

Giró lista para irse a su casa, aturdida por lo que Adrián acababa de decirle. Las mariposas que sentía en su estómago rondaban el millón. Sí que se había pasado cuatro pueblos, aunque no por lo que él pensaba. Una vez ella había asumido que no había posibilidades, iba él y le soltaba semejante piropo. Reyes ni siquiera fue consciente de su avance hasta que entró en su casa y vio a su madre sentada en la barra de la cocina.

Silvia le sonrió con cariño. Ya llevaba el pijama y, sobre este, una fina bata de verano color azul. Entre sus manos sostenía una taza.

—Vaya, sabía que regresarías pronto, aunque te esperaba desolada, no catatónica.

El calor volvió a las mejillas de Reyes cuando procesó la información. Su madre no le había dicho palabra cuando salió de casa, pero veía la jugada. Reyes no reaccionó como un basilisco porque, en efecto, estaba catatónica. Pero no pensaba quedarse callada. Señaló a su madre con un dedo acusador.

—Sabías que sería un desastre, que me sentiría fatal... ¡Y me has dejado ir!

Sin arrepentimiento alguno, Silvia asintió y le indicó que tomase asiento frente a ella. Reyes se dejó caer en el taburete porque ahora sí volvía a sentir el dolor de pies.

—Estás espectacular, pero no te pega ni con cola —atajó su madre sin ningún reparo—. Desde niña has odiado los vestidos, Reyes, y no eres ni constante ni vanidosa ni presumida. Ni siquiera tienes paciencia para peinarte. Ni en un millón de años ese va a ser tu estilo, hija.

—Pero... —protestó Reyes, sin entender a su madre en lo más mínimo.

Silvia la miró con aire tenso. Había dudado porque comprendía los peligros de esas fiestas para jóvenes como Reyes, pero estaba segura de que ni sus amigos ni la mitad de sus vecinos dejarían que tuviera problemas.

—Si te hubiera impedido ir así no habría quien te aguantase, ni quien aguantase a Tasmi —dijo ganándose un asentimiento vehemente de su hija—. Esa fiesta no es para vosotros, ¿a qué no? Sí, también lo sabía y, si te hubiera prohibido ir... ¡Oh, Dios mío! Así ganamos las dos. Tú te llevas un escarmiento y te centras, y yo me ahorro discutir con mi hija más terca.

Reyes despegó los labios para hablar, pero cerró la boca dolida por la encerrona y porque, en parte, sabía que tenía razón. Esa fiesta le había revelado un par de cosas, y sí podría decirse que estaba centrada. Acababa de caer en un detalle: Adrián podía sentirse atraído por ella, pero ella necesitaba mucho más. Lo quería a él, al completo. Si no podía tenerlo así, mejor que siguiera lejos.

—Ya te vale —refunfuñó porque, como hija más terca, no iba a darle la razón.

Reyes se levantó dispuesta a dejar la cocina con aire digno. Dos pasos y se bajó de los zapatos agachándose para recuperarlos del suelo.

—Acabo de verte hasta las amígdalas —comentó Silvia.

Reyes se enderezó al segundo. No, no servía para llevar vestidos cortos. Con un gruñido se fue directa a su cuarto.

—Hasta mañana —rezongó ganándose una carcajada de su madre que la hizo soltar una maldición.

BIENVENIDO AL MUNDO REAL

El amanecer había dejado botellas en la plaza y obligado a los más trasnochadores a seguir la fiesta en otra parte. La mayoría de los vecinos más jóvenes no se dejaron ver por las calles hasta el mediodía, algunos incluso más tarde. La mañana pasó sin pena ni gloria, pero el mundo pareció retomar su ritmo normal después de la comida. Silvia le había concedido a su hijo unas horas más porque con resaca no asimilaría bien la información. Aunque ella jamás lo había cazado borracho, Silvia sabía de sobra que su hijo no había estado a agua toda la noche. Ahora, tocaba enfrentar el problema. En su habitación, se pasó las manos por el rostro. Se hizo con el móvil para llamar a otro de los afectados. Saúl era un buen chico, aunque no solía dejarlo ver a menudo.

La conversión del brujo había sido bastante accidentada. Ni él ni su madre tenían ni idea de la maldición, y era el mayor de las nuevas generaciones, lo que implicó que Silvia tuviera que tranquilizarlo en ese primer momento de revelaciones. Desde entonces, Silvia se encargó de señalar a los posibles para evitar sorpresas, y mantenía con Saúl tan buena relación como podían tener Reyes y Toni.

—Silvia —saludó Saúl tan pronto descolgó el teléfono.

Su tono burlón era una constante. Silvia no se dejó avasallar, y menos por alguien a quien ella había descubierto.

—Hola, Saúl. Librame de Adrián, tengo que hablar con Daniel.

A través de la línea, Silvia lo escuchó reírse.

—Ahora mismo —respondió el brujo antes de colgar.

Silvia tomó una gran bocanada de aire para armarse de valor y salió al pasillo. El encargo que le había pedido al brujo sería rápido. Saúl solo tenía que meter en la cabeza de Adrián que debía regresar a casa o ir a otra parte, y listo. Se detuvo antes de llegar a la puerta que daba a la cocina. Saúl tenía la suficiente malicia como para mandar a Adrián a saber dónde y no a su casa para que sus padres también se explicaran. Debería haber sido más concreta. Avanzó con rapidez y asomó a la cocina. Encontró a Daniel solo, sentado a la barra ante un pequeño tentempié, tal y como esperaba.

—¿Y Adrián? —preguntó Silvia con toda la normalidad que pudo.

Daniel respondió con el ceño fruncido.

—Tenía que ir a Cuenca.

Silvia se mordió la lengua para no protestar y empezó a retroceder.

—He olvidado algo —se disculpó perdiéndose por el pasillo y apurándose para hacerse con el móvil que había dejado en su cuarto.

Saúl no tardó en responder.

—Vaya, ¡cuánto tiempo! —dijo Saúl de lo más animado, consciente del motivo de la llamada. Silvia entrecerró los ojos como si lo tuviese delante.

—Te dije que me libraras de Adrián, no que lo mandarás a setecientos kilómetros de aquí. La carcajada de Saúl no se hizo esperar.

—Oh, vamos, Silvia, me dijiste que querías hablar con Daniel, y esto te da un margen muy amplio —razonó con falsa inocencia—. Deja que me divierta un poco, en cuanto Noel les ponga las zarpas encima no podré ni toserles.

—Manda a Adrián para su casa, Saúl —le ordenó Silvia.

Cortó la llamada sin despedirse. Un par de respiraciones después, no pudo reprimir una sonrisa. Soltó el teléfono sobre la cama. No lo disculpaba, pero entendía el empeño de Saúl por hacer jugadas al resto de sus allegados. Noel era demasiado elitista y no trataba de forma igualitaria a los brujos o a los vampiros. Ella misma se había sentido ofendida más de una vez porque él no la tuviera en cuenta para la toma de decisiones. Regresó a la cocina para hablar de una vez con Daniel, aprovechando que Reyes no llegaría hasta la cena y que su marido estaba en el estudio de la ciudad.

—Tenemos que hablar, Dani —dijo en cuanto atravesó el umbral.

Daniel le sonrió desde el taburete en el que estaba sentado.

—Si es de sexo llegas tarde. Por cierto, tengo novia. Antes de que te enteres por los vecinos ya te informo yo: se llama Ana, tiene diecinueve, es mulata y muy mona. Llevamos un par de semanas. Fin de la cita.

Silvia arrugó la nariz y se sentó en uno de los taburetes del otro lado.

—Cuando sea algo más que una chica muy mona, me la presentas. Y de haber querido hablarte de sexo, hubiera enviado a tu padre. A mí me toca Reyes —dijo para seguirle la broma.

La sonrisa de Daniel decayó bastante.

—De esa parte no quiero ni oír hablar —dijo con un falso estremecimiento.

Silvia no pudo evitar reírse.

—Algún día tendrás que asumir que tu hermana es una chica, y también muy mona.

—Ya veremos —dijo mientras cogía un panecillo de la bolsa que había junto a él—. Pienso hacer lo imposible por no coincidir con ella por ahí.

Silvia acarició la barra como si estuviera comprobando el estado de la superficie para escapar de los ojos de su hijo. La actual indiferencia de Daniel con respecto a lo que su hermana hiciera o dejara de hacer desaparecería en el momento en que conociera la verdad.

Movido por el gesto triste que expresó el rostro de su madre, Daniel prefirió ir al grano, sin perder la nota cómica.

—¿De qué querías hablarme? ¿De mi regalo de cumpleaños?

—Algo así —dijo Silvia pronunciando aún más su tristeza. Lo que iba a decirle necesitaba mayor seriedad y mucho tiempo.

Conocía bien a su hijo, entendería todo lo que estaba a punto de decirle, pero con el tiempo. Su mayor preocupación sería ser rechazado, sobre todo por su nueva novia. No podría decírselo

por el momento, su consejo como madre sería que afianzara su relación antes de compartir algo semejante. Tampoco podría decírselo a Reyes, lo que le costaría horrores porque, pese a cuanto se gritaran, estaban muy unidos. Lo que sí podría hacer era compartirlo con Adrián; eso les ayudaría a ambos. Silvia se dispuso a soltar la noticia a la espera de una reacción negativa. Por mucho que el chico sintiera que algo le sucedía, que se avecinaba un cambio, ser un licántropo no es algo que se acepte de buenas a primeras.

—Cariño, ambos sabemos que has notado algo extraño, que hay algo extraño en ti. ¿Me equivoco?

Daniel se puso a la defensiva de forma automática.

—No sé de qué me hablas.

—Sí lo sabes, Daniel, soy tu madre y puedes hablar conmigo. Eres mucho más que una persona corriente.

A Daniel se le escapó una risita nerviosa.

—Lo sé, mamá, soy un tipo genial, pero eso no es nada nuevo.

Al otro lado del mostrador, Silvia lo señaló con el dedo para que se dejara de evasivas.

—No eres un tipo genial. Bueno, para mí sí lo eres, pero yo soy tu madre y no cuenta. Sabes que hablo de otro tipo de genialidades.

Daniel no pudo aguantar más tiempo sentado. Dejó el taburete de un salto y comenzó a pasearse por la cocina.

—Venga ya —masculló.

Silvia supo que deseaba dejarla con la palabra en la boca, pero algo se lo impedía. Y, a su pesar, seguro que Daniel había pensado en esas genialidades. Oído agudo, la intensidad de los olores. Notaba cómo la ropa se le ajustaba cada vez más al cuerpo. Era deportista, entrenaba, pero no lo suficiente como para el desarrollo que veía en sus músculos. Estar entre exámenes le facilitó ignorar las locuras que se le pasaban por la cabeza. Ahora que se mantenían a la espera de las notas y que ninguna materia ocupaba sus horas trataba por todos los medios de mantenerse ocupado con lo que fuera con tal de no pensar en esas rarezas. Lo había achacado a la tensión, pero, en lo más profundo de su ser, sabía que estaba cambiando. Silvia lo vio rendirse. Se cruzó de brazos con el gesto contraído, volvió a sentarse en el taburete y asintió. No había un modo fácil de encarar el tema, por lo que fue directa.

—Eres un licántropo.

Daniel siguió apretando los labios, pero para no echarse a reír. Silvia interpretó el brillo burlón en la mirada de su hijo. El miedo se había ido. Al parecer, esperaba cualquier cosa menos eso, y creía que se trataba de alguna broma.

—En serio, cielo, es lo que eres, estás a punto de convertirme...

La carcajada de Daniel no la dejó continuar, y el chico tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no irse al suelo.

—Lo siento, mamá, te quiero un montón, pero eres malísima gastando bromas.

Silvia lo miró perpleja. En su mente había reproducido un millón de veces ese momento, las posibles salidas de Daniel, y tenía preparadas las respuestas. Ahora, su guion se venía abajo. Ella había aceptado su condición como el resto de sus familiares, pero la diferencia estaba en un detalle tan importante como que, desde que tuvo uso de razón, siempre supo de cuanto la rodeaba. Sus hijos, no, y ahora tendría que enfrentarse a ello.

—¡Es que no es una broma! —exclamó Silvia—. ¿Tú te has visto en el espejo? ¿Crees que tu tamaño es algo genético? ¿Qué es una coincidencia que sientas afinidad por los vecinos que tienen tu misma constitución? ¿Crees que no sé que últimamente notas más los olores o tienes más fuerza? ¿Qué tienes sueños extraños?

Daniel perdió cualquier rastro de humor ante las evidencias. No era una broma, lo sabía, lo sentía, por muy difícil de asimilar que resultara. Nervioso, se pasó las manos por el rostro. No sabía qué lo inquietaba más, si la condición imposible o creerse que lo era.

—Joder, mamá... ¿De qué hablas?

Dado el caso, Silvia ni se planteó recriminarlo por el taco. Era lo más suave que podría decirse.

—Hablo de maldiciones, cielo y, aunque suene terrible, no lo es tanto. De verdad, no eres el primero ni serás el último. Todo irá bien, te lo prometo —dijo antes de compartir de forma resumida lo que ella sabía de aquel mundo.

LA MANSIÓN SANROMÉ

Cuando el tiempo no acompañaba, algo más habitual de lo que les gustaría, Reyes, Toni, Isaac, Leo, Tasmi y Sofi buscaban refugio en alguna casa. Dónde más cómodos estaban era en la de Reyes, pero la mansión de Tasmi solía ser la más accesible. Con sus numerosos salones, salas y habitaciones, era muy difícil que molestasen a alguien.

En la misma planta en la que Tasmi tenía su habitación había un salón acondicionado para estas reuniones. Allí habían pasado días enteros los amigos de Antón, el hermano de Tasmi, hasta que fueron lo bastante mayores como para ir a donde les apeteciera. Varios sofás, estanterías repletas de libros, una enorme mesa redonda sobre la que descansaban juegos de mesa, una mesa de billar y, lo mejor para Isaac y Toni, la enorme pantalla plana, la Playstation, la Xbox y la Wii.

Lo tenían todo, pero era muy difícil sentirse como en casa. Ninguno podía explicarlo, los padres de Tasmi no intervenían, Antón apenas los interrumpía y podían hacer lo que les viniera en gana. Sin embargo, con todas las comodidades, el lugar no podía competir con la familiaridad que transmitía el corriente saloncito de Reyes.

A las cinco de la tarde, mientras Isaac y Toni echaban una partida de Halo, Sofi hojeaba los libros de la biblioteca. Nadie había mencionado la fiesta de los mayores, pero estaba en mente de todos. Acudir había sido una idea pésima porque el que más o el que menos sentía que habían hecho el ridículo, pero ninguno expuso el tema.

Con su ropa de andar por casa —prendas deportivas de las marcas más populares y caras—, Tasmi dibujaba con esmalte extrañas y complejas formas en sus cuidadas uñas, sentada en una recargada butaca frente a una mesa de cristal. Los únicos que parecían no estar haciendo nada eran Leo y Reyes. A ambos les llegaban las cosas que tenían en la cabeza.

Reyes había decidido olvidar a Adrián, pero no era tan fácil. Por culpa de lo que le había dicho no podía dejar de pensar en él ni en si se había ido con la chica que lo acompañaba en el centro comercial. Asumida su incapacidad de ignorar al amigo de su hermano, no le quedaba otra que retorcerse de dolor. Le había dicho que estaba perfecta con lo que se pusiera, pero regresó a la plaza con la de los ojos raros y pendientes largos. Debería haber supuesto que algún día pasaría algo así, que Adrián encontraría novia y ella se moriría de celos. Tentada a darse cabezazos contra la pared, apoyó la nuca en el respaldo del sofá biplaza situado junto a la ventana. Desde allí solo podía verse cielo, hoy de un gris espeso y ennegrecido que no invitaba a animarse.

A pesar del miedo a los cambios, no podía negar que la universidad iba a ser de gran ayuda. Quizá, si no veía tanto a Adrián, se le pasaría el enamoramiento. Lo dudaba, en parte no quería que se le pasara por muy imposible que fuera, pero debía enfrentarse a lo evidente. Una voz femenina pareció envolverla en un murmullo melódico.

—*Los cinco, deben ir los cinco.*

Su mente evocó las aguas del río. De ahí surgía la voz. Se masajeó las sienes. ¡Y tanto que le había sentado de pena ver a Adrián con otra! Como para volverse loca. Por algún tipo de asociación de ideas, recordó a Carlos. Cansada de darle vueltas a lo mismo, optó por ese tema.

—¿Qué os parece si le digo a Carlos que se venga con nosotros al centro comercial? —preguntó sin apartar los ojos de la ventana.

Leo jugueteaba con una bola de billar que alguien había dejado olvidada en un cenicero del mueble en el que se encontraban los miles de cedés y el equipo de música. Se había nombrado a sí mismo DJ del grupo, pero ese día no tenía muchas ganas de poner nada, y a nadie pareció importarle el silencio.

—Por mí bien —dijo distraído.

—No —intervino Toni mientras apretaba los botones del mando—. Ese tío no me gusta.

Con su habitual dramatismo, Tasmi resopló y se apartó el pelo dorado y sedoso de la cara con la mano, con cuidado de no estropear su nueva obra maestra en las uñas.

—A ti no te gusta nadie —lo regañó Tasmi sin demasiado interés. En realidad, no tenía muy claro quién era Carlos. Sabía que se trataba de un compañero de clase, pero ni siquiera podía ponerle cara.

—¿Sabes al menos de quién hablamos? —replicó Toni ofendido.

—Haya paz —protestó Isaac sin apartar la atención de la enorme pantalla—. No me parece mal tío. Y es un asco estar solo.

—Ese no es mi problema —insistió Toni.

—No sé —comentó Sofi al tiempo que devolvía a la estantería el libro que había estado hojeando—. Igual no quiere.

Reyes dejó de mirar el cielo para observar a sus amigos, en especial a Sofi. Sabía que su timidez la volvía reacia a cualquier compañía que no fuera la de su gente, pero también que no podía limitarse tanto. Por lo que conocía a Carlos, seguro que a Sofía le caería bien.

—Sí que quiere —aseguró Reyes antes de señalar a Toni con la cabeza—. Cuando Isaac nos dijo de ir al centro comercial con su madre, se habría apuntado si aquí el amigo no lo hubiera mirado con cara de perro.

Lejos de sentirse culpable, Toni esbozó una sonrisa fanfarrona.

—Que se joda. Además, dudo que quiera ir de paseo. Lo que le interesa es estar contigo.

Reyes negó con la cabeza. De pronto, recordó lo que sintió cuando se le acercó tanto en las gradas. Estaba segura de que Carlos no tenía ningún interés en ella, pero no podía ignorar que, en parte, no le importaría que lo tuviera. No sabía cómo tomárselo. Sus sentimientos hacia Adrián eran claros e intensos, pero no evitaban que su compañero de pupitre despertara algo en ella. Su mirada se cruzó con la de Leo. Como si este pudiera leer sus pensamientos, asintió.

—A mí me parece bien —insistió Leo sin necesidad de entrar en más detalles.

Toni soltó el mando y una maldición. Acababa de perder la partida.

—Otro día, ¿vale? —gruñó.

Reyes iba a replicar, hasta que recordó el motivo por el que Toni quería ir al centro comercial. Iba a comprarle un regalo a su madre, un detalle que no era nada del otro mundo, pero para Toni se trataba de algo personal. Consciente de las manías e inseguridades de su amigo, y porque de contradecirlo iba a ser intratable, claudicó.

—*Vaaale*.

Más relajado, Toni se preparó para echar otra partida. Mientras, satisfizo su curiosidad.

—En el patio... ¿qué hacíais? Cuando os vi parecíais a punto de daros un *picotazo*.

Tamara levantó la cabeza y se olvidó de su manicura. Sus ojos claros fueron directos a Reyes con sumo interés ante el cotilleo.

—¿En serio?

Reyes podía sentir las miradas de cada uno de sus amigos fijadas en ella, por lo que volvió a observar el exterior. No sabía bien cómo explicar lo que había sucedido ni lo que había sentido, por lo que trató de mantenerse distante, como si le diera igual.

—No alucines, Toni. Estaba rallado con mis ojos porque dice que, cuando me enfado o me disgusto, se ponen negros. Ya ves.

Toni chasqueó la lengua con suficiencia mientras seleccionaba niveles en la pantalla.

—Pero qué excusa más mala para arrimarse, eso lo sabemos todos.

Reyes lo contempló con perplejidad.

—¿Qué dices?

Toni le devolvió la mirada sin comprender su reacción. Sofi atrajo la atención de su amiga.

—¿No lo sabías?

Con el mismo gesto sorprendido que Reyes, Tasmi miraba a sus amigos en busca de apoyo. No quería ser la única en pasar por alto este detalle.

—Yo no —reconoció Tasmi.

Isaac sacudió la cabeza observando a Reyes con el ceño fruncido.

—Yo tampoco.

Reyes y Sofi se fijaron en Leo, quien les sonrió.

—De toda la vida, como el anillo que tenías, el que cambia de color.

La llamada a la puerta interrumpió lo que fuera a decir Sofi. Para cuando se abrió, Tasmi perdió todo interés en los ojos de Reyes al ver a su prima.

—¡Inés! —exclamó levantándose de un salto para ir a abrazar a la recién llegada.

La adoración de Tasmi por Inés era conocida por todos. Inés se vio arrastrada al interior del salón de la mano de su prima pequeña. Le sonrió al grupo, y ellos le devolvieron la sonrisa. Si con alguien tenían afinidad de la familia de Tamara, era con Inés.

—¿Te quedas? —preguntó Tamara obligando a su prima a tomar asiento junto a ella alrededor de la mesa de cristal. Durante la temporada que vivió en la casa del pueblo, Tasmi había sido feliz, aunque la pelirroja solía pasar más tiempo con Antón.

—Qué va —respondió Inés—. Solo me he pasado a saludar y para saber qué quiere mi prima favorita para su cumpleaños.

Tasmi se mostró más entusiasta si cabe. Desde el sofá, Toni protestó por lo bajo.

—Si es que os ponéis todos de acuerdo. Los cumpleaños deberían estar más espaciados o celebrarse cada cuatro años.

A su lado, Isaac no podía estar más de acuerdo. Le pasó el mando a Sofía para dejarla a ella

echar una partida, y allí se quedó, entre sus otros dos amigos.

Reyes aprovechó la aparición de Inés para hacerle un gesto discreto a Leo. Sin necesidad de cruzar una sola palabra, los dos se escabulleron hasta la terraza de la sala. El aire frío los hizo encogerse, pero pronto se habituaron. Por mucho que lloviera, el invierno había quedado atrás y la humedad era soportable.

—¿Y bien? —preguntó Reyes disfrutando de las vistas. La parte trasera de la mansión daba a la zona más profunda del bosque. Un mar verde, brillante por las gotas de lluvia, se abría ante ellos como si no hubiera nada más en el mundo—. ¿A quién hay que partirle las piernas?

Leo sonrió con pereza, y también él recordó la charla mantenida de camino a clase. Podía no compartir sus secretos, pero si con alguien estaba en sintonía, era con Reyes. Con fastidio, lanzó un vistazo por encima del hombro. En la sala, pudo ver a Isaac, Sofia y Toni con la atención puesta en la enorme pantalla plana.

—A Sofi —dijo Leo tan bajito que dudaba que Reyes pudiera escucharlo. Apoyó la espalda en la pared, junto a la puerta.

—No diré que me sorprende —comentó Reyes colocándose a su lado, pegada al cuerpo cada vez más desarrollado de su amigo. Lo encontró grande, no tanto como Daniel o Adrián, pero supuso que con el tiempo podría llegar a ser del mismo tamaño—. Te quiero a ti, la quiero a ella. Me encantaría que... bueno, ya sabes.

Leo sabía, por eso la expresión de sus ojos claros fue todavía más triste. Casi podía jurar que Sofi lo correspondía, al menos lo quería como a la inversa. El problema no era ese momento, sino lo que sucediera con el paso del tiempo. La norma de no juntarse entre ellos había sido impuesta hacía años, cuando empezaron los primeros besos y los coqueteos propios de la edad. Entonces y ahora, valoraban muchísimo más la amistad que los unía que la atracción que pudiera existir entre ellos. A Leo, Sofia lo atraía muchísimo, pero los primeros novios no suelen ser para siempre. Las relaciones son complicadas, ellos no dejaban de cambiar ni de enfrentarse a cambios. A veces se enfadaban entre ellos, aunque nadie fuera consciente, pero lo solucionaban. Declararse marcaba el punto de no retorno porque una ruptura no sería tan fácil de superar como una discusión pasajera.

—No quiero... perderla —reconoció Leo sintiéndose como un idiota por no poder manejar sus sentimientos. Así estaban bien, así estaban juntos. De otra forma claro que estarían juntos, pero mil cosas podían interponerse entre ellos. Mientras formasen un grupo y mantuvieran sus rutinas, no cambiaría nada. El día que compartiese con Sofi lo que sentía, sería porque algo los había distanciado o podía separarlos.

—Leo... —murmuró Reyes dividida. Comprendía perfectamente a su amigo. Le era inevitable recurrir a las comparaciones y pensar en Adrián y ella. Nada que ver, cuando Sofia seguro que correspondía a Leo.

—Olvidarlos —dijo Leo con determinación.

Reyes no insistió. No las tenía todas consigo ni le pareció un buen momento para resaltar que olvidar sonaba muy bien, pero no era nada fácil. Volvió a pensar en Carlos. Su compañero podía gustarle, pero nada de lo que sentía podía competir con lo que le generaba Adrián. Sonrió con nostalgia porque precisamente fue Leo el primer chico que la besó, con diez años. Todo un experimento por ambas partes. La curiosidad y la afinidad que siempre sintieron fue lo que los impulsó. Ahora quería a su amigo, lo encontraba guapo y atractivo, pero ni con esas.

—No, olvidarlo no —asumió tan abatida como Leo—. Asumirlo.

Leo cabeceó de manera afirmativa, y los dos contemplaron el bosque durante unos minutos. El gris y la lluvia invitaban a deprimirse. Como ninguno era de perderse en palabrería sensible, el silencio encajaba mucho mejor y estaba lejos de resultar incómodo. Estaban allí, se apoyaban el uno en el otro. Eso era lo importante.

—Habla con Carlos, Reyes —dijo Leo—. Deberías pedirle que nos acompañe alguna vez.

21

ACEPTACIÓN

Silvia habló de todo cuanto sabía de aquel mundo. Citó maldiciones, vampiros, licántropos, a los Antiguos. Le explicó las reglas, su funcionamiento, la necesidad que tendría de rodearse de los de su misma condición, resaltando que podría disfrutar de una vida más o menos normal mientras durase el aprendizaje, porque la parte humana era más importante que cualquier cualidad especial. No intentó suavizar las cosas, había cuestiones difíciles en las que ni siquiera ella podía ayudarle, pero tendría a sus congéneres para resolver cualquier duda y evitar el menor problema. Desde el momento en el que se manifestara lo que era, serían su apoyo, pero no quería que olvidase que ellos eran su familia y estarían para lo que quisiera.

Daniel había prestado toda su atención. Una parte de él creía a su madre, pero el asunto le sonaba demasiado surrealista y no acababa de encajarlo. Con sumo esfuerzo, trató de empezar por el principio.

—O sea, me estás diciendo que todo ese rollo sobrenatural existe y nosotros formamos parte de él. Que unos tales Antiguos crearon lo que somos ahora, dejaron que nos masacraran sin mover ni un dedo, pero un brujo rencoroso se la jugó a los humanos y mantuvo las condiciones en modo maldición puñetera.

Silvia sostuvo la segunda taza de café entre sus manos.

—Es un buen resumen. Sí, más o menos fue así, pero he de decir que ni con todas las cualidades que tenemos podemos hacer lo que nos venga en gana. Hay unas normas, Noel te las dirá llegado el momento, y es importante que se sigan para evitar problemas. La más importante es que, evidentemente, ninguno de nosotros puede influenciar en los humanos para sus fines personales ni atacarlos sin motivo ni imponernos sobre ellos. Podría pensarse que Los Antiguos nos dejaron indefensos y a nuestro aire, pero, por lo que sé, su intención era que nosotros mismos evolucionásemos, nos adaptásemos. Además, no estamos exentos de vigilancia. Si incumplimos las normas, hay otras criaturas sobrenaturales más peligrosas que estarán encantadas de hacérselo pagar. Que seamos las cinco condiciones aptas para la convivencia pacífica no implica que seamos las únicas.

Daniel parpadeó incrédulo.

—Como ahora me digas que existen los dragones te ingreso en un psiquiátrico.

Silvia soltó una carcajada.

—No sé si existieron los dragones, pero dudo mucho que hayan llegado hasta nuestros días. Antes de que lleves a cabo tu amenaza, piensa que tampoco sería tan raro que hubieran existido cuando tú eres un hombre lobo.

—Lo que aún me cuesta creer —apuntilló Daniel haciendo un verdadero esfuerzo por no ceder a los nervios y mantener una actitud razonable—. Aun así, no termino de ver eso de la convivencia pacífica. ¿Vampiros? ¿Licántropos? ¿Brujos? Todas estas condiciones no tienen pinta de ser muy pacíficas, y hay un montón de libros que lo confirman. Y las pelis, no te olvides de las pelis, incluso las actuales. Están *Blade*, *Entrevista con el vampiro*, *Underworld*... y los Winchester tampoco se encuentran con cosas amistosas, y también está...

—Para —lo frenó Silvia—. Partes de una base errónea. No somos criaturas de una sola cara, no estamos ante condiciones inmortales resentidas ni atormentadas. Somos seres humanos a mayores de lo que nos toque y, como tal, cada uno tiene su carácter y las normas que nos rigen nos impiden ir por ahí haciendo maravillas. Por eso somos aptos para la convivencia, porque somos personas, de aspecto y de sentimiento. Un dragón es un dragón, nosotros somos mucho más que eso.

Daniel creía haberlo entendido. Sus manos se deslizaron por el pelo para revolverlo un poco más.

—Sí, supongo que sería muy difícil justificar que un dragón se pasee por la calle.

Más relajada, Silvia asintió.

—Ahí lo tienes, desde luego no podría convivir con los humanos.

Daniel hizo cábalas. No tenía la menor intención de ponerse serio, solo tomándose lo con humor podría encajar las palabras de su madre.

—Entonces, por lo que me dices, si rompemos las normas... vendrá un dragón y nos hará pedazos.

Lejos de reírle la gracia, Silvia se revolvió en su sitio con un miedo palpable que consiguió que el ánimo de su hijo se fuera al traste.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

Sin saber qué hacer con las manos, Silvia meneó la cabeza.

—Si rompemos las normas lo que vendrá no será un dragón sino algo mucho peor. Ese tema es mejor no tocarlo, porque cuanto más se los menciona, cuanto más se piensa en ellos, más importancia se les da, y entonces es cuando pueden alcanzarnos. En serio, cariño, respetar las normas es importante, y tampoco cuesta tanto. Creo que con los datos que tienes te llega.

A Daniel no le hacía la menor gracia quedarse con la intriga, pero la palidez de su madre y el temor que irradiaba eran un buen motivo para dejarlo. Le costó horrores contenerse, y si lo logró fue solo por la súplica impresa en la mirada de Silvia.

—Y tanto que me llega —murmuró al fin sin terminar de tenerlas todas consigo, pero entendiendo que lo que tenía entre manos ya era lo bastante grotesco por el momento.

Inmersos en un silencio necesario y en absoluto incómodo, ambos normalizaron su estado y se dedicaron a poner en orden sus pensamientos.

Daniel se olvidó de los Antiguos, que ya no venían al caso, y de las amenazas desconocidas. Aceptaba las palabras de su madre con entereza, consolándose con que algunos de sus amigos, y sobre todo Adrián, pasarían por lo mismo. Pasado un tiempo, fue capaz de retomar la charla.

—Vampiros, licántropos, brujos, inmunes y... ¿qué?... ¿presencias? —repitió casi tan

sorprendido por el descubrimiento como por ser capaz de asumirlo—. Suena a locura.

Silvia le sonrió con cariño.

—Sí, a eso mismo, por lo que es mejor que no se lo cuentes a nadie ajeno a esto, incluyendo a la chica muy mona y a tu hermana.

Aunque le preocupaba, Daniel aceptó ocultárselo a su novia y, como Silvia supuso, le inquietó no poder compartir el secreto con Reyes que, rodeada de sucesos extraños, tenía derecho a saber qué ocultaban sus familiares.

—¿Por qué no a Reyes?

—Llegado el momento, tu hermana también formará parte de esto —se limitó a decir Silvia sin dar más explicaciones. No sabía qué hacer, encajar la noticia del Verdugo iba a ser, con diferencia, lo más duro. Sin embargo, se le acababa el tiempo. Tendría que tocar ese punto en algún momento de la conversación, pero prefería que Daniel asimilara su parte del mejor modo posible y se relajase del todo.

—¿Por eso llevas unos días mirándome de forma rara? ¿Tú también lo eres?

Silvia negó con la cabeza.

—No, Daniel, yo soy inmune. Puedo ver más allá de lo evidente, reconocer condiciones, y por eso te miraba impresionada, no de forma rara. La fuerza que lleva tu condición, tu fuerza, es impresionante.

Si eso era un cumplido, Daniel no terminaba de verlo, pero mejor que las miradas fueran por eso y no por miedo, como más de una vez le pareció.

Desde el otro lado de la barra, Silvia cogió la mano de su hijo.

—Intentaremos que todo cambie lo menos posible, que sea tranquilo y que tus primeras conversiones se den en lugares controlados. Olvídate de los clichés del cine y de la luna llena. No funciona así, seguro que podrás controlarlo rápido y nunca dejarás de ser tú mismo.

Daniel asintió. Trató de tranquilizarse porque, como bien había dicho su madre, no estaba en su mano cambiarlo, y cuanto más se resistiera peor lo pasaría. Siempre había sido una persona positiva y, aunque al asunto le llegaba, se prometió aceptar lo que se le venía encima del mejor modo posible.

—¿Y es para toda la vida? ¿Tendré que moverme siempre... en manada? —preguntó dispuesto a asumir la respuesta fuera cual fuera, aunque esa parte no le hiciera demasiada gracia.

Silvia le sonrió agradecida por el modo de facilitar las cosas tan arraigado en Daniel.

—A menos que seas líder, no. La manada solo es obligatoria para los primeros años mientras aprendes a controlar lo que eres, y después para ayudar a controlar a los que vienen detrás, si se da el caso. Es un sistema rotativo, en cuanto los menores se manifiesten, después de instruirlos, vosotros podréis seguir vuestro camino como mejor os parezca.

Daniel cayó en un detalle importante.

—No voy a ir a la universidad, ¿verdad?

La tristeza regresó a Silvia. Lamentaba muchísimo truncar los sueños y los planes de su hijo, pero no había alternativa.

—Puedes apuntarte, pero vas a faltar a clase. Quizá el año que viene —respondió con un lamento—. Es importante que primero aprendas a controlar lo que eres. En determinadas situaciones, podría darse una conversión involuntaria.

Daniel no supo bien cómo sentirse. En parte, lo agradecía, se terminaba la presión ante la

dichosa nota de corte, pero por otro lado, se había esforzado por dar lo mejor de sí mismo y sabía que, de alcanzarla, el resentimiento estaba asegurado.

—Supongo que sería tirar el dinero —dijo por no mantenerse en silencio—. No es que me parezca bien, pero lo entiendo. Hasta que, bueno, nos contremos y eso, nada. ¿Y después? Porque seguiremos siendo licántropos, ¿no?

Silvia hubiera preferido darle otra respuesta, pero asintió.

—Eso no lo puede cambiar nada, como tampoco que tus hijos se vean afectados —señaló antes de hacer una breve pausa.

Debía hablarle de Reyes. Podía esperar, pero sabía que nada suavizaría el golpe y no quería testigos presentes, supusiera la reacción que supusiese. Necesitaba cierto secretismo, y en cuanto Daniel se afianzara como licántropo todo lo que supiera, todo lo que pudiera hacer peligrar esa forma de vida que llevaban, debería exponerlo ante Noel.

—Ser licántropo no es una condición preocupante aunque de entrada te lo parezca, ni ser vampiro. Nuestro linaje guarda un peligro mayor que cualquier condición que vaya a afectar a las restantes familias.

Daniel miró a su madre. Su tono advertía que lo que iba a escuchar no sería agradable.

Con las letras del pergamino bien presentes en su cabeza, Silvia expresó lo acontecido en la plaza siglos antes. Suponía que era el mejor modo de dejar ver el peligro al que se exponía su familia. El temor en los ojos de su hijo le hizo saber cuán en serio la estaba tomando. Estaba agradecida por su actitud.

—Un verdugo —susurró Daniel. El propio nombre dejaba ver el alcance o el cometido de lo que suponía.

—Un brujo en su forma más sádica y violenta —sintetizó Silvia con un leve suspiro.

Soltó la mano de su hijo para juntar ambas sobre la mesa y buscar una seguridad que no tenía. El relato que debía dar a continuación era mucho más difícil, al haberlo presenciado en primera persona. Silvia retrocedió en el tiempo, a un momento que se obligaba a desterrar de su cabeza para evitar el dolor que traía consigo. Como si fuera hoy, recordó a su madre de pie en mitad de la plaza de Mondariz, tan menuda como siempre, con el pelo rizado y negro recogido con pulcritud. Sus ojos, su expresión, tan diferentes a lo habitual. Sintió un estremecimiento ante la bruma que la rodeaba. Jamás había visto algo semejante; aquella niebla espesa y granate era el mayor despliegue de poder que jamás había presenciado.

22 - MANIFIÉSTATE

Mondariz, 1999

La plaza de Mondariz estaba abarrotada. El bullicio de la muchedumbre semejaba al zumbido de las abejas, y la música de las atracciones de feria se mezclaba con la de la orquesta. Los vecinos del pueblo, los de alrededores y los turistas se daban cita en un espacio que se quedaba pequeño. Agosto se presentaba cálido como nunca, ni siquiera había rastro de la fresca o el rocío, tan habituales en las noches de Galicia. Bajo un cielo rebosante de estrellas, las cafeterías habían sacado mesas y sillas de plástico y, aun así, gran parte de sus clientes invadían aceras y arcenes.

En una de las calles adyacentes, Silvia observaba el pequeño coche de carrusel en el que estaba montado su hijo de dos años. No quiso perderse la fiesta del pueblo a pesar de lo incómoda que estaba. Acababa de dar a luz y, aunque fue un buen parto, no se encontraba del todo bien. Debería haberse quedado en casa de su madre, pero como estaba a cinco minutos de la plaza, prefirió salir a despejarse y disfrutar de Daniel. Ahora que eran uno más en la familia temía desentender a su pequeño o que él se sintiese desatendido.

A su lado, Esteban le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia él.

—Relájate, que nadie se lo va a llevar.

El cuerpo de su marido le transmitió una agradable sensación de calma, y Silvia se apretó contra él. Como estaba segura de que nadie se llevaría a su hijo, le siguió la broma.

—Ah, eso nunca se sabe.

—Nah, nos lo devolverían a los cinco minutos —dijo envolviéndola en un cálido abrazo.

Ella sonrió de forma tensa. La misma sonrisa lucía Daniel, quien se aferraba al gastado volante del colorido camión con sus pequeñas manos. Silvia interpretó sus infantiles facciones. Le gustaba, pero también tenía un poquito de miedo, y las miles de lucecitas que lo rodeaban parecían hipnotizarlo.

Silvia iba a explicarle a su marido que no temía por su hijo ni por la pequeña Reyes. Solo notaba el aire enrarecido, como si fuera a suceder algo, pero una de las vecinas de sus padres los asaltó para preguntarle por el bebé. Tras el interrogatorio de rigor, la mujer cogió carrerilla y emprendió un monólogo para alabar a la madre de Silvia, insistir en lo mucho que había ayudado

en la organización y el éxito de las fiestas en general.

Cuando la mujer aseguró que se alegraba mucho de que Silvia, Esteban y los niños pasaran unos días con su madre, se armó de paciencia. Por supuesto, no dejaba pasar la oportunidad de indagar sobre el paradero de su padre, quien vivía a caballo entre Galicia y el resto del mundo. No la interrumpió, pero tampoco le hizo mucho caso, siempre atenta al coche que ocupaba el pequeño Dani. Sin embargo, el tono impostado de preocupación y cariño hacia su madre le chirriaba en el cerebro. Se encontraba mal por el parto, por esa mala sensación que la embargaba y por el asalto de la conocida. Ojalá su padre estuviera allí, él sí que la pondría en su sitio sin miramientos.

La versión oficial de estas ausencias era el trabajo, pero las vecinas más cotillas no se lo creían. No iban mal encaminadas, aunque tampoco se lo hubieran creído de ser cierto. Como aves de rapiña, buscaban carnaza con la que adornar los chismes que esparcían. Era su única misión en la vida.

En realidad, lo que obligaba a su padre a dejar la casa familiar cada cierto tiempo era la desesperación. Su madre, tan alabada, tan amable siempre, comprensiva y considerada, albergaba un monstruo que podría emerger en cualquier momento. Cada viaje en el que se enrolaba su padre era una búsqueda de información que les diera las claves para romper una maldición que hasta la fecha resultaba inevitable.

Silvia sintió las manos de su marido acariciando su brazo. Se concentró en el roce, en su cuerpo alto de formas redondeadas y en el olor tan familiar que le transmitía. Solo así logró sacar de su interior el pánico que empezaba a invadirla ante la idea de que su madre se convirtiera en ese monstruo del que tanto hablaban. Lo negó en silencio de forma categórica. «Nunca».

Sin que le temblara la voz, intentó cortar a la mujer del mejor modo posible. Se le resistió, la notaba vulnerable, y eso parecía darle alas para seguir indagando. Con ese tipo de personas a Silvia siempre le entraba la duda de si estaría ante un demonio. Desechó el pensamiento al segundo. No era un demonio, solo una cotilla. Mejor así, y dejar de pensar en temas espinosos, o podría darle un protagonismo que no se merecía.

Silvia no había heredado la diplomacia, o como quisieran llamarlo, de su madre. Acababa de salir del hospital, lo único que quería era disfrutar de su familia y no perder el tiempo con gente a la que apenas conocía. Era lo que menos le gustaba de los lugares pequeños, esa ley no escrita de tener que relacionarse con todos como si fueran parte de la familia, aun cuando están en este mundo para molestar al resto. Se mordió la lengua hasta que la mujer se fue por respeto a su madre.

—Tenía que haberme quedado en casa —masculló.

—Ni caso —dijo Esteban—. Se aburren mucho. Todo está en orden. Tu padre encontrará algo, seguro. A tu madre se la ve en su salsa por ahí con las demás. Dani se lo está pasando en grande y Reyes estará dormida como un lirón. Ahora, vamos a olvidarnos de *la vieja del visillo* y a disfrutar de la fiesta, ¿sí?

Silvia asintió. Quería relajarse, tenía suerte de contar con su familia, eran felices, a pesar de los secretos que todos guardaban. La maldición no solo afectaba a su madre. En mayor o menor medida, los miembros de la familia Novoa formaban parte de todo aquello, pero los años y la costumbre les permitían seguir adelante.

La tensión de su cuerpo arrancó un suspiro a su marido.

—¿Estás así por Reyes? —preguntó—. ¿No te fías de tu prima?

Silvia rio. Le agradecía a su prima que cambiase la fiesta para hacer de canguro. Era una buena chica. Daniel desapareció de su vista unos segundos por culpa del subir y bajar de los caballos del carrusel, y volvió a aparecer con el mismo gesto contenido mientras los ojos le brillaban de emoción.

—Tiene diecisiete años, claro que no me fio de mi prima.

A pesar del tono bromista, el ánimo no la acompañaba. Su marido también se dio cuenta e intentó distraerla.

—Teníamos que haber dejado el chocolate bajo llave.

—Y las palomitas —añadió Silvia.

—¡Arriba las manos!

Una pareja los sorprendió por la espalda y ambos se volvieron. El tío de Silvia y su mujer, padres de la canguro, los saludaron entre risas.

—¿Qué? —dijo Iñaqui, quien a sus cincuenta y cinco años mantenía su aire bonachón y bromista, señalando con la cabeza el vehículo que ocupaba el pequeño Daniel—. ¿Todavía no se ha cansado?

A su lado, Patricia, su mujer, diez años más joven, parecía diminuta. A ella sí que no le gustaban las multitudes. Silvia le hizo un exagerado gesto de agobio que la hizo sonreír mientras Esteban respondía a Iñaqui.

—Para nada. Menos mal que ya se terminan las fiestas, o nos pasaríamos el verano persiguiendo tiovivos.

—Queda la de Cangas —dijo Iñaqui burlón.

El bolsillo de Silvia vibró, la llamaban por teléfono. Segura de que eran malas noticias, sacó el móvil y se lo llevó al oído con manos temblorosas, sin quitarle los ojos de encima a Daniel. Nada más pulsar el botón le llegó el llanto de su hija, tan estridente que le costó escuchar a su prima.

—Siento llamarte, pero no sé qué le pasa a la niña. ¡No deja de llorar!

Silvia lo estaba comprobando. La mala sensación se agudizó.

—Tranquila, Noe, voy para ahí.

La voz de su prima sonó asustada.

—Es... Ella tiene... como una niebla rara a su alrededor. Yo... No sé qué hacer.

El teléfono casi se le cae de la mano. Silvia notó cómo el corazón le daba un vuelco y sus ojos verdes dejaron de vigilar a su hijo para buscar los de su marido. Ni siquiera fue consciente de que, con la mano libre, lo tenía sujeto del brazo. Ahora sabía el porqué de su inquietud. El pánico no asomó a su voz, pero seguro que teñía su mirada.

—No te preocupes, Noe, no es nada. Vamos para ahí —dijo antes de colgar y hablarle a Esteban con urgencia—. Coge a Dani y llévatelo de aquí.

En un primer momento, Esteban y sus tíos se sorprendieron.

—¿Qué pasa? —preguntó Iñaqui con semblante serio.

Silvia habló sin dejar de mirar a Esteban.

—Creo... es mi madre.

No hizo falta más. Esteban se alejó del grupo y, a la carrera, se coló en el carrusel ignorando las protestas de los responsables. Agarró a su hijo y, del mismo modo, se bajó con paso rápido

dejando a la gente demasiado atónita para actuar. Tampoco tuvieron tiempo. Los primeros gritos sonaron amortiguados por el bullicio.

Ñaqui sujetó las manos de su mujer y la miró con gesto grave.

—Vete a casa con Noe.

Aturdida, Patricia asintió y se perdió entre la multitud que empezaba a revolverse. Los gritos sonaron más cerca y más altos. La orquesta dejó de tocar y algunas atracciones fueron inutilizadas para desmontar a sus ocupantes.

Silvia intentó avanzar en dirección a los gritos, pero Ñaqui le cortó el paso. Encontró su rostro crispado, asustado y también afligido. Como ella, su tío albergó esperanzas de no verse en ese momento, sobre todo por el papel fundamental que le había sido asignado.

—Silvia, no...

Silvia intentó esquivarlo.

—Es mi madre, tal vez pueda...

Ñaqui negó con la cabeza. Más gritos cargados de pánico, la gente empezó a correr en todas direcciones. Él quería a su hermana con toda su alma, pero acababa de perderla. Ahora, debía detener al Verdugo.

—No es tu madre, ya no...

Silvia no estaba preparada para afrontarlo.

—Sabes cómo es. Estoy segura de que podemos...

La muchedumbre casi se los lleva por delante, la plaza empezaba a vaciarse y, al final, junto al recargado escenario de la orquesta, ambos vieron a la mujer que provocaba la huida y el terror.

Mientras Ñaqui iba hacia ella, tenso y murmurando algo inteligible, Silvia solo podía ver el resplandor que rodeaba a su madre. Era intenso, una sombra densa de color granate cuyos tentáculos se deslizaban a su alrededor afectando a todo aquel con el que entrara en contacto. No quiso creerlo, no podía aceptar que su madre no sintiera ningún reparo ante el mar de heridos y cadáveres que se formaba a sus pies. Avanzó un par de pasos y buscó su rostro. La expresión satisfecha, malvada, letal, era coronada por unos ojos ennegrecidos, carentes de cualquier emoción. Y cuando ambas miradas se encontraron, Silvia se quedó clavada en el suelo.

—Mamá... —susurró Silvia.

El rostro de su madre esbozó una sonrisa siniestra. Con premeditada lentitud, adelantó las manos hacia ella y los tentáculos serpentearon antes de avanzar en su dirección...

Un enorme perro gris se echó contra la que había sido su madre. Al tiempo que la derribaba, cerró los dientes en su cuello arrancándole un grito de rabia y media garganta.

Incapaz de reaccionar, Silvia permaneció de pie en el centro de la plaza con los ojos puestos en el rostro sin vida de su madre, ahora tendida en el suelo. La sangre que surgía del cuello se extendía a su alrededor, mientras la sombra granate que la había rodeado perdía intensidad y se difuminaba hasta desaparecer.

Las piernas fueron incapaz de sostenerla. Silvia cayó de rodillas sobre el suelo bañado en sangre y las lágrimas surgieron imparable. El suyo fue el último y más estremecedor de los gritos. El Verdugo se había llevado a su madre y si no encontraban remedio la siguiente sería su hija.

23

CONVERSIÓN

—¿Mamá? —murmuró Daniel. Extendió el brazo sobre la mesa para acariciar el de su madre, sintiéndolo tan tenso como el resto de su cuerpo.

Silvia estaba pálida y los ojos le brillaban por las lágrimas, pero no cedió al impulso de romper a llorar. Explicó lo vivido con un verdadero esfuerzo porque la voz no se le quebrara.

—Tu abuela masacró a medio pueblo del peor modo posible, y hubiera terminado con la otra mitad de no ser porque el líder de los licántropos, su hermano, la mató. Hicieron falta un numeroso grupo de brujos para disfrazar aquel suceso, intentaron salvar a todos los heridos. Porque, no, no existe poder alguno capaz de devolverle la vida a un muerto.

Daniel sintió un escalofrío que sacudió su cuerpo al escuchar aquello. No recordaba a su abuela, solo la tenía presente por las fotografías que su madre conservaba.

—¿Por eso el abuelo no suele visitarnos a menudo? —preguntó sin tener muy claro cuánto le importaba ahora aquel hombre al que rara vez veía.

Silvia sonrió con tristeza.

—Tu abuelo está muy ocupado. Por supuesto, teme cogeros cariño por lo que suceda el día de mañana, pero eso no ha impedido que se pasase toda la vida intentando dar con un modo de controlar al Verdugo. Ese es el motivo por el que viaja tanto, busca el modo de evitar que se manifieste.

A Daniel le costaba hacerse a la idea de un ser semejante, capaz de pasar del bien absoluto a la destrucción completa en un parpadeo. Así como llevaba bastante bien lo de las cinco condiciones, lo de ese Verdugo era demasiado.

—¿Y la mató su hermano? —preguntó sin tener muy claro por qué esa era la pregunta principal con el centenar de ellas que revoloteaban en su cabeza.

Silvia asintió con pesar y miró con fijeza a su hijo. Daniel estaba a punto de entender cuál era el verdadero problema.

—La mejor defensa del Verdugo es que su poder forma un escudo a su alrededor capaz de matar a cualquiera, no deja que nadie se le acerque. Con esto, solo los más próximos a la persona en la que resurge cuentan con protección y son los únicos que pueden acabar con él.

Daniel le dio vueltas sin terminar de entender por qué esta condición específica le resultaba tan importante. Su madre acababa de decirle que era un licántropo y él solo tenía cabeza para esa

lacría familiar. Otra idea consiguió que el gesto de Daniel se agravara todavía más.

—Reyes —susurró al tiempo que negaba con la cabeza.

—Es posible —confirmó Silvia—, pero no es comparable a vuestra abuela. La observo cada día en busca de las señales y te enseñaré a prestar atención. Aunque solo yo vea la magia de forma clara, todo sobrenatural e incluso humano puede intuirlo si esta es poderosa...

—No —descartó Daniel rotundo poniéndose en pie de un salto. Bajo ningún concepto iba a aceptar que su hermana se convertiría en un monstruo.

Silvia mantuvo la calma al ver que su hijo perdía el control.

—Tienes que escucharme, Daniel. Reyes cuenta con algo que le resta tiempo. Así como mi madre no tenía quien tomase el testigo, Reyes te tiene a ti para perpetuar el linaje y Noe está embarazada. Su condición puede dejarse ver en cualquier momento y tenemos que estar preparados. Que mi madre se convirtiera de adulta no implica que en Reyes no se dé a los dieciocho como sucede con vosotros. O antes...

—No, Reyes no. ¿Pretendes que me crea eso? —Daniel se revolvió con fiereza notando como todo su cuerpo se echaba a temblar—. Yo soy licántropo y cercano a ella, su hermano... ¿Me estás diciendo que voy a tener que matarla?

Silvia se puso aún más pálida ante la certeza de que su hijo estaba a un paso de convertirse.

—Daniel, tranquilízate —ordenó con firmeza—. No te pido nada semejante, ni siquiera me lo pido a mí misma porque es mi hija y no aceptaré que algo así le pase.

Daniel intentó concentrarse en su respiración, pero que su hermana se convirtiera en el Verdugo, algo a lo que debían dar muerte, mandaba al traste todo el autocontrol posible.

Aunque Silvia era inmune y no se veía influenciada por la magia en sí, un hocico lleno de dientes resultaba peligroso, y no había forma de evitar que las garras de sus patas hicieran trizas su cuerpo.

—Reyes es diferente —insistió Silvia dejando su sitio sin movimientos bruscos.

El cuerpo de su hijo temblaba. Tenía los dientes y los puños apretados, y su pecho subía y bajaba con violencia. Silvia empezó a retroceder hacia la puerta que conducía al pasillo. Debería haber llevado el móvil con ella, iba a necesitar ayuda pronto.

—Mi madre era increíblemente buena, hasta que dejó de serlo. Reyes tiene genio, tiene carácter y con eso tu abuela no contaba —trató de razonar sintiendo cada vez más cerca el cambio y un pánico que la invadía de pies a cabeza.

Daniel no la escuchaba, le era imposible oír nada con el zumbido que colapsaba sus oídos. Del mismo modo que apretó los puños, apretó los párpados, pero por mucho que tratara de contener lo que fuera que le estuviera pasando, supo que no iba a conseguirlo.

Sin alternativa, Silvia echó a correr cerrando de un portazo la puerta del pasillo. Tan pronto estuvo en su cuarto, aferró el móvil y se perdió por las escaleras ocultas. Antes de llegar al refugio, habían empezado unos ruidos ensordecedores. Se dejó caer en el suelo, junto a la mesa. A esas alturas su cocina estaría destrozada. Reconoció el sonido de la puerta de madera del pasillo al hacerse astillas por el embiste del ser que ahora dominaba a su hijo.

Con lágrimas en los ojos de miedo y pesar, Silvia se acurrucó entre la mesa y la estantería y llamó a Saúl. Él movilizaría rápido al resto y no necesitaba más detalles que la mención de Daniel convertido y el ruido que le llegaría de fondo.

Una vez hecha la llamada, enterró el rostro entre las manos. Lloró con todas sus fuerzas, no

por la bestia que estaba destrozando su casa, algo que sería controlable en un futuro, sino por el motivo que había desencadenado el cambio.

No podía culpar a Daniel por su reacción, ella sabía bien cómo se sentía el miedo, la impotencia y la desesperación. Como bien había dicho, era su hija y la quería con locura, pero no podían confiarse. Tenían una responsabilidad. Habían intentado impedirlo con su madre, su familia lo había intentado durante siglos sin éxito y, aun así, mantenía la esperanza.

El alboroto alcanzó niveles desorbitados. Daniel ya no estaba solo, y supo que todo estaría controlado en cuestión de segundos. Eran una sociedad muy organizada, muy capaz y muy implicada en mantener esa falsa normalidad para evitar problemas.

Y Daniel pertenecería a esa sociedad.

Su hijo se calmaría, desterraría de su cabeza que a Reyes fuera a sucederle algo así y se centraría en el cambio al que él mismo se enfrentaba, esforzándose por dar lo mejor de sí mismo como hacía con todo lo demás.

Y, como en todo, llegado el momento, daría lo mejor para con su hermana, pero Silvia sabía que él no sería capaz de matarla y lo agradecía. No quería que eso pesara en la conciencia de su hijo. Daniel jamás lo superaría ni ella se perdonaría no haber podido evitárselo.

24 - DESDE LA BARRERA

La lluvia persistía. No era intensa, solo molesta. La pandilla había dejado la mansión, hartos del encierro. No sabían por qué, pero la inquietud los acompañaba y necesitaban que les diera el aire. A las siete de la tarde podrían regresar a sus casas o ir a cualquier otro sitio, pero ninguno hacía ademán de moverse.

Instalados en el palco de la plaza, cuyo tejado los guarecía de las pequeñas gotas, soportaban el frío que cargaba el aire y el propio del cemento sentados en fila de cara a la desierta plaza. Demasiado quietos. Nunca estaban tan quietos. Con los pocos entretenimientos en el pequeño pueblo, solían aprovechar el espacio despejado, los bosques y caminos ocultos para hacer ejercicio, o más bien monerías. También en el palco, con Toni en cabeza, usaban los travesaños y sujeciones de las paredes para trepar, saltar o lo que se les ocurriera. Hasta Tasmi se unía a una mezcla de street workout y parkour casero, siempre y cuando no llevase tacones. Sin embargo, ese día habían estado encerrados en casa de Tasmi y ahora allí, al aire libre, sus cuerpos parecían adormecidos, o quizá expectantes.

La quietud del lugar también era inusual. A pesar del mal tiempo, muchos vecinos dejaban allí sus coches y, sin embargo, no se veía el menor movimiento. Tras la pequeña zona de césped salpicada por un par de pequeñas mesas y bancos, en el embarcadero, no había más agitación que la que originaba el agua.

Entre el gris que reinaba por culpa del mal tiempo, Toni observaba las pequeñas y grandes embarcaciones. El vaivén constante lo tenía hipnotizado. Cuando Leo habló, tardó unos segundos en entender que se dirigía a él, y eso que lo tenía sentado a su lado.

—¿Y a tu madre qué le vas a regalar?

El hechizo de los barcos terminó. Frustrado, Toni entretuvo las manos jugueteando con su llavero.

—¡Ni zorra! ¿Un libro? Le gusta leer, movidas de esas de vampiros y lobos.

—Le estoy perdiendo el respeto a tu madre —bromeó Isaac desde el extremo de la hilera que formaban.

Toni rio. Por ese mismo comentario hubiera matado a cualquier otro.

—Algo vi —continuó Toni—, pero son caros.

A su lado, Sofi creyó tener la solución.

—Igual en la librería del centro comercial o en el quiosco encontramos una edición de bolsillo. También podemos ir al rastro o al sitio este donde venden cosas usadas.

Con falsa indiferencia, Toni se encogió de hombros. Le preocupaba el regalo, quería acertar, pero se veía limitado.

—Podemos ver.

Sentada entre Sofi y Tasmi, Reyes también intervino. Sacó su móvil para consultar al tiempo que hablaba.

—A tu madre le vendría guay un lector, los ebooks suelen ser más baratos y hasta los hay gratis.

Toni soltó una risita.

—Mi madre adora los libros. No la convencerás para gastar la pasta en uno de esos ni de coña, y yo no creo que pueda regalárselo. ¿Cuánto vale esa pijada?

Reyes negó con la cabeza. Toni no podía permitirselo, pero Saúl sí. En otro caso habría propuesto que ambos hermanos hablasen. Siendo ellos, mejor ni plantear la idea. Le llegó el ruido de la madera al quebrarse y un coro de gruñidos. Desde dónde estaban apenas podía ver su casa, pero tuvo la impresión de que sucedía algo en ella. La voz de Sofía la distrajo.

—Qué chorrada, mogollón de gente decía eso antes de tener un lector. No es una cosa u otra, ¡qué manía con posicionarse!

Reyes volvió a atender a su móvil.

—No bajan de sesenta —respondió Reyes mientras consultaba la tabla de precios que había encontrado.

—Pues, o me dedico a vender mi cuerpo, o me voy a por un libro de bolsillo —asumió Toni apenado. Si Sofi tenía razón, habría sido un regalo fantástico. En parte suponía que el rechazo de su madre era más por falta de costumbre. La había visto leer en el ordenador, y no le parecía muy diferente.

—Yo tengo uno que no uso —dijo Tasmi—. Es una patata, ni siquiera es táctil, pero igual le sirve.

Toni la miró con recelo.

—¿Por cuánto me lo vendes?

Tasmi suspiró con su habitual expresión desinteresada.

—¿Cómo te lo voy a vender? Te tendría que pagar yo a ti por recoger esa chatarra.

Isaac reprimió la sonrisa que estaba a punto de asomar a sus labios. Tasmi y Toni se peleaban mucho, pero también se entendían. El orgullo de Toni, al igual que el suyo, no llevaba bien la caridad. Por su parte, Tasmi sabía exagerar su parte más pija y esnob.

El detalle no pasó desapercibido para ninguno, pero no lo comentaron. Reyes dirigió su atención a la lluvia que caía sobre el río. Por los pantalanes, apenas veían el agua, pero regresó a su mente la voz melódica que había escuchado en la mansión de Tasmi.

—Ok, me lo quedo —decidió al fin Toni—. Eso sí, ya me explicarás cómo funciona el cacharro.

—La cuenta y eso se la tendrá que abrir tu madre —dijo Sofi—. Hace falta meter una tarjeta.

Aunque el regalo le parecía el mejor, Toni quería comprarle algo más, o, mejor dicho, comprarle algo.

—Entonces sigue en pie lo del centro comercial.

En eso todos estaban de acuerdo, salvo Isaac, quien se quedaría al margen por falta de presupuesto para el billete de tren. Leo tampoco iba, por no dejarlo solo. Reyes sacudió la cabeza, ahí estaba esa sensación rara. Los cinco, debían ir los cinco.

—Yo igual voy antes —dijo Tasmi—. Antón se ha empeñado en llevarme, y quedé con David.

Estaba de más preguntar si querían apuntarse, a ninguno le apetecería demasiado, pero a Tasmi ni siquiera se le ocurrió. Reyes y Sofi se miraron. La idea era comprarle un regalo también a ella. Si había quedado con su novio, por muy antes que fuera, iban a tener el tiempo justo.

Reyes sintió un pinchazo en la sien. Su atención se dirigió al embarcadero, al agua. El susurro melódico volvía, parecía querer decirle algo. Prestó atención, ajena a sus amigos y al entorno. O estaba escuchando mal, o la voz insistía en que fuesen los cinco en el tren. Debían ir juntos para alcanzarlos a todos. Un mensaje muy críptico, a la par que raro. Reyes apretó los párpados mientras se preguntaba qué demonios le estaba pasando.

—¿Estás bien? —le preguntó Sofía a Reyes, mirándola con el ceño fruncido a través del ojo que no ocultaba su flequillo.

Reyes le sonrió a su amiga con tristeza. Su expresión preocupada logró que se sintiera todavía peor. Echó la cabeza para atrás y soltó un suspiro.

—Oigo voces en mi cabeza que me dicen que os mate a todos —susurró con un lamento. No era exacto, la voz solo insistía en que se pusiera pesada hasta que sus cinco amigos la acompañasen en el tren, pero ponerse dramática era más sencillo que soltar la verdad. El silencio se mantuvo unos segundos, antes de ser roto por Toni.

—Empieza por Tasmi.

—¡Toni! —protestó Tasmi revolviéndose para alcanzarlo y pegarle un manotazo.

Reyes acompañó las risas de sus amigos. Sofía le regaló una caricia de aprecio. No insistiría en ir juntos, sobre todo por Isaac. Quería que su amigo fuese con ellos, también Leo, pero no lo pondría entre la espada y la pared. Ella tenía su orgullo, sus amigos también, y respetar sus decisiones era lo que volvía la relación tan especial.

—Tranquila, nos pasa a todos —aseguró Sofía con aire solemne—. En especial si se madruga.

—Si con todos incluyes al Tablas —comentó Isaac—, hasta te ayudo.

Rieron juntos. Algo similar a la somnolencia los asaltó de pronto, dejándolos aturridos un par de minutos. Cuando todo terminó, fue como si no hubiera pasado. Del mismo modo, se restableció el movimiento habitual de la plaza. Coches que iban y venían, vecinos paseando bajo sus paraguas. Y ellos siguieron sin poder señalar nada extraño.

Toni fue el primero en hablar, como de costumbre.

—Tasmi, no te olvides, bájame el lector mañana.

Tasmi esbozó la mejor de sus sonrisas.

—Por si acaso... recuérdame antes de que salga de casa.

25

LA INICIACIÓN DE DANIEL

El líder local de los licántropos, Noel, imponía. Una melena leonada canela y unos profundos ojos castaños reflejaban la fuerza y autoridad esperada para afrontar su cargo. En consonancia con su gusto ostentoso, las reuniones de la manada o con los restantes sobrenaturales se realizaban en el castillo que se alzaba sobre el acantilado del pueblo.

El lugar, declarado patrimonio histórico y a la espera de fondos y ganas para convertirlo y restaurarlo como museo, llevaba años cerrado. Un vigilante era el encargado de que nadie entrara. En su estado ruinoso podrían darse desprendimientos que no dejarían en buen lugar a las oficinas de turismo. El hombre al mando de la salvaguarda del lugar, así los tuviera a pocos metros, jamás recordaba ni presenciaba las reuniones, cortesía de los brujos que dejaban todo tal cual estaba cuando la manada se iba, incluyendo la cabeza del hombre.

El amplio acceso principal, una puerta en arco con dos hojas de madera maciza bien cerradas por una gruesa cadena, conducía a un sinfín de desniveles, alas y patios interiores, la mayor parte de ellos impracticables.

Noel había escogido como centro de operaciones el salón más próximo al acceso, y hasta allí trasladó varios sillones que solo eran ocupados por sus congéneres. En el centro, sobre el sillón más elaborado, el líder era flanqueado por cinco más pequeños a cada lado, que no solían cubrirse pues no eran tantos los licántropos locales. Con todo, pese al sitio libre, cuando Noel citaba a los otros, ellos aguantaban lo que él tuviera que decirles de pie sobre los fríos suelos llenos de muescas por el paso del tiempo.

Salvo excentricidades y pequeños detalles que lo hacían inclinarse a acciones un tanto radicales, era un buen líder, y por eso los afectados por la maldición toleraban su comportamiento clasista. Noel podría mostrarse desagradable al trato, pero las decisiones que tomaba siempre se veían influenciadas por la justicia. Eso era lo que importaba.

Silvia, incómoda, se mantenía junto a Daniel en la fría e inmensa sala. A pesar del aspecto calmado de su hijo, Silvia veía que la fuerza de su condición seguía latente. La adrenalina correría por sus venas durante mucho tiempo, esa noche Daniel no dormiría, ni ella tampoco a causa de la cantidad de preguntas que el chico tendría.

No presenció cómo reducían a su hijo ni se había acercado a él hasta que este logró serenarse y volver a su forma humana. Por los ruidos que le llegaron, y por como su casa se vio medio

destrozada, podía hacerse una idea. Lo material era lo de menos, Saúl y los suyos reconstruirían la parte baja borrando toda secuela para cuando su marido o Reyes estuvieran de vuelta.

En aquel amplio espacio abovedado propio de monarcas, cuyas paredes de piedra desnudas aún dejaban ver algún rastro de pinturas antiguas, su cabeza y su atención eran para Daniel, quien permanecía abatido. Ante los licántropos que ocupaban los asientos, de pie junto a Silvia, Daniel observaba sus brazos tratando de asimilar que momentos antes eran unas consistentes patas.

Por mucho que Silvia y el resto de licántropos, cinco en total sin contar con Noel, aseguraran que en la primera conversión es muy difícil controlarse, Daniel no podía sentirse peor. De haber cogido a su madre en medio la hubiera hecho pedazos como si no fuera más que un mueble. Lo peor era que había conservado sus ojos en todo momento, así como su conciencia, pero su parte racional estaba atada y amordazada. Si debía resumirlo simplemente diría que había sido horrible. Parte de la angustia que devoraba a Daniel se disipó bajo el influjo de la voz de Noel, quien dejó su sillón central y se le acercó con una cálida y afectuosa sonrisa.

—Bienvenido a la manada, Daniel —pronunció sincero tendiéndole su inmensa mano.

Silvia se sintió empujeada. Noel era, con diferencia, el más corpulento de los siete licántropos, aunque los cinco que se mantenían sentados dejaban ver su grandeza y su juventud, ya que ninguno pasaba de los veinticinco años. Desde ese día, ellos serían los amigos de su hijo, siempre juntos, arbitrando a los demás sobrenaturales y a las órdenes del líder. Silvia contuvo las lágrimas al asumir que, en parte, Daniel poseía una nueva familia.

Ajeno a los sentimientos de su madre, Daniel lamentó que el contacto con el líder fuera tan breve. Aquel firme apretón con Noel le había infundido confianza, y lo aprovechó para lanzar un fugaz vistazo al resto. A mayores de haber lidiado aquella tarde para reducirlo, los conocía de vista y, en los últimos días, se había sentido próximo a ellos al cruzarse por las familiares calles.

—Es nuestra responsabilidad —comenzó a decir el líder—, velar por el secretismo de las cinco condiciones, su bienestar, y mantener siempre la estabilidad del mundo que ahora también es tuyo. Desde hoy, serás uno de los árbitros.

Noel les hizo un gesto a los cinco licántropos para que se levantasen, y llevar a cabo unas presentaciones más formales de lo necesario.

Silvia se retiró a un extremo de la sala sin lograr deshacerse del sentimiento de pérdida. Se obligó a repetirse una y otra vez que su hijo estaría bien con quienes le tendían la mano con suma aceptación.

Tras la primera toma de contacto, Daniel dejó los algodones al reparar en que faltaba alguien.

—¿Y Adrián? —preguntó con confusión. No entendía bien cómo se daba ese primer cambio, pero sí que su caso no era el frecuente. Si no había entendido mal, Adrián debería acompañarlos.

Silvia prestó atención al percibir algo similar a la molestia en los ojos del líder.

—Su padre lo ha puesto al tanto y no se lo ha tomado tan bien como tú —señaló Noel con una nota ofendida—. Aún no se ha convertido, por lo que he mandado a Saúl Villar y a Antón Santomé para que vea que hay cosas peores.

Silvia se contuvo y permaneció callada. Lo que Adrián necesitaba era el apoyo de los suyos, no unos enviados que no irían de buena gana. No terminó de entender aquel rechazo hacia el chico. Adrián era una buena persona, y también sería un buen árbitro. El hormigueo que le recorrió el cuerpo señaló que allí había alguien más que los hombres. La sensación no era negativa, no se trataba de un demonio. Una voz se hizo eco en su cabeza y, por la nula reacción de la manada, solo

ella podía escucharla.

—*Dicen que un buen líder intuye quien está a la altura de derrocarlo.*

Silvia se mantuvo inexpresiva. Tenía que tratarse de una presencia. Le sorprendió, en contadas ocasiones había entrado en contacto con una. A su mente acudió el demonio con el que se había cruzado en el centro comercial. Sumado a la conversión de Daniel, el mundo parecía aliarse para saturarla. Apretó los labios para que sus palabras solo fluyeran en su cabeza, que solo le llegaban a la presencia, cuya voz hacía intuir una mujer de mediana edad.

—*¿A qué te refieres?* —necesitó concretar.

—*Oh, vamos. Eres una inmune, has tenido que ver la fuerza que desprende el amigo de tu hijo* —resaltó la presencia desde ninguna parte.

Silvia no encajó bien la suficiencia del ser.

—*¿Quién eres? ¿Sabe Noel que estás aquí?* —preguntó con seriedad.

—*Cuanta devoción hacia el líder* —se burló la presencia—. *Él sabe muchas cosas que no os cuenta, así que nosotras podemos actuar igual. No estoy obligada a mostrarme, prefiero observaros a todos, entre otras cosas porque sé lo que opina de nosotros ese licántropo que os lidera.*

Silvia recordó lo que sabía de las presencias, aunque era bien poco. Sus contactos anteriores habían sido con seres que estaban de paso y llevaban poco siéndolo. Lo más importante era que se suponían inofensivas, pero el rencor que destilaba aquella voz femenina le desaconsejaba fiarse.

—*Con todo, Noel es un buen líder* —trató de razonar—. *Así tenga preferencias, no desmerece al resto.*

—*Habla por ti, Silvia* —la cortó la presencia—. *Para él, las presencias como yo no somos nada ni hacemos nada útil salvo espiar o ejercer de correo. Me mantengo en silencio para que no me utilice como hace con vosotros.*

Silvia no quiso verse envuelta en ningún juego de fantasmas. Las presencias podían desorientarse, no debía ser fácil asimilar que ya no formaban parte de este mundo como lo habían hecho antes de adquirir su condición, y por eso no eran tratables, pero esta parecía tener muy claro lo que le sucedía y no le pareció en absoluto confundida.

—*Entonces mantén ese silencio también conmigo* —se desentendió Silvia.

La risa de la presencia le provocó un escalofrío. Había algo en aquella mujer tan familiar como preocupante.

—*¿Quién eres?* —repitió Silvia notando su voz debilitada por el temor. No tenía sentido que el ser apareciera allí sin más.

—*Si ponerme rostro te deja más tranquila, piensa en la madre de Sofía, soy su gemela.*

Silvia dudó. Conocía a la familia de la amiga de Reyes y a ella no la recordaba. No pudo evitar que la sensación de rechazo creciera. La madre de Sofía rondaba los cuarenta, su hermana se había convertido a los dieciocho, como todos. Demasiados años espiando a su gemela sin pronunciarse ante Silvia, que era la única inmune y, por tanto, la única que podría escucharla.

La presencia continuó hablando sin importarle el rechazo de Silvia.

—*Me resultó desconcertante que mi hermana escogiera este lugar para criar a su hija, como si eso hiciera más fáciles las cosas. Todos olvidan, pero nuestro vacío permanece.*

A Silvia le hubiera gustado compadecerse, pero el tono molesto se lo impidió. Debía ser duro desaparecer un día y que nadie te recuerde. Nunca se había planteado cómo lo sentían los

familiares de las presencias. Por suerte eran pocas, o eso se suponía. Las presencias tenían, como todos los demás, una infancia y una vida humana, solo que tan pronto se convertían, desaparecían llevándose con ellas su paso por el mundo. En su opinión hasta ese día, esto era algo bueno. Facilitaba a los que quedaban que no lamentaran su ausencia ni se aferrasen a dolorosos recuerdos. De lo que sintiera o les pasase a ellas nadie lo tenía muy claro. Al no contar con un cuerpo que hiciera referencia al paso del tiempo, no se podía saber si se mantenían en la edad a la que se convertían o seguían envejeciendo hasta el día de su muerte. Eran muchas las teorías. La más extendida relataba que, en su solitario bagaje, sin poder hablar con más que inmunes y algún que otro sobrenatural cuya mente estuviera abierta o contara con suficiente poder para captar su voz, se perdían hasta desaparecer por sí mismas.

—*Entiendo tu resentimiento* —dijo Silvia—. *Ni tú ni yo podemos hacer grandes cosas...*

Tuvo que interrumpirse ante una nueva carcajada.

—*Insisto, habla por ti, Silvia, aunque creo que lo que tú haces vale cien veces más que las órdenes que pueda arbitrar un licántropo* —aseguró—. *No es cierto que no pueda hacer grandes cosas. Las presencias podemos ver el futuro, retazos de lo que sucederá. El espacio no nos afecta y en ocasiones, no solo hablamos a través de la mente, sino que también podemos moldearla aclarando las ideas.*

—*¿Qué es lo que quieres?* —preguntó Silvia a un paso de dar la alerta. No le gustaba la sensación que transmitía la presencia, y mucho menos lo que aseguraba hacer con las mentes. Nunca había escuchado nada semejante. Tal vez no fuera cierto, pero ella parecía segura.

—*¿Silvia?* —La llamó Noel con suspicacia—. *¿Va todo bien?*

—*Puedo ver el futuro, Silvia* —dijo la presencia—. *Dentro de poco, Noel será un enemigo para ti y sabes bien por qué.*

Silvia contempló el suelo y se masajeó las sienes. Una sensación de vértigo se había apoderado de su cuerpo cerrándole la garganta e impidiéndole hablar. Aquel último comentario había caído como una sentencia en su cabeza, como si encerrase infinidad de palabras más, y necesitó unos segundos para recuperar la normalidad.

—*¿Qué sucede, Silvia?* —insistió Noel sin alzar la voz para no inquietar a Daniel, quien ya se había reunido con ellos y sostenía a su madre por los brazos.

Silvia alzó la vista y lo primero que vio fue el rostro de su hijo cargado de temor. Una muestra de que su madre todavía era más importante que sus congéneres. Eso la hubiera hecho sonreír si en un segundo plano no se entreviera el marcado gesto del líder, cincelado por la preocupación y la desconfianza.

—*Secuelas* —alcanzó a decir Silvia con voz tomada, separándose de Daniel para romper el efecto dramático—. *No es fácil reponerse del susto que me llevé, y ahora que estoy en frío se me ha echado encima.*

Noel la observó unos segundos antes de aceptar la excusa. Daniel, movido por los remordimientos, le dio un abrazo suave antes de regresar con los suyos.

Silvia supo que no estaba actuando bien. Noel debería saber que una presencia rondaba por allí, pero como inmune podía tomarse algunas licencias ante la norma que exigía transparencia con el líder. Del mismo modo, todavía no lo había puesto al corriente sobre Reyes. Era obligatorio informar al máximo responsable de las condiciones sobrenaturales peligrosas, pero también era un asunto demasiado delicado, y el único motivo por el que podía mantener el secretismo se debía a

que su hija no sería peligrosa hasta la conversión. Por herencia, y porque eran los que comprendían lo que implicaba el Verdugo, solo su familia disponía de todos los datos. Con el paso del tiempo, era casi imposible señalar el linaje maldito. Un hecho fundamental, pues a lo largo de la historia muchos intentaron aniquilarlos como si el fin del Verdugo trajera el fin de la maldición. Lo único que consiguieron fue que este se protegiera con más fuerza. Como muestra, ni un solo testigo sobrenatural de lo sucedido trece años antes relacionaba al Verdugo con ellos. Las muertes en Mondariz se habían justificado a través de un desafortunado accidente, como siempre. La prensa extendió la versión impuesta de la tragedia: uno de los escenarios de la orquesta se había venido abajo, sepultando a los más próximos. Las identidades del ser solo quedaban grabadas en la mente de los miembros del linaje y, del mismo modo, solo ellos podían revelarla. Daniel podía señalar a Reyes y también ampararse en este silencio, pero él estaría más limitado y, como árbitro, tarde o temprano tendría que decírselo al líder.

Silvia quería lo bastante a su hijo para evitarle aquel mal trago. Ella misma compartiría con Noel el papel que podría desempeñar Reyes. Las últimas palabras de la presencia resonaron en su cabeza. No albergó duda alguna, por su hija se enemistaría con Noel, porque él no se tomaría nada bien convivir con una condición que, de manifestarse, pudiera ser tan destructiva.

Quizás debía escuchar a aquel ser invisible. No terminaba de fiarse, pero no podía ignorar que había acertado bastante en sus previsiones. Tal vez la presencia, en su condición, pudiera ver y descubrir algo más que su familia. Silvia no quería engañarse, lo sensato sería señalar a la presencia y dejar que Noel tomase una decisión al respecto. Después, decirle lo de Reyes. Tuvo que contener las lágrimas. Sentía que él no sería justo en cuanto a Reyes, era inevitable, como también era inevitable que ella intentase ganar tiempo.

26 - LA BÚSQUEDA

Entre árboles, tojos y matorrales, avanzando por uno de los senderos que atravesaba el bosque, Saúl y Antón estaban a diez minutos de salir a la pequeña cala que había en el pueblo. No podían ser más diferentes, pero si algo compartían era el cabreo por la tarea encomendada.

De buena familia, siempre atento a las formas y bien vestido, Antón se sacudía su pelo rubio y brillante cortado en capas. Sus ojos azules estaban entrecerrados ante la molestia que le generaba la fauna campestre, liderada por pequeños insectos.

Un paso por delante, Saúl se reía de los remilgos de su compañero de búsqueda. Con la cabeza afeitada, no tenía que preocuparse de que los pequeños mosquitos se le enredaran en el pelo, y sus ojos verdes se centraban en dar con algún indicio de Adrián.

—Si no olieras como una puñetera tarta, no tendrías problemas con los bichos —se mojó Saúl.

Antón apretó los puños con rabia.

—La conducta de los insectos deja claro que tienen buen gusto.

Saúl lo miró por encima del hombro. No había el menor parecido entre él e Inés. Ni en físico ni en carácter. En su metro ochenta, Antón era lo bastante estirado para parecer más alto.

—Como sigas estirándote así vas a partirte la espalda.

—Creí que solo tu hermanito se acomplejaba por su altura —dijo Antón, satisfecho por sacarle un par de centímetros a Saúl.

—Ojo, Antón, mi hermano compensa su tamaño con ingenio, y te apuesto a que tu hermanita sabe valorarlo. Son muy amigos —planteó Saúl con diversión, al notar cómo Antón se ponía tenso.

—Una verdadera suerte que no sean más que eso. Amigos sin derecho a roce —replicó Antón con alivio—. Además, Tamara está bien con David —añadió en parte para sí mismo.

El desdén tiñó la risa de Saúl.

—Sí que le pega. Otro niñato rico con serrín en la cabeza.

—Ya, porque Toni es una lumbrera.

—Habló el listo que todo lo sabe —replicó Saúl.

Antón meneó la cabeza.

—Es curioso... —comenzó a decir Antón pensativo mientras intentaba espantar un moscardón

a manotazos—... Tu hermano, la mía, la de Daniel... No sé, parecen siameses yendo a todas partes juntos desde niños.

También Saúl había advertido este comportamiento. Los seis chicos que formaban la pandilla no tenían demasiado en común, a excepción de pertenecer a linajes malditos. Cualquiera de ellos podría haberse arrimado a otros vecinos o a otros descendientes, pero por el contrario, se mostraban herméticos, y el único que hasta la fecha podía sumárseles era el novio de Tamara.

Ya sin el moscardón rondando, Antón se encogió de hombros.

—Supongo que cuando se conviertan se terminará eso que tienen.

—Sí, según Silvia cada uno es de una condición —recordó Saúl.

El brujo notó algo raro frente a sus propias palabras. Parecía tenerlo en la punta de la lengua. Cinco condiciones. Comprendió con un gruñido dónde estaba el fuego: cinco. El número iba a ponerle los pelos de punta hasta que solucionasen la visión de Ignacio. No le dio demasiada importancia porque a veces ese mundo sí era sencillo. No habría cinco cadáveres que encontrar, porque él se encargaría personalmente de sabotear el tren en el que se daría el ataque.

—Son seis —resaltó Antón.

En silencio, trataron de resolver el misterio mientras continuaban su avance. Silvia había compartido con ellos la información a modo de favor, ya que ella solo estaba obligada a hacer partícipe al líder. Para ambos resultaba un detalle por parte de la inmune. Era de esperar que prestara especial atención a lo que serían los amigos de su hija y, aunque algo intuían, como hermanos mayores preferían confirmarlo.

—No me salen las cuentas. Una condición tiene que repetirse —protestó Antón, frustrado. Silvia solo había concretado respecto a la condición de Tamara, guardando en secreto el resto.

Saúl no tenía muchas ganas de charla, menos por ser Antón su interlocutor, pero también él le había dado muchas vueltas.

—Yo apuesto a que Reyes es o humana sin más, o inmune —dijo Saúl. Eran las dos opciones más factibles. Supuso que compartiría con Antón la tranquilidad de que sus hermanos se hubieran juntado con descendientes de familias malditas. De esta forma, era improbable que se mezclasen con demonios.

—Podría... —murmuró Antón con el ceño fruncido—... o licántropo. Se lleva muy bien con Leo y está claro que eso será él. Es el único que tiene una complexión fuerte. Isaac es alto, pero un poco escuchimizado —comentó sin necesidad de mentar a Toni, pues su altura lo dejaba fuera de esta opción.

Podría ser, pero Saúl no le daría la razón tan a la ligera.

—No es muy habitual mujeres licántropos, y si Isaac es escuchimizado, Reyes ni te cuento.

Antón se sacudió el pelo por un nuevo asalto que le llenó el oído derecho con un molesto zumbido.

—Pero lo que más hay son licántropos.

—Sí, demasiados —murmuró Saúl.

Antón sonrió. En eso también estaba de acuerdo, pero no haría piña con el brujo solo por ello. Sin embargo, decidió aprovechar el acercamiento. De todos era sabido que gran parte de la información sobre lo que eran, y de cualquier otro aspecto sobrenatural, estaba en manos de los brujos. Desde que lo habían puesto al tanto a él, siempre tuvo la misma inquietud.

—¿Crees que lo veremos algún día? —preguntó Antón.

Saúl lo miró de soslayo. Seguro que el vampiro no se refería a Adrián con ese tono asustadizo.

—¿A quién?

—Al Verdugo —respondió Antón a media voz, como si temiera que pudiese aparecer al ser nombrado.

—¡Joder, espero que no! —protestó Saúl—. Que no es un colega molesto ni un bicho raro sin más. Si eso aparece, tú y yo acabemos reducidos a un charquito de mierda.

—Pero mira que eres vulgar —protestó Antón con mal gesto.

—Para fino ya te tenemos a ti —replicó Saúl.

En cuanto la vegetación empezó a menguar, pudieron ver el manto de hierba, la arena y un poco del agua que la bañaba. La playa fluvial también era una constante para los del pueblo.

Antón se enderezó, de nuevo con actitud distante.

—¿Seguro que no me verán contigo? —preguntó mientras escudriñaba la zona, en apariencia desierta.

—Créeme, a mí tampoco me conviene que me relacionen con los esnobs locales —aseguró Saúl tras un resoplido—. He alzado una especie de burbuja que consigue aislarnos. Si algún conocido tuyo ronda por la zona te verá a ti, pero no se fijará en mí, y lo mismo a la inversa.

Antón dejó escapar una risilla nerviosa. Sabía que Saúl había conjurado algo, podía sentirlo. La magia le daba bastante pánico por el efecto que provocaba en él.

—Tu reputación no puede ser peor.

El pequeño tramo de hierba y el resto del arenal estaban desiertos. La sonrisa de Saúl se hizo un poco más ancha.

—Ya lo creo que sí, y seguro que se me ocurre algo para demostrarlo —prometió. Dejó que la brisa marina lo envolviera. La calma del lugar era una maravilla que pronto desaparecería. En un par de meses, la zona con hierba estaría plagada de mesas y parrillas cuando convirtieran el espacio en merendero. Si Saúl pudiera usar sus conjuros para alterar decisiones humanas, empezaría por impedir que tocaran la cala, pero las normas eran muy estrictas al respecto.

Recuperó su gesto enfadado y su tono seco para hablarle al vampiro.

—¿Y con tus súper sentidos no puedes localizar a Adrián y evitarnos tantas vueltas? Dejaría que me teletransportases, aunque no me gusta una mierda —dijo Saúl entre dientes.

Antón desplegó el mismo humor agrio al responder.

—No, listo. Para que mis sentidos actúen tengo que beber algo de sangre y, con eso, también se agudizará lo que me hace sentir la magia, y como estás conjurando esa burbuja...

—Vale, vale, no me cuentes tu vida —lo frenó Saúl. Giró sobre sí mismo para volver al sendero—. Desde luego que no me haría puñetera gracia tenerte detrás catatónico, como si fueras una polilla y yo un halógeno.

Aquello era cierto, pero eso no evitaba que Antón lo detestase. Él estaba bastante conforme con ser un vampiro, salvo por esa hipnosis a la que se veía sometido cuando se daba algún conjuro importante. Era difícil hacerle frente. Había mejorado bastante, pero le quedaba un buen trecho para dejar de sentirse tan atraído y absorto con la magia.

—¿Y dónde se supone que puede estar? —protestó Antón plantado al inicio de la hierba que separaba bosque y playa. Tal vez no fuera de gran ayuda sin su condición a pleno rendimiento, pero tampoco Saúl le sacaba ventaja.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Apenas conozco a ese tío —se defendió el brujo con un

gruñido—. Solo sé que está por aquí.

Saúl no tenía visiones, pero sí sentía algo similar a la premonición. Había dos tipos de premoniciones para los brujos: las físicas y las empáticas, aunque ninguna daba señas directas de su significado. Su poder era así de limitado, y lo estaba comprobando una vez más con la búsqueda de Adrián.

Cuando Noel los puso al tanto de su tarea, Saúl se había valido de una premonición física para llegar a la playa. Era una de sus aptitudes más desagradables porque repercutían en su cuerpo. Había sentido lo mismo que al caminar por aquel sendero del bosque, y también la brisa marina, mientras él estaba apoyado en el asiento de su moto a la entrada del castillo. Descolocaba bastante.

—Espera —dijo Antón y, de mala gana, Saúl se volvió.

El vampiro había oído algo. Desde donde estaban no alcanzaban a ver la zona de las rocas, el inicio del acantilado en su parte más baja. Allí también regresaba el dominio de los árboles, y la espesura creaba más de un escondite. Con profesionalidad, Antón le hizo unas señas a Saúl para indicar que iba a acercarse.

El brujo alzó los ojos al cielo ante tanta teatralidad. Era obvio lo que pensaba llevar a cabo. Noel no podía haber mandado a dos personas menos acordes para razonar con un futuro licántropo en plena pataleta reacia. Aunque no fueran muy frecuentes las locuras tipo Daniel, solía darse una primera reacción adversa a lo que se les venía encima. La resignación era el siguiente paso, no quedaba otra salida. Con las manos hundidas en los bolsillos de sus pantalones flojos, Saúl dejó la hierba para caminar por la arena, a la zaga del vampiro.

Adrián no estaba tan absorto en sus pensamientos como para no ver aparecer a Antón trepando con torpeza a la primera piedra que lo había ocultado. Por suerte o por desgracia, sus padres le habían relatado con bastante detalle lo que estaba a punto de pasarle. Le había costado aceptarlo, todavía intentaba digerirlo, pero se había hecho el fuerte porque sus hermanos pequeños también se verían afectados. No podía venirse abajo en casa. Por eso se había retirado a ese lugar oculto y tranquilo, para pensar, lamentarse, maldecir o lo que se le ocurriera, pero al parecer, no iban a dejarle. La verdad, estaba muerto de miedo y maldita la gracia que le hacía. Una vez más, quedaba claro que lo que él quisiera no le importaba a nadie.

Los reproches sacudieron su mente. ¿Una vida normal? Ni de coña. ¿Una chica a la que quería y a la que conocía de toda la vida? Imposible. ¿Una maldita tregua para ver qué demonios hacía de ahora en adelante? Demasiado pedir. ¿Qué sería lo siguiente? Sus ojos claros fulminaron a su vecino más esnob.

—No me digas que tú también estás metido en esto —espetó Adrián. No se le ocurría una persona menos afín en todo el pueblo. Pese a la diferencia de edad, recordaba a Antón del colegio y del instituto. A él, a su mansión victoriana, a los yates familiares o a los cochazos de los que tanto alardeaba.

Antón detuvo su empeño por darle alcance, tanto por el saludo despectivo, como por la carcajada de Saúl a su espalda.

Adrián se estiró un poco, hasta ver al desaliñado acompañante. No le puso mejor gesto. No cuadraba con Antón, pero tampoco con Saúl en lo más mínimo.

—Sí, colega, bienvenido a la familia Monster —dijo Saúl sin parecer ofendido por el rechazo del chico.

—¿Puedes venir aquí? —preguntó Antón. Si en algo coincidían los tres era en que estarían mejor en cualquier otra parte y con cualquier otra compañía.

Adrián dudó, pero terminó por dejar su sitio. Caminó por las resbaladizas rocas con una soltura que no pasó desapercibida para los visitantes. El equilibrio no se debía a los años de práctica.

—¿Qué queréis? —preguntó Adrián nada más poner un pie en la arena.

Saúl señaló a Adrián con un dedo y la misma expresión de rechazo en el rostro.

—Oye, esto de la terapia de grupo nos hace tanta gracia como a ti —dijo para ver si así dejaba de estar tan a la defensiva. No tenía ganas de que a Adrián se le cruzasen los cables y eligiera ese momento para convertirse. Si Antón no estaba en sintonía con su condición de vampiro, igual no los sacaba de allí a tiempo, y ni sus conjuros más fuertes evitarían durante mucho rato que se les echara encima.

—¿Y por qué no me dejáis tranquilo? —protestó Adrián.

En un intento por hacerse notar, Antón se estiró todo lo que pudo.

—Porque no nos queda otra —respondió sin intención de adornar los hechos.

Adrián se cruzó de brazos con una expresión de absoluto desprecio.

—Noel.

Saúl lo evaluó antes de hablar. No lo diría en voz alta, pero le caía bien el chico. Esbozó una sonrisa mezquina.

—Sí, ese. Aprovecha ahora y pon todas las caras que quieras. En cuanto te conviertas serás su perrito faldero como los demás licántropos.

Lejos de enojarse, Adrián también sonrió con arrogancia.

—Y también como vosotros —apuntilló, mandando al traste el gesto de Saúl—. ¿Qué sois? ¿Inmunes, brujos?

—Yo soy un brujo —respondió Saúl con sequedad.

Antón pasaba sus ojos de uno a otro con impaciencia. Adrián no iba a ponerlo fácil y él quería regresar con los suyos, además de quitarse los granos de arena que se habían colado en sus zapatos. Intervino con el mismo tono distante.

—Y yo un vampiro.

Adrián lo miró primero con sorpresa, después con incredulidad. Su padre había mencionado vampiros, pero el concepto estaba lejos del buen aspecto de Antón.

—No pareces un no muerto —dijo, guardándose para sí que podía oír cómo le palpitaba el corazón.

Antón rio con desgana. Cómodo con el protagonismo, se preparó para explicar lo que él era.

—Olvida los cuentos populares... —empezó a decir, interrumpiéndose al segundo. Agitó las manos para enfatizar sus palabras—. Bueno, no, gran parte son ciertos, aunque hablan de vampiros contagiados al morderle uno de nosotros. No es muy frecuente, pero puede pasar. Los que nacemos así estamos tan vivos como el que más, pero somos humanos mejorados.

Saúl no pudo evitar entrometerse.

—La sangre le es a los vampiros lo que las espinacas a Popeye.

Ante la mirada ofendida del vampiro, Saúl soltó una carcajada.

—Estupendo —farfulló Adrián sin mejorar lo más mínimo su actitud.

Saúl dejó de reírse para no continuar perdiendo el tiempo. Dirían lo que tenían que decir y

podrían regresar a sus vidas. Creía saber a qué venía el rechazo de su vecino. A pesar de que cada condición era distinta, todos habían sido humanos, y la noticia les sentaba más o menos igual.

—Es muy fácil —dijo atrayendo ambas miradas—. Lloriquea todo lo que quieras, pero en breve te convertirás en un perro. Aprenderás a controlar lo que eres, arbitrarás a las órdenes del líder y formarás parte de lo que se llama dominantes.

Adrián apretó los puños con impotencia. Eso mismo le había explicado su padre, de un modo más pausado, pero no terminaba de entenderlo ni de asumirlo.

Saúl fue al grano.

—Esto es lo que tiene que importarte y lo que te quita el sueño: no, no tendrás que pasarte la vida dependiendo de tu manada.

Al ver que Adrián bajaba la guardia, Saúl se felicitó por haber dado en el clavo. Con regocijo, también percibió la sorpresa de Antón por lo bien que se había explicado. Debía aprovechar la buena racha.

—Hay tres tipos de grados en lo que somos: asentados, dominantes y posibles. Los posibles vienen a ser tus hermanos o los nuestros. Demasiado jóvenes para formar parte, pero con la familia que tienen y con todas las papeletas de desarrollar alguna condición. Los dominantes como nosotros. Desde tu colega Daniel, que ya se ha transformado, ¡y de qué forma!, hasta este y yo —señaló a Antón—, en pleno proceso de instrucción, o el líder, que ese pringa hasta que lo relevan, aunque en el caso de Noel me da a mí que de allí no lo mueve nadie —dijo con todo su desprecio.

Antón miró a Adrián con impaciencia.

—Sí, es así siempre —replicó el vampiro.

Sin atender a los comentarios, Saúl terminó la puesta al tanto.

—Y, por último, los asentados. Son los que ya han pasado la instrucción y se controlan por completo. Estos hacen una vida normal salvo excepciones muy raras o que pase algo muy grave, cosa difícil.

Aturdido por el esquema a trompicones, Adrián observó a Saúl con incredulidad.

—¿Y eso tiene que animarme?

Mientras Antón se molestaba por la poca comprensión de Adrián, Saúl se rio en su cara.

—No, eso es lo que tiene que consolarte. En unos años tendrás tu vida.

Adrián sentía la rabia calentar todo su cuerpo.

—Yo quiero mi vida ahora —dijo arrastrando las palabras. Como sabía que ninguno tenía nada que decir al respecto, pasó entre ellos directo al sendero para perderlos de vista.

—Cállate —le aconsejó Antón a Saúl, a sabiendas de que el brujo tenía en la punta de la lengua algún comentario—. Si no quieres tener problemas, cállate.

Ambos esperaron en silencio hasta que el joven se perdió por el mismo sendero que utilizaron ellos.

Inquieto, Saúl volvió a meterse las manos en los bolsillos de sus pantalones anchos. Lo de callarse no era por los problemas que pudiera darles Noel. Él no solía ser muy sensato ni hacer caso a las recomendaciones, pero el modo en el que Antón había soltado la advertencia le impidió ignorarla.

Antón sentía cada músculo en tensión. Una alerta había saltado en su cabeza en cuanto Adrián pronunció sus últimas palabras.

—Es muy fuerte.

—De momento no es nada —dijo Saúl, negándose a ceder a la sugestión que le provocaba la actitud de Adrián.

—Lo que quieras —protestó Antón. No tenía la menor intención de verse otra vez ante aquella mirada y aquel gesto fiero. Si era así como humano, no quería estar presente la primera vez que se convirtiera.

Saúl retrocedió sobre sus pasos para volver al bosque y a su vida, sin importarle si el vampiro lo seguía o no. Trató de olvidarse del encuentro, pero no logró relajarse del todo. También había sentido la fuerza de Adrián y demasiada ira. No era habitual, pero algunos no se tomaban bien la maldición. En determinados casos, se revolvían contra ella y contra los demás afectados. Eran peligrosos, y Adrián parecía acercarse a la definición de riesgo. O se calmaba, o terminarían matándolo. Su móvil emitió un zumbido. Lo sacó del bolsillo trasero para ver qué nuevo problema había. El texto lo hizo rechinar los dientes. Le tocaba regresar al castillo para una reunión con Noel, y el tema no tenía nada que ver con Adrián, sino con sus brujos.

Antón echó a andar tras él.

—Como no acepte lo...

Saúl no le dejó terminar la frase.

—No es asunto nuestro —zanjó. No tenía nada contra Adrián, pero no se dejaría llevar por sensiblerías. Ya se las estaba viendo con demasiadas, como por ejemplo no poder sacarse de la cabeza a la prima del vampiro.

ENTRE LAS RUINAS

Noel y el resto de la manada estarían entretenidos un rato, tenían vistas. Daniel desconocía qué implicaba esto, el líder se había limitado a decirle que era la parte más desagradable de su cargo y que si lo deseaba podía emplear ese tiempo en asimilar la información que le habían transmitido. No lo dudó, se escabulló de la sala de reuniones. Necesitaba estar solo. La calma que le transmitía Noel y la afinidad con los otros licántropos era reconfortante, pero también le impedían pensar con claridad.

Una vez en el exterior, decidió dar un paseo por el patio principal para estirar las piernas y despejar un poco su cabeza. Lo que quedaba en pie de la muralla por el lado del acantilado era un buen lugar en el que detenerse. Se sentó en un grupo de piedras y fijó su mirada en el caudaloso río. La altura le provocó una ligera sensación de vértigo que se extinguió cuando regresaron las palabras cruzadas con la manada. Por mucho empeño que pusiera, todavía le costaba creer la realidad.

No veía la hora de que Adrián se reuniera con ellos. Necesitaba compartir impresiones con él. Le preocupaba que su amigo estuviera pasando un mal momento, también le hubiera gustado ir él en su búsqueda, pero estaba demasiado perdido para poder ser de ayuda. Al recordar que los encargados de llamarlo eran Antón y Saúl se revolvió inquieto. No entendía por qué Noel los enviaba a ellos, pero eran demasiadas cosas las que surcaban su enmarañada mente para dar sentido a cada cuestión inusual. Todo era nuevo y diferente.

Le llegó el sonido de un motor. Quizá alguien que aparcaba en la explanada que había ante el castillo. Desde su posición no podía ver el lugar, debería volver a las inmediaciones de la entrada, pero siguió contemplando el cielo gris y el río.

Debía afrontar que su vida tal y como la conocía iba a sufrir un cambio brusco. Nada de universidad, nada de ir de aquí para allá a su aire, nada de emociones fuertes o se jugaba perder el control. Una sensación de opresión quiso hacerse con él, pero la desterró a base de optimismo. Debía mantener siempre presente que era algo temporal. En cualquier momento controlaría su condición y la situación mejoraría. Como Arturo e Iván, dos miembros de la manada, quienes hasta trabajaban en Vigo ahora que no corrían riesgo de sufrir una conversión espontánea. Estaban obligados a moverse con la manada, pero eso no impedía que pudieran desempeñar trabajos normales y pasar unas horas al margen de la maldición.

Formar parte de los dominantes también sería cuestión de tiempo. En cuanto hubiera nuevos licántropos estables, ellos recuperarían por completo su vida. Hubiera preferido saber cuándo sucedería eso, cuánto tiempo tendría que ser dominante, pero no era algo estipulado. Además, el primero en dejar el grupo sería César, de veinticuatro años. Daniel iba a lamentarlo, de todos era el más simpático, un bromista. El hijo de los dueños de la única panadería del pueblo llevaba seis años como dominante. A menos que deseara continuar siéndolo, había cumplido de sobra su papel como árbitro. Suponía que con su incorporación y la de Adrián al menos dos licántropos podrían dejar el grupo. Si iba por edades, Arturo, de veintitrés años, sería el siguiente en irse. La perspectiva de pasar cinco o seis años atado a las ocupaciones sobrenaturales parecía algo eterno y Daniel sintió de nuevo una sensación de angustia.

Necesitaba moverse. Se puso en pie y caminó de vuelta al edificio. El tema de Reyes lo perseguía como una sombra, pero lo bloqueaba. Retomaría el asunto cuando volviera a su casa. También tendría que pensar qué iba a hacer con Ana. Le gustaba mucho, pero él no servía para ocultar secretos. El sentimiento de culpa ya empezaba a hacer mella e iría en aumento. Durante los próximos meses apenas podrían estar a solas, al menos un miembro de la manada debía estar cerca de él por si acaso. La idea de hacerle daño de algún modo consiguió que el corazón se le encogiera. Lo más sensato era romper con ella, pero no quería perderla.

Al pasar por los restos del arco que en otro tiempo había unido el edificio principal con la torre albarrana, localizó dos vehículos que no estaban allí antes. El BMW de Antón y la moto de Saúl. Los nervios apuraron sus pasos, quizá Adrián ya estuviera en el castillo. Al atravesar la puerta de dos hojas del edificio principal, casi se da de bruces con el vampiro.

Antón lo esquivó con facilidad. Con una rápida despedida, se fue hacia su coche. Daniel encontró extraño su comportamiento. No tenían trato, pero las prisas le hicieron intuir que su vecino temía arriesgarse a que le preguntase por su amigo. El hermano de Tamara pasó a un segundo plano cuando le llegó el revuelo desde el salón en el que se reunía la manada. Reconoció la voz de Saúl, parecía enfadado. No le sorprendió, dudaba que el brujo estuviera de buen humor alguna vez. Por más que intentó agudizar su oído, las frases sueltas no le dijeron demasiado. Lo único que pudo sacar en claro era que Saúl se sentía molesto y ofendido por la forma en la que Noel trataba a alguien.

Antes que Daniel pudiese reaccionar, Saúl dejó la sala con una expresión de odio. Un paso por detrás iba Isa. Daniel la conocía, fueron compañeros de clase hasta que a principios de la secundaria ella se había ido a vivir a la ciudad con su familia, algo que le había afectado, porque Isa podría considerarse su primer amor. La nostalgia y la vergüenza por unos besos torpes que habían quedado en nada desaparecieron. Si estaba allí era otra de las afectadas por la maldición. Que siguiera a Saúl le reveló a qué condición pertenecía. Pasada la sorpresa inicial de volver a verla, Daniel descubrió que ella tampoco parecía contenta. Su melena lisa y caoba caía a ambos lados de su rostro, como si intentase ocultarlo.

—Hola, Isa —saludó.

La chica ni siquiera levantó el rostro ni le devolvió el saludo.

Preocupado por lo que hubiese sucedido, Daniel intentó frenar el avance de Saúl.

—Hola, Saúl... Eh... ¿Viste a...?

El brujo le lanzó una mirada fulminante por encima del hombro. Ni él ni Isa interrumpieron su huida.

—Si tanto te preocupa tu amigo ve tú a buscarlo —dijo Saúl entre dientes.

Daniel fue incapaz de pronunciar palabra ante el tono rabioso. Cuando pasaron a su lado, alcanzó a ver que los ojos grises de Isa estaban enrojecidos, como si contuviera las lágrimas. Buscó un modo de intervenir, pese al tiempo que hacía que no se veían, ella le caía bien. Noel lo llamó desde el interior de la sala. Su voz aplacó el malestar que sentía. Isa y Saúl se alejaban. Un poco confundido, Daniel fue a reunirse con la manada. Nada más entrar, sus congéneres dejaban sus sillas. La expresión general en sus rostros era indescifrable, pero tampoco parecían contentos.

—¿Qué ha pasado?

Noel le sonrió de forma despreocupada. Con un gesto indicó a los otros licántropos que abandonaran la sala para dejarlos a solas y le pidió a Daniel que se sentase junto a él en una de las sillas.

—Las vistas suelen ser desagradables, ya te lo dije. Debemos seguir los progresos de los nuevos y algunos no lo ponen fácil. Descuida, pasará. Los brujos son intratables, pero cumplen su papel y, como suele decirse, tiene que haber de todo.

Daniel se conformó con eso. Algo no encajaba, pero estaba demasiado perdido para aventurarse en suposiciones.

—¿Y Adrián?

Noel negó con la cabeza. En su expresión pudo ver enfado e inquietud.

—El chico se lo está tomando peor de lo que pensábamos. No quiere saber nada de nosotros.

Daniel también lo lamentaba por Adrián. Si a él le resultaba difícil con el apoyo de la manada, no quería ni pensar lo que sería enfrentarse a las dudas solo.

—Lo siento, sé que erais amigos. Estas cosas son bastante habituales —continuó Noel, desconcertando a Daniel—. Es una pataleta, seguro que se lo pensará mejor y recordará que tú eres importante.

—Yo...

Daniel no se había cuestionado en ningún momento su amistad con Adrián. Al contrario, había dado por sentado que gracias a ella todo sería más sencillo. Le costaba entender a Noel, pero parecía insinuar que esa amistad iba a perderse.

Noel le dio una palmada en el brazo a modo de apoyo.

—Adrián debería estar dando saltos de alegría. Con lo que cuesta habituarse, poder compartirlo con un amigo no tiene precio. En cambio... bueno, supongo que se le pasará y te llamará para saber cómo te encuentras. A estas alturas ya debe estar al tanto de lo que pasó en tu casa.

El recuerdo de su primera conversión le provocó a Daniel un nuevo acceso de pánico. Adrián o cualquier otro asunto pasó a un segundo plano. Cuanto más tiempo transcurría, cuanto más podía pensar y recordar, peor se sentía. Conservaba muy bien los recuerdos de ese momento, la rabia que lo envolvió y el modo en el que se había ensañado con el mobiliario. Hubiera ido habitación por habitación de no ser por la intervención de los otros. Lo único que frenó su ataque de locura fue la incomprensión. Su casa se llenó de gente que no debería estar allí. Una distracción de lo más efectiva.

El primer aparecido había sido Gael. Hasta ese día, para Daniel solo era un vecino más, un chico de veinticuatro años que trabajaba para los Santomé en calidad de asesor o abogado, no estaba seguro. Ahora, además, sabía que era un vampiro. Horas antes, Daniel acababa de

destronar la puerta que conducía al pasillo de las habitaciones, cuando Gael lo había llamado desde la cocina. Él se revolvió para enfrentarlo. La mirada roja del vampiro, los colmillos prominentes y la expresión amenazante no lo intimidaron entonces. Daniel había atacado, pero el vampiro desapareció del mismo modo en el que había aparecido y lo que Daniel embistió en su lugar fue la encimera. Un buen golpe que no bastó para calmarlo. Para cuando volvió a ponerse en pie, los brujos habían hecho aparición.

Daniel suponía que habían entrado por la puerta, pero en ese momento él solo los vio allí, en su cocina. Lo rodearon sin acercarse demasiado y alzaron las manos dirigiendo sus palmas hacia él. Se había sentido amenazado, eso sí lo recordaba bien. También que había intentado ir a por alguno de los cinco, pero era como si estuviera encerrado en una celda de cristal. No dejó de atacar por eso, se echaba contra las paredes invisibles una y otra vez sin parar de gruñir. Con cada golpe, el contacto con lo que fuera que lo retuviera provocaba un desagradable cosquilleo por todo el cuerpo y el brujo más próximo parecía tambalearse bajo el esfuerzo de contener sus embestidas. En todo momento tuvo presente la voz de Saúl. Pedía calma, lo insultaba, protestaba, hasta que, sin más, Daniel había vuelto a su forma humana.

Todo mejoró en ese momento, al menos por su parte. Colaboración absoluta gracias a lo perplejo que estaba. Casi ni se acordaba del trayecto desde su casa hasta el castillo, solo conservaba imágenes sueltas. La plaza cubierta por un extraño velo gris, una humareda que no tenía sentido, lo bastante espesa como para no alcanzar a ver con nitidez ni el embarcadero ni el palco. En el coche había ido con su madre, quien conducía, y con Gael. El vampiro ocupaba el asiento del copiloto y lo observaba de soslayo a través de sus inquietantes ojos. Daniel se había olvidado de la inusual mirada cuando la vista del castillo le provocó un intenso escalofrío.

La mano de Noel en su hombro lo devolvió al castillo. El líder le sonreía con aprecio, lo que aplacó en parte las malas sensaciones que bullían en su interior. La inquietud por Adrián quiso ganar protagonismo, pero no lo consiguió. El contacto con Noel parecía restarle importancia hasta a su mejor amigo.

—Con el tiempo, verás que no es tan terrible.

Daniel también sonrió, y se le escapó una risa cargada de nerviosismo.

—Eso espero. Es... demasiado.

Noel se levantó de su elaborado asiento y Daniel lo imitó. Hombro con hombro, echaron a andar hacia la salida mientras repasaban los cambios más significativos.

—Por hoy creo que te ha llegado —comentó Noel—. Mañana es otro día, aún faltan cosas que debes saber. Vete a casa e intenta descansar.

Daniel observó la zona del aparcamiento. Solo quedaban los licántropos y sus vehículos. Quería irse a su casa, pero para seguir interrogando a su madre, y le preocupaba enfrentarse a una nueva conversión.

—Temo...

—Lo sé. —Lo interrumpió Noel antes de llegar hasta donde estaba la manada—. No cambiarás y, si lo haces, volveremos a evitar daños. Los licántropos sabemos lo que hay que hacer.

Daniel se aferró a las palabras del líder, pero no pudo evitar pensar que en realidad los licántropos no habían evitado nada. Quienes habían acudido a reducirlo fueron los brujos y, ante la presencia de Gael, los vampiros. Ignoró el pensamiento, los términos eran tan diferentes que no

podían tratarse las cosas de forma individual. Eran una comunidad muy extraña en la que no parecía recogerse la opción de ir por libre.

Mientras se reunía con la manada, volvió a evocar a Adrián. Quizá estuviera en su casa esperándolo o se pasaría antes de la cena. Como mínimo lo vería al día siguiente en el instituto. Una nueva angustia se desató en él al pensar en las notas. Le entraron ganas de reír. Lo que tanto llevaba desvelándolo meses enteros parecía una ridiculez.

El grupo se despidió y él se sentó de copiloto en el coche de Jesús. El chico de veinte años, de pelo corto castaño claro y ojos marrones, era el más introvertido de todos. No recordaba haber cruzado palabra con él todavía, y supuso que por eso Noel los juntaba. Jesús estaba lo bastante tenso para seguir el mismo razonamiento, parecía nervioso, por lo que Daniel le concedió unos momentos en silencio mientras dejaban la zona de tierra que siglos antes fue la liza.

Se preguntó qué pasaría ahora con su grupo de amigos, los chicos y chicas con quienes, durante años, había compartido su afición por el balonmano. Al terminar el instituto iban a dejar el equipo escolar, serían sustituidos por otros estudiantes, pero siempre creyó que seguirían reuniéndose, organizando partidos de vez en cuando, que seguirían siendo amigos. Ahora, no tenía un sentimiento claro hacia sus compañeros. Les guardaba aprecio, poco más. Ni punto de comparación con lo que sentía hacia los licántropos.

La carretera se abría ante ellos rodeada por el frondoso bosque. Daba la impresión de estar perdidos en mitad de ninguna parte. A Daniel le había impactado que el lugar de reuniones fuese el castillo. No era un mal sitio, le encontraba sentido. Un lugar amplio y apartado, destrozado por el tiempo y la falta de fondos. El viejo castillo siempre había estado ahí, pero nadie le dedicaba un segundo de atención. Ni siquiera lo habían estudiado en clase, y eso que en una de las excursiones de séptimo visitaron los antiguos palacios y fortalezas destacados de la región.

—Es cosa de conjuros, ¿no? —comentó en voz alta. Soltó una risita, la palabra conjuros se le atragantaba. Le sugería brujas, tarteras enormes, ranas, verrugas y, por supuesto, a Gandalf.

—¿Perdón? —murmuró Jesús sin desviar sus ojos de la carretera.

—Nunca me ha llamado la atención el castillo —explicó Daniel con la mirada perdida—. Ni a mí ni a nadie, creo. ¿Es por eso?

Jesús le pareció todavía más inseguro y confundido.

—Sí, bueno, supongo que sí.

Daniel lo observó de forma discreta para no incomodarlo más. De todos, era el menos corpulento. No debía llegar al metro ochenta y su constitución, aun siendo robusta, no contaba con una musculatura demasiado marcada. Por otra parte, su carácter y su postura corporal lo empequeñecían. Llevaba dos años como licántropo y a Daniel le pudo la curiosidad.

—¿Cómo lo llevas tú? —preguntó—. ¿De verdad mejora?

La complicidad que se percibía en el tono de Daniel pareció aliviar un poco la tensión. Jesús meditó la respuesta unos segundos.

—No sabría decirte. Es... raro igual, pero me lo tomo de otra forma. Al menos así es para mí. Los otros, no sé. Cada uno es diferente.

Mientras contemplaba cómo los árboles pasaban a su alrededor, Daniel evaluó a los vecinos que componían su nuevo grupo de amigos. El proceso no hacía distinciones, pero la forma de tomarse la maldición parecía ligada al carácter de cada uno. Cayó en la cuenta de que conservaba recuerdos de casi todos, ocasiones en las que se habían cruzado sobre todo en el colegio o, más

tarde, en el instituto. Incluso con César, el mayor, aunque sus recuerdos sobre él estaban relacionados con la panadería en la que también él despachaba. El único al que no situaba entre las aulas era justo a Jesús.

—¿Estudiaste aquí? Te recuerdo de verte por el pueblo, no mucho, la verdad, pero no en las clases, y no nos llevamos tanto.

Le pareció que la pregunta incomodaba a su conocido. Jesús no parecía ir a responder y volvía a verse tenso. Daniel no creía haber dicho nada inadecuado, pero se disculpó.

—Perdona si te he molestado.

Un pesado suspiro anticipó la respuesta de Jesús.

—No me parece mal, estoy acostumbrado —dijo sin que llegase a sonar a lamento—. Yo me acuerdo de todo el mundo, pero nadie me recuerda a mí. A veces creo que iba para presencia.

A pesar del tono bromista que intentó añadir a sus palabras, Daniel no dejó escapar la nota de pena.

—Bueno, pasar inadvertido tiene sus ventajas, seguro que calas a todo el mundo.

Una tímida sonrisa asomó a los finos labios del conductor.

—Sí, eso sí.

Daniel tenía ganas de ir a su casa para enfrentarse a los detalles del Verdugo, pero la conversación con Jesús le pareció importante. Daba la impresión de que su congénere necesitaba más apoyo y que no tendría muchas oportunidades de acercarse a él. Con el carácter introverso de Jesús, Daniel dudaba que pudiera hablar con normalidad sin ser de tú a tú. Decidió ser franco para facilitarles las cosas a ambos.

—Todavía no tengo muy claro qué hacen los demás... ni nosotros.

Jesús titubeó. El coche se adentró en la plaza y puso rumbo a la zona de aparcamiento.

—Yo tampoco —reconoció sorprendiendo a Daniel—. Es decir, los licántropos arbitramos, los brujos intervienen cuando hay algún problema, para mantener el secreto. Se llama a los vampiros cuando es necesaria la fuerza y esas cosas y los inmunes, tu madre, vaya, están para señalar a los posibles y que las conversiones no cojan a nadie desprevenido. El resto del tiempo, cada uno lo pasa como mejor puede. No hay mucho que hacer. Nosotros estamos siempre reunidos, pero no para debatir ni nada de eso, porque no hay tanto lío, y las decisiones las toma Noel.

Daniel se imaginó horas y horas de tiempo perdido en el castillo.

—Así visto parece de lo más aburrido.

Jesús rio con timidez.

—Un poco sí lo es. Tú no vas a aburrirte, pronto empezarán las prácticas para que seas capaz de controlar las conversiones. Después, se vuelve todo un poco más monótono. Pero se agradecen las reuniones, por tener a alguien con quien charlar.

Daniel leyó entre líneas. Era un consuelo poder mantener una conversación sincera y sin evasivas, pero le dio la impresión de que Jesús se refería a tener conversaciones sin más. No debía tener muchos amigos.

Jesús titubeó de nuevo. Lo miró de soslayo antes de centrarse en la zona del embarcadero sobre la que caía el anochecer.

—¿Qué ibas a hacer tú? Me refiero al acabar el instituto.

Daniel soltó un exagerado suspiro y se recostó en el asiento.

—Ir a la universidad.

—Puedes estudiar a distancia.

Daniel ni siquiera había contemplado esa posibilidad, se giró hacia él con renovado interés.

—Por la UNED —supuso.

—Es lo que hago yo —compartió Jesús con un gesto que intentaba restarle importancia—. El primer año cuesta, yo que tú no elegiría demasiadas asignaturas, pero puedes ir adelantando.

Daniel sintió un cosquilleo de emoción. Que no tuviera que ser un año perdido mejoraba mucho las expectativas. Se volvería loco si lo único que podía hacer para ocupar su tiempo era reunirse con licántropos. Se sentía bien con ellos, pero dudaba que las conversaciones dieran para mucho con lo poco que se conocían.

—¿Qué ibas a estudiar? —se interesó Jesús.

—Periodismo —respondió Daniel con el tema de las notas en la cabeza. Todavía necesitaba pasar el corte, aunque no estaba seguro de si en la UNED era la misma o no.

—Oh —comentó Jesús.

Antes de que siguiera hablando, Daniel supo que sus estudios volvían al punto de partida.

—Creo que no hay periodismo en la UNED —explicó Jesús.

Daniel apoyó la nuca contra el reposacabezas y contempló el cielo, cada vez más negro. Combinaba de maravilla con su estado anímico.

—No me extrañaría. Ya sería mucho —murmuró más para sí mismo que para su vecino.

—No te desanimes —dijo Jesús con aire culpable, como si estuviese arrepentido por darle falsas esperanzas—. Es solo un año y lo llevarás bien. También Adrián.

A la mención de su mejor amigo, Daniel devolvió la atención al conductor. Jesús parecía incómodo con las atenciones, su tono de voz era algo tembloroso, pero siguió hablando.

—Por lo que contaron Antón y Saúl, está enfadado, muy enfadado, pero seguro que se le pasa.

—Ya —dijo Daniel.

Jesús volvió a dudar antes de dar su opinión.

—No quiero meterme dónde no me llaman, pero creo que deberías hablar tú con él.

Esta vez fue Daniel quien se sintió avergonzado.

—Lo pensé. Quise ir en lugar de Antón y Saúl aunque Noel tiene razón, no soy de mucha ayuda. Pero tampoco entiendo por qué los mandó justo a ellos.

Jesús se encogió de hombros.

—Noel es un buen líder, pero tiene una forma de pensar complicada, supongo que por lo que sabe. Le da mucha importancia a la jerarquía. Nosotros debemos mostrar nuestra posición, él es responsable de cada persona de este pueblo, y es importante que se sepa. No soy quien para juzgar, pero en ese caso podía haberse hecho una excepción. Adrián es cómo tu hermano. Por lo que sé, pasa más tiempo en tu casa que en la suya. En casos así, de posibles tan cercanos... No sé. Tampoco quiero cuestionarlo, es solo mi opinión.

Daniel sintió un escalofrío. No podía definir qué, pero algo de lo que había comentado Jesús le dio mala espina. Agitó la cabeza para despejarse. Su mente parecía saturada y rozaba la paranoia. Debería descansar. Muy a su pesar, no tenía ni pizca de sueño. Iba a ser una noche larga, en la que esperaba poder despejar al menos sus dudas más inmediatas para poder tomarse las cosas con calma. Una vez pusiera orden, se preocuparía de Adrián y de todo lo que le esperaba ese año como licántropo.

—A saber, desde luego yo no tengo ni idea de qué es lo mejor. Gracias por traerme, Jesús.

—Ah, nada —dijo con una sonrisa débil—. No creo que puedas dormir, pero que te sea leve. Nos vemos mañana.

Daniel también le sonrió y salió del coche.

—Hasta mañana.

Antes de que el vehículo hubiera abandonado la plaza, Jesús y los demás licántropos pasaron a la historia. Daniel hundió las manos en los bolsillos de sus vaqueros y puso rumbo a su casa. El recorrido por los caminos entre las fincas se le hizo eterno y, a la vez, temía llegar y tratar el tema de su hermana. Se preguntó si Reyes habría llegado a casa. Echó un vistazo al reloj de su muñeca, aunque la noche ya se cerraba sobre él. Por la hora que era estarían todos a punto de cenar. Se apoyó en uno de los muros y sacó su móvil de la cazadora. Les mandaría un mensaje a sus padres, no quería cenar con Reyes. Sus dedos se movieron por el teclado con inseguridad. Necesitaba hablar con su madre. La carga de su condición, sumada a sus dudas sobre Reyes, era algo demasiado insoportable. Tampoco iba a arriesgarse a cambiar con toda su familia presente. Debería haberse quedado en el castillo, donde no podía hacer daño a nadie.

Su madre respondió al momento. Tenía que estar muy preocupada. Era una negada para la informática y solía dejar el móvil en cualquier parte menos donde pudiera escucharlo. Al ver que le preguntaba dónde estaba, Daniel dudó. Al fin, le dijo que en el camino. Diez minutos después, su madre se reunía con él.

En silencio, Silvia se sentó en el borde del muro al lado de su hijo. Todavía no era noche cerrada, pero se podían intuir algunas estrellas entre los nubarrones, y el frescor que los acompañó durante todo el día se volvía más intenso. Con cariño lo rodeó por los hombros.

—Va a ser una noche larga. Espero que no quieras pasarla aquí.

Daniel pegó la cabeza a la de su madre. Sentía miedo por tantas cosas que no lograba priorizar.

—No quiero volver a asustarte ni poner en peligro a papá o a Reyes. Tampoco sé si podré aguantar todo esto.

—Podrás —aseguró Silvia sin atisbo de dudas, acariciándole la nuca—. No será fácil, habrá momentos difíciles, pero lo resolveremos.

—Quizá sea mejor que pase un tiempo con alguno de los licántropos o lejos...

—Ni hablar —zanjó Silvia tomando el rostro de su hijo entre las manos para que la mirase—. Somos tu familia y esa de ahí es tu casa. No tienes que estar en ninguna otra parte. Y menos en el camino.

La decisión que mostró su madre lo reconfortó un poco. Intrigado, vio cómo sacaba el móvil y le hacía un guiño cómplice.

—Necesito un pequeño favor —pidió Silvia antes de poner los ojos en blanco—. Sí, claro. ¿Puedes poner a dormir a Reyes?... Espero no tener que volver a llamarte para especificar.

Daniel no tenía ni idea de quién estaba al otro lado del aparato, pero se veía a leguas que era alguien a quien su madre apreciaba. Tenía que ser un brujo, quizá un asentado. La vio colgar con una sonrisa de cariño.

—¿Quién era?

Silvia alzó las cejas para darle más dramatismo a su respuesta.

—Saúl Villar.

La expresión sorprendida de Daniel consiguió que su madre riera.

—Vamos, tu hermana dormirá como un lirón. Lo que, además, le viene muy bien. Os creéis que no me entero de nada —comentó mientras dejaba el muro de un salto—, pero sé que ambos os vais a dormir mucho más tarde de lo que deberíais por estar enganchados al móvil o al ordenador.

Daniel agradeció la sutil regañina, pero la normalidad no bastó para relajarlo. Sus pasos se volvían más cortos cuanto más se acercaba a su casa. Que Reyes o su padre durmieran era lo de menos. Si volvía a cambiar, estarían a su alcance.

Silvia sujetó a su hijo del brazo para acompañarlo y que no se rezagara.

—Están prevenidos —dijo Silvia con suavidad—. Todos estamos prevenidos. Vosotros tenéis un oído estupendo, como los vampiros, y me juego lo que sea a que Noel no te ha dejado sin vigilancia aunque lo parezca.

Daniel se giró en todas direcciones sin localizar a nadie. Cuando detuvo la mirada de nuevo en su madre, la sonrisa de satisfacción lo hizo desconfiar. Con un gesto, Silvia le indicó que mirase hacia una pequeña casa no muy lejos del camino. Daniel la conocía, era una casa abandonada desde hacía años, cuya parcela de tierra se veía cubierta de maleza. En una de las ventanas comprobó que alguien saludaba. Distinguió a través del cristal sucio a Matías, uno de los componentes de la manada. A Daniel le costó asimilar que el pelirrojo de veintiún años estaba allí por él.

—Si cambias, él intervendrá.

Daniel no daba crédito. Miraba hacia su madre y hacia su congénere, perplejo. En parte lo agradecía, pero también lamentaba la falta de intimidad.

—¿Lo escuchará... todo?

Silvia supo a qué se refería. Intentó mantener la sonrisa, pero una sombra de preocupación cruzó su rostro.

—Seguro que tiene cosas mejores que hacer que cotillear. Prestará atención a los sonidos fuertes y, en cualquier caso, determinados temas... No, no le llegarán. La magia es compleja, si no quieres volverte loco, mejor empezamos con algo más fácil de asimilar.

Daniel volvió a mirar hacia la ventana y le hizo un gesto a Matías a modo de despedida. Como respuesta, su nuevo amigo levantó el pulgar y se retiró.

—¿Y lo hay? —preguntó con un lamento antes de entrar en el jardín.

28

LA ESTACIÓN

Sofía se revolvió en la cama. Llevaba tiempo acostada, pero el sueño parecía haberse ido a otra parte. Por buscarle sentido a su insomnio, supuso que se debía a la visita de Inés. Tenía un grave problema con esto. La prima de Tasmí le caía bien, pero encontrarse entre desconocidos le generaba estrés, y la pelirroja no dejaba de ser una compañía eventual, no una constante. Además, también el día anterior había sido difícil. La fiesta en la que no estuvieron ni cinco minutos, el encuentro con Daniel y su novia y las presentaciones la superaban. La madre de Isaac o la de Reyes eran conocidas y, aun así, por más que lo intentase, Sofía no lograba tratar con ellas con la misma fluidez que con sus hijos. Otro foco de inquietud era Carlos, el compañero de pupitre de Reyes. Algo en ese chico no le gustaba. Se regañó en silencio, tenía que vencer su timidez o terminaría volviéndose loca. O, en el mejor de los casos, haciéndose ermitaña.

Se tumbó boca arriba y observó el techo que todavía conservaba las estrellas fluorescentes que pegó de niña. Soltó un quejido de protesta. A ella siempre le resultaba fácil dormirse, no debería seguía despierta.

La envolvió un olor a bosque con un ligero rastro de humo de motor. Sus ojos fueron hacia la ventana por si había quedado abierta, pero los párpados comenzaron a pesarle. En cuestión de segundos, la habitación fue sustituida por lo que parecía una estación de tren más precaria que la que ellos tenían a mano. No había más que un pequeño edificio de dos plantas junto al andén. Allí se encontraba Saúl Villar acompañado de Roi, uno de sus amigos macarras. Pantalones flojos, sudaderas, tatuajes y pendientes. Sofía no tenía ni idea de por qué los estaba viendo, cuando no se acercaría a ellos en la vida.

Los dos hombres jóvenes y de aire insolente observaban el tren con expresión molesta.

—No funciona. ¿Por qué no funciona? —gruñó Roi pasándose las manos por su pelo corto y rubio.

Sofía no comprendió cuál era el problema. El tren tenía las puertas abiertas y no daba la impresión de estar averiado, sino a la espera de poner rumbo a la siguiente estación.

Con los labios apretados, Saúl se llevó el móvil a la oreja.

—Os quiero aquí a todos —siseó antes de colgar y devolver el teléfono a uno de los mil bolsillos que plagaban sus pantalones—. Ya decía yo que no podía ser tan fácil.

Para intentar situarse, Sofía observó el modesto edificio. O mucho fallaban sus conocimientos,

o esa estación era la anterior al pueblo. Una pregunta logró inquietarla: ¿sería ese el tren que los llevaría a la ciudad? ¿Por qué Saúl miraba hacia el vehículo pintado en blanco y azul como si estuviese a un paso de emprenderla a golpes?

—Si los conjuros no funcionan..., ¿cómo impedimos que salga a su hora? —preguntó Roi con preocupación.

La palabra conjuros consiguió que Sofia todavía entendiera menos de qué iba aquello. Menudo sueño más extraño. Dos veinteañeros se sumaron a la pareja, vestidos de igual forma descuidada, aunque con más pelo. Amigos de Saúl, entre ellos Lucas, el primo de Toni. El chico pelirrojo era el más joven de todos. Igual de ahí la cara de susto. Sofia no entendía qué pintaba Lucas con Saúl y compañía. Hasta hacía bien poco, el primo de Toni llevaba ropa de su talla y hasta era amable. Saúl se cruzó de brazos con un gruñido.

—No funciona la magia con este trasto.

—¿Entonces? —preguntó el otro que acababa de llegar—. ¿No podemos evitarlo?

—Claro que podemos —masculló Saúl cada vez más enfadado, lo que pareció preocupar al resto.

Con la llegada de tres macarras más, Saúl estudió el entorno hasta que pareció encontrar algo. Sofia lo observó con curiosidad, porque se dirigía al lateral del edificio, donde había dos cercas metálicas de las que se utilizan en las obras. La mano de Saúl se dirigió hacia ellas y los barrotes se soltaron. Ya no había vallas, sino un montoncito de bates grisáceos. Inmersa en la sorpresa que traía el prodigio, Sofia vio que Saúl se armaba con el más grande.

—Si no podemos sabotearlo por las buenas, será por las malas —declaró entre dientes, listo para colarse en el primer vagón abierto—. Como sea, este trasto no va a salir a la hora señalada.

Lejos de preocuparles terminar entre rejas por semejante acto vandálico, los amigos de Saúl siguieron su ejemplo con aire resignado. Saúl se detuvo antes de atravesar uno de los accesos para seguir caminando sobre el andén, en dirección al inicio del vehículo.

—Eh, Saúl —dijo Lucas mientras también él se armaba, antes de que su primo mayor alcanzase el vagón del piloto—. Toni me comentó no sé qué de una salida. Creo que se iba con los colegas en tren.

Desde el borde del arcén, Saúl le lanzó una mirada de impaciencia que hizo que Lucas se encogiese.

—Menos mal que me avisas —replicó apretando la barra metálica con rabia—. Suelta el palito y lárgate. De tren nada, me da igual que fuera este o el siguiente, vas a llevarlos en coche.

Lucas no soltó la barra, se le escurrió de las manos mientras se ponía pálido.

—Eh, eh, eh —exclamó Lucas, impidiendo que Saúl volviera a sus destructivos asuntos—. Acabo de sacarme el carné, tío, no me hagas esto.

Las risas de los amigos de Saúl no tardaron en sucederse, pero ninguno intervino ni a favor ni en contra de Lucas. Ellos sí entraron en el tren, sin duda para destrozar cada asiento. Saúl lo señaló con el bate.

—Supéralo, vas a llevarlo a él y probablemente a alguno de sus colegas. No quiero a ninguno cerca de un tren en los próximos días.

Unas sirenas consiguieron que Saúl alzase la vista al cielo, pero no hizo ademán de soltar su arma ni de avisar a sus amigos para retirarse del escenario. Sofia estaba impresionada por tantas cosas que no sabía a qué atender. Cuando dos guardias civiles salieron del edificio al arcén, le

sorprendió que la pandilla no entrase en pánico.

—¡Venga ya! —exclamó el guardia civil mayor, quien rondaría los cincuenta, señalando el tren y a los amigos—. ¿Esto es necesario?

El otro guardia civil, más joven, le dedicó a Saúl una mirada de disculpa.

—El edificio tiene cámaras y el de los billetes se asustó. Va a ser difícil tapar lo que sea que tengáis pensado.

Tras una riada de improperios, Saúl señaló a los dos guardias civiles con la punta de la barra.

—Vamos a reventar este tren, y además con ganas —aseguró con toda su frustración—. Lo intentamos con conjuros, pero nos ha salido inmune el puñetero. A menos que queráis véroslos con cinco fiambres y una guerra entre condiciones, ya podéis ayudarnos.

El guardia civil mayor alzó las manos con impotencia. A Sofía le sorprendió verlo tan preocupado. No por la pandilla armada, sino por las palabras de Saúl.

—Del arresto no os salva nadie, y seguro que Noel no va a pagar los desperfectos. Tiene que haber otra forma, Saúl. Esto puede meteros entre rejas.

Saúl iba a replicar, pero de pronto fue como si acabasen de golpearlo. Abrió mucho los ojos y pareció perder toda fuerza. Su mirada fue directa a Lucas.

—Cinco... —murmuró y agitó la cabeza. La barra señaló a su primo y su expresión volvió a ser fiera—. Vas a ir a por Toni y sus colegas, no quiero ni oírte —avisó devolviendo la atención a los guardias civiles—. Vale, no nos cargamos nada, pero vamos a ir en este tren y vosotros pagáis los billetes.

Sofía regresó a su habitación con una sensación de pesadez en todo su cuerpo. ¡Qué sueño más raro!, ¡qué sopor más desagradable!

De pronto, en su mente apareció uno de los vagones con las ventanas salpicadas de sangre y su cuerpo y el de sus amigos desmadejados por el espacio, sin vida. Quiso gritar, pero de su garganta no surgió el menor sonido. Una voz cálida y familiar pareció arrullarla y en su mente se dibujó el rostro de su madre.

—*Tranquila, Sofía, la tragedia puede ser evitada. Esos son los dos caminos. Por suerte, no estáis solos y Saúl ha comprendido. Lo que sea, no está en tu mano cambiarlo. Si ganamos tiempo, sí será necesario que intervengas. Reúne toda tu fuerza, Sofía, vas a necesitarla. Por ahora, duerme.*

29

ALGO RARO

Reyes había dormido mejor que nunca. Nada más apoyar la cabeza en la almohada el sueño la arrastró y solo salió de él con el molesto pitido de la alarma del móvil. Debería estar relajada, en cambio, se sentía de lo más inquieta.

En busca de normalidad, salió de su cuarto a toda prisa para adelantarse a Daniel y apoderarse del baño, pero no había rastro de su hermano. Por la hora, él debería estar ya despierto. Contempló desconfiada la puerta de su habitación. Cerrada, ningún sonido llegaba de su interior.

Mientras se quitaba el pijama abrió el grifo para que el agua se fuera calentando. La noche anterior tampoco había visto a su hermano. Cuando llegó a casa no había rastro ni de él ni de su madre, ni la hubo hasta la cena. Preguntó por Daniel, quería cotillear sobre su novia, pero al parecer cenaría fuera. Su único pensamiento entonces fue que ojalá ella tuviera dieciocho para no tener hora de llegada.

Tras una ducha rápida, vestida y peinada, llegó a la cocina. Su desconcierto aumentó al ver a Daniel junto a su padre, ambos arreglados y con el desayuno por la mitad.

—Ostras, ¿y este madrugón? —le preguntó a su hermano mientras cogía una taza de la alacena. Al ver que no respondía, iba a insistir, pero su padre se hizo notar.

—Buenos días, Reyes —dijo con un tono de advertencia.

Reyes supo que iba a tener problemas y, también, el motivo.

—Buenos días —saludó con su actitud más amistosa.

No iba a ser tan fácil escabullirse.

—Tu madre me dijo que te encontró en el centro comercial —comentó Esteban con tono desaprobador.

Con la taza lista, Reyes se sentó con ellos en la barra. Era difícil contenerse, pero más le valía no ponerse chula o todo sería mucho peor.

—Le mandé un mensaje a mamá —justificó.

Lejos de aceptar la disculpa, su padre la miró con dureza.

—Sabes que tu madre nunca se entera de los mensajes. Que sea la última vez que te marches del pueblo sin avisar. Para la próxima, llama o estarás castigada.

—¡Pero, papá! —protestó Reyes. Debería dejarlo estar, se había librado del castigo, pero le

parecía tan injusto—. ¡Íbamos con la madre de Isaac!

—Me da lo mismo. Tienes que avisar.

Reyes se mordió la lengua. No venía al caso intentar hacerlo entrar en razón. No le parecía tan terrible, pero insistir empeoraría las cosas. Murmuró un «está bien» y aguardó unos minutos a que los ánimos se calmaran. No era el mejor momento para compartir los planes de la tarde, pero su padre se iría a trabajar pronto y, aunque con su madre tenía asegurado el consentimiento, seguro que su padre se lo tomaba como una treta y volvía a reñirla.

—Esta tarde pensábamos ir en tren...

—No —dijo Daniel entrando en la conversación por primera vez.

La sorpresa impidió que Reyes reaccionara. Le parecía imposible lo que acababa de escuchar.

Esteban se armó de paciencia. Era inevitable que los nuevos descubrimientos hicieran que Daniel se volviera demasiado protector, pero si ya empezaban así, las peleas por el baño pasarían a ser hasta agradables en comparación con todo lo demás. En cuanto a su hija, llevaba tiempo esperando ese momento. Muy a su pesar, no podía retenerla eternamente, y ya bastante había aguantado sin exigir ampliar horizontes. No podía evitar que quisieran ir a la ciudad y la verdad, casi prefería que fueran en tren que en coche. Desde luego era más difícil que tuvieran un accidente.

—Tened cuidado, y a la hora de siempre en casa.

Daniel se limitó a negar con la cabeza. Reyes seguía mirándolo, incrédula. Su hermano no podía haberse puesto en su contra. Por su parte, Esteban dudó. Sabía que en cuanto él saliera de la cocina empezarían a discutir. Reyes pediría explicaciones, Daniel no podría dárselas, y se temía que el cruce de palabras derivase en una nueva transformación como la relatada por su mujer. Muy a su pesar, debía salir para el estudio. Y estaba seguro de que Reyes se las arreglaría para vérselas con Daniel a solas tarde o temprano. Mejor al amparo de la casa, con ellos atentos, que en un sitio inesperado.

—Ojo —se limitó a decir Esteban al levantarse de la mesa, dirigiéndose a ambos.

Ninguno dijo palabra. Al menos, hasta que su padre cerró la puerta del pasillo tras él. Como había supuesto Esteban, Reyes atacó.

—¿Pero a ti qué te pasa?

Seco, distante, Daniel se levantó para marcharse como su padre.

—Nada —gruñó.

A Reyes le parecía tan fuera de lugar, tan imposible que Daniel saboteara sus salidas, que no supo qué decir. Para cuando encontró las palabras, su hermano ya dejaba la casa. Se mantuvo sentada con gesto perplejo. Su hermano se había ido al instituto, o eso suponía, sin siquiera esperar por Adrián y mucho antes de lo habitual.

Avisada por su marido, Silvia entró en la cocina con toda la normalidad que le fue posible. Ella estaba mucho más inquieta que cualquiera de los demás. Se había pasado toda la noche y el día anterior esperando la visita de la presencia.

—Buenos días.

—¿Qué le pasa a Daniel? —preguntó Reyes. El enfado comenzaba a tornarse preocupación.

Silvia hizo un gesto despreocupado con la mano mientras se servía un vaso de agua.

—Está de los nervios, y nosotros también por su culpa. A ver si les dan las notas de una santa vez. No hay quién lo aguante —respondió con un guiño cómplice—. Paciencia, ya te tocará a ti.

Reyes se aferró al argumento de su madre porque tenía sentido. Una pena que no terminase de creérselo del todo. Algo le decía que lo que fuera que le sucediera a su hermano no tenía nada que ver con su acceso a la universidad.

30

FRUSTRACIÓN

A primera hora de la mañana el sol parecía reacio a brillar en el cielo. Las persistentes nubes avisaban que la lluvia y el frío no se irían a ninguna parte. Tras la visita de Saúl y Antón, Adrián se había ido para la casa que algún día sería suya, y allí continuaba desde entonces. La poca claridad que entraba por las ventanas proyectaba en el ambiente una neblina imposible, como de ensueño. Era lo que deseaba él con todas sus fuerzas, que lo que estaba viviendo no fuera más que una pesadilla, pero era imposible porque estaba muy despierto.

Su padre lo había llamado por la noche. Contestó al móvil para que no saliera en su busca, pero le fue imposible mantener conversación alguna. Ni él quería escucharlo ni sus hermanos pequeños se lo permitían. En esa ocasión agradeció el constante interrumpir de los menores. Le habían facilitado mucho las cosas.

Soltó el mazo provocando un crujido de madera a sus pies. La camiseta holgada sin mangas dejaba ver la tensión y el sudor sobre su musculatura. Acababa de destrozar lo poco que llevaba avanzado en la casa. Al menos se sentía mejor después de descargar su frustración contra los tabiques. Además, poco importaba. Tenía como mínimo todo un año para dedicarse a tiempo completo a reconstruir el que algún día sería su hogar.

Reyes ganó protagonismo, sobreponiéndose sobre todo lo demás. Había intentado no pensar en ella, pero antes o después su mente la evocaba. Vestida como siempre e impresionante con su vestido. Adrián regresaba una y otra vez al sendero, a su lado. Y la rabia se apoyaba en el muro con ellos. ¿Cuánto más podían complicarse las cosas con ella? Los impedimentos iniciales se veían aumentados por una condición imposible. Seguro que Reyes se estremecía si le soltaba que era un licántropo, pero Adrián dudaba que fuese por atracción. ¿Cómo reaccionaría ella de saber que todos a su alrededor, salvo su padre, no eran humanos? No quería ni pensarlo. A pesar del cariño que pudiera guardarles, se moriría de miedo. Él estaba muerto de miedo y se suponía que formaba parte de las rarezas.

Su oído le advirtió que un coche se detenía en las proximidades. Espantó a Reyes de su mente porque le dolía la posibilidad de que sus ojos negros lo mirasen como a un monstruo. Ahora sí que no se declararía, la quería lejos, sobre todo por miedo a hacerle daño con esas habilidades imposibles citadas por su padre. Al poco, le llegó el olor dulzón de algún perfume. Supo quién se acercaba antes de que asomase por la puerta principal.

Los ojos claros de Antón recorrieron el estropicio. La casa era bastante amplia a pesar de tener una sola planta. Pudo ver unas escaleras de madera que ascendían hasta lo que fuera que ocultase el pronunciado tejado a dos aguas. Apostaba por un trastero pequeño y ruinoso. Vio las posibilidades arquitectónicas y le pareció un tema adecuado para iniciar la charla. Adrián ni siquiera lo dejó abrir la boca.

—Ya sé que tengo que ir a junto de Noel. Puedes irte.

Antón estuvo a punto de hacer caso de la recomendación. Debería posicionarse como Saúl e ignorar el tema, pero no podía.

—No estoy aquí por él —dijo Antón adentrándose un paso para cerrar la puerta principal.

Adrián negó con la cabeza. Las facciones aristocráticas de Antón parecían menos marcadas que de costumbre, como si algo de humildad se entreviera en ellas.

—Abre o moriremos asfixiados con el polvo.

A regañadientes, Antón volvió a abrir. Quería intimidad, aunque una simple puerta no los aislaría de haber oídos curiosos cerca.

—¿Qué quieres? —quiso saber Adrián.

Antón se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones estrechos. El polvillo que impregnaba el ambiente se adhería a su piel y a su ropa. Iba a tener que cambiarse.

—Charlar un rato. Vale que a Noel no le hizo gracia que no te llevásemos cogidito de la mano, pero tampoco puede obligarnos a mucho más.

Adrián no entendía bien qué le importaban a Antón sus cosas. Apenas habían cruzado palabra en toda su vida.

—En serio, tío, no tengo ganas de hablar —mintió Adrián. Sí quería hablar, le hubiera gustado hacerlo con Daniel, pero su amigo ya había encontrado su sitio y con el cambio se olvidaba de él.

Antón percibió su derrotismo. Era mejor que la ira, pero tampoco le gustaba. Sabía que Adrián no sería franco con él, por eso siguió con el plan inicial.

—Esta casa está muy bien.

Con una expresión de escepticismo, Adrián aún entendió menos qué pretendía su vecino. Era una casa antigua, afeada por el tiempo y por su desquite con la maza.

—En serio —aseguró Antón—. Puedes hacer un *loft* y dejar arriba una habitación abuhardillada.

El polvillo que lo envolvía obligó a Adrián a frotarse el rostro para detener el molesto cosquilleo que le provocaba. Era una buena idea para un rico.

—Si tuviera pasta para eso, no estaría perdiendo el tiempo arreglándola yo mismo.

Antón avanzó sorteando los cascotes de lo que habían sido las paredes.

—Puedes hacerlo tú mismo, que no tienes que poner suelos de oro.

Verlo escudriñar su casa y hablarle como si fueran amigos de toda la vida estaba siendo demasiado para Adrián.

—Mira, te agradezco lo que sea que estás haciendo, pero no... Yo paso de este rollo de súper colegas.

Antón rio por lo bajo.

—No somos amigos, pero nos une la maldición. ¿Cómo si no íbamos a vernos juntos Saúl y yo? Y están las normas, las imposiciones... Si quieres la verdad, ayer me preocupaste.

Adrián se revolvió nervioso, también percibió preocupación en sus padres. Como con ellos, ni

quería dar explicaciones ni que lo pusieran al tanto.

—Aún no me he convertido, ¿no? —replicó Adrián—. Da lo mismo. Cuando me toque ya veremos. No podéis esperar que me lo tome tan bien como Daniel.

Antón se volvió para mirarlo perplejo. Le parecía imposible que Adrián no supiera lo que había pasado.

—Es una maldición, si fuese algo estupendo no la llamaríamos así. Sobre Daniel... yo no lo definiría como alegre. Casi hace trizas a su madre y destrozó media casa.

Pasada la sorpresa, Adrián lo miró, esta vez reacio. El pelo rubio y brillante de Antón empezaba a verse salpicado de motitas. Le parecía increíble que alguien tan remilgado pudiera aguantar tanto rato inmerso en el caos que era su casa.

—Si hubiera sucedido algo así me habría enterado, y también todo el pueblo.

Sin poder evitar sentirse orgulloso en su papel, Antón esbozó una sonrisa cargada de confianza.

—Digamos que para eso están los brujos.

—¿De qué me hablas?

Antón perdió la sonrisa al comprobar como la fuerza de lo que Adrián era empezaba a crecer movida por el desconcierto y la preocupación. El vampiro no confraternizaba con la mayoría de vecinos, tenía su círculo, pero Adrián, como Daniel, le caía bien. Quería intervenir.

—De eso, justo de eso —murmuró Antón—. Mira, yo no soy tu amigo ni me entusiasma ser un vampiro, pero o lo aceptas, o tendrás problemas. Tampoco me cae bien Noel, es un ignorante, pero es el líder y el que mejor puede...

—Déjalo —lo cortó Adrián. Sentía algo que escapaba a su control—. Me estás diciendo que soy peligroso. Lo pillo. Ahora, vete. Aquí estaré solo y no puedo destrozar más esto.

El miedo que vio en los ojos de Adrián fue lo que mantuvo a Antón a su lado.

—No eres un peligro para los demás por ser licántropo —aseguró, poniendo especial énfasis en que eso le quedase claro—. Si te conviertes de golpe, estaremos para evitar daños. Mira, no pretendo que aceptes de buen grado lo que pasa, son pocos a los que les encanta todo esto. Solo te pido que no intentes ir contra ello.

—¿Acaso puedo? —lamentó Adrián—. Sé que no tengo nada que decir.

—Lo estás haciendo. Tienes que entrar, te guste o no.

Adrián lo miró suspicaz.

—¿O qué?

Antón empleó su tono más serio.

—Si continuas esquivando a los que pueden ayudarte, sí que puedes resultar un peligro. Entonces, te matarán.

Movido por los nervios, Adrián soltó una carcajada. Se revolvió el pelo con las manos. Imaginó el aspecto que tendría con la ropa vieja y deshilachada y el pelo sembrado de polvo.

—¿Quién? ¿Daniel, tú, Saúl?

—Noel —respondió Antón sin titubeos—. Como líder, tiene la obligación de eliminar riesgos.

Adrián apretó los puños, furioso. Nunca había tenido el menor problema con Noel, siempre le pareció un vecino más, pero ahora lo odiaba.

—Pues que venga.

De forma involuntaria, Antón retrocedió un paso.

—Ya lo creo que vendrá —protestó—. Déjalo ya, Adrián. No eres ni el primero ni serás el último. No es fácil para nadie y tienes la suerte de compartir esto con tu mejor amigo. ¿Quieres dramas? Mira a Saúl. Él lo perdió todo por culpa de la maldición, incluyendo a su padre. Te guste o no, tienes suerte. Apenas vas a notar el cambio.

Antón se mordió la lengua para no hablar más de la cuenta. Ni siquiera debería haber mencionado a Saúl. Su padre le había contado por qué se había largado Pablo Villar, pero se trataba de un secreto. Los datos no eran fiables, Antón no comprendía bien de qué iba el tema y su padre le había confesado que tampoco. Sin embargo, siete años antes, podía haberse roto la maldición a través de un ritual. El padre de Saúl había sido elegido como representante de las cinco condiciones. Su sacrificio y el de un demonio pondría fin a la magia que los condenaba, o eso creyeron. No había forma de confirmarlo, pero sí tenían un montón de motivos para intentarlo. El padre de Antón no quería juzgar a Pablo, quizá él habría reaccionado igual, pero no estar dispuesto a dar su vida por la de sus hijos no dejaba en muy buen lugar al huido. Antón dejó de pensar en los brujos para centrarse en el futuro licántropo.

La sola mención de Daniel empeoró el estado de Adrián. Abrió los brazos en una muestra de lo solo que se sentía.

—Mi mejor amigo está demasiado ocupado para acordarse de mí, o hubiera sido él quien entrase por esa puerta.

Antón lo miró incrédulo. Sus ojos claros reflejaban la incompreensión y el temor.

—Daniel lo está pasando como todos, eres tú quien se empeña en aislarse.

Adrián le dio la espalda y recuperó la maza. La frustración volvía, con fuerza, mucha fuerza.

—Vete, Antón —pidió entre dientes.

Con la esperanza de que sus palabras lo hicieran entrar en razón, esta vez Antón le hizo caso.

31

LA INVITACIÓN

Carlos no se encontraba bien. La noche había estado repleta de sueños que apenas recordaba y no conseguía desprenderse de una mala sensación. Estaba convencido de que los sueños guardaban relación con sus abuelos; sentía lo mismo que cuando visitaba la casa de la aldea en la que vivían. También le preocupaba su madre, le pasaba algo raro, y eso solo agudizaba su malestar. Creyó que se le pasaría con las clases, que Reyes lo ayudaría a pensar en otra cosa, pero su compañera de pupitre parecía más absorta que él. Apenas habían cruzado palabra, ella se limitó a monosílabos y él no tenía ánimo para enredarla mucho más.

En cuanto el timbre que marcaba el recreo estalló en sus oídos, se puso en pie como un resorte. Reyes pareció salir del trance y también se levantó para dejarlo pasar. Carlos no se molestó en despedirse, fue directo al baño del final del pasillo y allí se empapó la cara y la nuca. Al levantar el rostro vio a Leo entrando en uno de los cinco baños, separados por tabloncillos pintarrajeados que no llegaban al suelo. Antes de cerrar la puerta el amigo de Reyes le sonrió.

—Parece que todos tenemos un día raro hoy —comentó Leo sin esperar respuesta.

Carlos se sorprendió ante el tono amistoso y las palabras. En cualquier caso, la muestra de aceptación consiguió que se sintiera un poco menos indispuerto. Al mismo tiempo, se avergonzó. Quizá Reyes había hablado con sus amigos de él, por lo evidente que resultaban sus ganas de sumarse a ellos. Le entraron deseos de salir corriendo y esconderse. Lo único que logró que no entrara en pánico fue el recuerdo de la amabilidad de Leo. Tal vez, no las tenía todas consigo, Reyes les había hablado de él y ellos habían accedido a darle una oportunidad.

Al salir del baño el agua se enfrió un poco más sobre la piel de su rostro y su nuca, como si una corriente de aire lo hubiera alcanzado. Se estremeció, el mal cuerpo fue palpable de nuevo y a punto estuvo de abrazarse a sí mismo. En unos segundos le pareció una estupidez. No podía estar más de acuerdo con Leo. Estaba siendo un día de lo más raro. No le apetecía verse aturdido por el parloteo de nadie, quería estar solo y calmar unos nervios que no tenían sentido, por lo que descartó las zonas habituales en las que los alumnos se reunían durante el recreo. El pasillo que daba a su clase estaba desierto, por lo que no buscó más. Se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra la pared. Recordó que en la mochila había un bocadillo, pero tampoco tenía hambre.

Los rostros de sus abuelos, apergaminados, con una sonrisa que a él le parecía perversa, no dejaban de aparecer en su cabeza. Parecían expectantes, más aterradores que nunca. Agitó la

cabeza para desterrar la imagen y sacó su móvil para entretenerse con el Farm Heroes Saga.

Inmerso en la partida, no se dio cuenta de tener compañía hasta que alguien se sentó a su lado.

—Eso es un vicio. Te falta un pollito. Ánimo —dijo Reyes a modo de saludo.

Carlos se olvidó por completo del juego y del móvil. Con las mejillas ardiendo, fue incapaz de mirarla. A Leo le había faltado tiempo para comentar el encuentro del baño. El hombro de Reyes buscó el de Carlos para darle un empujón amistoso.

—No te hice ni caso en clase, estoy tonta.

Carlos sintió cómo una sonrisa estúpida se extendía por el rostro.

—Andamos todos mal. Apenas pegué ojo —reconoció, armándose de valor para enfrentarla.

La sonrisa de Reyes parecía relajada, pero él se centró en sus ojos. El iris estaba tan oscuro que parecía a un paso de fundirse con la pupila.

—Tienes un mosqueo de narices, ¿no?

Reyes puso los ojos en blanco.

—Ya estamos, que es un efecto óptico, colega —replicó abrazándose las piernas, en una postura defensiva.

—Sí, claro —insistió Carlos.

Reyes dudó unos segundos. Al fin, decidió ser sincera.

—No estoy mosqueada, pero todo es súper raro.

Carlos negó con la cabeza y su atención fue hasta el inicio del pasillo. Le parecía haber visto algo.

—¿Es por lo de la fiesta de los mayores? —inquirió Carlos—. Dicen que... fuisteis...

El gesto de disgusto de Reyes lo hizo detener sus palabras. Lo que se decía del grupo era que se habían presentado en la fiesta, pero que no habían aguantado ni cinco minutos. Carlos sabía cómo funcionaban estas cosas y, de no ser por la reacción que pudiera tener Toni, el instituto entero habría vacilado a la pandilla de forma más abierta. Porque rajarse, acobardarse, o como se le quisiera llamar, era carnaza para cualquier adolescente. Reyes y sus amigos hacían oídos sordos, pero estaba claro que no se sentían muy orgullosos. Para relajar el ceño fruncido de su amiga, fue sincero. Empezó a hablar, pero volvió a notar que alguien los observaba.

—Yo tengo un mal rollo encima... —murmuró distraído. Iba a dejar su escudriñamiento, cuando reconoció al hermano de Reyes a la altura de las escaleras. Miraba hacia ellos, no se ocultaba y, sin embargo, Carlos ponía la mano en el fuego a que estaba espiando. Al encontrarse con los ojos verdes de Daniel, el corazón le dio un vuelco. La mirada no era cordial, sino una advertencia.

—Ya, bueno, a ver si se nos pasa para la fiesta —comentó Reyes.

A pesar de la impresión que le generaba el rechazo de Daniel, Carlos percibió que su compañera de pupitre se había puesto nerviosa. Intentó centrarse en la charla. Era imposible que la mirada fulminante de Dani fuera para él, aunque también le parecía imposible que Daniel, siempre sonriente y despreocupado, tuviera ese gesto.

—¿Qué fiesta? —preguntó ignorando al hermano de Reyes y mordiéndose la lengua para no apuntillar que ya deberían haber escarmentado sobre las fiestas.

Reyes lo miró con el ceño fruncido.

—¿No lo sabes? La que hacen los Santomé... ¿No vas a ir?

Carlos entendió de lo que hablaba. Había oído hablar de la próxima fiesta en la mansión y

pensaba ir porque era una de las pocas cosas divertidas que hacían en el pueblo. Lo que lo estaba dejando alucinado era que Reyes parecía estar pidiéndole que no faltase. La vergüenza lo asaltó, también el miedo a estropearlo. Observó a su compañera y le reconfortó ver que ella también parecía inquieta. Sus ojos lo esquivaban, y había dejado de abrazarse a sus rodillas para jugar con sus manos.

—Yo... sí, claro, claro que voy.

Reyes estaba segura de que Carlos había leído entre líneas más de lo que a ella le gustaría. Se arrepentía, sabía que no era una buena idea, sobre todo porque su mente se empeñaba en evocar a Adrián una y otra vez. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo ni quería seguir allí o profundizar en el tema. Ver a su hermano en las escaleras le dio la excusa perfecta. Al mirar la expresión de Daniel volvió a sentirse como por la mañana, perdida. Esta vez, su hermano parecía tener un cabreo considerable. Quizá ya les habían dado las notas y las suyas no eran buenas.

—Pues nos vemos allí. Por si no lo sabes, es de disfraces —dijo Reyes a modo de despedida.

Carlos no se molestó en contestar ni en nada. Reyes iba directa hacia su hermano, quien había dejado de mirarlo, pero no parecía feliz. Hubiera pensado en todo ello si no se sintiera entusiasmado al entender que su compañera acababa de invitarlo a la fiesta. Lo mejor de todo era que, por lo nerviosa que se mostró, parecía que algo le gustaba.

32

LA COARTADA

Para Daniel la noche había pasado sin que apenas se diera cuenta. No había dormido ni cinco minutos, era incapaz con todo lo que rondaba su cabeza y con la tensión que manifestaba su cuerpo.

Hasta las cuatro de la mañana estuvo hablando con su madre en la cocina. Su tono no fue en ningún momento moderado, no podía contenerse, pero ni Reyes ni su padre se enteraron de nada. Sabía que sus dudas debía responderlas el líder, pero no en lo referente a su hermana, que era lo que más le afectaba. De hecho, estaba muerto de miedo. No entendía cómo sus padres podían vivir con normalidad con todo lo que sabían y el riesgo, ni le entraba en la cabeza lo que tanto aseguraba su madre, sobre que se acostumbraría y, con el tiempo, llevaría mejor el secreto. Ni de broma. A su entender, solo tenía cabida una opción: volverse loco.

Las primeras horas de la noche su madre trató de hacerle ver en qué consistía el Verdugo. De haber sintetizado, apenas le llevaría cinco segundos. Era, para él, destrucción y muerte. Y podía ser su hermana. Su angustia bastó para que su madre intentase irse por otros caminos, pero no la dejó. Le importaba poco convertirse en perro, frente a la posibilidad de que su hermana se volviera una asesina. La conversación se centró de pronto en tres preguntas que él planteó. La primera, cuál era el riesgo. La segunda, cómo lo evitaban. Y la tercera, ante la falta de recursos, cómo podían proteger a Reyes.

Y esta última pregunta fue la peor de todas. Porque no podían protegerla. La lógica estaba ahí, Daniel lo entendía, pero le resultaba impensable aceptarlo. Lo que tenía claro era que él no iba a dejar que nadie le pusiera una mano encima, por más que el castigo pudiera enfrentarlo a dragones o a lo que fuera. Su madre claudicó y se fue a dormir. Él siguió en la cocina divagando.

De volverse peligrosa, a Reyes la mataría un licántropo próximo a ella. Él no iba a ser. Entonces, el juicio de Daniel terminó de irse al traste porque, atendiendo al círculo de su hermana, solo había dos opciones: Adrián o Leo. Estuvo muy cerca de ir a por ellos. El poco sentido que le quedaba logró frenarlo y su padre hizo el resto.

Cuando Esteban había aparecido en la cocina, no esperaba encontrarse a su hijo vestido y con gesto rabioso. Lejos de asustarse, su padre actuó como tantas otras veces cuando él o Reyes tenían una salida de tono. La bronca y el tono autoritario consiguieron enfriarle las ideas a Daniel. Después, Daniel expuso sus temores porque sabía que su padre estaría de su parte. No fue

sencillo. Su padre se mostró reacio en un primer momento, él no podía intervenir en un tema que desconocía, pero Daniel necesitaba otro punto de vista. Y lo obtuvo. Su padre estaba a favor de proteger a Reyes, y antes dejaría que su hija matase a todo el pueblo que consentir su muerte. Ahora, Daniel veía el engaño. Si Esteban se hubiera posicionado de la misma forma que su madre, Daniel no habría escuchado lo que el hombre tenía que decir, y sus palabras fueron una verdadera revelación.

Para Esteban, Adrián y Leo no eran una amenaza para Reyes. Si Daniel no podía acabar con su vida, los otros dos tampoco. Compartió algo que Silvia no había dicho: el hermano de su abuela supo desde el primer momento el papel decisivo que tendría, por lo que la relación como hermanos no fue estrecha. Esteban estaba seguro de que, llegado el momento, Adrián y Leo tendrían las mismas posibilidades de hacerle daño a Reyes que él mismo.

En el pasillo del instituto, apenas concurrido, Daniel recordó el alivio que sintió ante esta evidencia. Había durado el tiempo que Reyes tardó en aparecer para el desayuno. Las ganas que le entraron a Daniel de ocultarla bajo llave fueron inhumanas. Por eso, cuando ella planteó la salida en tren entró en pánico. Dejarla sola era arriesgado porque podían hacerle daño, o podía hacerlo ella. Una vez más, no entendió cómo sus padres estaban tan tranquilos.

Del mismo modo, verla con su compañero de clase lo angustió. No sabía quién era ese chico, podría formar parte de las cinco condiciones o, peor, ser de alguna de las restantes. No tenía datos sobre cómo o cuáles eran, ni siquiera si aparecían a los dieciocho, pero lo investigaría. Una pequeña parte de él le susurró que el adolescente también podía ser solo humano. No es que tuviera mucho peso, pero evitó que fuera a partirle la cara.

Como su hermana se acercaba, Daniel se obligó a desterrar cualquier pensamiento sobre el Verdugo. Una conversión en pleno instituto sería demasiado. A su pesar, dudaba que Reyes fuera a ponérselo fácil, seguro que intentaba seguir con la bronca de la mañana. Cuando estaba a punto de alcanzar las escaleras en las que él se encontraba, se fijó en su expresión. Su hermana parecía preocupada.

—Supongo que ya se saben las notas, ¿no? —preguntó Reyes.

Por un momento, Daniel casi suelta una carcajada. El concepto que su hermana fuera el Verdugo, él un licántropo y su madre una inmune tenía que ser una broma. Recordar su violenta conversión y el miedo de Silvia, o el modo en el que se revolvió contra Saúl y los otros brujos cuando trataron de reducirlo, despejó cualquier duda.

—¿Tan mal ha ido? —insistió Reyes.

Lo siguiente que Daniel sintió fueron las ganas de llorar. Sin decir nada, abrazó a su hermana con cuidado de no hacerle daño. Disfrutó como nunca de su proximidad. No había nada malo en ella. Cuando Daniel respondió, trató que nada de lo que sentía se filtrase entre sus palabras.

—Me temo que te espera otro año aguantándome en casa, y además ocioso.

Reyes lo estrechó con una fuerza que podía considerarse ridícula en comparación a la suya, pero para él fue como si algo lo atase a la realidad.

—Lo siento.

Daniel percibió la lástima y también un ligero alivio. Su hermana no quería perderlo de vista.

—Yo siento lo de esta mañana —murmuró Daniel contra su pelo.

Reyes se separó para tenerlo frente a frente.

—¿Qué mosca te picó?

Daniel esquivó su mirada inquisitiva y muy oscura.

—Movidas de hermano mayor.

—Ya —rezongó Reyes sin tenerlas todas consigo—. ¿Qué haces aquí solo?

Daniel observó su alrededor. Era de esperar la sorpresa de su hermana, él siempre iba con alguno del equipo y en especial con Adrián. Pensar en su amigo logró estropear todavía más su ánimo.

—Andamos todos... ya sabes —respondió echando mano a vaguedades. Los exámenes no podían ser mejor coartada. Por primera vez pensó en algo ajeno a la maldición. Debería ir a ver la nota, no es que importase, pero tal vez hubiera tenido suerte entre tanta mala noticia.

El recreo estaba a punto de acabar y poco a poco el pasillo y las escaleras cobraban vida. Daniel vio a lo lejos a Matías. Estaba allí para vigilarlo, pero también porque trabajaba en secretaría. Con una sonrisa triste, lo saludó con la cabeza. Él le devolvió el saludo con una complicidad que Daniel agradeció. Cuando volvió a atender a Reyes se encontró con su expresión confundida. En un pueblo tan pequeño todos conocían bien quienes eran amigos, enemigos o simples conocidos, y ella sabía que aquel chico no tenía relación con Daniel. No dijo nada. Iba a cambiar de amigos, de forma de vida. Si intentaba ser honesto y resolver detalles como aquel, tendría que dar muchas explicaciones. Supo bien cómo hacer que su hermana dejase de interrogarlo. Con una sonrisa floja, Daniel señaló con la cabeza el pasillo y usó un tono burlón.

—¿Y ese *compi*?

Como esperaba, Reyes se tensó de pies a cabeza. No era solo un compañero, Daniel lo tuvo claro y no supo muy bien cómo sentirse. Nunca había querido meterse en la vida de su hermana porque respetaba que quisiera tener una, pero ahora se veía incapaz de mantenerse al margen. La evaluó y las mejillas de Reyes se tiñeron de rojo.

—¿Otra víctima de tu breve paso por la fiesta? —cuestionó divertido por lo previsible que era su hermana. En tres segundos echaría a correr.

—Ya he escarmentado —aseguró Reyes dando un paso atrás—. Me voy a clase.

—Aprendido —puntualizó Daniel, ganándose una mirada de confusión de su hermana por el modo en el que había pronunciado la palabra. Daniel la señaló con el dedo—. Consejo de hermano mayor: los tíos somos unos cabrones salidos.

A pesar de la vergüenza, Reyes hizo como si nada y alzó la vista al techo. Ahí estaba ella, caminando de espaldas a la clase para mirarlo con aire insolente. Sí, su hermana tenía un carácter peculiar y cada vez asomaba con más frecuencia. Su tono sarcástico volvió a reconfortar a Daniel.

—Gracias por iluminarme con algo que sabe todo el mundo, sobre todo si tienen por hermano mayor a un capullo.

Lejos de ofenderse, Daniel sonrió como un idiota. Alzó la mano para indicar que no había terminado con su consejo.

—No te arregles con frecuencia, hermanita —aconsejó con un guiño cómplice—. Así, los días en los que te lo curres con el modelito harás que caigan de culo.

33

LA SIRENA

Ignacio estaba decidido a ir de pesca, pero después de lo que creyó ver en el agua no se atrevió a sacar la barca. Por sensatez, o contagiado por el catastrofismo de su padre, se decidió por la zona del bosque que había después del instituto. Antes de empezar el acantilado, las orillas del río eran de tierra consistente, fría y húmeda. Rodeado por la frondosa vegetación, no era visible por los escolares, pero él los oía. Poco después de acomodarse, el griterío, las risas y los llantos de los más pequeños lo habían hecho sentir menos solo. Ahora, con ellos en las aulas, volvía el silencio. No veía la hora de que llegase el recreo. Los sonidos del bosque o el rumor del agua lo mantenían inmerso en la tristeza.

Estaba muy preocupado por su padre. Casi pasa por alto que se estaba quedando ciego. El hombre se movía por su casa por la familiaridad, no por el sentido de la vista. Ignacio entendió que por eso apenas salía y dejaba que la mujer que se encargaba de las tareas del hogar hiciera las compras. Ignacio sí que había estado ciego.

Clavó la caña de pescar en la tierra y la aseguró con unas pequeñas piedras. Sus pies, refugiados en las pesadas botas de goma, colgaban sobre el agua a escasos centímetros de rozar su superficie. El chubasquero no bastó para mantener el frío lejos. Llevaba allí demasiado tiempo, desde demasiado pronto y, a pesar de que la lluvia le daba una tregua, el día gris no dejaba que el sol calentase el ambiente.

No tenía ni idea de qué iba a hacer respecto a su padre. Llevarlo con él a la ciudad era impensable. A su pareja le daría algo y el anciano se negaría en rotundo a abandonar su casa de toda la vida. Pero Ignacio no podía trasladarse de vuelta al pueblo. Su vida, su trabajo, su rutina estaban en la ciudad. La única solución que le quedaba era ponerle a su padre un cuidador interno. Y eso suponía un enfrentamiento seguro. Ya le había costado convencerlo de aceptar a la asistenta, a ver cómo le explicaba que debía pasarse las veinticuatro horas del día con un extraño que invadiría su espacio.

El efecto relajante que la pesca solía tener en él no estaba funcionando. La pena, la culpa y el miedo lo envolvieron. No se molestó en secarse las lágrimas que corrían por sus mejillas ni en contener los sollozos. Su padre era mayor, los achaques serían cada vez más graves y era inevitable que muriera, pero eso no evitaba el dolor al verlo consumirse y, sobre todo, ante la idea de perderlo. Para colmo, también estaba ese mínimo alivio, lo más difícil de enfrentar con

diferencia.

Escuchó ruido tras él. No estaba solo. Con las manos entumecidas por el frío, Ignacio desterró las lágrimas de su rostro y trató de ver quién lo espiaba.

—Sal. Ahora —exigió.

Con expresión culpable, Adrián dejó el amparo de los árboles y matorrales.

—Lo siento, yo...

Ignacio lo reconoció y eso suavizó su gesto enojado. Adrián era el hijo de uno de sus compañeros de instituto. Un buen amigo hasta que las diferentes condiciones de ambos los separaron. No necesitaba preguntar para saber que el chico había heredado la de su padre y que se había acercado movido por la preocupación de escuchar a alguien llorando, no por curiosidad.

—No te preocupes —dijo Ignacio—. Solo... me has asustado.

Adrián no se atrevió a acercarse. Se sentía muy incómodo. Sabía quién era Ignacio y lo conocía de vista, pero apenas tenían trato.

Ignacio hizo todo lo posible por relajarlo y entablar conversación. No le apetecía estar solo, seguiría dándole vueltas a sus quebraderos de cabeza y el chico tampoco parecía estar pasando por un buen momento.

—¿No tienes clase?

Adrián negó con la cabeza. Se sentía como si lo hubieran cazado colgando. En realidad iba directo al castillo, allí se presentaría ante Noel de una vez por todas, pero no pudo seguir cuando le llegaron los sollozos del hombre. No dejaba de resultarle fascinante. Estaba en la carretera, con sus oídos sometidos al rugido de la moto y a la protección del casco, pero nada evitó que le llegaran.

—Ya no tengo clases, acabo de hacer selectividad y...

—¿Malas notas? —creyó entender Ignacio.

Adrián respondió más para sí mismo que para el hombre.

—Malas noticias.

Ignacio recordó cómo había sido su entrada en aquel mundo. Se sintió tan unido al chico que su sonrisa se pronunció.

—Ya, las maldiciones son un asco.

Adrián lo miró perplejo e inquieto. Ni siquiera había contado con que su vecino también pudiera ser algo. De forma irremediable se puso a hacer cábalas, pero no supo señalar lo que era.

—Un brujo —dijo Ignacio divertido—. Si quieres te hago un sitio y lloramos juntos. No traje pañuelos, pero sí un montón de trapos.

Por curiosidad, sin desprenderse del todo de la vergüenza, Adrián se acercó un poco más. No pensaba sentarse con el pescador, pero tampoco tenía prisa. Se apoyó en uno de los árboles y señaló la caña de pescar. Quería preguntarle cómo era. Suponía que tanto daba la distinta condición, Antón había comentado que para todos era más o menos lo mismo, y lo estaba comprobando. También sintió un atisbo de esperanza. Aquel hombre no vivía en el pueblo, creía que tenía una vida normal en otra parte. Como no fue capaz de poner en palabras sus dudas, decidió empezar por la cortesía.

—¿No pican?

El agua se agitó con violencia. Ante la perplejidad de Adrián, una mujer de aspecto putrefacto asomó medio cuerpo desnudo, semioculto por una húmeda y enredada melena en negro azulado.

Las úlceras rojas y blancas en su rostro y en sus brazos le revolvieron el estómago a Adrián. Las garras que remataban sus dedos se hundieron en la pierna de Ignacio con intención de llevárselo con ella.

Los gritos de dolor del pescador rompieron la inmovilidad de Adrián. De un salto, se lanzó hacia la orilla y sujetó a Ignacio con fuerza por las axilas. El pescador también luchó por su vida. Con la pierna libre, lanzó una patada que dio en el rostro de la criatura. El siseo de dolor y rabia del ser se les metió a ambos en la cabeza. Se sintieron aturcidos, Ignacio no pudo seguir forcejeando, pero Adrián mantuvo su presa. Las garras surcaron la pierna de Ignacio antes de soltarla, y que el ser volviera a perderse bajo el agua. Adrián creyó intuir una enorme cola entre las ondulaciones enrojecidas por la sangre. Por más que le pareciera imposible, se trataba de una sirena.

Desterró la idea o la impresión le impediría reaccionar. Arrastró el cuerpo de Ignacio alejándolo del río y se arrodilló junto a sus piernas para hacer balance de daños. Las arcadas ascendieron por su garganta al ver los jirones de piel y músculo en el muslo derecho. El fluir de la sangre lo invadía todo y el olor agudizó las náuseas. Recordó los paños que el pescador le había ofrecido. Con manos temblorosas, respirando por la boca, Adrián rebuscó en la cesta de mimbre que había junto al caldero, donde se retorcián un par de anguilas, un mújel y una rabaliza. No se percató de los movimientos del pescador hasta que este le tendió el móvil.

—Avisa —susurró Ignacio casi sin fuerzas.

Mientras Adrián trataba de taponar los surcos con los trapos, tomó el aparato, vio que ya estaba marcando algo llamado *incidentes* y se lo llevó a la oreja. Mientras se sucedían los tonos, cayó en la cuenta de lo difícil que iba a ser explicar la herida del pescador. De nuevo la charla con Antón le facilitó las cosas. Si habían podido reconstruir la casa de Daniel, podrían arreglar esto.

—Noel —respondieron al otro lado.

Adrián sintió una opresión en el pecho. El rechazo hacia el nombre compitió con el efecto balsámico de su voz. Agitó la cabeza para centrarse.

—Ha ocurrido un accidente, a Ignacio. Yo... estoy cerca del instituto, en el bosque... — Adrián trató de explicarse, pero no supo describir el sitio o dar más indicaciones. Tenía la mente colapsada con todo lo que estaba pasando.

—¿Quién eres? —preguntó Noel.

Adrián estuvo a punto de no responder. La sensación que le provocaba la voz de Noel le daba miedo, era como si lo apaciguara. Lo afectaba demasiado.

—Adrián —respondió a desgana—. Por favor, date prisa, está perdiendo mucha sangre.

Noel guardó silencio unos segundos. Adrián volvió a apremiarlo para que enviase ayuda. La sensación de calma que le transmitía el líder era lo que menos necesitaba. Ignacio había perdido todo color en el rostro, se veía congestionado por el dolor y empezaba a costarle mantener los ojos abiertos.

—Ahora vamos —dijo Noel antes de colgar.

Adrián lanzó el móvil al suelo con mal gesto. Con ambas manos aplicó una mayor presión a la herida y vio con horror que los paños estaban del todo ensangrentados.

—Lo siento —sollozó asustado. Sentía la sangre de Ignacio deslizarse entre sus dedos—. No sé qué más hacer... dice que vienen ahora. Seguro que te curan y...

Ignacio le dedicó una sonrisa de aprecio.

—Ellos no pueden curarme. No... no funciona así —Quería explicarle que los únicos que podían restaurar daños en las personas eran los brujos sanadores, un bien mucho más escaso que los brujos videntes, pero necesitaba ahorrar fuerzas—. Vendrá una ambulancia. Tú me has salvado la vida. De no ser por ti, ahora estaría muerto bajo el agua. Lo que pase no es culpa tuya.

Adrián era incapaz de aceptarlo. Se sentía inútil.

—Ya debería estar aquí —protestó escudriñando con la mirada la espesura.

—Las ambulancias no vuelan, chico —dijo Ignacio. Porque no quería pensar en lo que podría pasarle ni en el dolor de la pierna que ni siquiera se atrevía a mirar, desvió la atención de sí mismo—. ¿Qué te pasa con el líder?

Bajo presión y en su estado de nervios, Adrián respondió con franqueza.

—No quiero ser un licántropo y él no me gusta, pero su voz... No quiero.

Ignacio recordó los avisos de su padre. Tal vez no fuese desencaminado y el ataque de la sirena pudiera verse relacionado con sus intentos de ignorar su condición. Se le formó un nudo en la garganta, pero se esforzó en hablar.

—Te entiendo más de lo que crees —reconoció con voz temblorosa—. Puedes evitarlo un tiempo, pero eres lo que eres. Ten mucho cuidado, es peligroso.

Adrián miró hacia el río con suma inquietud.

—¿Esa... cosa...?

—No —respondió Ignacio. Se negaba a dejarse llevar por el miedo del anciano. Quizá fue escogido como víctima por ese rechazo, pero eso no significara que fueran a por él. Si la sirena estuviera allí por él, ni siquiera la extraordinaria fuerza del chico habría bastado para que no se lo llevase—. Una desagradable coincidencia. Ellos siempre están aquí, aunque no los veamos. Una grieta...

Ignacio se interrumpió cuando otra hipótesis lo asaltó. El ataque de la sirena lo motivaba la venganza, por influir para que la visión del tren no se cumpliera.

Adrián no estaba entendiendo nada. A lo lejos le pareció oír una ambulancia y trató de sonreírle a Ignacio.

—Oigo una ambulancia, podría estar muy lejos, pero el caso es que ya viene —compartió con alivio.

Ignacio sujetó al chico de uno de los brazos para que lo mirase.

—Voy a ocultarte. No te verán.

Adrián lo miró con confusión.

—¿Qué?

—Ya, no podemos usar la magia en nuestro beneficio, pero esto es en el tuyo. Todavía no te has convertido —Tuvo que hacer una pausa hasta que pasó el mareo y consiguió hilar de nuevo sus pensamientos—. Estás en el medio, no estoy obligado con Noel si no eres nada.

—No te entiendo —dijo Adrián. La falta de sangre parecía afectar a la razón del pescador.

Ignacio intentó expresarse. No era nada fácil, ni seguiría mucho tiempo consciente.

—No te verán aquí, solo ahora. Es algo... puntual —aseguró. Cerró los ojos, concentrándose para conjurar antes que le fuera imposible—. No me gusta, él no me gusta.

34

LA POLAROID

Nadie iba a olvidar la breve aparición del grupo de Reyes en la fiesta de los de segundo. Ellos hacían piña para ignorar cualquier intento de ataque por parte de sus compañeros. Ninguno comprendía a qué venía tanto bombo ni qué les importaba que hubieran ido para luego batirse en retirada. Suponían que, con tan poco que hacer en el pueblo, criticarlos se había convertido en *hobby*. Los comentarios maliciosos estaban ahí, y venían de los mayores, porque sus compañeros y los más pequeños se medían gracias a Toni. Pero no los futuros alumnos de último curso. Ellos tomaban el testigo que dejaban Daniel y el resto, lo que parecía darles alas. Reyes deseaba plantarles cara, seguro que Toni también, pero no podían. No dejaban de ser vecinos, y tanto sus padres como los de sus amigos los sermonearían si perdían las formas. Por eso se entretenían como si no se dieran cuenta de que estaban en boca de todos.

Gracias al libro electrónico para la madre de Toni, Tasmi había llevado al instituto una cámara de fotos Polaroid. Según relató con entusiasmo a primera hora de la mañana, la había encontrado entre los cachivaches electrónicos que ya no usaban. No sabían cuánto tiempo debía tener, pero la adolescente estaba compensando los años en desuso. A las doce, la paciencia de los miembros de la pandilla se había terminado. Reyes e Isaac se negaron a seguir posando. Toni amenazó a Tasmi con meterle la cámara por dónde más pudiera dolerle y Leo y Sofi le advirtieron que no hiciera ni una foto más o la lanzaban al río. Si Tasmi se hubiera limitado a disparar, habrían sido más tolerantes. Que los obligara a sonreír, hacer muecas, echarse un poco hacia un lado o hacia otro, arrimarse o separarse, todo esto con voz chillona y alta, pudo hasta con los más pacientes. Resignada, Tasmi guardó la cámara y repartió las fotos repetidas, quedándose con las mejores.

—Sois unos sosos —cuchicheó Tasmi sentándose junto a sus amigos a la espera de la última ronda de clases del día.

—Y tú una petarda —respondió Toni mientras estudiaba su alrededor.

Tras las notas, la mayoría de los de último curso se habían marchado. Todos notaban la ausencia. El patio descubierto que rodeaba el edificio del instituto parecía enorme, y les resultaba extraño.

—Qué pena, molaba tener una de Adrián —dijo Tasmi.

Reyes dio un respingo y giró para mirarla.

—¿Lo qué?

Tasmi pareció no entender la pregunta.

—Adrián, el amigo de tu hermano.

Con un esfuerzo por que no se le notara cuanto podía molestarle, Reyes hizo un gesto de apremio.

—Ya sé quién es, tía. ¿Pero para qué quieres hacerle una foto?

—Porque está muy bueno —respondió Tasmi con vehemencia—. Tú no te enteras, porque es el *lamentablemente amigo de tu hermano*.

Reyes no pudo evitar reírse como los demás.

—Estás pirada.

Tasmi se mantuvo en sus trece y se explicó, mientras acariciaba su melena rubia para que las orejas siguieran a cubierto.

—Insisto, está muy bueno —comenzó, y sabía que eso no iba a negarlo nadie—... pero... es amigo de tu hermano. ¡Qué terrible! No puedes enrollarte con los amigos de tu hermano.

Isaac se moría de risa, más por los aspavientos de su amiga que por lo que decía, pero le siguió la broma.

—Es una ley no escrita.

Entre risas, Reyes también se sumó al juego. Tal vez lo que sentía por él no era más que una atracción física. De algún modo, llevarlo con humor mejoraba el enamoramiento.

—Me mola: el *lamentablemente amigo de mi hermano*.

—Ya sabía yo —dijo Tasmi, chocando la mano con Reyes.

Toni también se reía, pero debía intervenir.

—¿Y algo más corto?

Tasmi fingió concentrarse. Su gesto exagerado arrancó más risas. Medio patio los miraba con intriga, incluido Carlos, pero a ellos les dio lo mismo.

—Podría... ¡Lo tengo! Sería... ¡el LADMI!

Sofi se llevó las manos al rostro, aplastando su flequillo desigual.

—¡Ay! Eso suena de pena.

Tasmi tuvo que darle la razón.

—Pues, entonces, no queda otra: es el *lamentablemente amigo de tu hermano*.

Mientras reían felices y en su mundo, un grupito de primero de bachillerato acortaba distancias. Reyes fue la primera en ver lo que se les venía encima. A la cabeza iba un adolescente repeinado, muy moreno, de ojos verdes. Guapísimo, el chico guapo del instituto por excelencia, con cuerpo alto y fibroso. Además, un arrogante. Y amigo del novio de Tasmi, por lo que no podía ser más pijo y soberbio.

—Mira qué bien se lo pasan los niños —se jactó deteniéndose con su séquito delante de ellos.

Toni no borró la sonrisa, algo peligroso, por lo que Isaac prestó especial atención y se acercó con Leo, listo para caer sobre su amigo cuando fuese a arrancarle los ojos al guaperas.

Reyes se moría de ganas de puntualizar que apenas se llevaban un año. Sería lo más suave que diría, por lo que permaneció en silencio. Tasmi, como no, no se enteraba de nada.

—¿A qué viene eso, Pedro? —protestó Tamara.

Para ella aquel adolescente bien podría señalarse como amigo. David, su novio, lo conocía y solían estar juntos cuando iban a la ciudad. Sus padres trabajaban juntos. Pedro no la miraba a ella, como si quisiera mantenerla al margen, como si la pulla fuese solo para los otros miembros

de la pandilla.

—Os plantasteis en la fiesta, pero os entró *canguete* —dijo para despejar cualquier duda.

Toni se había estirado todo lo posible y sus ojos verdes parecían a un paso de echar fuego. La tensión era manifiesta, a lo que el resto de los alumnos les dedicaban toda su atención y aguardaban con expectación una buena pelea.

—Nos plantamos, sí. Hasta ahí has acertado, colega —siseó Toni—. Que yo sepa no andabas por allí, ¿no serás tú el miedoso?

Pedro se irguió del mismo modo que Toni. Como era más alto y con más cuerpo, podría imponer más, pero no al macarra de la pandilla. Lo señaló con el dedo con aire suficiente.

—Yo no pierdo el tiempo en fiestas de pueblo, y si voy lo hago con todas las consecuencias —espetó con los ojos verdes, igual de vivos que los de Toni, reflejando el mismo desafío.

Leo sujetó a Toni antes de que le saltase a la yugular por llamarlo gallina. Isaac empezó a calmar los ánimos porque a ninguno le convenía una visita al director por pegarse en el patio. Sofía se mantenía en silencio, pero lista para saltar si hacía falta. Tasmi observaba a Pedro sin entender a qué venía el ataque.

Reyes se había quedado muy quieta. Sentía algo muy parecido a un tornado a un paso de salir de su cuerpo. Estaba cabreada, ofendida, y solo una pequeñísima parte de su cerebro señalaba que las palabras de Pedro no eran nada, que él no era nadie y que no merecía la pena buscarse problemas y posteriores sermones por una provocación tan estúpida como la del guaperas y sus dos amigos. Sin embargo, las ganas de arrancarle los ojos estaban ahí. No movía un solo músculo porque sentía que, de hacerlo, desataría la peor de las tormentas. Como para confirmarlo, a su mente acudió la imagen del vagón de tren con sus amigos muertos. El escenario cambiaba de repente para convertirse en ese mismo patio sembrado de cuerpos. El rojo teñía el suelo, sus compañeros, amigos y profesores yacían sin vida, y ella se sentía mejor que nunca. Quiso desterrar la imagen, pero parecía haberla atrapado con fiereza.

El ulular de una sirena logró que la visión estallase en mil pedazos. Reyes se centró en el sonido, igual que todos los presentes. Estaban acostumbrados al sonido de sus visitas a la ciudad, pero ninguno recordaba la última vez que una ambulancia había ido hasta el pueblo. Lo que sucediera entre Toni y Pedro pasó a un segundo plano. El patio del centro educativo se convirtió en un hervidero de cuchicheos, todos los alumnos se pusieron en tensión. La sirena sonaba cada vez más cerca. Pares de ojos desbordando curiosidad se centraron en la carretera. Una mezcla de emoción y miedo invadía los jóvenes cuerpos. La pandilla se movió cuando los primeros alumnos taponaron las vistas al acercarse al vallado que delimitaba el terreno.

La ambulancia pasó ante ellos y comenzó a reducir la velocidad. Tras el instituto, no había otra cosa que una explanada en la que los coches daban la vuelta, y que muchos profesores usaban de aparcamiento. Después, el bosque y el río, por dónde ningún vehículo podría circular.

Un hombre y una mujer saltaron del interior de la ambulancia, un tercer enfermero llevaba una camilla ligera. Más de uno les gritó para saber qué había pasado. Los sanitarios no respondieron, como si no fueran conscientes de los espectadores.

—A saber —murmuró Toni junto a Reyes, subido a uno de los bancos de madera para ver mejor. Lanzó una última mirada a Pedro, pero el chico y sus amigos parecían haber dado por finalizado el careo. Iba a tener que valerle, no podía permitirse que lo expulsasen por partirle la cara a nadie—. Algún senderista que se abrió la cabeza, fijo.

Reyes lo lamentaba por el herido, pero no podía sentirse más agradecida. De no ser por la ambulancia, no tenía claro cómo habría terminado el encuentro con Pedro. Percibió que otro coche se acercaba con premura para aparcar junto a la ambulancia. Del interior del vehículo salió Noel y, si no estaba viendo mal, Lucas, el primo de Toni, miembro de la pandilla de Saúl. Le sorprendió que esos dos estuvieran juntos. Lucas era mucho más joven que Noel. Su aspecto desaliñado, la ropa que parecía irle grande, chocaba con el vaquero ajustado y la camisa moderna del mayor.

—Ese no es...

Antes de terminar la frase, justo cuando Lucas se volvió hacia el colegio, el suceso le pareció irrelevante. Los estudiantes perdieron cualquier tipo de interés en la ambulancia. Salvo algunos profesores, el bedel y un par de alumnos de segundo que aún seguían allí, el resto le dieron la espalda a la explanada y regresaron cada uno a sus cosas. Reyes y sus amigos no fueron una excepción.

35 - UN EJÉRCITO

Aunque no había probado bocado desde la mañana, a las cuatro Silvia no tenía el más mínimo apetito. La conversión de Daniel, la charla nocturna, la reunión con Noel y la presencia ocupaban tanto su cabeza como su estómago, llenándolo con nerviosismo.

Por suerte, estaba sola. Su marido pasaría el día en el estudio de la ciudad y Daniel había ido a reunirse con el líder. La primera en llegar sería Reyes. Si seguía en pie lo de ir con sus amigos al centro comercial, su hija no estaría mucho rato en casa.

Sentada en una de las sillas de mimbre del cenador, refugiada de la llovizna intermitente por un tejado de madera, perdió la mirada en la primera línea de árboles que había en la otra orilla del canal, dónde se podían intuir un par de casas solitarias.

Estaba preocupada por su hijo, no podía evitar verse afectada ante lo mal que lo estaba pasando. La sensación de rabia e impotencia que se apoderaba de Daniel era pasajera, pero mientras, lamentaba no poder hacer nada por evitárselo.

No estaba tan distraída como para no oír el sonido de la puerta al abrirse ni para no reconocer a su hija acercándose. Reyes la saludó desde el extremo de la casa, al inicio del cenador.

—Hola mamá. ¿Qué haces? —se interesó al verla allí sentada con la mirada perdida, sin libro o entretenimiento alguno cerca. El día no invitaba a disfrutar del exterior.

Silvia giró el rostro para ver a su hija.

—Pensar —respondió—. Deberías probarlo alguna vez.

Reyes soltó una carcajada.

—Paso, no tengo tiempo —dijo antes de salir del campo visual de su madre para entrar en la casa.

—¿Y para arreglar tu cuarto? —preguntó Silvia alzando la voz para asegurarse de que su hija la escuchaba—. ¿Tienes tiempo para eso?

En su tono había una advertencia. No aceptaría un «no» ni pretexto alguno, pero se sintió más tranquila. Era reconfortante poder seguir una mínima normalidad con uno de sus hijos. Un hormigueo le recorrió el cuerpo y la voz de la presencia consiguió eliminar su gesto tranquilo, tensándola de pies a cabeza.

—*No pensar o, lo que es lo mismo, actuar de forma instintiva* —comentó la presencia.

Silvia cerró los ojos. Debía serenarse, no dejarse llevar por los nervios ni mucho menos por

la desesperación. Por si Reyes aún andaba cerca, formó frases en su cabeza.

—*Supongo que tendrás algo que decir sobre mi hija.*

La risa cargada de suficiencia no tardó en hacerse eco.

—*Tu hija. Sí, hay mucho que decir de ella* —admitió la presencia con aquella confianza que tanto molestaba a Silvia—. *Una joven especial con un destino especial.*

Silvia no quería rodeos. Necesitaba saber si la aparición del Verdugo se daría o, por el contrario les dejaría otra generación de margen.

—*Si ves el futuro, sabrás cómo acabará* —dijo sin necesidad de dar más detalles.

—*Tengo una ligera idea...* —reconoció la presencia—, *que no voy a compartir con nadie porque habéis dado en el clavo. Lo mejor que se puede hacer es no hacer nada. Nuestros instintos son mejores que nuestra cabeza.*

Para Silvia, la presencia no estaba siendo clara. Lo que acababa de responder podía encerrar un millón de significados. Se recostó en su asiento, pero no aguantaría mucho sentada.

—*¿Qué es lo que quieres de mí?*

—*Solo cruzar unas palabras* —dijo la presencia—. *Como comprenderás, me aburro bastante.*

—*No has escogido un buen momento* —protestó Silvia. Con Daniel ya en la manada y Reyes cada vez más cerca de ser señalada ante Noel, no podía estar de peor humor para darle charla. Daba la impresión de que aquella mujer solo quería tomarle el pelo, y no pensaba consentirlo.

—*Créeme, los habrá peores* —vaticinó el ser.

Silvia perdió la paciencia. Sus ojos recorrieron el espacio que se abría ante ella con una mirada fría, a pesar de no poder localizar a su interlocutora.

—*Si no vas a decirme nada útil, déjame tranquila. Márchate* —ordenó Silvia.

—*No te preocupes, me iré en breve. Solo estoy de visita. Dos presencias no pueden coexistir en un lugar tan pequeño. Es uno de los inconvenientes de no tener cuerpo ni vernos afectadas por el espacio.*

El tono insolente casi consiguió que Silvia no prestase atención a lo que le decía. Por suerte, no estaba tan enfadada como para no leer entre líneas. No dijo nada, sabía quién sería la segunda presencia, Sofía, y tampoco tenía mucho que decirle al desconocer lo que significaba su condición. Al volver a hablar, la voz de la presencia adoptó un tono algo más serio.

—*Este pueblo, esta gente, tendrá un fantasma propio aunque, como sabes, todavía está en camino de convertirse.*

Porque le tenía mucho cariño a la amiga de su hija y no había asimilado que la perderían, Silvia cortó a la mujer para retomar su tema.

—*Me dijiste que me enemistaría con Noel. Sabes cómo se tomará lo que es mi hija. Si no puedes decirme nada que vaya a evitarlo, deja de jugar conmigo.*

Cuando volvió a hablar, el tono de la presencia dejaba ver que no tenía la menor intención de ser considerada.

—*Pensé que tenías claro que no hay nada que tú puedas hacer, Silvia. Por eso viniste aquí, a este pueblo en el que empezó todo, porque dejarías que sucediera sin advertencias ni razonamientos inútiles. El Verdugo en su forma más pura y sin conocimiento para tu hija.*

Silvia trató de defenderse. La presencia sabía más de lo que debería, pero no parecía querer llegar a ninguna parte.

—Conocer la condición del Verdugo no ha ayudado lo más mínimo en toda la historia de mi familia —resaltó Silvia—. Por mucho que ella sepa lo que va a pasarle, llegado el momento no puede hacerle frente. Quien lo sufre, tiene las manos atadas. Este pueblo es una zona controlada en la que los sobrenaturales podrán evitar los daños. No haré nada por intentar que Reyes se prepare para algo que está fuera de su alcance, pero eso no implica que no vaya a hacer nada para evitar que sufra por ello.

La voz de la presencia sonó seca y fría.

—No seas ilusa, Silvia, ella no sufrirá lo más mínimo. Al contrario, disfrutará con cada vida que destruya. Sois vosotros los que tendréis que soportar la carga de sus actos, sois vosotros los que tendréis que ver cómo la persona a la que queréis se vuelve imparable y homicida. Eres tú la que tendrá que presenciar, por segunda vez, como un ser querido es suplantado por la peor de las condenas.

—¿Y qué quieres que haga? —exclamó Silvia con los ojos llenos de lágrimas, antes de controlarse y volver a hablar solo dentro de su mente—. No puedo evitar hacer comparaciones, y Reyes no es como mi madre, ella es diferente. No puedo echarme a un lado asumiendo que voy a perderla.

—Ni puedes presenciar su muerte —añadió la presencia sin el menor reparo.

Silvia se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

—No, no puedo —reconoció entre sollozos, sintiéndose más sola que nunca.

—Pues no lo hagas —dijo la presencia—. Cuando llegue el momento, cuando sientas que el tono se convierte en algo más que una bruma, vete. Regresa a tus orígenes y busca en los archivos. Tu padre pone un gran empeño, pero tú verás mejor las posibles soluciones, si es que existen.

En el solitario cenador, Silvia asintió. Ni siquiera le sorprendió que la presencia plantease algo que ella misma había pensado. Haciéndose la fuerte, se secó las lágrimas de sus mejillas. Cualquiera podría aparecer por allí y no tenía ganas de inventarse excusas.

—Ella se vendrá conmigo, no la dejaré a merced de Noel. Solo puede reaccionar de un cuando sepa lo que es.

—Esa es una opción —confirmó la presencia sin especial entusiasmo.

Silvia dejó escapar un quejido.

—No, es la única solución, Noel no...

—No te has fijado bien, Silvia —la interrumpió la Presencia con regocijo—. No te culpo, en mi papel soy muy observadora. Muchos son los que opinan que nuestros instintos están preparados para defendernos, para afianzar lo que somos, y es una pena que no dejemos más libertad a nuestro subconsciente.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Silvia impaciente, harta de tanto misterio.

—Significa que, de forma instintiva, tu hija lleva toda la vida empleándolos. Primando en ella la impulsividad y no el raciocinio, con cierta tendencia a la violencia como buen Verdugo. Los cambios que suponen esta condición empezaron hace tiempo aunque son sutiles, apenas perceptibles, porque el mismo secretismo que envuelve tu condición o la mía, se adueña de ella.

Silvia no se alegró ante aquello.

—Cambios progresivos, no bruscos como el caso de mi madre. Sí, también quedaron registrados así en el pasado —dijo con un lamento.

—*Ya, supongo* —descartó la presencia sin ningún interés en conocer los antecedentes ya que, en todos, quien sufriría esa condición lo sabía de antemano—, *pero, en esos casos, el futuro Verdugo no se había afanado tanto.*

—*¿Afanado tanto?* —preguntó Silvia con confusión—. *¿En qué?*

—*En rodearse de un ejército.*

Silvia entendió que eso era lo que la presencia había estado deseando transmitir en todo ese tiempo y ató cabos. Ella también era observadora, sobre todo con su hija. Supo bien a qué se refería. Solo había que fijarse en su grupo de amigos. Reyes se estaba rodeando de sobrenaturales. Podría tratarse de una coincidencia, en el pueblo había bastantes, pero no dejaba de resultar curioso que cada uno fuera de diferente condición.

—*En eso es en lo que ella marcará la diferencia* —aseguró la presencia.

Silvia estuvo a un paso de romper a llorar de nuevo.

—*Eso no es algo bueno* —reconoció defraudada. Había creído que aquella presencia pretendía ayudarla—. *En el subconsciente radica el poder del Verdugo, sin conciencia ni humanidad. Si se rodea de un ejército a su disposición, será solo para arrasar con más fuerza.*

—*O para protegerse de los que quieran poner fin a su existencia* —puntualizó la presencia.

Molesta por el tono divertido que le pareció captar, Silvia se puso en pie con fiereza. Fue incapaz de seguir la charla en su cabeza y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no ponerse a gritar. Dejó las sillas atrás y cerró las manos sobre la baranda que delimitaba la zona cubierta.

—*¿Y eso debe hacer que me sienta orgullosa? ¿Qué Reyes vaya a impedir que pongan remedio?* —le echó en cara a la nada.

—*Tu hija podrá hacer lo que quiera. Esa es la clave, siempre lo ha sido: unidad y confianza.*

Silvia contuvo un grito al dejar de sentir a la presencia. Se marchaba dejándola con más dudas. No había solucionado nada, al contrario, todo resultaba aún más nefasto, y volvía a darse de bruces contra aquellas dos palabras que empezaba a odiar a muerte: unidad y confianza. ¿Unidad de quién, con quién? ¿En quién debía confiar? No se refería a las cinco condiciones. Claro que debían estar unidos, pero Silvia sentía que encerraba mucho más y ella no poseía toda la información. Era un túnel sin salida.

Adrián carraspeó desde la entrada del cenador. Silvia se volvió de un sobresalto. Al localizarlo, abrió tanto los ojos que el joven se preocupó por lo que hubiera visto. El chico parecía cohibido, sus manos se perdían en los bolsillos de la cazadora de moto, pero la fuerza que desprendía era arrolladora.

—*Me has asustado* —se apresuró a decir Silvia llevándose la mano al pecho. Lo que Adrián transmitía se parecía bastante a lo que Noel pudiera reflejar, y recordó uno de los comentarios de la presencia. Podía entender por qué el actual líder no apreciaba al futuro miembro de la manada. Adrián era quien más papeletas tenía para igualarlo en fuerza.

Adrián sonrió con nerviosismo.

—*Sí, bueno, yo puedo decir lo mismo... te he escuchado* —confesó con vergüenza. No había sido premeditado. Su espionaje se debía a su desarrollado oído.

Silvia se inquietó. Trató de recordar sus palabras, pero terminó claudicando. Le sonrió y volvió a sentarse. Poco importaba lo que hubiera oído. Fuera de contexto no comprendería nada y

confiaba en él tanto como en Daniel, aunque no sería igual de sincera. Después de aquella charla con la presencia no le quedaban fuerzas para inventar justificaciones ni andar con medias verdades. Necesitaba un descanso, un interlocutor que no supiera más que ella ni la pusiera tan nerviosa.

—Ya ves, yo hablo con el viento. Eso debería hacer que tu condición no fuera tan terrible — dijo en un intento de animarlo, señalándole una de las sillas para que se sentara a su lado.

Tenso y con las palmas de las manos sudorosas, Adrián se sentó bajo la atenta mirada de Silvia. En efecto había oído algo terrible, pero no había entendido demasiado, solo que iba sobre Reyes. Eso bastó para ponerlo en guardia.

—Sí bueno, eso depende —susurró Adrián incapaz de ordenar sus pensamientos para hablar con normalidad—. ¿Qué le pasa a Reyes? —soltó de golpe.

Silvia rio con diversión. Estar con Adrián la calmaba, no sabía bien por qué, aunque suponía que se debía a aquel brillo inocente que aún conservaba en su mirada, al estar con un pie en un mundo normal y otro en semejante lío.

—De momento, nada —respondió para calmarlo. No tenía muchas ganas de volver a presenciar otra conversión espontánea, y menos de alguien tan fuerte. Notó cómo el cuerpo del chico se relajaba. Al parecer, gran parte de las dudas de Adrián se disipaban ante sus palabras.

Para Adrián, la implicación de Reyes en aquel confuso mundo no era un motivo de celebración, ni bastaba para que lo aceptase, pero estaba bien saber que ella no correría espantada con lo que eran.

—¿También Reyes forma parte de esto? —preguntó con curiosidad.

Silvia tuvo que morderse la lengua para no reírse.

—Sí —respondió, divertida ante el modo en el que brillaban aquellos ojos azul claro. Esteban no se equivocaba, el aprecio de Adrián hacia su hija iba más allá de la familiaridad por ser la hermana pequeña de su mejor amigo. Interesante.

—¿Y a ella qué le toca? —preguntó Adrián a media voz. Podía oírla cerca, no había asumido que solo él contaba con un oído agudo. Un oído y un olfato, ¡y qué bien olía Reyes! Sus padres le habían aclarado que no comían personas, pero él estaba deseando pegarle un buen mordisco, aunque eso no era nada nuevo ni un pensamiento muy oportuno para tener en mente estando con su madre.

El buen humor de Silvia desapareció y Adrián también borró su sonrisa al notar el cambio, tensándose de nuevo.

Silvia percibió su estado y, sobre todo, su fuerza. A Adrián le importaba mucho su hija. Porque Reyes estaba en casa, no iba a arriesgarse a provocar una conversión que pudiera ponerla en peligro.

—Te lo contaré en otro momento, es un poco largo —se desentendió Silvia con un gesto de la mano—. Llevo un día horrible.

—Ya —aceptó Adrián a regañadientes.

Silvia sonrió y le dio un cálido apretón en el brazo. Era un buen chico, y ahora más que nunca tenía derecho a saber lo que entrañaba Reyes por lo que pudiera sentir hacia ella. Compartiría con Noel la información, pero antes lo haría con Adrián y también con Saúl y Antón. Ambos podrían verse afectados por la amistad que tenían sus hermanos pequeños con ella. Si Reyes estaba creando un ejército, lo mejor que podía pasar era que ellos también alzaran uno. No sería fácil

dadas sus distintas condiciones. Silvia dejó de hacer cábalas ante otro bache considerable. No podía olvidar que Noel tenía la última palabra y solo ella era libre de no cumplirla.

La voz de Adrián la devolvió a la realidad.

—¿Puedo preguntar con quién hablabas? —dijo en un murmullo.

Silvia titubeó. Podía ponerlo al tanto de la presencia, pero sabía que corría el riesgo de meter al chico en un compromiso. Cuando se reuniera con Noel, estaría obligado a decirlo. El ser que los rondaba no estaba sujeto a ningún secretismo como el Verdugo, había que informar y, como su mente no dejaba de repetir, solo ella podía no cumplir las normas respecto al líder en ese caso.

—Divagaba —respondió sin alejarse demasiado de la realidad—. ¿Y tú qué? ¿Hablas con alguien? No quiero meter las narices dónde no me llaman, pero tienes a tus padres muy preocupados.

Adrián evitó la mirada de Silvia. Sabía que tenía razón, pero también que en cuanto su padre lo cogiera por banda sería irremediable una puesta al tanto en firme. Actuaba como con Noel, prefería posponer lo inevitable. Su condición le preocupaba, pero era algo demasiado personal. El ser que había visto en el río, no, y decidió abarcar ese tema.

—¿Qué sabes de las sirenas?

Los ojos de Silvia se abrieron por la impresión. Conocía a grandes rasgos lo sucedido en el río, pero lo último que esperaba era que Adrián estuviese al tanto.

—¿Cómo sabes eso? —atajó Silvia. Nadie comentaría alegremente la historia, y menos con un demonio de por medio.

—Estaba allí —reconoció Adrián rehuendo los ojos de Silvia—. Me encontré con Ignacio. Yo... daba vueltas. Él... bueno, después del ataque... —Tuvo que hacer una pausa, todavía le costaba encajar a la mujer putrefacta en su mundo—... conjuró o algo así para que Noel no me viera. Tampoco me vieron los de la ambulancia... aunque creo que Lucas sí. No lo sé.

Silvia asimiló la información. Habían dado por supuesto que la sirena había ido a por el pescador valiéndose de una grieta. Silvia conocía a Ignacio de su juventud, pero habían perdido el contacto. Su marcha, el poco interés que siempre tuvo en la maldición a pesar de ser un brujo de aptitudes increíbles, podría ser un motivo para que el ser lo atacase. La presencia de Adrián le generaba una sensación muy extraña a la que no lograba dar sentido. Como el chico la estaba mirando cada vez más preocupado, trató de calmarlo.

—Lucas es un brujo, seguro que te vio —dijo Silvia—. A menos que Noel le pregunte directamente si estabas allí, no dirá nada. Y dudo que se le ocurra formular esa pregunta.

Adrián movió al cabeza de forma afirmativa. Esa fue la impresión que tuvo, pero le parecía difícil de creer. El primo de Saúl y Toni en la vida habían cruzado palabra con él. Su complicidad no tenía sentido. Había algo más importante, y no se le ocurría nadie mejor con quien tratarlo.

—Hablé con Noel por teléfono. Silvia... no quiero estar a sus órdenes, no me gusta ese tío. Además, incluso cuando llegó y vio a Ignacio... no pareció importarle que estuviera grave. Parecía más pendiente de buscarme a mí que de atender al herido. Lo peor es que al tenerlo delante me dio una sensación rara, yo... quería estar con él.

Silvia volvió a darle un apretón en el brazo en señal de apoyo. Ojalá pudiera ser franca, compartir que a ella tampoco le gustaba Noel, que ese desinterés se debía a que Ignacio era un brujo y se había ido, pero con eso solo lograría agudizar un rechazo que debía desaparecer por el bien de Adrián.

—Es normal. Todo lo que sientes es normal —aseguró Silvia—. El rechazo del que me hablas viene del miedo. El cambio es enorme, abrumador, pero créeme cuando te digo que no lo será tanto. Ya lo ves, la mitad de las personas que conoces están en este lío. Lo que me comentas de Noel, tal vez su preocupación era por ti, por el mal momento que pasas al verte tan perdido.

Adrián la miró suspicaz. Una parte de él la creía, otra estaba segura de que sus palabras eran un edulcorante.

—¿Tú no vas a avisarme que si no sigo las normas terminaré muerto?

Silvia se sintió palidecer. Esa realidad no debería ni ser planteada.

—¿Quién demonios te ha dicho eso?

Adrián se encogió en su sitio. Silvia parecía furiosa. Tal vez por preocupación hacia lo que a él le pasase o por enojo ante el chivato.

—No pienso decírtelo.

Silvia entrecerró los ojos con una advertencia. Adrián tuvo la impresión de que el aire que ascendía del río se había vuelto aún más fresco.

—Óyeme bien, Adrián, a ti no va a pasarte absolutamente nada.

A pesar del tono duro que la mujer había empleado, Adrián captó el cariño y el aprecio que lo movía. Sonrió a desgana y suspiró.

—Descuida, en cualquier momento me resignaré y dejaré que me pongan una correa.

A pesar del empeño, la broma sonó demasiado a lamento y a algo real. Silvia tuvo ganas de darle un abrazo, pero supo que eso debía correr por cuenta de sus padres. Ella no debía entrometerse ni responder sus dudas, sino mandarlo para su casa.

—Habla con tus padres, Adrián. Ellos sabrán mejor que yo cómo hacer todo esto más fácil.

36

PETICIÓN

Sentado ante el escritorio, Isaac terminaba el trabajo de literatura murmurando por lo bajo lo injusto que era todo. Sus amigos pasarían una tarde estupenda en la ciudad sin él. Que Leo fuera a perderselo también lo hacía sentir mal, no podía consentirlo. Al ponerse en pie, las patas de la silla chirriaron contra el parqué. Isaac asumía que su madre y él siempre estaban mal de dinero. Por eso debía gastar entre poco y nada. Por norma general se resignaba, pero a veces le era imposible.

Desde que había vuelto del instituto una vocecita muy suave, casi como una melodía, no dejaba de repetirle que se impusiera, que se sumase a sus amigos para ir en tren a la ciudad. Que fueran los seis. Isaac la escuchaba y sabía que lo hacía porque se sentía dolido en el orgullo. Él, como sus amigos, habían sido ofendidos. Siempre mantenía la calma, pero llevaba toda la mañana soportando puyas y cuchicheos por culpa de la estúpida fiesta. Su parte sensata lo instaba a no dejarse llevar; su parte orgullosa, una que no salía a saludar porque alguien debía mantener la calma, quería imponerse por una vez. Una tercera parte, que no tenía ni idea de dónde salía, señalaba que lo estaban utilizando, que se valían de su flaqueza, de su debilidad, de la mala sensación para que se enfrentase e hiciera lo posible por ir con sus amigos en el tren. Con decisión, se fue a la cocina, donde su madre terminaba de recoger la loza.

—Mamá, necesito dinero para ir a la ciudad.

La madre de Isaac continuó colocando los platos en la encimera y suspiró con cansancio.

—Y yo para irme de vacaciones a las Maldivas.

Isaac apretó los puños, molesto por el poco caso a su tono de advertencia.

—Lo digo en serio, mamá —dijo con seriedad. Logró que su madre lo mirase con el ceño fruncido—. Mis amigos van al centro comercial, tenemos que comprar el regalo de Tasmí. No puedo dejar que Leo se quede conmigo por pena.

Lourdes estudió a su hijo. Ahí estaba el chico al que tanto quería plantado en la puerta, con el fibroso cuerpo en tensión y el pelo rojizo desordenado. Vestía su ropa de casa. La camiseta era de propaganda, el chándal le quedaba por los tobillos. A su pesar, su ropa para salir a la calle no era mucho mejor. Sin embargo, nunca había dicho nada hasta ese día. La determinación de Isaac consiguió entristecerla más. No era justo, eso leía en su expresión y en los bonitos ojos algo rasgados, todavía inocentes.

—¿Cuánto cuesta el billete? —preguntó, aunque dudaba que pudiese concederle el capricho.

Isaac comenzó a arrepentirse. La mirada de su madre transmitía pena. Las arrugas y el cansancio se veían cada vez más marcadas. Las canas salpicaban la melena castaña que se cortaba ella misma para no gastar en la peluquería. Era un egoísta. La culpa era suya por poner tanto para el regalo de Tasmi. Si solo fueran tres euros, lo habría conseguido.

—Es igual, mamá. Lo siento —dijo Isaac desinflándose como un globo.

—Responde —dijo su madre antes de que regresase a su cuarto.

Isaac negó con la cabeza. Tendría que haberse callado.

—Casi cuatro euros. De verdad, mamá. No importa.

La madre de Isaac hizo cuentas durante un momento. Era una equilibrista fantástica, pero con recursos demasiado limitados. Por otra parte, Isaac nunca le pedía nada. Para ella esa salida resultaba insignificante, pero entendía que para él lo era todo. Cerró los ojos, abatida. Necesitaba comprar varias cosas y la nevera estaba a punto de arruinarles el año. Las lágrimas se agolparon en su garganta. Maldijo el día en el que se casó con el padre de Isaac, y cambió de idea al momento porque, sin él, no tendría a su hijo. No veía la hora de que la llamara su abogada, un lujo que no podía permitirse, pero ni todo su orgullo pudo hacer que rechazara el ofrecimiento de Silvia de pagarlo. Se lo debía a Isaac. Cuanto antes rompiese con su padre, cuando saldase unas deudas de las que no era responsable ni tuvo constancia, serían libres y podría comprar los billetes de tren que quisiera. Su sueldo no les daría para muchos más lujos, ni se molestaba en contar con algún tipo de pensión por paternidad, pero sí estarían al día de forma más holgada. Isaac no pediría mucho más ni sus amistades lo obligarían a ello. Les debía mucho a esos chicos por ser capaces de entender unas limitaciones que ellos no tenían. Ni siquiera recordaba la última vez que fueron al cine, algo prohibitivo para Isaac. Probablemente se arrepentiría, pero siguió una corazonada que le aseguró que pronto estarían mejor.

—Espera, Isaac. Tengo cinco euros —dijo antes de coger un solitario billete del tarro para emergencias. Esperaba que esa intuición de mejora fuese el instinto de vampira y no las ganas que ella tenía de que su vida se enderezase de una vez.

El móvil de su hijo pitó un par de veces. Lo vio atender a la pantalla y cómo una amplia sonrisa se extendía por su rostro.

—Vaya —murmuró con una risita. Levantó la cabeza para mirar a su madre con una enorme sensación de alivio—. No te preocupes, mamá. Nos llevan.

37

SUSPICACIA

Justa de tiempo, Reyes llevó a cabo un recogido de emergencia —ocultar todo lo que no fuera visible en el armario y bajo la cama—, para dejar su cuarto presentable y poder irse con la tranquilidad de no tener que escuchar a su madre a la vuelta.

Sobre la mesilla, junto a la lamparita que encendía cuando estudiaba o leía en la cama, su móvil pitó varias veces. Se lanzó a por él, temerosa de que la excursión se hubiera suspendido. Le apetecía mucho ir a la ciudad. Allí tendría más cosas con las que distraerse para no seguir pensando en la chica que vio con Adrián ni en las palabras cruzadas en el camino ni en las burlas de sus compañeros.

El grupo *wasapeaba* frenético. Eran buenas noticias, Isaac se les sumaba y, por supuesto, Leo, aunque había cambio de planes. No iban a ir en tren. Reyes sintió un ligero mareo que la obligó a apoyarse en el armario. Dos emociones muy fuertes parecían chocar en su interior. Euforia y rabia. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. ¿Qué demonios había sido eso? Con un quejido, por no ceder a la angustia y asumir que se estaba volviendo loca, se centró en la pantalla del móvil, en su vida de adolescente.

Sofí y Leo se marchaban antes con Antón y Tasmi. Le sorprendió ver que a ellos los iba a llevar Lucas, el primo de Toni. Ni siquiera sabía que tuviera carné. Le daba lo mismo, no tenía nada en contra de Lucas, aunque parecía diferente desde que salía con el grupo de Saúl. Lo que sí era importante era informar a su madre para evitar una nueva bronca con su padre.

Con la cazadora en la mano, dejó la casa y apuró sus pasos para asomar al cenador. La descolocó encontrar también a Adrián. Los recuerdos de la charla quisieron volver, pero algo inusual en la escena lo impidió. Adrián lucía una expresión bastante desalentadora, que no desapareció lo bastante rápido como para que ella no la percibiera.

—Me voy. Al final no hay tren, nos lleva Lucas —dijo con normalidad, dándole un fugaz beso en la mejilla a su madre—... y sí, he recogido la habitación. Adrián —se despidió, escueta, dejándolos de nuevo a solas como si nada, pero con la mente formulando hipótesis.

Pasaba algo y la ausencia de Daniel, al que no había visto desde el encuentro en el instituto, le dio una ligera idea. Su hermano también estaba raro. No podía ser por la selectividad, ponía la mano en el fuego. Adrián no necesitaba una nota alta y seguro que no había suspendido. Mil teorías se hicieron sitio a empujones en su mente mientras registraba lo sumamente guapo que

estaba Adrián hasta con expresión triste. No, mejor se quitaba eso de la cabeza. En su lugar, apareció la chica a la que ni siquiera podía ponerle cara, solo pendientes. Cerró tras ella y soltó un quejido a modo de protesta.

No tenía muy claro cuando se había enamorado de Adrián, era difícil señalar un momento en concreto, pero no descartaba que fuera desde el primer día que lo tuvo delante. Y siempre estaba allí, cada vez más guapo, más alto, más fuerte... lo que no facilitaba en absoluto desterrarlo de su cabeza, por más que se repitiera que era como su hermano. Sí, su hermano, ¡un cuerno! Adoraba a Daniel, lo quería con locura, pero no tenía nada que ver lo que sentía hacia Adrián. Su verdadero hermano no conseguía que su corazón diese un brinco cada vez que se lo encontraba por sorpresa.

Distraída, tropezó al bajar la cuesta que la llevaría hasta el comienzo del pueblo. Casi se fue de bruces por bajar el estrecho camino como alma que lleva el diablo. No necesitaba ver la hora para saber que iba con retraso.

En un coche de tercera mano verde botella con remiendos por toda la carrocería, Lucas tamborileaba con los dedos sobre el volante. En el asiento del copiloto, Toni despotricaba por el retraso de su amiga, con los ojos verdes fijos en el retrovisor. En cuanto vio a una apurada Reyes bajando a la carrera, sacó el brazo por la ventanilla para hacerle señas.

En el asiento trasero, Isaac se mantenía tras el conductor para esquivar los retrovisores. Su ánimo se había ido al traste nada más subirse al coche. Lucas era un peligro al volante.

Lucas se pasó las manos por el pelo corto pelirrojo y se preparó para arrancar. Llevaba un año como brujo, y le había resultado muchísimo más sencillo acostumbrarse a esto que aprobar el carné de conducir.

—A ver si esta tartera no nos deja tirados —murmuró Lucas antes de girar la llave del contacto.

Toni hizo una mueca de desagrado. El motor emitió una sucesión de toses.

—Teníamos que haber ido en tren —masculló. Él tenía claro que cuando se sacara el carné conduciría una moto. Ya había escogido modelo: una R1 blanca y roja de la que estaba más que enamorado.

Con un rugido renqueante, el motor arrancó. El tubo de escape escupió una humareda oscura. Reyes se metió en la parte trasera y fingió un ataque de tos.

—Tu coche se está muriendo.

Toni se giró para ponerle mala cara.

—Oh, lo siento, chicos, lamento mucho retrasarme —le dijo, con un tono agudo que intentaba imitar al de su amiga.

Reyes se recostó y se cruzó de brazos.

—Que te den, que os den a los dos —dijo para Toni e Isaac—. Soy yo la que suele esperar, así que os aguantáis y punto.

Isaac alzó las manos con gesto inocente.

—Yo no he abierto la boca.

Con una salida a trompicones, el vehículo empezó a cruzar el puente romano que los sacaría del pueblo. Reyes observó con horror la rigidez de Lucas. El primo de Toni se aferraba el volante y tenía los ojos muy abiertos. No podía parecer más inseguro ni más peligroso.

—Esto... estamos a tiempo de ir en tren —dijo Reyes.

Toni asintió con énfasis.

—De hecho, yo estoy a punto de saltar en marcha.

—Ja, ja —protestó Lucas sin desviar sus ojos marrones de la carretera que atravesaba el pueblo contigo y que los llevaría hasta la carretera general—. A ver cómo se os da a vosotros, que criticar es muy fácil.

Toni rio con malicia.

—Peor es difícil.

—Al menos tengo coche —se defendió Lucas.

Isaac continuó en silencio. Le sudaban las palmas de las manos y empezaba a tener serias dudas de si sería capaz de llegar a la ciudad sin desmayarse. Odiaba los coches, le daban miedo, y estaba seguro de que jamás se vería al volante de uno.

Reyes intentó bromear para relajar el ambiente.

—En cuanto me saque el carné, le partiré una pierna a Daniel y así también yo tendré un coche solo para mí.

—No necesitas tanto —murmuró Toni aferrado al asa de la puerta con toda la discreción que le era posible para que el conductor novel no lo notase—. Si se lo pides amablemente, te lo dejará. Él va a tener una moto, ¿no? También tiene a Adrián o a esa nueva novia para que lo lleven.

—Ya, pero hay que pedirlo amablemente —puntualizó Reyes—. ¿Tú le pedirías amablemente el coche a Saúl?

Toni soltó una risotada.

—No, a Saúl no le pediría amablemente ni la hora, porque la respuesta estaría muy lejos de ser amable —pronunció como si no le importase.

Toni perdió la mirada por la ventanilla. Las casas dispersas, los árboles y las vistas a la ría se sucedían de forma irregular. Lucas iba muy despacio, parecía saberlo, por lo que intentaba acelerar, pero le entraba el miedo y reducía de nuevo. Toni se preguntó qué tenía su primo para poder formar parte de la vida de su hermano.

Se permitió ser honesto consigo mismo. La realidad era que los desplantes de Saúl era lo que peor llevaba, superaba con creces hasta el hecho de ser tan bajo. Envidiaba a Reyes, su relación con Daniel era lo que a él le hubiera gustado tener con Saúl, y no entendía por qué no podían llevarse como ellos. De alguna forma, Toni suponía que la actitud de su hermano guardaba relación con la marcha de su padre.

Su madre se esforzaba, trabajaba mucho y estaba hecha de una pasta única que le había permitido hacer frente a las facturas y a dos hijos pequeños. La falta de dinero obligó a Saúl a empezar a trabajar demasiado pronto y quizá esto lo volvió reservado y más duro. Él no recordaba mucho, tenía nueve años cuando su padre hizo las maletas y se largó, y desde entonces desaparecieron las fotos o cualquier recuerdo. No se atrevía a preguntar por él, sabía cuánto le dolía a su madre y el odio irracional que despertaba en Saúl su mero nombre. Su madre intentaba dulcificar el abandono, pero a Toni le habían llegado los rumores que circulaban por el pueblo. Su padre se fue porque no pudo aguantar la presión o la responsabilidad que supone una familia. Se fue porque no los quería. En parte por eso se planteó ser policía. Igual así lograba encontrar información, dar con su paradero. Entonces, se encargaría de empapelarlo por lo que fuera.

—Tu hermano está pirado —dijo Isaac. El silencio lo ponía mucho más nervioso porque el sonido del motor a un paso de romperse martilleaba en su cabeza.

—Sí, tanta fiesta y tanta coca han hecho estragos en su cabeza —dijo Reyes sin pensar. No tardó en darse cuenta de que Lucas era amigo de Saúl, por lo que podría estar metido en lo mismo. Lo observó con curiosidad, quizá el comentario le hubiera molestado, pero el pelirrojo parecía demasiado atento a la circulación para acordarse de sus acompañantes. Terminó por dejar de darle vueltas. Ya estaba dicho y, como firme detractora del trato brusco que le dedicaba Saúl a su hermano pequeño, le daba lo mismo que se enterase. No entendía la inquina del mayor, mucho menos que Toni lo tuviera idolatrado.

Toni chasqueó la lengua. Inquieto, observó el perfil de su primo a la espera de que él negase o confirmase algo de lo que hablaban.

—Prefiero pensar que mi hermano no está tan metido en eso.

Lucas siguió a lo suyo. Reyes e Isaac se revolviéron incómodos. Urgía arreglar la metedura de pata, y Reyes se vio obligada.

—Estaba exagerando. —La verdad era que no tenía ni idea de en qué estaba metido Saúl, pero seguro que no era nada bueno.

—No creo que pasen de fumar y beber —añadió Isaac siempre a tiempo.

Isaac habría intervenido antes, pero un desagradable mareo comenzaba a revolverle el estómago. Al margen de lo mal conductor que fuese Lucas, se sentía fatal, pero no podía explicar por qué. Sus ojos dieron con el agua, se agitaba a lo lejos de un modo rarísimo, como si en mitad de la ría hubiese algo. También encontró extraña la escena. Era como si pudiera ver el aire. Este pensamiento lo dejó perplejo, pero la cosa fue a peor cuando asumió que, en efecto, podía ver el aire y el aire estaba intentando atacarlos. Un sudor frío recorrió toda su espalda. Le llegó un extraño ruido metálico, como un roce de cadenas, que no sintió como obra del motor. El pensamiento estaba muy claro, pero no por ello lo comprendía. En resumen: los estaban atacando, pero ellos estaban protegidos. Apoyó la frente sobre el reposacabezas del conductor e intentó dejar de pensar estupideces.

Toni se arrellanó en su asiento, como si le diera igual lo que le pasase a Saúl. Recobró la compostura por la reacción de sus amigos. Su imagen de tipo fuerte era lo único que tenía. En ocasiones se permitía el lujo de mostrarse tal cual ante ellos, pero prefería evitar compasiones.

—Es su problema. Si tanto va de listo, a ver si lo es.

El silencio volvió a adueñarse del coche. La inexperiencia de Lucas al volante fue tan palpable que consiguió tensarlos de pies a cabeza.

—Hablando de hermanos —dijo Reyes esforzándose por no fijarse en cómo conducía Lucas—. ¿Habéis visto al mío hoy?

—No —respondieron a coro Isaac y Toni.

—Ya —asumió Reyes buscando otra alternativa. Sus amigos no eran una buena fuente, como mucho se habrían separado un par de minutos.

—¿Pasa algo? —preguntó Toni.

Reyes asintió.

—Sí, pero no sé qué. Al irme Adrián estaba en mi casa.

Toni la miró por encima del hombro.

—Adrián siempre está en tu casa.

Reyes se vio obligada a ser más concreta.

—Adrián está en mi casa cuando está Daniel y hoy no era el caso.

—Lo estaría esperando —dijo Toni como si fuera obvio.

—No sé —murmuró Reyes. Recordó el gesto de Adrián en el cenador y el modo en que su madre le acariciaba el brazo como en señal de apoyo.

No pudo seguir pensando en el tema. Estaban a un paso de meterse en la ciudad. El tráfico cada vez era más denso. Con la respiración contenida, Lucas se preparó para ser engullido por la vorágine de aquellas vías urbanas. Tras una última curva, apareció la amplia travesía de seis carriles que dejaban los altísimos edificios en bloque.

—Si sabes conducir aquí, sabes conducir en cualquier parte —lo alentó Toni, cerrando la mano con fuerza alrededor del asa de la puerta.

Reyes estuvo tentada a cerrar los ojos. Isaac se había puesto pálido y su piel invadida por las pecas reflejaba un suave manto de sudor. Entre ensordecedores sonidos de los cláxones y las sirenas, con cien ojos en las rotondas, cuya ley del más fuerte hacía inexistentes las preferencias, fueron devorados por la boca de acceso al aparcamiento subterráneo del centro comercial. Lucas no se molestó en dar vueltas y aparcó en el primer sitio libre.

Isaac necesitó unos segundos con la frente pegada al asiento delantero para recobrase mientras Reyes y Toni debatían si habían perdido seis o siete años de vida por el mal momento.

—Alguien va a tener que conducir de vuelta —confesó Lucas—. Mis piernas son de mantequilla y dudo que cuajen para entonces.

Reyes le dio unas palmaditas en la espalda.

—Tranquilo, lo has hecho genial.

Toni bajo del coche y se estiró todo lo que pudo.

—Sí, primo, y lo peor es meter las narices, no sacarlas —añadió haciéndole un guiño cómplice a su primo.

Con una mueca tensa, Lucas le agradeció los ánimos.

—Ok. A las ocho aquí, ¿vale? No tengo ganas de oír a vuestros padres.

38

MUY DIFERENTE

Daniel estaba haciendo un verdadero esfuerzo por no quedarse dormido en el coche. El agotamiento conseguía que el día resultara largo y extraño. Su oído y su olfato desarrollados habían desaparecido antes de comer. A partir de las cuatro no había retenido ningún tipo de información y antes de esa hora lo hizo a trozos. Su mente registraba que pasaba algo, pero le daba lo mismo. Lo único que quería era dormir.

Para la ocasión, el encargado de vigilarlo era Arturo, quien también ejercía de chofer. No sería su niñera por mucho tiempo, trabajaba como ingeniero en la fábrica de coches de la ciudad y esa semana le tocaba turno de noche. En un intento de escapar del sopor, Daniel se puso a hablar.

—Seguro que si salgo hoy soy el alma de la fiesta, ¿me llevas?

Con expresión confundida, el chico de veintitrés años, pelo corto negro y ojos marrones, le dedicó una mirada fugaz.

—Deberías descansar.

Daniel lo miró, incrédulo. Arturo era la persona más textual que había conocido en su vida.

—Era una broma.

—Ah —comentó Arturo.

A Daniel le pareció intuir una media sonrisa entre la barba que se adueñaba de su rostro. Acababa de entender su comentario.

—¿No es un poco lío trabajar a turnos?

—No —respondió Arturo—. Nunca he sido de dormir mucho, y tanto me da trabajar de mañana, de tarde o de noche.

Daniel lo dejó por imposible. Mantener una conversación con él parecía demasiado complicado y no tenía la cabeza como para aventurarse en dar con temas de interés común. Por asociación de ideas pensó en Adrián. Parte del sueño dejó paso al rencor. Seguía sin tener noticias de él.

La plaza apareció ante ellos y no pudo estar más agradecido. Iría a su casa, se encerraría en su cuarto y no despertaría hasta el día siguiente como mínimo. Arturo no se lo impidió, ni siquiera aparcó el coche. Se detuvo en la zona de aparcamiento y esperó a que bajase. Con una breve despedida, se marchó.

Daniel se quedó un rato lamentando que su colega fuera tan serio. Estaba bien en determinadas

ocasiones, también tenía su gracia a veces, pero por lo general no era de hablar. Sus ojos fueron hasta el embarcadero por pura casualidad. No buscaba nada en concreto, pero una figura acercándose al borde del muelle principal llamó su atención. Los pantalones vaqueros acampanados y la sudadera con capucha no le decían nada, pero estaba seguro de que era Isabel.

Daniel se dirigió hacia ella. Recordó el encuentro del castillo y también la inquietud de Noel. No prestó demasiada atención, desconocía los detalles, pero algo que había sucedido por la mañana ponía muy tenso al líder. Esperaba que no guardasen relación.

Ni la capucha ni el pelo oscuro colocado para ocultar su rostro impedían advertir que la chica no estaba más animada que cuando se cruzaron. Daniel supuso que acababa de enterarse de lo que era y se compadeció de ella. Tenía que ser complicado ser un brujo y, para colmo, debía apoyarse en una pandilla de raperos macarras. Hasta donde recordaba, Isa estaba muy lejos de contar con gustos afines al grupo de Saúl. Como la tratasen igual que trataban al resto, normal que no fuera feliz. Si no estaba mal informado, Isa ni siquiera vivía en el pueblo. Se había marchado a la ciudad y trabajaba allí. Al parecer, la maldición la obligaba a volver.

Supo que ella también lo había reconocido y que no tenía la menor intención de hablarle. Ella intentó pasar a su lado. La soledad en el embarcadero le permitió a Daniel cortarle el paso. No quería ser brusco, pero no veía otra forma de acercarse a ella.

—Ey, hola —saludó Daniel con una sonrisa.

Le costaba verle la cara, ella parecía interesadísima en el suelo, pero su voz sonó clara y directa.

—Apártate, Dani.

Cada vez estaba más preocupado. Alzó las manos en actitud cordial.

—Oye, que estamos en las mismas. Aquí otro novato —dijo recibiendo por respuesta un resplido de impaciencia.

Se fijó bien en ella y vio que apretaba los puños con rabia. Parecía en tensión. Las palabras de Noel volvieron a su cabeza. No todos se tomaban bien su condición, y se preguntó si Adrián estaría igual de furioso.

—¿Qué quieres? —preguntó ella a modo de reproche—. Hago lo que puedo.

Daniel no entendió el comentario.

—Yo...

—He quedado aquí con Roi, él me supervisará y después estaré con Saúl. ¿Te vale?

Como parecía que lo estaba culpando a él de algo, Daniel se mostró cauto.

—No tengo ni idea de lo que me dices.

—Sí, claro —protestó Isa antes de intentar esquivarlo.

Daniel la dejó pasar, pero fue tras ella.

—De verdad —insistió Daniel—. Todavía no tengo claro cómo va esto. Solo llevo dos días.

Le pareció que sus palabras la relajaban un poco. Sus zancadas no eran tan presurosas y pudo colocarse a su lado hasta que ella se detuvo a la altura del penúltimo pantalán. No lo miró, como si no estuviera. Los ojos grises de Isa se mantuvieron fijos en el río. Daniel recordaba pasear con ella, también algún que otro beso aderezado con torpeza. Costaba intuir su figura tal y como iba vestida, pero seguía siendo guapa. Como el silencio lo estaba poniendo muy nervioso, Daniel decidió romperlo.

—¿Qué tal con... bueno, los tuyos? No parecen muy amigables.

Isa lo miró al fin. Sus ojos almendrados reflejaban tristeza, pero una sonrisa curvó sus labios.

—No has cambiado nada, eh —comentó con nostalgia—. Siempre pendiente de los demás.

Daniel se sintió abochornado. Hundió las manos en los bolsillos y esta vez fue él quien perdió la mirada en el río.

—No sé, parecías estar mal cuando nos vimos en el castillo.

—Te aseguro que no fue por los brujos —murmuró Isa—. Ellos, bueno, se han portado. Y soy la única chica, estoy como quiero.

—Ya —murmuró Daniel, animándose al ver que parte del rechazo hacia él desaparecía lo bastante para bromear—. ¿Llevas mucho como... bruja?

—¿A que cuesta? —reconoció ella cruzando los brazos de forma extraña, con cuidado—. Dos semanas.

—¿Te duele... algo? —preguntó Dani. Isa rio y él se sintió ridículo, no sabía qué significado darle—. Perdona, estoy muy pero que muy espeso. Me pareció que...

—Sí —lo interrumpió ella facilitándole las cosas—. No lo controlo ni un poco. Y soy una cinética, así que tengo que tener mucho cuidado.

—Deberías, suena horrible.

Isa ladeó la cabeza y Daniel pudo comprobar que, en efecto, seguía siendo muy guapa. Su sonrisa le resultó socarrona, igual sí pegaba con Saúl y el resto.

—No tienes ni idea de lo que soy.

—No —admitió Daniel—, y hasta me cuesta retener la palabra, con lo que mejor me lo explicas otro día. ¿Por eso volviste?

Todo el ánimo que la chica pudiera tener se esfumó con su pregunta. Daniel se arrepintió de haberla formulado, pero ya era tarde. En cualquier caso, ya tenía la respuesta.

—Lo siento.

—Más lo siento yo —aseguró Isa—. Por fin tenía un buen trabajo, un buen horario, un buen piso con chicas geniales y... Tanto da.

Daniel no tenía nada que decir, no encontraba ninguna palabra de consuelo o que fuera acertada. Como ella, siguió atento al agua, cuyas pequeñas ondulaciones resultaban todo un misterio.

—¿Vas a salir a navegar? —preguntó Daniel por cambiar de tema.

A su lado, Isa pareció sorprendida.

—Roi va a por la sirena, tengo que acompañarlo.

Cuando la palabra sirena alcanzó su cerebro, Daniel miró a su ex compañera seguro de que le estaba tomando el pelo.

—¿Sirena?

—¿No lo sabes?

Daniel intentó hacer memoria. Juraría que algo como una sirena, o al menos lo que conocía por sirena, no pasaría desapercibido para él en las conversaciones de la manada.

—Sé que Noel estaba nervioso, algo pasó, pero estoy demasiado cansado para enterarme bien.

Antes de que Isa pudiera darle algún detalle, el estruendo de un motor los obligó a mirar hacia el aparcamiento de la plaza. De un coche negro tan retocado que Daniel apenas pudo distinguir la marca, salió Roi. El brujo era bastante alto, de espalda ancha, pero delgado, y tenía cara de pocos amigos. Una cicatriz le partía la ceja y le daba un aire violento. Sus ojos azul oscuro se clavaron

en Daniel con una advertencia. Se acercó a ellos con unos aires que para el licántropo eran del todo innecesarios.

—¿Va todo bien? —preguntó Roi.

Daniel no respondió porque no le hablaba a él, sino a Isa. ¿Roi la estaba protegiendo de él?

—Sí —dijo Isa revolviéndose con incomodidad.

Por no montar una escena, Daniel siguió en silencio y observó a Isa. No parecía sentirse mal por su congénere sino por la situación en sí.

—Hasta luego, Dani —lo despidió Isa sin acritud—. Gracias.

Daniel asintió. Sentía los ojos de Roi fijos en él, pero prefirió mirarla a ella para no hacerse mala sangre.

—Nos vemos —dijo sin más antes de darles la espalda mientras ellos se encaminaban hacia una de las barcas.

Al atravesar la plaza para dirigirse a la cuesta, se obligó a no mirar atrás. Empezaba a intuir que el mismo rechazo que él sentía hacia los brujos lo sentían ellos hacia los licántropos. Dándole vueltas a esto, no se dio cuenta de que ya no estaba solo hasta que Matías carraspeó a su lado. Daniel se sobresaltó. Ver a su colega de condición al inicio del primer camino era algo con lo que no contaba.

—Pues sí que estas dormido —comentó el pelirrojo que lo había velado su primera noche, con un guiño cómplice—. Deberías haberme percibido ya en el muelle.

Daniel dejó escapar un quejido y avanzaron juntos.

—¿Has visto lo que ha pasado? ¿De qué van los brujos?

Con un ademán indiferente, Matías trató de quitarle hierro al asunto.

—Son raritos, se lo toman todo como una cuestión personal.

A Daniel le parecía mucho más que eso, pero otro tema se impuso.

—Oye... ¿de verdad hay una sirena?

—Sí.

Dolido, Daniel protestó.

—¿Por qué no me lo dijisteis?

Matías le enseñó las manos en un gesto de inocencia.

—A mí no me mires. Noel cree que ya tienes de sobra con lo tuyo para sumarle más cosas. Y la verdad es que estoy de acuerdo con él.

Daniel se limitó a mascullar para sí mismo. Tampoco podía ofenderse, era cierto, y además, no estaba en su mejor momento. Le resultó extraño que ellos no fueran a encargarse del asunto sobrenatural, pero no preguntó. Prefería volver al tema de su conocida.

—¿Qué pasó ayer en la vista? ¿Hay algún problema con Isa? Parece bastante fastidiada.

Matías no respondió de inmediato, pareció dudar y Daniel lo estudió. Con resignación, el pelirrojo contestó a su pregunta.

—Fastidiada no, lo siguiente —dijo como si fuera obvio—. Vivía a su bola y de pronto tiene que volver a casa a pedir dinero. Por mucho que quieras a tus padres eso cuesta, te lo digo yo que me pasó lo mismo. Era portero en una discoteca, mal trabajo para un licántropo.

Daniel sabía que Matías estaba en la secretaría del instituto por enchufe, con un bedel sobraba, pero no tenía ni idea de en qué había trabajado antes.

—Fijo —expresó Daniel imaginándose la de conversiones espontáneas que podría sufrir entre

borrachos y gente cargante que quisieran entrar al local.

El paso entre las fincas se estrechaba, por lo que se juntaron un poco antes de volver a separarse. Comprobó que Matías y él eran prácticamente de la misma constitución. Daniel se había preguntado si su cuerpo seguiría ensanchándose como en los últimos meses o con su transformación se estancaba. No iba a protestar por su aspecto, pero tampoco quería parecer un gigante como Noel. Su vanidad se fue a paseo con la misma rapidez con la que apareció. Se le cerraban los ojos. Le pesaban horrores las piernas. Tuvo que hacer un esfuerzo por escuchar a Matías.

—Las vistas son para ver los progresos, y esa chica no controla ni un poco lo que puede hacer.

—Sí, eso me contó —dijo Daniel deteniéndose a la altura del cancello. Miró a Matías con pena—. Oye... ¿vas a pasar la noche otra vez en esa casa abandonada?

Matías sonrió enseñándole sus dientes blancos, un poco torcidos.

—Eh, que no está tan mal. Pero tranqui que no. Me voy para casa, yo también tengo sueño y me da que esta noche estarás demasiado ocupado roncando como para dar problemas.

—Ya te digo —aseguró Daniel más tranquilo—. Una cosa más... ¿Nos llevamos mal? No nosotros, me refiero entre condiciones. Tengo la impresión de que los brujos no nos tragan y los vampiros... bueno, apenas he tratado con ellos, pero... no sé.

Matías no respondió al momento, como si valorase la respuesta a dar.

—Es un poco lío. No nos llevamos mal, bueno, con los brujos todo es complicado porque son insoportables, pero en general, nos toleramos. Lo que pasa es que somos diferentes, con lo que es mejor no llevarse. A Noel no le gusta que nos reunamos al margen de la manada con ninguno de ellos para evitar malos entendidos y problemas. Después, como asentados, podemos hacer lo que nos dé la gana. Mientras somos dominantes, cada mochuelo en su olivo.

Daniel se quedó con esa explicación. El cansancio volvía a asaltarlo, no quería pensar, pero sí le veía un poco de sentido a la norma. No iban a poder ayudarse entre ellos y sin la afinidad hacia los de su condición podrían darse rencillas que no favorecían en absoluto a la comunidad. Recordó la actitud de Roi o el corte de Saúl al intentar preguntar por Adrián. Era muy probable que no se entendiesen jamás. Si debían convivir de forma pacífica, Matías tenía toda la razón. Cada uno en su lugar.

—Gracias, y perdona por tener que ser mi canguro.

Matías no parecía molesto en absoluto. Se dispuso a seguir avanzado para tomar otro camino estrecho entre terrenos.

—Otros me *cangurearon* a mí, es lo que hay. Que descanses. Hablamos.

Con esa intención, Daniel entró en el jardín y se detuvo en la cocina para saludar a su madre.

—Me muero de sueño, no estoy para nadie —avisó antes de darle un beso fugaz en la mejilla.

—¿No vas a cenar? —se preocupó Silvia.

Daniel agitó la mano en el aire a modo de negativa. Había picado algo en el castillo.

—Dormirrrrrrr —gruñó burlón y somnoliento. Se perdió por la puerta del pasillo, mientras su madre se reía de él.

39

LA TERRAZA

En el terrado del centro comercial había varias terrazas guarecidas bajo una enorme carpa blanca que protegía a los clientes del mal tiempo. En un extremo, sentados sobre un banco alargado de piedra, Sofi y Leo esperaban a los demás miembros de la pandilla. Entre comprar regalos y gastos varios, no iban a poder sentarse en las bonitas mesas redondas ni en los sillones de mimbre. Las consumiciones allí arriba costaban un dineral y, aunque se habían ahorrado el billete de tren, preferían destinar sus monedas a algo más asequible, como adquirir las bebidas en el supermercado.

Con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, Leo pasaba su mirada azul de la lata de Coca-Cola a su amiga. Sofi, con su botella de agua, lo escudriñaba con interés, y él no podía sentirse más incómodo. Se habían pasado un buen rato hablando de Elena Soto, compañera de toda la vida, y de su huida de clase. A saber por qué la directora había irrumpido en mitad de la clase y le pidió a Elena que saliera. No habían vuelto a verla en todo el día. Tras infinidad de cábalas se les acabó el tema y Sofía encontró otro mucho más interesante.

—Para ya, Sofi —protestó Leo mientras reseguía una gota de su lata con el dedo.

—No, Reyes tiene toda la razón. Hay que espabilarte.

Leo se tragó una maldición. Quería a Sofía con todo su corazón y mirarla sin poder tocarla le dolía horrores. Que ella lo mirase con esa atención lo superaba. En su papel, soltó un gruñido.

—Nada que empiece por «Reyes tiene razón» puede terminar bien.

Sofi le rio la broma, pero iba a mantenerse en sus trece. Necesitaba hablar de algo, llenar el silencio, distraerse. Había tenido un sueño muy extraño esa noche, aunque apenas recordaba trozos. ¿Había soñado con Saúl? ¿Con la guardia civil? La inquietud con la que se despertó, y la acompañó en todo momento, se convirtió en alivio cuando leyó en el móvil que no irían en tren. O igual lo que la hizo sentir bien fue saber que Leo estaría a su lado. En eso sí que era mejor no pensar.

—¿Qué me dices de Paloma? —preguntó Sofi. La compañera de clase llevaba años suspirando por él.

Leo apoyó la lata a su lado y se pasó las manos por el rostro. Adoraba a sus amigas, pero no el empeño que ponían en que ligara. Que viniera por parte de Sofía lo cabreaba. Sabía que fijarse en otras era una solución, la misma terapia recomendada para Reyes, pero él no era Reyes.

—Ay, Señor, dame paciencia porque como me des fuerza...

—No seas bobo —se quejó Sofi—. Eres un chico guapo, podrías traerlas a todas de calle.

—¿Por qué no os buscáis vosotras un novio y me dejáis en paz a mí?

—Porque darte la brasa es más divertido —respondió Sofi entre risas.

Leo la miró con falsa molestia.

—¡Pero que bichas sois!

—¡Ja! Tú espera a que Tasmi se entere —dijo Sofi con regocijo—. Te va a enviar a su ejército de estilistas y cuando acaben contigo no te reconocerán ni tus madres.

La expresión de horror de Leo no era del todo fingida.

—No creo que a mis madres le haga gracia no reconocerme, a mí no me la hace.

Sin poder parar de reír, Sofi alzó la mano al ver aparecer por el acceso a la zona a sus amigos. En cuanto estuvo segura de que los habían localizado, dejó de hacer señas. Se acercó a Leo hasta que sus brazos se rozaron y susurró con malicia.

—Isaac y Toni se pondrán de tu parte, pero también iremos a por ellos.

—Tenéis un problema grave —protestó Leo, tenso al notar su proximidad. Las ganas de girar la cabeza y atrapar la boca de Sofía parecían imparables—. Deberíais ir a que os lo miren.

Con una sonrisa divertida, Sofi esperó a que los chicos llegasen junto a ellos para preguntar por la que faltaba.

—¿No habéis visto a Tasmi por aquí?

Reyes se encogió de hombros. A su lado, Toni señaló el acceso del que habían salido ellos. Cada uno llevaba algo del súper en la mano y se distribuyeron por el banco, mirando con pesar las confortables sillas de la terraza.

—Ahí viene —dijo Toni.

De un solo vistazo a la adolescente alta y esbelta que zigzagueaba entre las mesas con expresión malhumorada, todos coincidieron en que el retraso tenía un motivo y un nombre. Semejante cabreo solo podía ser cosa de David.

Isaac y Reyes se encargaron de pegarse a Toni para que todos tuvieran un sitio. Tamara llegó justo a tiempo para sentarse en el extremo con un ademán indignado.

—Bachillerato en Londres —siseó. Encajó con brusquedad su bolso de marca entre la cadera y el reposabrazos del final del banco—, otra opción para largarse al extranjero —añadió todo lo furiosa que podía mostrarse una Barbie.

Toni no pudo tragarse el comentario.

—Y eso es malo porque...

Tasmi soltó un bufido.

—¿Cómo vamos a llevar una relación a distancia? No sé, es... complicado.

Reyes observaba a su amiga con curiosidad. Recordó la charla que habían mantenido la noche de la fiesta de los de segundo. Se preguntó si al final se habría acostado con David. Fue un poco más lejos, y se preguntó si Tasmi no se habría acostado con él por si eso lograba que continuase a su lado. La sorpresa le impidió pronunciarse. A ella no le gustaba David. Desde el primer momento le provocó el mismo rechazo que Noel. Cuanto más lo conocía, más se afianzaba. Tasmi se merecía algo mucho mejor que un adolescente pijo malcriado. David estaba demasiado enamorado de sí mismo como para sentir algo por otra persona. Por el contrario, a Tamara David le importaba, más de lo que cualquiera podría imaginar.

Isaac meneó la cabeza.

—Los dos tenéis pasta, fletar un avión y listo.

Tamara consideró la idea unos segundos antes de agitar las manos por si el resto no se había dado cuenta de que no era tan fácil. No se molestaron en explicarle que Isaac no hablaba en serio. La paciencia también iba incluida en el contrato de amistad y con Tasmí hacía falta más que con ninguno.

Reyes aprovechó la breve pausa de Tasmí, quien se masajeaba las sienes de forma dramática para retomar sus asuntos. Con su amiga ya hablaría más tarde, a solas, y con ayuda de Sofía.

—¿Habéis visto a Daniel?

Ante las numerosas negativas, Reyes bufó con fastidio. A su lado, Toni intervino.

—¿Sabéis algo de Elena? —preguntó como si nada, pese a estar preocupado por su compañera.

Leo respondió tras darle un trago a su refresco.

—Sofí y yo creemos que tiene que ver con su tía. Igual se escapó del manicomio.

—Es una residencia. No está en un manicomio —apuntilló Sofía.

—Pues debería —insistió Leo. La familia Soto vivía muy cerca de su casa, no podía decirse que fuesen los mejores vecinos, pero él había sido uno de los primeros en enterarse de lo sucedido años antes.

El grupo guardó silencio unos segundos, todos pensando en lo mismo. Elena llevaba toda la vida con ellos, en su clase. Si bien no formaba parte del grupo, sí la incluían en sus vidas. Que su tía hubiera intentado matarla era grave de por sí, pero lo que más les había impactado había sido el regreso de Elena tras el hospital. La niña con la que habían crecido, siempre alegre, dicharachera, la primera en organizar o apuntarse a cualquier cosa, no volvió. Elena había tardado mucho tiempo en comportarse más o menos con normalidad. Ahora podría decirse que estaba recuperada, pero suponían que su compañera llevaba muchas más cicatrices encima que las visibles.

Debía ser duro, muy duro, para toda la familia Soto. La madre de Elena había llamado a su hija como su hermana y su hermana había intentado hacerle daño. Elena, la tía esquizofrénica, llevaba los últimos años internada en una residencia, concretamente en la unidad de salud mental. Los chicos apenas la recordaban, porque no era una mujer que destacase. Normal, otra vecina nada relevante hasta que se le fue la cabeza. Costaba asimilar que alguien a quien conoces pierda el norte así, de repente. La pandilla le había dado mil vueltas en su momento, pasaron por infinidad de fases pero, como todo, la relevancia del suceso se fue diluyendo con el tiempo y la única constancia que quedaba eran las sutiles cicatrices de su compañera.

Para Toni la situación de Elena era más personal. Creía entenderla, casi se sentía identificado con ella, pues ambos eran víctimas de adultos irresponsables. El abandono de Toni no podía equipararse a la agresión sufrida por Elena, pero en cualquier caso, ellos eran víctimas y dudaba que los demás pudieran entender cómo se sentían realmente. Porque a pesar de no haber hecho nada malo, seguro que Elena, como él, se creía responsable de los actos de su familiar.

Por aligerar los ánimos y escapar de la impresión, se dejaron llevar por temas banales y simples. Series, televisión y deportes, hasta que se relajaron y Reyes volvió a insistir con Daniel. También más calmada, Tamara alzó la mano.

—Yo he visto a su nueva novia. Estaba en la tienda de disfraces comprando el vestido para la

fiesta.

—La fiesta —se lamentó Toni.

—Sí, la fiesta —repitió Isaac sin el menor entusiasmo.

—Sí, de disfraces —dijo Sofi sumándose al descontento general.

Tamara los miró con confusión.

—¿No os apetece? Va a ser divertido.

Hubo un breve silencio en el que los chicos se vieron obligados a asentir. En los ojos de Tasmí brillaba la emoción. Para ella no había nada malo en hacer una fiesta y que, además, esta fuera temática.

—¿Qué pasa con Ana? —preguntó Tasmí deseosa de algún cotilleo que alejara de su mente el empeño de su novio por irse lejos.

—Pues no lo tengo claro —dudó Reyes. La novia de Daniel no le generaba rechazo. Todo lo contrario que su amiga de pendientes largos.

—¿Han discutido ella y tu hermano? —se sorprendió Leo. Por lo que sabía, apenas habían empezado a salir.

Reyes torció el gesto. Sus ojos abarcaron la terraza y fueron un poco más lejos. En la calle lateral del centro, frente a varios edificios altos, había una hilera de motos tipo escúter que le resultaron familiares.

—No, con Ana no ha discutido —dijo Reyes con la atención todavía en las motos. No tuvo que esforzarse para entender por qué le sonaban. Eran las motos de David y sus amigos. Los arrogantes no podían sacarse el carné de conducir, pero tampoco iban a ir andando. Su única opción eran motos de 50, y de ahí las escúteres impecables. Ignoró el malestar que le generaba pensar en David y sus amigos—. Creo que es peor... Daniel ha discutido con Adrián.

—Qué raro —dijo Leo—. Son como el gordo y el flaco.

—Bueno —apuntilló Isaac con los ojos muy abiertos—, ambos se están poniendo tremendos.

Reyes sonrió con picardía.

—¿Tremendamente fuertes o tremendamente buenos?

—Ambas cosas —aseguró Sofi con un tono serio—, pero recuerda las normas: vetados los hermanos de tus amigos y los amigos de tus hermanos.

Tasmí se sumó al juego.

—Oye... siguiendo las normas... —le dijo a Reyes con aire pensativo—. ¿Si dejamos de ser amigas puedo liarme con tu hermano?

—Por supuesto —concedió Reyes sin reparos—. Por las normas, yo rezo todas las noches para que Daniel y Adrián se mosqueen.

El grupo rio con ganas.

—Aunque dejara de ser el *lamentablemente amigo de tu hermano* —intervino Toni—, no te le acercarías. Cobarde.

Reyes le hizo un gesto burlón, y de un manotazo se quitó de delante el dedo acusador de Toni.

—Y por eso voy a hablar con Daniel bien y sin meter cizaña, para recordarle lo bonita que es la amistad.

Leo se terminó su Coca-Cola antes de intervenir.

—Eso te honra. ¡Qué honestidad!

Sofi se apuró en hablar antes de que otro tema volviera a desviar su atención.

—Le comentaba a Leo cuánto puede hacer Tasmi por mejorar su *look*.

Frente al gesto de pavor de Leo, la expresión de Tasmi se volvió resplandeciente. La adolescente se puso de pie olvidando los disgustos que le daba su novio. Se plantó ante Leo, a un paso de dar palmas.

—¡Sí! No nos da tiempo para la fiesta, pero después estarás genial —aseguró Tasmi estudiando a su amigo—. Te he dicho mil veces que tienes que hacer algo con tu pelo. Tal y como lo tienes parece un estropajo. O lo cortas más, o te lo dejas largo.

Reyes también se centró en Leo, quien soportaba la observación de las chicas y las burlas silenciosas de los chicos.

—Largo, por los hombros o más —recomendó Reyes.

—¿Pero yo qué os he hecho? —se lamentó Leo.

Sin hacerle el menor caso, Tasmi dio su opinión.

—Yo prefiero corto, pero la melena también le quedaría bien.

—¿Luego le haréis trenzas? —se interesó Toni ganándose una mirada iracunda de la víctima.

—A mí me gusta más largo —dijo Sofi.

Leo dirigió hacia ella su frustración.

—A ti debería matarte —protestó entre dientes, logrando que Sofi rompiera a reír.

A expensas del grupo, Toni y Reyes cruzaron una mirada cómplice. Reyes había visto a su amigo observar los edificios ante los que estaban las motos de David, Pedro y el resto de la pandilla. Ambos sonrieron con regocijo.

—¿Cómo eres! —se quejó Tasmi—. Mira qué ojos. ¡Yo sí que mataría por esas pestañas!

Isaac silbó de forma exagerada.

—Me lo creo viniendo de ella, me creo eso y mucho más.

Leo gruñó por lo bajo.

—Bueno, ya está bien. Me buscaré una novia, o diez, para que me dejéis tranquilo.

Toni dejó su sitio y se pasó las manos por el pelo con aire casual.

—Voy al baño.

Reyes esperó tres segundos para ir tras su colega menos pacífico.

—Voy a ver si pilló a Ana y la sonsaco. Vengo ahora.

Leo, Sofi e Isaac se miraron con suspicacia. Reyes se alejaba y se perdía por la misma puerta por la que Toni había desaparecido segundos antes. Tasmi resopló y alzó las manos al cielo.

—¿Soy la única a la que le parece que esos dos traman algo?

Isaac le sonrió a Tasmi por el acierto y señaló la calle lateral, para resaltar las motos aparcadas en hilera. No necesitó más. Entre bufidos, los cuatro se pusieron de pie listos para seguirlos.

Toni y Reyes cruzaron la calle y se acercaron a las motos sin tener muy claro qué hacer. Ambos querían vengarse por las burlas, por lo mal que les caía David y el daño que le hacía a Tasmi, pero el cómo se les complicaba. Echaron un vistazo a su alrededor, viéndose solos. La calle apenas estaba concurrida y en la ciudad pocos solían inmiscuirse en asuntos de otros. No como en el pueblo. Allí no eran los hijos de ni los vecinos ni otra cosa que adolescentes anónimos. Una inquietante satisfacción asaltó a Reyes. Necesitaba liberar el mal cuerpo acumulado todos esos días. Toni ladeó el rostro y observó las motos.

—¿Jugamos al dominó? —preguntó con socarronería. Al estar todas en hilera, si tiraban una,

el resto igual caía, pero parecía poco probable. Las patas que asentaban los vehículos no iba a ponerlo fácil.

Reyes solo escuchaba un zumbido en su cabeza. Le parecía una idea fantástica y la estaba visualizando al margen de la física o las probabilidades. La primera moto era la de David. Una escúter negra. Casi elegante. Ni siquiera se lo pensó. Colocó una mano en el asiento, le dio un ligero empujoncito...

—¡Joder! —exclamó Toni dando un paso atrás cuando las motos, en efecto, cayeron una tras otra como si fueran fichas de dominó.

Varias exclamaciones similares lograron que Reyes y Toni palidieceran. El resto de la pandilla se les acercaba con expresiones que iban de la sorpresa a la diversión. Reyes sentía un extraño hormigueo en la mano que había puesto sobre la moto, pero también un júbilo impresionante. No había muchos daños, sí alguna rozadura y abolladuras, que era justo lo que buscaban. El problema iba a darse como los siguientes en aparecer fueran los dueños. Deberían salir corriendo y hacerse los locos. Por el contrario, las piernas de Reyes se negaron a moverse. Miró a Tasmi con determinación.

—Llama a David y cuéntale que hemos visto cómo cuatro tipos tiraban sus motos.

Tasmi ni cuestionó la orden, se llevó el móvil al oído con una ligera sensación de culpa. Leo fulminó a Reyes y a Toni con la mirada.

—No fueron cuatro, fueron dos —apuntilló alucinado, porque una parte de él se sentía hasta satisfecho.

—A mí no me da pena —aseguró Sofía con un encogimiento de hombros.

Ninguno lo sentía. Isaac dejó salir una risa nerviosa. La única duda era si podrían mantener la cara de póker en cuanto el grupito se reuniera con ellos. Estaban a punto de comprobarlo, porque David y sus amigos dejaban el centro comercial en ese momento. La expresión de David era de incredulidad y el ligero bronceado que tanto le favorecía se había ido a otra parte. Hasta su pelo rubio siempre bien cortado perdió brillo. El novio de Tamara se llevó el móvil al oído. Aunque en un par de zancadas podrían hablarse, contestó al teléfono, para que su novia le explicase lo que estaba viendo.

Reyes volvió a cruzar una mirada con Toni. No se arrepentían, en absoluto, y tomarles el pelo iba a ser muchísimo más satisfactorio que atentar contra las motos. Por eso, cuando el grupo de *post* adolescentes vestidos a la última con marcas bien reconocidas se reunió con ellos, fueron los primeros en hablar.

—Lo siento, tíos —aseguró Toni mirando las motos tiradas con expresión de pesar.

Reyes señaló la parte de arriba del centro comercial.

—Estábamos allí y vimos a un par de chicos raros revoloteando. No sabíamos qué iban a hacer, pero bajamos cuando empujaron las motos. Creo que pretendían dejarlas inservibles.

Sofía se vio interviniendo sin la menor idea de dónde salía el arranque para mentir o hablar frente a desconocidos.

—Sí, iban con unas barras metálicas —dijo, y a su mente acudió la pandilla de Saúl, armados con las improvisadas barras en una estación de tren.

Entre bufidos y maldiciones, David y sus amigos se acercaron a sus vehículos. No les dieron las gracias por avisarlos ni por haber espantado a los atacantes ni por mostrarse afligidos ante los daños. De tan enfadados se olvidaron de ellos y se volcaron en su drama, lo que logró que se

sintieran todavía menos culpables. Como sobraban, se dispusieron a irse y dejarlos refunfuñando. Tras cruzar la calle, Reyes miró por encima del hombro. Los ojos negros de David dieron con los suyos y ella tuvo la impresión de que el novio de Tasmi no se creía del todo lo de los atacantes anónimos. Por mantener la farsa, le hizo un gesto de comprensión y la expresión de David se suavizó. Ella devolvió la vista al frente, sonriendo con todo su regocijo.

—Lo siento, Tasmi —murmuró por lo que a su amiga pudiera afectarle.

Tamara resopló y enganchó un brazo con el de Reyes. Pegó la cabeza a la de su amiga.

—Con lo que me cabrea que quiera irse... ¡Qué se fastidie! —cuchicheó para sus amigos.

En los luminosos pasillos del centro comercial, les faltó tiempo para reírse de la jugada. Sería un secreto solo suyo, y no hizo falta decidir que, si bien era la primera vez que se buscaban problemas, no iba a ser la última.

40

LA CENA

Saúl recogía los platos de la mesa. De espaldas a él, frente al fregadero, Nieves contuvo las ganas de llorar. Sus ojos vidriosos se esforzaron por eludir los reflejos que reproducían la modesta cocina y ver a través de la pequeña ventana el jardín trasero. Bajo el oscurecido cielo sin luna estaban sus flores. Al parecer, lo único que se le daba bien.

Nieves no esperaba una cena divertida, ni que sus hijos bromearan entre ellos. Había conseguido sentarlos a la mesa al mismo tiempo, que ya era todo un logro. Sin embargo, sí que había esperado cierta paz, por lo menos hasta que ella soprase las velas de la pequeña tarta. Con resignación, decidió que, para el año, los regalos se darían después del postre. De espaldas a su hijo mayor negó para sí misma. No podía ser tan ilusa, si no era por una cosa, era por otra. Saúl era incapaz de entenderse con Toni. Y eso le dolía. Porque era su madre y porque cada vez estaba más próximo el momento en el que Toni necesitaría el apoyo de su hermano por su condición.

Quería tratar el tema con Saúl, pero no sabía cómo. La dureza que Saúl infringía a Toni se le estaba yendo de las manos. Cualquier detalle bastaba para que la emprendiera con el menor. Como esa noche, que lo había tratado con todo su desprecio por regalarle un libro electrónico de los Santomé. También ella hubiera preferido otro regalo, no porque no le gustara, sino porque no dejaba de parecerle caridad. Pero los argumentos de Toni le bastaron, y la emoción que percibió cuando le entregó el paquete mal envuelto. Era un buen regalo para ella, ya había visto modelos que no se podría comprar. Tasmí no lo usaría y, en realidad, los Santomé poco habían tenido que ver en el presente, sabía que era cosa de los chicos. A Saúl le dio igual. Lo sacó todo de contexto y lo único que consiguió fue que Toni dejase la cocina mordiéndose la lengua para no ponerse a llorar.

No le entraba en la cabeza cómo Saúl no veía lo que Toni sentía por él. Ojalá pudiera explicarle su admiración, el cariño que, pese a todo, le guardaba. Pero Saúl tampoco se entendía con ella, no parecía entenderse con nadie. Nieves apenas recordaba cómo era charlar con él. Cuando su marido se marchó, Saúl había sufrido mucho y ella no pudo estar ahí porque debía matarse a trabajar para que no los ahogaran las facturas. Para cuando se convirtió en brujo, no podía ayudarlo porque era algo que escapaba a su entendimiento. En ese momento perdió a su hijo mayor y parecía que no iba a recuperarlo jamás.

En el trato con sus hijos, no jugaba a su favor su sentimiento de culpa. Apenas estaba con

ellos, era incapaz de mediar entre ellos para que se llevaran bien y tampoco podía endulzar lo relacionado con la maldición. La mitad del tiempo ni siquiera sabía cómo entablar conversación con ellos.

Lo poco que sabía del mundo de sus hijos se lo debía a Silvia. Ella hizo todo lo posible por explicarle una maldición de la que, hasta la conversión de Saúl, no había tenido noticia. Incluso ahora, y a pesar de las evidencias, seguía sin entenderla del todo. Si tenía alguna duda, cuando tenía tiempo para algo que no fuera trabajar, hablaba con Silvia. No podía estarle más agradecida. Esto no evitaba la envidia. Silvia y su hijo mayor se entendían, seguro que también se entendería con Toni, pero la presencia de Silvia era lo mejor que les pudo haber pasado a los tres.

Nieves se sentía tan inútil como impotente. Los quería muchísimo, pero tampoco encontraba el momento de decírselo. Quizá estuviese ciega, igual Toni no era más que un vago y Saúl un delincuente. Los vecinos no dejaban de chismorrear sobre lo que el mayor hacía o dejaba de hacer. No los creía, pero de tanto repetir lo mismo habían conseguido sembrar la duda en ella. De soslayo, lo observó mientras él se ocupaba de sacar el mantel. Su cuerpo fibroso parecía temblar por la tensión, como si no se relajase nunca, o al menos delante de su familia. No sabía cómo era con los otros brujos, ni siquiera los conocía, salvo de vista. Su único referente era Lucas, su sobrino, pero apenas lo veía a él o sus padres.

Se armó de valor, repitiéndose que era su madre. Como hablar sobre Toni estaba abocado al fracaso, se limitó a entablar conversación.

—Sé quién está detrás del regalo de Toni, pero no del tuyo. Y no me digas que se te ocurrió a ti. No te lo crees ni tú.

La voz de su madre sacó a Saúl de su ensimismamiento. El tono le molestó, como si no pasase nada. Acababa de arruinarle el cumpleaños, Toni estaría en su cuarto llorando, pero ella seguía con miedo a hablar con él. A veces agradecía esto, otras, le dolía.

—Qué más da, tengo mis recursos.

Nieves aclaró un par de platos antes de atreverse a indagar más.

—¿Cómo se llama ese recurso? ¿La conozco?

Saúl la miró con sorpresa, pero su madre le daba la espalda. No era la primera vez que intentaba darle charla, pero sí que se metía tanto. Tuvo que corregirse, prefería que no se tomase tantas molestias con él, sobre todo porque si de algo no quería hablar con nadie era de Inés.

—No lo flipes que no van por ahí los tiros.

—Venga, eres un chico guapo, seguro que encontrarás a una...

—Mamá, déjalo.

Nieves casi obedece. Sin embargo, alentada porque la había llamado «mamá», y no por su nombre como hacía la mayor parte de las veces, continuó.

—Como seas tan hermético y seco con ella, mal te va a ir.

A través del reflejo de la ventana, Nieves comprobó cómo le había sentado a Saúl su comentario. Las facciones de su hijo, adornadas con el brillo de los pendientes, se crisparon. Saúl iba a atacar.

—Seguro que sigo tus consejos, a ti te fueron de puta madre con papá.

Dolida, Nieves se volvió mientras se secaba las manos con el paño.

—Eso no es justo y lo sabes.

Saúl sabía que acababa de hacerle daño, pero le fue imposible cambiar su actitud.

—Es la verdad.

Lo único que consiguió que Nieves no se viniera abajo fue la rabia que la envolvió. Podría decirse que su hijo mayor había heredado de ella su carácter, pero sin ningún tipo de autocontrol.

—¿Que no eres justo? Claro que lo sé —replicó dispuesta a aprovechar su arranque—. Te estás pasando con Toni, conmigo, sabes que tu hermano te...

—No me jodas, Nieves —dijo Saúl interrumpiéndola. No quería escuchar una sola palabra más—. No le haces ningún favor tratándolo así. ¿Por qué no le dices la verdad sobre ese cabrón? No tienes ni idea de lo que le va a suponer lo que le toca, no va a saber encajarlo si sigues protegiéndolo de todo.

—¡Para eso estás tú! —estalló Nieves—. ¿Es que no puedes entenderlo? Va a necesitarte...

—¿Estas de coña? —Saúl se negó en rotundo. Él no podía hacer nada por lo que iba a pasarle a Toni, nadie podía—. Es tu hijo, no el mío. Yo no pedí esto ni pienso cargar con el marrón.

Sin nada más que decir, Saúl le dio la espalda a su madre, ignorando cualquier palabra que saliera por su boca. Cogió la cazadora, las llaves y el casco, y cerró la puerta principal de un golpe. Con paso enérgico, recorrió el sendero mal delimitado que conducía a la pequeña puerta del vallado que cerraba la propiedad. Su moto lo esperaba junto a la carretera. Solía meterla en el jardín por la noche, pero sabía de sobra que la cena no terminaría bien.

Desde su paseo por la estación de tren se sentía a punto de estallar. Cuando comprendió quiénes serían las cinco víctimas por poco se va al suelo. Toni podría haber muerto esa tarde de no ser por Ignacio. Y tanto que se habría creado una guerra. Faltaba uno para señalar a la pandilla completa y dio por supuesto que solo sobreviviría Tamara, porque los vampiros paranoicos, Antón a la cabeza, le habrían impedido ir sola a ningún lugar. El resto, de dar por hecho que Reyes fuese al final una vampira, caerían. Todos con hermanos mayores, todos de una condición, todos dolidos por la pérdida y por no haberlo evitado. Una guerra no, una matanza, y él sería el primero en cargar contra Noel, sin importarle lo que le supusiera. Ahora, lo habían evitado, pero el mal cuerpo no se iba porque sentía que, lejos de resolver el problema, solo se habían metido de lleno en un peligro mayor. Como muestra, el ataque de la sirena. Directa a por el hombre que impidió que terminasen matándose entre ellos.

Todo le parecía un inmenso error. La actitud de su madre y también la suya. Que le pidiera apoyar a Toni se escapaba a su control. Saúl recordaba lo sentido al descubrir su condición. No pensaba ser el paño de lágrimas de Toni porque ni sabría qué hacer ni le gustaba verlo sufrir.

La madera de la valla crujió, le pareció que el aire se cargaba de estática. Respiró un par de veces en busca de calma. Que no pudiera usar su poder a su antojo no significaba que este no se manifestara, impulsado por lo mucho que necesitaba desahogarse. Desterró a su madre, a Toni y a Inés de su mente. Casi lo consigue, pero a los cinco segundos estaban de vuelta los tres, con el efecto de sus palabras en sus rostros. Se puso el casco de forma brusca, sintió una punzada de dolor. Arrancó y, sin rumbo, dejó la casa atrás.

Toni no entendió lo que habían hablado su madre y su hermano, pero había escuchado los gritos. Sentado en su cama, se limpió las lágrimas lo mejor que pudo, dispuesto a salir a defender a su madre. Cuando estaba abriendo la puerta de su cuarto, su hermano estaba cerrando de un portazo la principal. Habría ido tras él si no le preocupase más su madre. Temeroso de lo que fuera a encontrarse en la cocina, contuvo la respiración. En su cabeza se daban un millón de hipótesis, no entraba la violencia física, pero sabía cuan duras podían ser las palabras de Saúl.

Como esperaba, su madre no estaba bien. De pie en mitad de la cocina, sostenía el paño de la loza y apretaba los párpados con fuerza. Su expresión triste, casi desolada, estuvo a punto de hacerlo llorar a él también. Pero alguien debía ser fuerte, por eso se controló.

—Mamá —dijo en un susurro.

Nieves no abrió los ojos. Lo único que quería era estar sola, no cargar a su hijo pequeño con su dolor. Si no podía evitar que sufriera, al menos lo retrasaría todo lo que le fuera posible.

—No te preocupes, Toni. Vete a dormir.

Toni dudó. Una parte de él prefería desentenderse, pero en el fondo sabía que ella también lo necesitaba. Se acercó con lentitud y la abrazó.

Nada más sentir sus brazos rodeándole el cuerpo, Nieves se aferró a él y rompió a llorar.

—Lo siento mucho, cariño —dijo Nieves sin saber a qué se refería en realidad—. No ha pasado nada, ya sabes cómo es tu hermano. Mañana todo estará bien.

—No, mamá —dijo Toni con decisión. Se apartó y la cogió por los hombros—. Se está pasando, cada vez se pasa más. ¿Qué pasa?

Con una sonrisa triste, Nieves acarició el rostro de su hijo. Era demasiado pronto para hablar de maldiciones. En eso estaba de acuerdo con la madre de Reyes, como la mayoría de los padres de los chicos. Muy pocos en el pueblo optaban por sincerarse con los menores antes de tiempo. De un modo u otro el cambio era duro, tenían derecho a disfrutar de una vida normal.

—Tu hermano está enfadado con el mundo —sintetizó incapaz de dejar de mirarlo. Le daba lo mismo lo que los demás dijeran. Su hijo era bueno, ponía la mano en el fuego a que llevaría el tema mucho mejor que el mayor.

—Pues que la pague con él —protestó Toni, incómodo por el modo en el que lo miraba su madre. Con lo poco que se veían, y por culpa de Saúl, los momentos íntimos o afectivos apenas se daban. No sabía cómo asimilarlo, y se separó azorado.

—Ya lo hace —aseguró Nieves con pesar, porque le hubiera gustado seguir abrazada a él.

41

UN DEMONIO BUENO

Carlos daba vueltas en su habitación. Era tarde, no quería pasarse otra noche durmiendo mal, pero no iba a conciliar el sueño sabiendo que su madre seguía en la cocina con la mirada perdida. La cena había sido rara, tanto como el día anterior, y él tenía muchísimo miedo. No era algo lógico, pero no podía desprenderse de la sensación desagradable.

Con sumo esfuerzo, trató de calmar sus nervios y dejó su cuarto para bajar junto a ella. También quería pedirle que lo llevara hasta el almacén de disfraces que había a unos kilómetros, pero no encontraba el momento de sacar el tema.

Desde el umbral de la cocina, la observó unos segundos. Su madre no era fea ni guapa, pero una especie de sombra crispaba su rostro y se llevaba su expresión afable. Las bolsas bajo sus ojos competían con las ojeras por destacar.

—Mamá, ¿no vas a acostarte? —preguntó Carlos con un nudo en la garganta. Le dio la impresión de que la luz de la lámpara carecía de fuerza, como si estuviera a punto de fundirse alguna bombilla. Era siniestro.

Irene giró el rostro para mirar a su hijo. Intentó sonreír, pero supo por el gesto preocupado de Carlos que no lo había conseguido.

—Enseguida —respondió antes de volver a perder la mirada.

Carlos no supo qué hacer. Le entraron ganas de acercarse a ella y zarandearla. Si no supiese con certeza que su madre no tomaba drogas, la creería colocada. El mismo miedo que reptaba por su espalda lo hizo retroceder y volver a su cuarto. Se metería en la cama, se cubriría con las sábanas hasta las orejas y rezaría para que la noche pasase rápido y el día pusiera fin al malestar. Se aferró a la ilusión que le provocaba la invitación de Reyes, era lo único que podía mitigar su inquietud.

En la cocina, Irene sintió una fina lágrima deslizarse por su mejilla. Esta cayó sobre la mesa, junto a su inmóvil mano. No veía la hora de poder ser franca con Carlos, pero todavía faltaban un par de años.

Lo que la sumergía en un estado similar a la catatonía era la presencia de la magia, la fuerza de las primeras conversiones y los conjuros de los brujos. Y el riesgo a que no se siguieran las normas. Sentía el poder del pueblo, de los habitantes, de los señalados y de los que estaban próximos a convertirse. Si se estaba quieta el tiempo suficiente, pasaría, no cedería a las ganas de

sumarse y empezar a conjurar. Llevaba años manteniendo su poder en letargo, ignorando las grietas, podía hacer frente a sus instintos. De momento, lo conseguía. Los rastros sobrenaturales ponían frenéticos a los demonios y ella no dejaba de serlo. Una cambiaformas cuya habilidad le permitía adoptar por completo la condición de humana. No era peligrosa, pero los matices no importaban. O se era de las cinco condiciones, o no se era nada.

El odio que esto generaba también era algo contra lo que combatir día a día, cuanto más en el pueblo del que surgió la maldición. Irene no sabía qué impulso la había obligado a buscar casa allí. Se debatió durante meses, era una locura. Como demonio íntegro estaba en armonía con su condición, sabía que tenía poder. Pensó que no soportaría el influjo de la magia ni verse rodeada por las cinco condiciones a gran escala. Sin embargo, fue un acierto. El lugar impedía que bajase la guardia, y esto evitaba que cediera a la tentación de echar mano a su poder. No era fácil, pero sí efectivo.

En su opinión, la maldición no lo era en sí para los humanos ni para los descendientes de las principales familias ni para los demonios en particular. Todos sufrían por ella. Los que pertenecían a las cinco condiciones veían truncadas sus vidas a los dieciocho años. Igual que la mayoría de los demonios. Quizá antes de todo, al comienzo de los siglos, los demonios nacían como tal. Era imposible saberlo. Entonces, llegó el final de los cinco, entre los que se encontraba el brujo por antonomasia. A partir de ese momento, con la maldición, cualquier ser sobrenatural tenía una edad.

Recordaba bien cómo fue el suyo. Ni siquiera lo vio venir, y hasta se alegró de tener poder. Se vio como una superheroína, salvaría al mundo y todos gritarían su nombre. Pero no controlaba sus poderes y sus pretensiones comenzaron a ser imposibles. La solución era sencilla, no podía usar su poder para arreglar nada, solo para destruir o aprovecharse de los demás. El camino del bien le estaba vetado. Esa era su maldición.

Como el poder llama al poder, no tardó en verse rodeada por otros demonios más o menos peligrosos. Durante mucho tiempo se contagió de su egoísmo, de su rabia y su ansia de venganza. No podían poner una mano sobre ninguno de los cinco, a menos que estos fueran contra las normas, pero eso no evitaba que se murieran por hacerlo. Afortunados vampiros, brujos, licántropos, inmunes y presencias, que estaban protegidos. Porque al no poder descargar toda la ira contra ellos, los demonios lo hacían entre ellos. Y ahí sí podían atacar sin limitaciones. Nada aseguraba su bienestar. Cuando el padre de Carlos murió, comprendió que el único modo de darle un futuro a su hijo era comportarse como lo que no era, o la perdería a ella también.

La información que tenía sobre el tema procedía de los abuelos de Carlos. Irene también los odiaba a ellos porque adoraban su terrible condición y la repudiaban por comportarse como una humana común. No tuvo más alternativa, cuanto más usaba su poder, más fácil era que la encontraran los demás. Lo sabía bien.

El padre de Carlos había muerto a manos de un demonio. Él también lo era y, como tal, solo podía usar su poder en su propio beneficio. Era brillante en la extorsión y en convencer a otros para que hicieran lo que él quería, pero ni todo su talento lo salvó de un elemental. Durante mucho tiempo Irene se preguntó por qué fueron a por él, hasta que entendió que, simplemente, le tocó.

En el pueblo había demonios elementales, estaba segura, y por eso debía poner especial empeño en ocultarse. Uno solo ve a los elementales, demonios justicieros en la cima de poder, cuando ya es demasiado tarde. Ella podía sentirlos, y aquella extraña corriente de aire que a veces

la rozaba no era brisa. También había algo en el agua, un demonio menor, un bífido. Por lo que sentía, la parte humana había sido anulada, como si el demonio se expusiera en todo su ser. Quizá gracias a una grieta, el ser campaba a sus anchas allí. No lo sabía con certeza ni pensaba comprobarlo, no con los elementales por allí. Las cinco condiciones temían a estos demonios, ni siquiera hablaban de ellos por miedo a que aparecieran, cuando en realidad los tenían encima. A ella le parecía tan obvio que no entendía cómo no lo sabían. Seguro que los brujos estaban al tanto, y quizá por eso guardaban silencio.

Poco importaba su empeño, los elementales no se irían. Estaban ansiosos por que alguien rompiera las reglas para poder entrar en el juego. Aprovechaban las grietas que creaban los titubeos de los miembros de las cinco condiciones en el cumplimiento de las leyes establecidas. Una y otra vez, persistían. Daba igual cuánto lograsen repelerlos. No descansaban nunca, y ella sabía que algún día se abriría una grieta lo bastante grande para que consiguieran burlar la protección. Entonces, los pertenecientes a las cinco condiciones estarían perdidos. Irene no pudo evitar el regocijo. Una parte de ella deseaba que fueran castigados, hasta que les ponía rostro y nombre. Todos eran vecinos, la trataban como a una más y se comportaban como cualquier humano.

Su mente volvió a su hijo. Él sería algo, lo sentía. De los cinco o demonio, bueno o malo, le era imposible adivinarlo. No había una regla con ellos. Los descendientes de las familias malditas no podían ser demonios, pero nada impedía que los demonios tuvieran como descendencia a uno de los cinco. Lo que fuera, ella haría todo lo posible para que se inclinase hacia el bien, aunque eso supusiera cortar toda relación con sus abuelos. Si Carlos se dejaba influir por ellos, abrazaría el mal.

Irene intentó moverse, debía regresar a su habitación y descansar. No quería preocupar a Carlos. Apenas consiguió estirarse en la silla. Sintió el hormigueo, la estática, que provoca la magia. Seguiría sentada en su cocina un rato más. Era lo mejor.

FAVOR POR FAVOR

Cerca de la estación de autobuses de Vigo había varias cafeterías que abrían las veinticuatro horas. Saúl escogió la primera que vio. Aparcó la moto, entró y se sentó en una de las mesas más reservadas en la zona de fumadores, que se reducía a un estrecho rectángulo. El frío que se colaba por las ventanas sin cristales lo molestó, pero pronto entraría en calor. En una de las pantallas planas que colgaban del techo, Freddie Mercury vestido de mujer pasaba la aspiradora al ritmo de *I want to break free*. Saúl ignoró el televisor con un gruñido. Lo que menos necesitaba era a Queen recordándole lo mucho que deseaba ser libre.

La camarera no tardó en acercársele, no parecía muy entusiasmada con el turno, por lo que fue bastante seca. Una suerte, Saúl odiaba a los camareros que trataban de entablar conversación. Pidió la primera copa y avisó que serían muchas más, por lo que compraría la botella. Mejor eso que tener que llamarla a cada rato. Pagó por adelantado, después iba a serle más difícil. La chica le puso mala cara y se marchó. Volvió pronto y estudió su aspecto para deducir si le daría problemas.

Saúl no quería problemas, por eso iba a emborracharse. No se molestó en explicárselo. Hubiera preferido beber en otro sitio, pero en vista del el frío de la noche se veía obligado a buscar cobijo. Como tantas otras cosas, ser un brujo no evitaba las neumonías y ya iban dos demasiado seguidas. Mejor beber en un bar que no beber en el hospital.

El efecto del alcohol no era inmediato, por lo que no pudo evitar que los recuerdos, el remordimiento y la preocupación lo asaltasen. Había sido un imbécil con Toni y con su madre. Se arrepentía y se justificaba a partes iguales. Ya estaba hecho y, a su pesar, volvería a hacerlo una y otra vez. El pasado lo arrastró sin remedio.

Cuando su padre se fue, creyó que no podría pasarle nada más terrible. Tenía a su madre, a sus amigos, a su hermano. Fue más o menos feliz hasta el día que cumplió dieciocho años. Nunca había sido un santo, su carácter era, de por sí, alocado, y de vez en cuando se pasaba con las cervezas. Muy a su pesar, estrenó su carné de conducir y el primer paseo en el coche de su madre, contra el sólido palco que había en la plaza del pueblo. La impresión pudo con él. El lugar estaba concurrido y todos lo miraban. A sus vecinos solo les faltaba señalarlo o ponerse a tirarle piedras. Saúl recordaba la angustia, no quería seguir allí, siendo observado y juzgado, y mucho menos estropear el único coche que tenían. De pronto, el morro del coche apareció como nuevo,

ni un solo arañazo. Saúl ni siquiera podía definir lo que sintió en ese momento. Cuando asumió que acababa de arreglar el coche con solo pensarlo, se las vio con las personas allí congregada, todas atónitas, testigos del inverosímil suceso. Quería que se lo tragase la tierra. En vez de eso, lo que pasó fue que sus vecinos se quedaron estáticos y sus expresiones de confusión bastaron para hacerle saber que había vuelto a meter la pata.

Solo una persona no se vio expuesta, Silvia. De no ser por ella, a saber qué más habría sucedido. Silvia lo tranquilizó, como si no pasase nada, como si no acabase de producirse una situación imposible. Como si fuera lo más normal del mundo. Al final Saúl tuvo que darle la razón. Era lo más normal del mundo y él un brujo. Por extraño que pudiera parecer, la creyó. La charla que mantuvieron mientras las personas de la plaza parpadeaban y miraban a su alrededor con extrañeza, bastó para relajarlo y para que entre ellos se forjara un vínculo de amistad, y hasta consiguió que le hiciera ilusión tener poderes.

Años después, lo único que quedaba de esas emociones era su cariño hacia Silvia. Odiaba ser un brujo con toda su alma, su vida había dejado de pertenecerle, y cualquier atisbo de normalidad era imposible. Por culpa de su condición, fue separado de sus amigos de toda la vida, los únicos que entendían todo por lo que había pasado. Descubrió que la marcha de su padre era todavía más siniestra, pues no solo los había abandonado a ellos, sino que por su culpa murió gente. Tenía un poder que controlaba, pero que no dejaba de darle problemas, lo asfixiaba. Estaba a merced de cualquiera que necesitase ayuda, no podía negarse, debía plantarlo todo y acudir a donde fuera que lo citasen. Y ni siquiera podía usar su magia en beneficio propio. Cada vez que pasaba días sin darle empleo porque no había ninguna urgencia, era como si la cabeza fuera a estallarle. Y así sería hasta que otros ocuparan su lugar.

Tal vez por eso le molestaba tanto la actitud de Toni. No había pasado por alto que cada vez intentaba parecerse más a él. Esa chulería, esas cazadoras de motero y pinta de macarra, ese empeño por fingir que no le importaba nada. Dejó de pensar en su hermano pequeño, le resultaba demasiado doloroso.

El espacio a su alrededor comenzó a ondear. No era cosa de la magia, sino del alcohol. Sonrió satisfecho. En cuestión de segundos se sentiría mucho mejor. Cogería su moto y volvería a casa. No podía posponerlo mucho más si quería dormir algo antes de ir al trabajo. Miró la hora y sus ojos apenas alcanzaron a definir las manecillas. Podía ser un efecto óptico, pero parecía demasiado tarde.

Al echarse hacia adelante para tratar de ver mejor el reloj sobre el televisor, tiró el vaso de tubo. Se apuró en recogerlo, pero para cuando volvió a dejarlo en su posición, no quedaba un solo hielo en él. Levantó la mano para pedir un par de cubitos y se encontró con dos pares de ojos fijos en él.

—Mierda —gruñó al reconocer el uniforme de la policía nacional.

El más alto de los dos policías, la mujer, dejó su sitio en la barra y se le acercó con semblante serio. Con la cabeza, señaló el casco de la moto que descansaba al lado de la botella.

—No va a conducir, ¿verdad?

Saúl tenía dos opciones. Comportarse o terminar la noche en comisaría. Resultaba una decisión difícil, el alcohol y su aversión a cualquier tipo de autoridad se lo ponían en bandeja, pero aún no estaba tan borracho.

—Seguro que alguien viene a buscarme.

La policía le sonrió con todo su escepticismo.

—Seguro que sí, y nosotros lo veremos. Estaremos toda la noche justo ahí.

Saúl se tragó una maldición al seguir con su mirada emborronada la dirección que ella indicaba. El coche patrulla estaba aparcado en un lateral de la rotonda, desde donde tenía una vista perfecta de su moto. O se daba una urgencia, o no podría dejar el bar sin que los agentes lo supieran.

—Que tenga buena noche —dijo la policía antes de darle la espalda para volver con su compañero.

Saúl refunfuñó por lo bajo. No es que tuviese un centenar de opciones, pero había un par de brujos que podrían ir a recogerlo. Sacó el móvil a desgana y accedió al registro de llamadas. No estaba tan borracho como para pelearse con la policía, pero sí para llamar a Inés. Tras un par de tonos, una voz somnolienta contestó. Saúl entendió algo parecido a qué quieres. Con una sonrisa, contestó.

—Nena, vas a tener que devolverme el favor.

No tuvo que esperar demasiado, ni la pareja de policías tampoco. Saúl no dejó el bar hasta que un coche gris y sencillo se detuvo a la altura de donde había dejado su moto. Supuso que sería ella, no tenía forma de saberlo ni de evitar que la policía dejase el local con él. Tal vez por ir en compañía de los agentes, Inés salió del coche y lo miró preocupada.

Saúl le sonrió con diversión. Estaba bastante guapa para haber salido de la cama. Llevaba el pelo sujeto en una coleta perfecta, vaqueros ajustados, botines relucientes y una cazadora de alguna marca que él no reconoció.

—Tranquila, si los ignoras se van.

Como a los policías no pareció hacerle gracia el comentario, Inés perdió color en el rostro. Ella sonrió a los agentes a modo de disculpa y dijo entre dientes:

—Sube al coche, ya.

Con una carcajada, Saúl obedeció. Sabía de sobra que lo único que evitaba que los policías le pusieran las esposas era el apuro de Inés. Seguro que mañana él lamentaba también esto.

Con los labios apretados y una mueca molesta, la chica ocupó el asiento del conductor y regresó a la carretera.

—¿Adónde?

Saúl enarcó las cejas ante la bronca encubierta. Si iba a regañarlo, podía ser más locuaz.

—¿Te has puesto mona para venir a buscarme?

Las mejillas de Inés recuperaron el tono carmesí con fuerza. Saúl soltó una risotada.

—Eres un imbécil —replicó ella sentada muy recta en el asiento—. ¿Adónde?

Saúl podía seguir tomándole el pelo, pero se contuvo.

—A la fábrica. A estas horas, como me vaya para casa no despierto ni de coña.

Inés apartó los ojos de la carretera un momento para mirarlo con sorpresa. Al ver que no estaba de broma, protestó.

—¿Y dónde pretendes dormir la mona? ¿En la cafetería?

Saúl se rasco la barbilla como si lo meditase. La sensación de bienestar que lo envolvía lo animaba a ser más guasón que nunca.

—Qué va. En un banco, o en el cajero. Sí, en el cajero.

—¡Ay, Dios! —exclamó Inés—. ¿Hablas en serio?

Saúl le restó importancia.

—No es la primera vez, ni tan terrible... A menos que ya esté cogido, claro.

La expresión de rechazo que se mantenía en Inés solo logró que se riera con más fuerza.

—No jodas que te sorprende.

—Estoy flipando —se limitó a decir ella.

Saúl la vio coger un desvío. No sabía hacia dónde iba, pero no los llevaría ni a la fábrica ni al pueblo.

—¿Vas a llevarme a un hotel?

—Cierra esa boca —gruñó Inés.

A Saúl le pareció que Inés se debatía consigo misma. A pesar del alcohol en sangre, intuyó su destino. Un cosquilleo lo recorrió de pies a cabeza ante las expectativas.

—¿Vas a llevarme a tu casa? Nena, te va el riesgo.

Inés siguió con la atención fija en la carretera y mal gesto.

—En estos momentos solo eres un riesgo para ti mismo. ¿Qué pasa contigo?

El tono serio y la preocupación que captó por lo bajo disminuyeron las ganas de reírse y la borrachera.

—Si vas a sermonearme, puedes dejarme aquí tirado.

—No haberme llamado —cuchicheó Inés por lo bajo—. Dormir en un cajero. Vas a ponerte enfermo, ¡y deberías dejar de fumar!

Saúl miró hacia la carretera y apoyó la nunca contra el reposacabezas. El olor del ambientador floral comenzaba a marearlo.

—E ir a misa los domingos.

—Mira que eres desagradable —protestó ella deteniéndose en un semáforo.

Saúl aprovechó que le miraba para fijar su atención en los bonitos ojos de aire felino. Fingió sorpresa.

—¿No vas a misa los domingos? Me decepcionas, Inés.

Con los ojos entrecerrados, ella volvió a mirar al frente.

—Pero que hartita me tienes.

Saúl observó su perfil, la tensión de su cuerpo. Le dieron ganas de acercarse y besarla. El semáforo se puso en verde y él se mantuvo quieto.

—Mi madre opina lo mismo.

—Sí, lo creo. Seguro que eres un encanto con ella.

—Hoy no —reconoció Saúl. Al notar la tristeza que empezaba a asomar, retomó su actitud—. Por tu culpa.

—¿Qué? —exclamó Inés.

—No te hagas la loca —masculló Saúl antes de soltar una nueva carcajada.

—Estás pirado —zanjó Inés.

Eso no podía discutirlo, por lo que Saúl guardó silencio. La parte sensata volvía para echarle la bronca por haber llamado a la chica. Ahora iba de camino a su casa. No tenía ni idea de lo que significaba eso. Desde luego ella no parecía deseosa de pasar una noche de pasión. Su cabreo era tan palpable como el olor a alcohol de Saúl.

—Déjame aquí —Echó la mano hacia el tirador.

Inés lo miró preocupada por si se le daba por saltar en marcha.

—No voy a dejarte tirado, aunque te lo merezcas.

Terriblemente incómodo al ser incapaz de sonar autoritario, trató de razonar.

—Tía, ¿a ti qué te pasa? No pienso ir a tu casa.

Inés se mantuvo decidida.

—No dejaré que duermas en un maldito cajero. Si hace falta te echo un caldero de agua por encima para que te despiertes, por ganas que no sea.

Saúl cerró los ojos, pero el mareo hizo que los abriera rápido.

—Seguro que sí.

Los dos guardaron silencio. Por más que lo intentó, Saúl fue incapaz de no centrarse en que a ella le importaba lo que pudiera pasarle. Llamarla pasaba a ser uno de los mayores errores que había cometido, y la competencia era fuerte. El coche se detuvo ante la puerta de un garaje. Saúl empezó a notar la sangre palpitar en sus oídos. Se estaba poniendo nervioso y el ambientador le revolvió el estómago.

—Es probable que vomite —dijo con voz ronca.

Inés maniobró para encajar el coche en una pequeña plaza junto a un todoterreno.

—Mientras no lo hagas en una alfombra.

Saúl volvió a sonreír. Salió tras ella y la siguió hasta el ascensor mientras se conciliaba con su sentido del equilibrio. No pudo evitar mirarle el trasero ni que le gustase el conjunto.

Se cruzó de brazos para no ponerle una mano encima en cuanto se vieron en el reducido habitáculo. De paso, apoyó la espalda contra la pared. Si en algo tenía razón la chica era en que en ese momento no era un riesgo para nadie. Que no le hablase consiguió que su tensión se agravara. Volvió a seguirla como un perrito cuando salieron a un pasillo con tres puertas numeradas. Le molestó no haber prestado más atención para saber dónde estaban. Ni siquiera podría indicar la calle. En cuanto Inés abrió la puerta, Saúl se encontró con un estudio. Lo envolvió un olor agradable, la limpieza y el buen gusto estaban presentes.

Como si se avergonzara de algo, Inés lo hizo pasar, cerró con llave y señaló el sofá que había en el centro del espacio visible.

—No es gran cosa, pero es mío. Puedes dormir ahí. Tienes una manta...

Saúl la miró con gesto burlón. Estaba del todo nerviosa. Seguro que también ella se arrepentía. Antes de poder decir nada, Inés se le adelantó.

—Ni una broma, Saúl.

El tono autoritario chocaba con el brillo preocupado de sus ojos. Porque se lo debía y la veía incluso asustada, Saúl asintió.

—No voy a colarme en tu cuarto mientras duermes. Lo haría, pero es probable que tan pronto me tumbe me quede inconsciente.

Inés le sonrió divertida, en su mirada vio agradecimiento. Saúl le dio la espalda y enfiló hacia el sofá para no estropearlo.

—¿No vas a... bueno, avisar a tu madre? —titubeó Inés.

Lo cogió desprevenido, le pareció que estaba bien informada sobre él, o no habría formulado la pregunta. Supuso la fuente y apostaba porque Antón habría sido generoso en detalles y en su rechazo.

—No creo que le haga ni puta gracia que la despierte.

—Podría estar preocupada.

Saúl se volvió hacia ella. Si relajarla suponía que se metiera tanto en su vida, la prefería tensa.

—No, acostumbrada.

Había sido más brusco de lo que pretendía. Inés negó con la cabeza y se fue directa hacia una de las dos puertas que daban al espacio que hacía de salón, cocina, comedor y recibidor.

—Voy a por una manta. Esa puerta es la del baño.

Saúl tuvo ganas de emprenderla a golpes. Lo estaba estropeando todo. Se corrigió, no había nada que estropear. Cuando se fuera de aquel piso todo volvería a la normalidad, no se verían aunque el destino pareciera empeñado en que se cruzasen. No sabía si le molestaba más no volver a verla o verla a menudo. Se cruzó de brazos y esperó a que regresara con la manta. No la necesitaba, ya fuera la borrachera, el calor del piso o el enfado consigo mismo, tenía calor. Necesitaba dormir y dejar de pensar sandeces.

En cuanto ella le entregó la manta, Saúl se derrumbó en el sofá para dar por zanjada la charla. Sin cortesías ni buenas noches. Gruñó y se acomodó como pudo. Un sofá biplaza no es la mejor cama, pero tampoco lo era un cajero. La escuchó meterse en su cuarto, moverse por él. Luchó por ignorar sonidos y frenar su imaginación.

El mareo persistía. Tanto ese tan agradable que deja el alcohol, como el de su estómago. No veía la hora de darse una ducha, pero ni se planteó usar la de Inés. Su último pensamiento antes de caer rendido fue todo un alegato al remordimiento. Por la chica que le ofrecía su sofá, por su madre y por su hermano.

Abrió los ojos de golpe, desorientado en un primer momento, pero pronto recordó dónde se encontraba. Con el cuerpo entumecido, se sentó. La manta se escurrió por su abdomen hasta terminar en el suelo. Miró hacia la pequeña ventana incrustada sobre una mesa rectangular, junto a la zona delimitada como cocina. Los estores verdes, a juego con el tapizado del sofá, le permitieron ver que seguía siendo de noche. Él juraría que había dormido dos segundos, pero estaba lo bastante espabilado como para sentir el martilleo en la cabeza, tan típico de la resaca.

Su cazadora estaba tirada de cualquier forma sobre el respaldo. Buscó en los bolsillos hasta dar con su móvil y comprobó la hora. Le quedaban dos horas y media antes de entrar en la fábrica. Necesitaba el tiempo. Sin su moto tendría que ir andando o arrojárselas con algún autobús si lograba ubicarse y encontrar una parada. Habría hecho una excepción y llamado a un taxi que lo llevase hasta su vehículo, pero destinó el grueso de su dinero a la botella del bar. Se resignó. No cabía ninguna duda, era un completo desastre. Como no tenía ganas de que Inés terminase de comprobarlo, se movió con todo el sigilo que pudo y alcanzó la cocina sin encender una sola luz. No quería nada de ella, su mera presencia era de por sí un abuso, pero no pudo resistirse con el café.

Para que no lo delatase el microondas, lo tomó frío. No le sentó igual, pero sí apaciguó un poco el dolor de cabeza. El chasquido de una puerta al abrirse lo hizo suspirar. O él no había sido tan sigiloso, o ella no había dormido en toda la noche. Se la imaginó aterrorizada, sentada en una cama de sábanas blancas que le regaló su imaginación, encogida y con un cuchillo en la mano. Tuvo que morderse la lengua para no reír.

—¿Preocupada por si te desvalijo el chalet? —preguntó al tiempo que se daba la vuelta con la

taza aún en la mano.

Iba a seguir bromeando, pero a un solo vistazo se le secó la garganta. Inés llevaba un pijama de dos piezas que se ajustaba a su cuerpo. El pelo suelto rodeaba su bonito rostro, en el que la sorpresa indicaba que, o bien había olvidado que él estaba en su salón, o esperaba que siguiera durmiendo. Por su silencio, Saúl supuso se había olvidado.

—Deberías ir así a trabajar —aseguró Saúl con la voz algo ronca—. Te queda mucho mejor que el traje.

Inés movió las manos por su melena. Saúl no creía que estuviera peinándose, daba la impresión de estar a punto de tirarse del pelo. La vio soltar el aire. La chica salió de su inmovilidad y se acercó a él para prepararse otro café. En cuanto estuvieron a un paso, ella arrugó la nariz.

—Apesta.

Saúl no contaba con un comentario tan franco, por mucho que fuera verdad.

—Nena, que el desagradable soy yo.

Obtener un gruñido por respuesta era lo último que Saúl esperaba. Al parecer la chica amable tenía mal despertar.

—Date una ducha, luego te llevo a por tu moto —siseó Inés.

Seguro que el tono impositivo no era algo premeditado, pero a Saúl le sentó igual de mal. Sus ojos recorrieron la piel al descubierto. Las ganas de acariciarla se volvieron acuciantes.

—No.

Inés negó con la cabeza y murmuró para sí misma antes de hablarle a él.

—Haz lo que te dé la gana —dijo antes de coger su café y regresar a su habitación.

Contra todo pronóstico, y contra lo que deseaba hacer, Saúl también murmuró una protesta, pero fue derecho al baño. Su orgullo se debatió con su intriga y se apuró en acallar cualquier indicio relacionado con lo que ella pudiera preferir. Iba a quedarse y le iba a demostrar cuál era el más cortante de los dos.

Para cuando salió de la ducha, Saúl estaba de peor humor, porque se sentía mejor. No pensaba darle la razón a Inés, ni dejar que siguiera gruñéndole. Para colmo, encontró sobre la mesa dos tazas, galletas, cereales y una jarra con leche y otra con café. No recordaba la última vez que había desayunado con alguien.

Con el azucarero entre las manos y una bata corta en tonos crema sobre el pijama, Inés se acercaba a la mesa. La voz de Saúl la sobresaltó.

—No voy a desayunar contigo.

Inés dejó el pequeño bote y lo miró sin entender el tono de horror.

—Ya sé que no estás acostumbrado a la amabilidad, y al parecer tampoco a la cortesía. Yo voy a desayunar. Tú sueles comer, ¿no?

Saúl se sintió como un imbécil.

—Qué simpática.

Inés se frotó los ojos y resopló. Cuando dejó caer las manos, parecía agotada.

—Mira, traerte fue una idea pésima. Lo sé. Pero estás aquí, ¿vale? ¿Podemos pasarlo con normalidad? No me gusta madrugar ni compartir casa. Desayunamos, me visto, te dejo donde te recogí ayer y no volvemos a vernos nunca más.

Que pusiera en palabras sus pensamientos mandó al traste cualquier sensatez por parte de

Saúl. La chica le gustaba, encantadora y borde. Y estaba demasiado guapa recién levantada como para seguir manteniendo las distancias. Saúl se le acercó despacio, sin decir una sola palabra y sin romper el contacto visual, consiguiendo que Inés se revoliera inquieta. Él no estaba sereno, pero sabía ocultarlo mejor. Antes de darle tiempo a reaccionar, sujetó la cinta de su bata para atraerla contra él y besarla como llevaba tiempo deseándolo.

Inés no trató de impedirlo. Sus manos sostuvieron el rostro de Saúl y le devolvió el beso con la misma intensidad y la misma rendición. Sus corazones emprendieron un bombeo frenético mientras sus cuerpos se pegaban sin remedio. Saúl sabía bien lo que pasaba por la cabeza de Inés en ese momento porque sentía exactamente lo mismo que ella y por ella. Sin dejar de besarla, deshizo el nudo que mantenía la bata en su sitio. Coló los dedos bajo la tela del pijama para comprobar lo suave que era. Apenas separó sus labios para hablar.

—De acuerdo en todo, salvo en lo de no volver a vernos.

43

EL DISFRAZ

El sábado a primera hora, Irene estaba agotada. Había pensado pasarse la mañana durmiendo para recuperar un poco de sueño, pero las súplicas de Carlos se lo impidieron. Para él la fiesta en la mansión Santomé era importante. Ella no pensaba acudir al evento, pero debía hacer todo lo posible para que su hijo se integrara.

Al volante de su coche, Irene mantenía los ojos bien abiertos. En las noticias habían asegurado que la niebla sería un recuerdo al medio día, pero a esas horas, se le antojaba demasiado densa. Necesitaba salir a la carretera general y dirigirse hacia el interior. Allí no habría niebla. Sus sentidos estaban disminuidos por el cansancio, no necesitaba complicaciones climáticas. Maldijo por lo bajo. Carlos quería un disfraz genial y no lo encontrarían en la ciudad, o eso le había asegurado el chico. Se le metió en la cabeza ir al almacén que había antes de llegar a Pontearreas y nada lo hizo entrar en razón. Ni siquiera los kilómetros que los separaban. Toda la mañana perdida, horas robadas a su merecido descanso.

Para colmo, su hijo se mantenía en silencio. Irene adoraba su parloteo incesante. Pensó que la adolescencia cambiaría la unión que había entre ellos, pero no hizo más que fortificarla. Tenía mucha suerte. Sintió una punzada de culpa por egoísta. Sabía que en cuanto él hiciera verdaderos amigos ella ya no sería tan importante, pero era más sano que se relacionase con otros. Su mayor temor eran las chicas y los embarazos, pero tampoco veía el momento de tocar el tema. Se preguntó qué le pasaría por la cabeza. No pudo con la intriga.

—¿Y bien? ¿Por qué estás tan callado?

En el asiento del copiloto, Carlos observaba los árboles y casas que los separaban de la ría. Suspiró.

—En el disfraz. ¿De qué me disfrazo?

Irene no sabía qué responderle. Lo meditó unos segundos antes de hablar.

—¿De qué van tus amigos? No sé, sigue esa línea.

Carlos dejó ver su frustración en el modo de negar con la cabeza.

—Le pregunté a Reyes, pero no lo saben. Dicen que es cosa de Tasmi y la pija esa se pone toda dramática y no suelta prenda.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza ante el nombre de Reyes.

—¿Vas con ellos? Me refiero a... ¿son ellos tus amigos?

Carlos observó a su madre, intrigado al percibir la preocupación. Se fijó en sus manos, los nudillos estaban blancos de tanto que apretaba el volante.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada —respondió Irene con rapidez. Dejó escapar un suspiro de alivio al verse en la carretera general. La niebla se disipaba, una pena que no fuera a pasar lo mismo con la suspicacia de su hijo.

—Sí, claro —cuchicheó Carlos—. Desembucha.

Irene trató de sonreír con normalidad. No tenía una respuesta, solo una sensación. Reyes no le gustaba, tenía algo muy fuerte. Jamás cruzó palabra con ella, solo la había visto un par de veces, pero no necesitaba más. Esa chica era peligrosa. Ponía la mano en el fuego por que se trataba de un demonio o, mejor dicho, que algún día lo sería. Justo la clase de compañía que no deseaba para su hijo. Prestaría más atención al resto del grupo que la acompañaba a todas partes. Por lo poco que había visto, no sentía nada de ellos. O eran humanos, o de las cinco condiciones. No tenía forma de saberlo hasta que se convirtieran. Entonces, Irene podría señalar brujos, vampiros o licántropos. Los únicos que escapaban a su radar eran los inmunes y las presencias, a menos que ellos mismos le hablaran.

—Mamá, ¿qué? No te escaquees.

Irene se había olvidado de su hijo y de encontrar un pretexto creíble.

—No sé, ese grupo... ¡Qué sabré yo!

Carlos tuvo que conformarse con eso. Ella no sabía nada de los más jóvenes del pueblo porque apenas estaba en él. Sacaba en claro que no le gustaba la pandilla, y eso lo molestó.

—No sabes, no. Son geniales.

A Carlos, el temor por dejar el lugar le provocó un nudo en la garganta. No podía tener tan mala suerte de conseguir formar parte de la pandilla de Reyes y después tener que irse. Debía contemplar esa posibilidad, pero le costaba mucho. Intentó mantener los pies en la tierra. Ojalá pudiera quedarse allí para siempre, pero iba a ser difícil, se lo decía la experiencia. Su madre no trabajaba en el pueblo sino en Redondela, en una pequeña delegación de la Xunta. No sabía por qué vivían allí en vez de en la pequeña ciudad próxima, pero él nunca se quejaba.

Dos años antes, en Orense, su madre le informó del nuevo cambio de trabajo y de provincia. Por lo que le contó, como fue algo rápido, lo normal al ser interina, uno de sus conocidos le consiguió casa en el pueblo y ella no pudo rechazarla. Una vez instalados se acomodó y, como la distancia en coche no suponía demasiado esfuerzo, lo dejó estar. Pero la baja que cubría no sería eterna y las cosas se estaban poniendo peor para ella. Cada vez salían menos plazas, apenas había exámenes y la llamaban poco. Las temporadas que no podía cubrir alguna vacante, se veían obligados a volver a casa de sus abuelos en Rivadavia. Y la relación con los ancianos era muy tensa. Su madre siempre le dio a elegir, podía quedarse con ellos o ir con ella de un lado para otro. A Carlos no le gustaba ser siempre el nuevo ni tener que marcharse cuando empezaba a conseguir amigos, pero sus abuelos eran muy raros y la casa vieja en la que vivían le daba un poco de miedo. Sintió la mano de su madre acariciarle el brazo un segundo antes de volver a descansar sobre la palanca de cambios.

—Si quieres estar con ellos, a mí me parece bien.

Carlos le sonrió con cariño. Su madre lo entendía y, cuando no, se esforzaba por entenderlo.

—No pensaba en eso. Yo... me gusta este sitio.

Irene apartó los ojos de la carretera, deteniéndose en el *stop* que había en uno de tantos cruces.

—Y a mí, cariño. Haré todo lo posible por quedarnos —le prometió devolviendo los ojos a la intersección.

Se incorporó a otra carretera más amplia con una mala sensación. Le dio la impresión de que el aire agitaba los árboles de un modo extraño. Eso tampoco era brisa. Irene trató de conservar la calma, pero costaba. Intentó centrarse en Carlos. Conocía lo bastante bien a su hijo como para saber que lo que le gustaba era Reyes. La sensación de rechazo hacia la adolescente fue en aumento. Nunca se metía en las amistades de su hijo porque eran pocas y no tenía motivo. Ahora, era su responsabilidad como madre hacer todo lo que estuviera en su mano por mantener a esa chica lejos de él.

Ninguno de los dos vio el enorme tráiler saltarse el ceda el paso de una de las incorporaciones. Iba demasiado rápido y arrasó con el coche. Restos metálicos, goma quemada y jirones de tela llovieron sobre el arcén. Los cinturones mantuvieron en sus asientos los cuerpos de Irene y Carlos cuando los embistió el tráiler y cuando la furgoneta que venía en dirección opuesta lanzó lo poco que quedaba del vehículo contra el muro de piedra de una propiedad. El suelo se impregnó de aceite, gasolina y mucha sangre.

44

MIEDO

Adrián había seguido el consejo de Silvia y regresó con sus padres. Ahora necesitaba salir de su casa. Apenas había dormido un par de horas tras todo lo que su padre le había contado. El único motivo por el que no lo dejó de nuevo con la palabra en la boca fue el sentimiento que el hombre transmitía. Jamás lo había visto tan afectado, parecía haber envejecido diez años y era por su culpa. Entre lo que le había comentado Antón y lo que ahora sabía, no era para menos.

Los sábados por la mañana su casa siempre era una locura. No había clase ni demasiadas ocupaciones, y sus hermanos, ociosos, se convertían en un verdadero grupo de salvajes. Salió de puntillas, no fuera a sumársele alguno de los más mayores. Ese día lo quería para él. Pensaba acudir a la fiesta, allí no tendría otra que presentarse ante Noel, por lo que estaba ante sus últimas horas de libertad.

Al ver la mañana gris, se planteó acercarse hasta su futura casa, pero el trabajo lo absorbería y no podría atesorar lo que significaba no tener que rendir cuentas. Echó a andar. Ni siquiera cogió la moto. Una buena caminata era la mejor de sus opciones, y la haría a través del bosque para asegurar la soledad.

Perdió la noción del tiempo y lo único que lo devolvió al mundo fue un olor que conocía muy bien. Reyes estaba cerca, o lo había estado. Intentó situarse, pero era imposible viendo solo árboles y maleza. No tenía ni idea de dónde estaba. Lo peor, que el rastro podría ser reciente o a saber de cuándo. Su padre le había explicado cómo funcionaban sus nuevos y mejorados sentidos, y cuánto iba a tardar en controlarlos.

Se quedó quieto para contemplar su alrededor. Podía seguir a la caza de alguna carretera o terreno que le diera alguna pista de su ubicación o podía seguir a Reyes. No necesitó pensarlo demasiado. De hecho, fue inevitable que siguiera el rastro.

Cuando el olor del río fue más pronunciado empezó a orientarse. Nuevos aromas y hedores se entremezclaban desvelándole que se dirigía a la playa. Tenía sentido. Reyes salía a correr. Solía hacerlo con sus amigos, pero tampoco sería algo raro que lo hiciese sola. No era una buena idea ir junto a ella, lo sabía, pero siguió la dirección que marcaba su rastro. Pese a todo, no podía dejar de pensar en ella. Que también formara parte de un mundo imposible le parecía una señal, quizá Mónica tuviera razón y no fuera una locura intentar algo. Una pena que no tuviera demasiado claro qué sentía Reyes al respecto. Atracción había, su oído así lo indicaba cada vez que coincidían. Lo

quería, pero bien podría ser un enamoramiento adolescente. Por lo demás, a veces la entendía a la perfección, otras no tenía ni la más remota idea de qué pasaba por su cabeza.

Nada más ver una pequeña zona del río entre los árboles recordó a la sirena. Un miedo atroz se apoderó de él ante la idea de que Reyes estuviera en la playa, cerca del agua, al alcance de un ser como el que había visto. Sin perder un solo segundo, echó a correr sin preocuparse por el golpe de las ramas, las zarzas o los matorrales. La localizó sobre la arena húmeda, demasiado cerca de la orilla. Realizaba unos estiramientos de espaldas al bosque.

—¡Reyes! —gritó presa del pánico. Casi al mismo tiempo le dio alcance, la agarró por la cintura y la arrastró lejos del agua, interponiéndose entre ella y el río.

Cuando la tuvo delante, se encontró con un rostro pálido y sus ojos enormes más negros que nunca. Expresaban miedo e incredulidad al reconocerlo. Adrián comprendió que había exagerado y también que se había movido demasiado rápido. No supo qué decir. Recordó que al atraparla ella había gritado. Todavía la tenía sujeta por la cintura y la soltó, con una sonrisa de disculpa.

Reyes dejó su estupor para emprenderla a manotazos con él.

—¡Pero a ti que te pasa! —chilló con voz aguda—. ¡Me has dado un susto de muerte, idiota!

Adrián casi se ve de regreso a la orilla al tratar de guardar las distancias y que las manos de Reyes no dieran en el blanco.

—¡Ay, Reyes, para! —pidió, sorprendido por las ganas que la chica ponía en los golpes. Se vio obligado a sujetarla por las muñecas y entonces vio que estaba llorando—. Oh, no. Lo siento.

Avergonzada, Reyes intentó soltarse para darle la espalda. Adrián la liberó y trató de encontrar el modo de salvar el desastroso momento. No tuvo tiempo, Reyes se secó las lágrimas con la manga de la sudadera, cogió aire y se volvió para pedir explicaciones.

—¿A qué ha venido esto?

Adrián bajó la mirada con arrepentimiento.

—Te... yo... —No encontró ningún pretexto creíble, pero sabía que Reyes no cesaría hasta tener una explicación—. Te vi demasiado cerca del agua y me... preocupé.

Perpleja, Reyes pasó los ojos de él a la inofensiva orilla.

—¿Estás loco? ¿Me tomas el pelo?

Adrián maldijo por lo bajo.

—Lo siento, de verdad, solo era una broma.

Reyes le lanzó una mirada fiera. Adrián sintió un escalofrío bajo su intensidad, encontrándola más guapa que nunca.

—¿Qué os pasa a ti y a Daniel? —preguntó dejando a Adrián de piedra—. Y como me digas que es por la selectividad te arreo.

Adrián no tenía respuesta para eso, porque todavía no estaba seguro de qué sucedía. Su padre le había asegurado que Daniel tampoco estaba bien. Debía hablarlo primero con el hermano de Reyes, aunque para eso tuviera que desprenderse del resentimiento que en ese momento sentía hacia su amigo. Al ver que no respondía, Reyes siguió interrogándolo.

—¿Es por vuestras novias? ¿Qué?

Adrián se vio obligado a aclarar ese punto.

—No es por nuestras novias, yo no tengo novia, Reyes. La chica del otro día es una amiga. Mónica.

—Puedes llamarla como te dé la gana —replicó ella.

Adrián se mordió la lengua para no reírse. En efecto, estaba celosa. Sentirse correspondido le hizo imposible no esbozar una sonrisa.

—No te cabrees, de verdad, es solo una amiga.

El rostro de Reyes adquirió un color rojo intenso. Empezó a gesticular nerviosa.

—A mí no tienes que aclararme nada, son movidas tuyas.

La forma de defenderse y fingir indiferencia le pareció de lo más adorable. La abrazó por puro reflejo. No era la primera vez que lo hacía. A ella no le entusiasmaba, cada músculo de su menudo cuerpo se ponía en tensión, y por eso él lo hacía con bastante frecuencia a lo largo de los años. Ahora, ya no era un gesto tan inocente por su parte, pero lo disfrutaba de igual forma. Reyes era una persona cariñosa, pero con muy poca gente. Sabía que no le gustaba que invadiesen su espacio vital. Lo sentía por ella, él necesitaba abrazarla. Sintió su corazón, la agitación y se obligó a separarse. Sin dejar de sujetarla para que no se alejase demasiado, intentó sacarle el tema de Daniel de la cabeza.

—Todo va bien. No me pasa nada con Daniel. ¿De acuerdo? Es solo... estos días están siendo un poco raros —dijo sin perder la sonrisa, atrapado en sus ojos oscuros. Le acarició el rostro con la mano, el tacto de su piel le transmitió un calor que contrastó con el frío ambiente que los envolvía.

Reyes se aferró a sus palabras, y a su cuerpo. Sus manos rodearon la cintura de Adrián a medida que hablaba. El modo en el que él la miraba consiguió alterar su respiración. La caricia terminó de aturdirlo. Antes de pensarlo siquiera, se había puesto de puntillas para besarlo. Cuando sus labios se encontraron, le pareció que la sujetaba con más fuerza, estrechándola contra él. Levantó los brazos para rodear su cuello y dejó escapar un gemido cuando él se abrió paso con la lengua.

Por un momento, Adrián se olvidó de todo lo que no fuera ella. Sus manos la retenían contra él mientras su boca disfrutaba al verse correspondida. El deseo se instaló en su estómago. Llevaba una eternidad esperando ese instante. A su pesar, la situación por la que pasaba, la ausencia de Daniel, su condición o los años que los separaban, lo estropearon. La separó con toda la delicadeza que pudo y pegó su frente a la de ella.

—Reyes, no... —Fue lo único que consiguió decir.

Como si se hubiera despertado de un sueño, Reyes fue consciente de lo que acababa de ocurrir. Adrián entendió que se tomaba su negativa como algo más de lo que era. El horror y la vergüenza fue lo más perceptible.

—Yo... —susurró Reyes—. Ay, lo siento —añadió, antes de darle la espalda y alejarse con premura.

Adrián estuvo a punto de salir tras ella. Se contuvo. No podía dejarla creer que él no sentía nada por ella, pero tampoco sincerarse. Se frotó el rostro. Con todo, no se arrepentía lo más mínimo.

Un carraspeo consiguió que se pusiera en guardia. A solo dos pasos reconoció a Saúl con una mueca burlona. Ni él ni Reyes lo habían visto, pero debía llevar allí un buen rato. El brujo le hizo un gesto con las cejas y soltó una carcajada. Adrián se dio cuenta de que en la mano llevaba un aparatoso rifle.

—Supuse que queríais intimidad.

Adrián se sintió abochornado y molesto. El arma debería imponerle respeto, pero no temía que

Saúl fuera a dispararle. Se fijó bien en sus ropas. Sobre el pantalón vaquero holgado, unas botas de goma cubrían sus piernas hasta casi los muslos, y llevaba sobre los hombros algo parecido a un chubasquero.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Bastante —lamentó el brujo acercándose a la orilla mientras hablaba—. La niña llegó y no me pareció buena idea que viera el rifle.

Adrián se aproximó a él, pero se detuvo a unos pasos de la orilla. Aparte de no llevar unas botas como Saúl, no tenía la menor intención de ponerse al alcance de la criatura.

—¿Qué estás...?

Saúl alzó una mano para pedirle silencio. Adrián se temió que la hubiera localizado, pero lo que su vecino quería era dejar las cosas claras.

—Ahorra saliva. Sé que la viste. Lucas me dijo que estabas, y me la sopla. ¿Me ayudas?

Adrián estaba demasiado aturdido para servir de algo.

—¿Y el arma? ¿No usas... bueno, magia?

Saúl rio por lo bajo.

—Usar la magia contra una sirena es tan inútil como tratar de salvar a una adolescente de... —Se interrumpió a propósito y se giró para mirar a Adrián—... ¿De qué querías salvarla? A ver, tronco, que no tienen piernas y Reyes estaba muy, pero que muy lejos de su alcance.

Humillado, Adrián le puso mala cara, lo que solo consiguió que Saúl se riera con más fuerza.

—Es que ha sido para partirse. Desde tu rescate, hasta su huida.

Adrián no tenía ganas de que Saúl siguiera burlándose de él, estuvo tentado a decirle que se metiera en sus asuntos, pero se le ocurrió una idea mejor.

—Oye... ¿Puedes hacer que lo olvide?

Saúl perdió todo interés en el río y le lanzó una mirada de desprecio.

—No —respondió con seriedad—. Ya me llega con Noel para arreglar marrones. Ser licántropo no te da derecho a pasarte.

Adrián se encogió. No tenía muy claro qué le echaba en cara, pero desde luego era algo que el brujo llevaba muy mal.

—Lo siento, Saúl —se vio obligado a decir—. No quería pasarme, yo...

Saúl negó con la cabeza y volvió a fijarse en las aguas.

—¿Vas a ayudarme o no?

Adrián contempló el río. Todo parecía en calma y se temió que Saúl pretendiera usarlo de cebo. Era lo único para lo que podría valerle, no le entusiasmaba la idea, pero se mantuvo allí.

—¿Cómo?

Le pareció que Saúl sonreía. Cuando volvió a hablarle encontró su tono más amable, o todo lo amable que podía tratándose de él. Retomó la burla, lo que a Adrián ya no le hizo tanta gracia.

—Lárgate, Adrián. Vete a pensar en lo que has hecho.

45

BRUMA

La casa de las madres de Leo se encontraba a la salida del puente romano, en la zona más urbanizada del pueblo. Por eso, tras la llamada de Reyes, Leo apenas tardó un par de minutos en reunirse con ella en el embarcadero. No tenía ni idea de qué pasaba, pero era algo urgente. Reyes lo había citado como si estuviera a punto de darse el fin del mundo, y en un lugar al que apenas iban.

Verla confirmó sus suposiciones. Reyes caminaba de un lado a otro por uno de los últimos pantalanes. Nada más localizarlo, echó a correr y se arrojó a sus brazos con tanta fuerza que ambos estuvieron a punto de caer al agua.

—Calma, calma, ¿qué pasa? —preguntó Leo contagiándose de su estado.

Reyes enterró el rostro en la curva de su cuello y rompió a llorar.

A pesar de la urgencia que sentía por saber qué sucedía, Leo se dedicó a acariciar su espalda y regalarle palabras que llamaban al sosiego, mientras escudriñaba su alrededor por si el lugar le daba una pista.

—He besado a Adrián.

El mensaje tardó en llegar a la cabeza de Leo. Tenía que haber escuchado mal.

—¿Qué?

Reyes ahogó un grito y se separó. Las suelas de sus deportivas crujieron sobre la madera del pantalán.

—Le he besado, Leo.

—¿Y? —preguntó, inclinándose hacia la opción de que él la hubiera rechazado. Su lealtad consiguió que arrugase el ceño. Reyes era una chica muy guapa, Adrián debería sentirse afortunado, no rechazarla.

A trompicones, Reyes logró relatar lo sucedido en la playa. Su amigo la escuchó, aunque tuvo que adivinar la mitad de las cosas, porque Reyes se cubría el rostro con las manos y costaba entenderla.

—¿Y él te devolvió el beso?

Reyes se lamentó.

—Ya lo creo.

—Bueno, tía, que no es tan terrible.

Aunque le hubiera encantado quedarse con eso, Reyes agitó su coleta con su negativa.

—No me iba a apartar de un empujón. ¡Ay!, casi lo hubiera preferido. Se separó con toda la delicadeza que pudo y me dijo que no.

—¿Qué no, qué?

—¡Leo! ¿Pues qué va a ser? Que no puede ser. Digo yo.

—Menudo capullo —se limitó a decir Leo, quien todavía no entendía bien lo que había pasado.

—¿Qué hago? —preguntó Reyes.

Leo resopló. Poco podía decirle.

—Yo creo que ya has hecho bastante. Casi mejor déjalo estar.

—Sí, claro —protestó Reyes con un aspaviento—. ¿Y cuando vuelva a verlo, qué?

Leo lo meditó un rato.

—Tú di que son las hormonas. A mis madres les encanta esa frase. La edad del pavo, agárrate a eso como una garrapata.

—¡Me quiero morir!

Leo abrazó a su amiga.

—Es una opción, pero no seamos drásticos. Lo mismo no le dio importancia. Eso, haz como si nada.

—Ya, claro, como si no le hubiera metido la lengua hasta la campanilla, es fácil.

—¿Y qué quieres que te diga? Yo que sé, igual a Sofi se le ocurre algo.

Reyes se apartó para mirarlo con genuino terror.

—No, por favor. Ni Sofi ni los demás. No es por mal, pero me moriría de vergüenza. Déjame asimilarlo y ya lo digo.

Leo conocía a su amiga, y asintió con paciencia.

—Sigo pensando que lo mejor que puedes hacer es liarte con Carlos. Lo siento. Eso sí, solo si te gusta un poco.

—En estos momentos no me pidas que me guste nadie, ¡joder!, ¿has oído lo que te he contado?

—Y tanto —aseguró Leo dirigiendo sus ojos claros al cielo encapotado—. ¿Cómo se te ocurre? De entrada, tu hermano y tus padres podrían matarlo.

Reyes lo miró con una advertencia.

—Claro que lo sé. ¿Vas tú a contarlo? Porque yo seguro que no, y fijo que él tampoco.

—Vale, vale, relájate —trató de apaciguarla Leo. La pena de Reyes se iba, aparecía el cabreo. En unos segundos, su amiga estaría insoportable—. Mira, seguro que él no le ha dado ni la mitad de importancia. Y de verdad que lo achacará a las hormonas. Por otra parte, no me creo que no le gustes ni un poco, así que... que no se pase. Que es una mala idea lo sabéis los dos, y yo, claro. Pues que ahí se quede...

Reyes había dejado de escuchar a Leo a la mitad de su exposición.

—Pero qué...

Ambos miraron con los ojos muy abiertos cómo uno de los ancianos del pueblo, al que conocían de toda la vida, avanzaba por la pasarela de al lado con un arpón entre los retorcidos dedos. En la otra mano llevaba un bastón, y por los movimientos era lo único que le permitía ver por donde iba.

Las ideas los aturdieron. Podía haberse equivocado de camino al no ver, pero el arpón

desbarataba esa hipótesis. En cualquier caso, no tenían la menor idea de qué pretendía pescar con él, ni creyeron que pudiera montarse en una de las barcas para salir a navegar. Para enturbiar más sus mentes, el hombre se detuvo al final de la pasarela, tiró el bastón al agua y alzó el arma a pesar de ser incapaz de elevarla demasiado.

—¡Mi hijo, no! ¿Me oyes? ¡Nunca!

Acto seguido, el anciano se lanzó al agua.

De forma refleja, Leo y Reyes gritaron y saltaron de la pasarela para ir en su auxilio. El golpe contra el agua les cortó la respiración, estaba helada. Movidos por la urgencia, fueron hacia él con largas brazadas.

Leo fue el primero en llegar y se sumergió un par de veces. Todo estaba oscuro y borroso, pero no tardó en reconocer la figura del anciano. Consiguió sujetar uno de sus brazos y pataleó para sacarlo a la superficie. El hombre no colaboraba con lo que dio por sentado que estaba inconsciente, tampoco vio rastro del arpón. En cuanto sacó la cabeza del agua, gritó pidiendo ayuda. Algún vecino o marinero debería acudir. El pánico casi logra que Leo suelte su brazo cuando sintió que algo rozaba su pierna, algo muy grande. Parecía una enorme cola. Reyes se reunió con él en ese instante. Por salir lo antes posible del agua, Leo se obligó a reponerse, convenciéndose de que se trataba de mera sugestión. Con renovadas fuerzas, ignoró la pasarela y pataleó en dirección a las escaleras de piedra que todavía conservaba la estructura original del puerto. No había otra forma en la que ellos dos pudieran sacar al hombre.

Reyes ayudaba como podía. Leo era rápido, la cabeza del hombre descansaba sobre su hombro y de poco servía que ella también lo sujetase. Solo iba a entorpecer el avance de su amigo. Intentó adelantarse al ver hacia dónde se dirigía. Si alcanzaba las escaleras de piedra lo ayudaría a subir el cuerpo, aunque dudaba poder con el peso.

Algo se cerró sobre su tobillo y tiró con fuerza. Se vio sumergida de forma tan repentina que ni siquiera pudo coger aire. El agua salada procedente de la ría y el gasóleo de las barcas se introdujeron en su cuerpo. La vista borrosa solo le permitió contemplar cómo se alejaba la superficie. Lo que tiraba de ella parecía querer arrastrarla hacia el fondo y llevársela lejos. El frío empezó a entumecer su cuerpo y la oscuridad era cada vez más pronunciada. Un brillo metálico captó su atención. El arpón se dibujó en su mente. Reyes no sabía qué tiraba de ella, pero necesitaba el arma. La falta de oxígeno empezaba a ser dolorosa. Quizá por eso percibió una densa bruma de un rosa fuerte que parecía surgir de su cuerpo. Como si de un tentáculo se tratase, la bruma cortó la oscuridad del agua y alcanzó el arpón. Al segundo, el arma pareció cobrar vida, y salió disparada hacia lo que fuese que tirase de ella.

Un golpe de calor desterró todo el frío. El agarre cesó. Un grito imposible, un chillido agudo, estalló en sus oídos. La necesidad de respirar obligó a Reyes a moverse. Al tiempo que movía brazos y piernas para ascender, le pareció que un pez enorme se alejaba dejando tras de sí lo que parecía sangre diluida por el agua.

En la superficie, cogió una gran bocanada de aire, sorprendida al estar tan cerca de las escaleras. El miedo no se había ido, pero el agua fría parecía espabilarla y no dejar que el pánico la atrapase. Leo le decía algo, parecía asustado, preocupado. No lo escuchaba bien, los oídos estaban saturados por un pitido provocado por el grito. Tras parpadear y recuperar la normalidad en su visión, encontró a su amigo en mitad de la escalera de piedra. Cargaba al anciano como podía. Se apuró en ayudarlo y, entre los dos, tendieron al hombre sobre el suelo. En ningún

momento dejaron de gritar pidiendo auxilio, pero nadie parecía escucharlos. Si sus móviles no se hubieran ahogado, podrían llamar a una ambulancia. No sabían qué más hacer.

Se fijaron en el hombre, respiraba, y les pareció percibir un par de lágrimas deslizándose entre sus párpados cerrados. Todos estaban empapados, así que era complicado saberlo.

Los ojos del anciano se abrieron de improviso. Su iris, blanqueado por las cataratas, le provocó un escalofrío a Reyes. Leo y Reyes estaban uno junto al otro, pero los ojos ciegos se centraron solo en la adolescente. Reyes sintió cómo la cabeza le daba un vuelco. El anciano la miraba sin ver, pero le resultó una expresión mucho más directa que cualquiera otra, como si viera en su interior. Empapado y tembloroso, Leo se puso en pie como un resorte.

—Voy a buscar ayuda.

Reyes quiso impedirselo, no quería quedarse sola con el hombre, pero fue incapaz de hablar. Tuvo la sensación de estar ante un desconocido, por más que su cabeza se empeñase en darle una identidad. Conocía al anciano de toda la vida. Su ceguera explicaba su ausencia en el bar durante los últimos meses. Sabía que tenía un hijo que vivía en la ciudad, pero que venía siempre que podía y también que salía a pescar.

La voz del anciano sonó rasgada. La edad trastocaba su mente, sus recuerdos, su cuerpo, pero la ceguera había agudizado mucho más su condición de brujo.

—No estaré aquí cuando aparezca.

Reyes lo miró con miedo. El temblor de su cuerpo no guardaba relación con el aire que enfriaba su piel y su ropa mojada. Las palabras del hombre parecían una sentencia. No quería seguir escuchándolo, pero, una vez más, no pudo reaccionar.

—Caminan entre nosotros desde hace siglos. Nadie quiere verlos, nadie quiere oírlos —susurró el hombre antes de volver a mirarla de aquel modo tan singular—. Tú eres diferente. Tú... lo destruirás todo.

Tras estas palabras, el anciano alzó la mano hasta colocarla a un palmo de la aterrada adolescente y, con solo un gesto, la hizo olvidar las peculiaridades del encuentro.

46 INVOCADA

A la altura del primer arco del puente romano, Saúl contemplaba al ser que se retorció. El padre de Ignacio ya estaba rumbo al hospital, dos de los brujos se habían encargado de llevarlo en persona. Saúl se moría por interrogar al viejo brujo, pero tenía que quedarse. Los coches y vecinos pasaban sobre él o por la zona con normalidad, sin la menor idea de la escena que se desarrollaba junto a ellos. Como la marea estaba alta, Saúl se mantenía a buen recaudo al final del improvisado espigón. No pensaba acercarse por el momento. El ser se recostaba contra las piedras del puente romano entre siseos y gruñidos. Parecía varado, cuando debería haber salido huyendo. Saúl intentó centrarse porque había un montón de cosas que no tenían el menor sentido.

Lucas lo había llamado para dar el aviso. La sirena había aparecido y no iría muy lejos. Hasta ahí todo bien. Saúl se había acercado hasta el puente, y felicitó a su primo por la rapidez con la que había alzado un hechizo que los ocultase. Lucas no se sintió orgulloso porque estaba ocupado vomitando. Saúl le había dado unas palmaditas en la espalda y lo mandó para casa. Ahora, tocaba esperar a que el líder llegase y decidiera.

La sangre de la sirena se diluía con el agua, el arpón le atravesaba el costado. El pelo enmarañado caía sobre la parte superior de su cuerpo, pero no la ocultaba del todo. Los ojos del ser, de un color blanquecino, brillaban con odio hacia un punto indeterminado. Saúl no quería reparar en la piel cubierta de llagas ni en la aparatosa cola con sus escamas iridiscentes, pero costaba no mirarla. Repulsiva y magnífica al mismo tiempo. De cuclillas sobre el espigón, con el rifle apoyado a su lado, mantuvo la cúpula que los mantenía ocultos a él, a la sirena y al guardia civil cabreado.

—No puedo llevármela así —masculló el guardia civil desde detrás de Saúl.

Saúl lo sabía. La idea inicial había sido herir a la sirena, una forma como otra cualquiera para que recuperarse su apariencia humana, pero a tenor del arpón que agujereaba su cuerpo, no estaba dando resultado.

—Primero el tren, ahora esto —masculló el guardia civil—. No sé qué está pasando. Un compañero me dijo que el otro día sucedió algo en la ciudad, los demonios andaban histéricos. Palabras textuales: fue como si alguien sacudiese el avispero. No pudieron atacar a nadie, pero casi. Los brujos dijeron algo de una manifestación de poder muy fuerte y oscuro. No pudieron rastrearlo porque fue cerca del centro comercial donde había demasiada gente de paso. Encima,

cuando llegaron allí no pasaba nada.

Saúl quería ignorar al hombre maduro que, gracias a su cargo, y a pesar de ser un vampiro, se dedicaba a tapar marrones igual que los brujos. No necesitaba que resaltase lo que iba mal. Tenía una sirena delante, lo que venía a ser un enorme cartel de neón indicando problemas.

—Necesito pensar —protestó Saúl.

Tanto Saúl como el guardia civil siguieron la dirección en la que miraba la sirena. Ni idea de qué la cabreaba tanto, porque ellos no veían otra cosa que las casas del pueblo. El brujo volvió a mirar a la sirena con fijeza, reparando en cada detalle del ser. No veía nada raro, salvo una sirena, claro. Dejó salir un taco y se incorporó para estirar las piernas. El guardia civil le dio un toque en el hombro.

—¿Por qué no cambia? ¿Por qué demonios no cambia? —siseó con impaciencia.

—¡Y yo que sé! —protestó Saúl.

—¡No lo voy a saber yo! —replicó el guardia civil antes de patear una lata que algún pescador había dejado olvidada—. La madre que la parió.

Saúl quiso pagar sus frustraciones con el hombre, pero se contuvo. Entendía el nerviosismo que lo envolvía. Si la sirena no lograba recuperar su aspecto humano, no podían llevársela, pero tampoco dejarla libre. Los demonios no se tomaban la misma molestia que ellos en ocultarse. Cuando al fin podían ser visibles y actuar, no desaprovechaban el momento. Como para que la viera algún humano. Herida podían atraparla. Practicarle unas curas no entraba dentro de las opciones, porque si se acercaban, la sirena les arrancaría la cabeza. El conjuro que la ocultaba no sería eterno, ni ellos iban a montar guardia hasta que el ser decidiera mover ficha. Con semejante arponazo debería estar bajo el agua para que el medio al que pertenecía la curase. Por el contrario, allí seguía, expuesta. Si no fuera imposible, Saúl diría que intentaba suicidarse.

—¡Eh! —exclamó Saúl para atraer la atención del ser.

El guardia civil dio un brinco. La sirena no le hizo el menor caso. A Saúl no le estaba gustando ni un pelo el empeño del ser por fulminar a la nada. Le preocupaba lo que pudiera estar viendo. Algo que ellos pasaban completamente por alto. No se intuía ninguna otra presencia ni nada raro cerca. Lo único que había allí era el viento.

La sirena se arrancó el arpón y emitió un horrible aullido. Ambos se cubrieron los oídos, pero Saúl bajó las manos y se preparó para recuperar su rifle. Necesitaban que cambiase para poder sacarla de allí y que dejase de dar problemas. Los perdigones de hierro no la matarían, pero sí podían evitar que se alejase con esa velocidad endiablada de las de su condición. Porque ahora seguro que se lanzaba al agua. Saúl se quedó muy quieto al ver que la sirena no solo no trataba de huir, sino que se apoyaba un poco más en las piedras para que la corriente no se llevara su cuerpo.

Movido por una desagradable sensación, Saúl volvió a gritarle. Percibió un titubeo y alzó un poco más la voz. La sirena no lo miró, pero levantó la mano izquierda. Saúl no entendió el gesto hasta que se fijó en su muñeca. Sobre la piel, entre las úlceras, distinguió la cruz solar en color plata.

—Joder —susurró llevándose las manos a la cabeza.

—¿Qué? —preguntó el guardia civil con un hilo de voz, cada vez más pálido.

Saúl fue incapaz de estarse quieto mientras la información se agitaba en su cabeza. Sus pies recorrieron las irregulares piedras, aunque no llegó a alejarse demasiado. Debía poner orden en sus pensamientos antes de precipitarse en las conclusiones.

Noel escogió ese mismo momento para acercarse por el espigón. Saúl no tenía claro qué decirle, porque probablemente le traería sin cuidado. Y él no quería cabrearse. Por primera vez en mucho tiempo, estaba asustado.

—¿Y bien? —preguntó Noel saltándose saludos y formalidades. Se cruzó de brazos y miró a la sirena con asco—. ¿No debería estar en forma humana?

El guardia civil se había tomado mal los aires de Noel. Al ser de los asentados, pocas veces trataba con el líder. Saúl, por su parte, estaba inmunizado. Intervino antes de que el vampiro despegase los labios.

—Debería, pero no va a ser —gruñó Saúl. También miró a la sirena con más lástima que asco—. No está aquí por voluntad propia, ha sido invocada.

El guardia civil dio un paso atrás como si las palabras de Saúl lo hubieran golpeado. Noel mantuvo su estampa orgullosa, pero Saúl no pasó por alto el destello de sorpresa en sus ojos. Ambos sabían que una invocación no era habitual. Solo los elementales tenían el poder de invocar a otros demonios, y si un elemental estaba usando títeres, era porque había un macabro plan en marcha.

—Hay que matarla —sentenció Noel sin dudar.

—Maldita sea —susurró el guardia civil.

En otras circunstancias, Saúl habría protestado o se hubiera sentido mal. Con la misma indiferencia aparente del líder, señaló a la sirena con la cabeza.

—No va a ser necesario. Se está matando ella sola.

Los tres pares de ojos comprobaron el estado de la sirena. La sangre seguía brotando de la herida, pero en menor cantidad, y hasta los sonidos perdían fuerza. Noel cuadró la mandíbula con toda su rabia.

—¿Por qué? —preguntó.

Saúl disfrutó del modo en el que las palabras arañaron la garganta del líder. Seguro que para Noel resultaba un golpe en el ego no saber algo, y mucho más necesitar al brujo para que le desvelase las intenciones del enemigo. Su mano señaló a la sirena y también el entorno.

—El color plateado del símbolo de la invocación señala a un elemental del aire. La herida ha permitido que la parte consciente de la sirena asome, y me da que lo está retando. No quiere que la utilice más. Por eso no se ha sumergido y ha dejado que la encontrásemos.

Noel dijo lo que a los tres les pasaba por la cabeza.

—Si os limitarais a cumplir las normas, ningún elemental podría invocar una mierda.

Saúl no quería enfrentamientos. Había sido hasta diplomático porque el líder tenía razón, pero anda que Noel no lo ponía difícil. Se mordió la lengua para no apuntillar que si él no fuese una mierda de líder, todos serían más sensatos. Quería hacerlo, pero eso le daría más poder a los demonios. Resopló por lo enrevesado que le resultaba todo. Más le valía largarse antes de empeorar las cosas.

—En cuanto la palme, sí volverá a ser humana —zanjó Saúl.

Noel se le plantó delante, impidiéndole dar un solo paso. Sus miradas se encontraron y el guardia civil contuvo el aliento.

—¿Adónde te crees que vas? —preguntó Noel con seriedad.

Saúl apretó los puños. Noel podía ser mucho más grande y fuerte, pero él no iba a arredrarse.

—Voy a recoger mi rifle y a largarme a mi casa —respondió Saúl entre dientes—. No le queda

mucho. El conjuro aguantará hasta que ella muera. Aquí no pintamos nada.

Saúl no quería ver cómo la sirena perdía la vida y recuperaba su aspecto. No sabía quién era ni pretendía descubrirlo de esa forma. Suponía que se trataba de alguien del pueblo. Ya se enteraría por el boca a boca, no necesitaba tener como último recuerdo su cadáver. En los ojos del líder vio que no le daba la gana de aceptarlo. Como le ordenase que la matase él, entonces el elemental iba a tener justo lo que quería, porque pensaba negarse. Seguro que Noel no lo veía de la misma forma, pero bajo aquel aspecto había una persona, y Saúl no pensaba convertirse en un asesino. Para eso estaba el líder.

Noel se hizo a un lado con rigidez. Quería ordenarle muchas cosas, pero sabía que eso no favorecería a nadie. Por detalles como ese Saúl podía pasarle los aires que se daba. Todavía le quedaba sentido común. Como dijo, recuperó su rifle y echó a andar por el espigón sin mirar atrás. Las palabras del guardia civil iban para Noel, pero le llegaron.

—Estaré atento para llamar al forense y a la residencia. Habrá que adornar un poco esto...

Saúl ya sabía quién era la sirena. Lamentó la suerte de la mujer, pero también supuso el alivio que sentirían los Soto cuando les informasen de que Elena había muerto. La familia, la propia Elena y la sobrina que llevaba su mismo nombre, vivirían mucho mejor a partir de ese momento. Quiso aferrarse a lo positivo, pero no lo consiguió. Conocía todos los detalles sobre lo sucedido con Elena y lo que sacaba en claro era que la maldición no solo afectaba a las cinco condiciones. Cuando la muerte trascendiera, se removerían las viejas heridas. Saúl no lo sabía con certeza, pero quizá la sirena fuese el demonio que años atrás quisieron sacrificar junto a su padre. Eso explicaría la inquina que le tenían los Soto a los Villar, la cual superaba con creces la que mostraban los demás vecinos afectados. Porque si su padre no hubiera huido y se hubiera llevado a cabo el ritual, Elena habría muerto con él y no habría llegado a agredir a su sobrina ni llevaría años encerrada en una residencia. Los demonios no tendrían jamás su simpatía, seguro que más de uno disfrutaba de lo que era, pero en casos como el de Elena, sus vidas bien podrían ser peores.

Con las botas de pescar todavía puestas, se tomó un par de segundos sobre los pantalanes antes de ir a por su moto. Daría cualquier cosa por irse a su casa para no salir de nuevo, pero ahora tocaba darse una ducha y acudir a la fiesta de los Santomé. Inés acudió en su rescate, por lo menos su imagen lo apaciguó un poco. Se centró en ella para tratar de desterrar el mal momento que había vivido. Cuando una brisa acarició su piel, se estremeció. Mejor puntualizar, porque el mal momento que había vivido bien podría ser solo un comienzo. Los demonios no descansaban nunca y sus planes eran perfectos. Lo único que estaba en manos de las cinco condiciones era no darles motivos para que pudieran llevarlos a cabo.

47

AMENAZAS

Toni caminaba por una de las calles que formaban los pequeños edificios del inicio del pueblo. Era lo más urbanizado que había por allí cerca, pero el aire rural impregnaba hasta las parcelas de césped que separaban los portales de las aceras. Avanzaba con intención de merodear cerca de la vivienda de los Soto por si veía a Elena. Se repetía que solo era un gesto de buen compañero, pero empezaba a sospechar lo que había de trasfondo. Le gustaba de verdad, y no tenía ni idea de cómo comportarse ante el sentimiento. En eso estaba pensando cuando vio a sus amigos en el muelle. Leo y Reyes, empapados, se despedían para irse cada uno a su casa, obviamente a por ropa seca. Toni se les acercó, y ellos le informaron del salvamento del anciano mientras les castañeteaban los dientes. No le dieron demasiados detalles, ni él los pidió al verlos cerca de la hipotermia. La temperatura era agradable, no hacía frío, pero el agua del río siempre estaba helada y la brisa del puerto iba a regalarles, como mínimo, un buen catarro si no se cambiaban rápido.

Acompañó a Leo porque vivía cerca de casa de Elena y porque Reyes estaba de un humor de perros. Quería a su amiga, pero cuando se cruzaba no había quien la aguantara. Una mala sensación se le había echado encima al cruzar por delante del puente romano y no era capaz de superarla. Por momentos, le daba la impresión de que un centenar de hormigas habían decidido darse un paseo por su cuerpo.

A solas, avanzó por la callejuela con la mirada perdida. En la siguiente curva entraría en otro camino. Volvería el aire rural y se encontraría con el pequeño jardín que rodeaba el dúplex de los Soto. Nada más asomar, se clavó en el suelo. Elena estaba allí, de pie ante su casa, pero no estaba sola. Una joven sostenía sus manos y parecía estar intentando animarla. Toni escudriñó a la mujer porque le sonaba, pero no se trataba de ninguna vecina. Le recordaba al grupo de chicas que había visto en las gradas del instituto. Era de ciudad, seguro. Un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza cuando el sol arrancó un perezoso destello en los pendientes de la chica. Cadenas plateadas. Toni se revolvió inquieto preguntándose a qué venía su mal cuerpo.

Tras un cálido abrazo, la chica soltó a Elena y echó a andar hacia el otro lado de la calle, donde una pista de tierra era ocupada por varios coches aparcados. Elena iba a volverse hacia su casa cuando sus miradas se encontraron.

Toni sintió un cosquilleo en la boca del estómago. Sacó las manos de los bolsillos para

revolverse el pelo y, por no quedar como un acosador, echó a andar hacia su compañera. En respuesta, la boca de Elena dibujó una tímida sonrisa y allí se quedó, esperando que él la alcanzase.

—Eh... hola —dijo Toni tragándose el horror de haber balbuceado.

Notó un golpe de calor en el rostro y se sintió un poquito más pequeño. ¿Qué demonios acababa de pasarle? Los ojos oscuros de Elena lo miraban con sorpresa y amabilidad. A Toni le parecieron cálidos, y su mente se derritió de tal forma que su capacidad de comunicarse se fue al traste. No tenía ni idea de qué decirle, pero sí unas ganas enormes de que se abriese la tierra y se lo tragase. Para huir de los bonitos ojos, su mirada fue hacia el sencillo coche que dejaba la pista de tierra. Quería preguntarle quien era esa chica y por qué se había ido del instituto, pero sentía la boca pastosa y su lengua se negaba a moverse para otra cosa que humedecerse los labios.

—¿Estás bien? —preguntó Elena, haciéndolo sentir un poquito más estúpido.

Con un resoplido, Toni deslizó una mano por la nuca y rio con nerviosismo. Un buen tirón de orejas mental y sus cuerdas vocales se pusieron a trabajar.

—Es... bueno, venía a preguntarte lo mismo —dijo al fin con una voz trémula que lo hizo insultarse con ganas.

La sonrisa de Elena se hizo un poquito más amplia. La adolescente unió las manos en el regazo, jugueteaba con sus dedos y se acariciaba la muñeca izquierda como si de un tic se tratase. Toni rezó para que estuviese tan nerviosa como él, o nada más largarse de allí se lanzaría del puente. Con este pensamiento se estremeció de nuevo, como si una desagradable brisa se colase bajo su camiseta de Monstercat.

—Más o menos —reconoció Elena en mitad de un suspiro—. Mónica trabaja en la residencia y ella siempre me anima.

Ante el gesto de confusión de Toni, las mejillas de Elena se tiñeron de rojo y su mirada se volvió huidiza. Como la adolescente parecía haber perdido la capacidad de hablar, a Toni no le quedó otra que recuperar la suya y descifrar la frase por contexto.

—¿Ha pasado algo con tu tía?

Lo sucedido a Elena años atrás era de dominio público, pero Toni contaba con detalles de primera mano. Movido por esa sensación de comprensión hacia la chica la había sonsacado, y con él había sido más franca que con otros compañeros. Ahora le sorprendía haber hablado con ella mil veces en el instituto, cuando allí, a solas, las palabras se negaban a subir por su garganta. Carraspeó para darles impulso y no quedar como un capullo, pero Elena habló sin necesidad de insistir.

—Se ha escapado —dijo, riéndose al ver el gesto de horror de Toni—. No te preocupes, dudo que haya ido muy lejos o que vuelva aquí, pero mis padres... imagina. Por eso me sacaron de clase y me pierdo la fiesta.

Toni escuchó las palabras, pero también percibió el temblor de su compañera. Acababa de abrazarse a sí misma. Ella sí estaba preocupada, y no era para menos. Sin pensar, le acarició la mejilla con los nudillos y sonrió ante el grato contacto.

—Qué mal, vas a perderte como mis amigos y yo hacemos el ridículo... de nuevo.

La vergüenza de Elena fue manifiesta ante el contacto, así como el nerviosismo. Toni podía darse por satisfecho, de no ser porque compartía el mismo estado. Los ojos de Elena atraparon los suyos con esa calidez que lo dejaba desarmado.

—Exagerado —descartó a modo de regañina—. Siempre vais geniales.

A Toni el corazón le dio un vuelco ante lo que solo podía ser una caída de ojos. Le gustaba a Elena, tanto como a él le gustaba ella.

—¡Elena!

El corazón de Toni volvió a saltar, pero por el susto. La madre de Elena los contemplaba desde la puerta de la casa con una expresión que solo podía definirse como asco. Los señaló con un dedo acusador, como si en lugar de hablar estuvieran cometiendo un asesinato.

—¡Entra ahora mismo, Elena! —siseó la mujer con el rostro crispado—. Y tú, Villar, no vuelvas a acercarte a mi hija.

—¡Mamá! —protestó Elena.

El rechazo de la madre no afectó tanto a Toni gracias a la respuesta de Elena, pero no quería escándalos. La mala sensación iba en aumento. No sabía por qué, pero algo lo empujaba a hacerle caso a la mujer y alejarse todo lo posible de la familia. Cuando madre e hija emprendieron una acalorada discusión, Toni tuvo la sensatez de mantener la boca cerrada. Le dolía el rechazo de la madre de Elena, pero tampoco era algo nuevo. Su reputación y la de su hermano tendían a originar situaciones como aquella.

—Ey, no pasa nada —dijo con las manos de nuevo en los bolsillos, listo para largarse—. Ya nos veremos en clase.

Por el gesto de Elena, para ella sí pasaba, pero siguió despotricando contra su madre. Los vecinos empezaban a asomar con discreción por las ventanas. Toni apretó el paso, pero un nuevo comentario de la madre de Elena casi lo deja paralizado.

—¡Porque todo esto es culpa de su padre! —exclamó la mujer.

Toni quiso girarse y pedir explicaciones. El dolor empezó a extenderse por su pecho y apretó los dientes como si con ello pudiera contenerlo. Supuso a qué se refería la madre de Elena. La mujer, como la mitad del pueblo, pensaba que las actitudes de los hermanos Villar venían de la ausencia de su padre. Igual no iba desencaminada, pero a Toni le dolía que lo usasen para echárselo en cara. Si su padre se había largado, los primeros afectados eran ellos. Con una maldición, apretó el paso para alejarse de los Soto. Elena le gustaba, pero no tanto como para vérselas con la loca de su madre. Empezaba a plantearse que no solo a su tía le faltase un tornillo. Lo mismo era hereditario, por lo que, con esto, mejor mantener a la adolescente bien lejos.



CLAVE II

Nada saben de cuanto les rodea.
Protegidos por aquellos que buscan su bien,
solo ellos pueden evitar lo inevitable.
Actuando de forma refleja, por instinto y siendo objetivos,
llegarán más lejos de lo que nadie hubiera creído.

LA FIESTA

La imponente y extensa mansión Santomé estaba rodeada por un mar de jardines plagados de gente. El mal tiempo daba una tregua, y parecía que la noche no iba a verse arruinada por las lluvias. La piscina descubierta de la parte trasera invitaba a acomodarse en las tumbonas y sillas distribuidas a su alrededor. El salón de baile y un par de estancias más estaban atestadas de personas que miraba a su alrededor en busca de carnaza para criticar.

Saúl había logrado dejar atrás el miedo y a la sirena. Estar en la mansión ayudaba porque lo cabreaba de sobre manera. Encontró una alta participación en la tontería de caracterizarse de algún modo, y hasta le pareció cómico el montón de brujos y brujas que, sin duda, no tenían ni idea de lo que era la magia. Como había supuesto, la fiesta era un auténtico coñazo, al menos para él y su grupo. De tener elección no pondría un pie allí ni aunque les pagasen, pero Noel creía que acudir era algo importante. Para todos. No era una petición, sino una orden. Con una elemental rondando, acatar órdenes era salvar el cuello.

Saúl se había desmarcado de su grupo por varias razones. En uno de los balcones que daban a la piscina fantaseaba con la forma de demostrarle a Antón que sí podía empeorar su mala fama. No sería una tarea difícil. La mayoría de los vecinos estaban convencidos de que el grupo con ropa holgada terminaría montándola. Sabía cómo se veían a ojos del resto, los tachaban de drogadictos o, los más benévolo, de folloneros. Por suerte, a los brujos la opinión que tuvieran de ellos les traía sin cuidado.

Otro de los motivos por los que estaba solo y en aquel saliente, apoyado en la baranda de piedra, era porque había mejores vistas. Junto a la piscina acordonada se reunían Antón y su círculo de vampiros entre los que resaltaba Inés. No habían vuelto a hablar desde que durmió en su casa, pero Saúl no pensaba dejar ahí las cosas. Como si se sintiera observada, Inés dirigió la mirada hacia el balcón. Saúl sintió los nervios en el estómago. Maldijo por lo bajo, parecía un quinceañero. Esperó a ver la reacción de la chica y sonrió al ver que ella le guiñaba un ojo antes de seguir a lo suyo con sus amigos.

Lo mejor sería mantener una relación solo para ellos. Ni él se imaginaba vestido como un pincel de copas en algún local lujoso, ni la veía a ella con ropa holgada haciendo botellón sentada en unas escaleras. A mayores, estaba el pequeño estigma de los Villar. Seguro que la familia de Inés, como la mitad de las malditas, consideraba a su padre responsable de todos los males. No

quería que ella se viera en mitad de los reproches. Poco importaba lo claro que estuviera que una maldición solo puede ser rota por aquel que la formula. Muchos pensaron que podía resolverse de otro modo, señalaron a su padre, él se desentendió y se llevó unas esperanzas infundadas, pero la desesperación y la fe no entienden de raciocinio. Saúl jamás defendería a su padre, pero no por negarse a ser sacrificado. Él habría hecho lo mismo. Lo que no habría hecho jamás habría sido dejar atrás a una mujer y a unos hijos en la más absoluta ignorancia de la que se les vendría encima. Eso no se lo perdonaría jamás. Por suerte, la mala fama de Saúl y la eficacia de sus brujos impedían que los afectados le reprochasen la falta de su progenitor. Él hacía méritos propios y tenía suficiente genio para que no se atrevieran a plantarle cara.

Con renovada confianza, estudió a la veintena de personas que rodeaba a su chica. El rebaño de esnobs que Antón lideraba no solo contenía vampiros, pero sí eran mayoría. Haciendo gala de buen humor, así se habían disfrazado para la fiesta. No era habitual, debió resultarles oportuno o los cogió de buenas porque, por norma general, fuera cual fuera la temática de la fiesta, ellos se limitaban a trajes caros y vestidos largos.

Saúl cambió de blanco para localizar al grupo de su hermano. Estaban en el otro extremo del mar de césped, sobre el que se encontraban las mesas cargadas de comida y bebida. Ellos se disfrazaban siempre, les gustase o no, por darle el capricho a Tamara. Lejos de los disfraces habituales, Toni y compañía eran «Los caballeros del zodiaco», y Saúl tuvo que reconocer que no tenían desperdicio. Al menos de forma aparente, los adolescentes se lo estaban pasando bien. En su mundo, ignoraban las miradas que en su mayoría reflejaban aceptación, e incluso envidia, por la originalidad de sus ropas.

Como gran parte de los asistentes, Saúl conocía los famosos dibujos y, al menos en su recuerdo, los trajes de los chicos eran bastante fieles. Trató de hacer memoria y ponerles nombre. Pegaso, Cisne, Andrómeda, Dragón y Fénix. Dio por sentado que la cornamenta en la cabeza de su hermano y las sutiles garras brillantes de sus hombros correspondían al Dragón, y rio con ganas. Seguro que le asignaron el caballero de colores más sobrios por no aguantarlo. No veía a Toni con ninguna de las otras armaduras. Era bajito, pero digno en extremo. Tampoco le cogió desprevenido que el papel de Atenea se lo agenciara Tamara. La hermana de Antón lucía un largo vestido en blanco y una peluca de melena extra larga, lisa y violeta, propia de la diosa. Le sentaba bien, y la chica sostenía el cetro dorado como si fuese toda una costumbre.

Ver a su hermano tan a gusto y en tan buena compañía le habría gustado si no hubiese una maldición que fuera a arrebatárselo. Sus amigos lo eran todo para él, e iba a perderlos. De vuelta a su eterno cabreo, el único modo que tenía de superar la pena, Saúl se volvió hacia el interior de la casa para regresar con los suyos.

Tras bajar la escalinata de mármol entró con expresión sombría en uno de los salones más próximos al recibidor. En su avance, alcanzó a ver entre la multitud a Noel y compañía. Daniel estaba al lado del líder, pero no vio rastro de Adrián. Los licántropos no iban disfrazados, nunca lo hacían, pero sí iban bastante arreglados para no desentonar. A Saúl le pareció un intento inútil. No desentonaban, pero sí resaltaban. Siete tíos tan corpulentos no pasarían desapercibidos en ninguna parte. Fingió ignorarlos, pero estaba intrigado por saber cómo estaría el que faltaba. Se había cruzado con Silvia y con los padres de Adrián un par de veces, pero no era su estilo preguntar.

Adrián no tardaría en dejarse ver, no le quedaba otra. Que no tuvieran trato no significaba que

no conociera su fama. El chaval era responsable, al margen de esa primera pataleta. Pasaría por el aro y sería otro secuaz obediente. Saúl ocupó la cabeza en algo más interesante, como buscar la forma de sabotear aquella pasarela de alter egos. Pasó entre un grupito de enfermeras sexis que se lo comieron con los ojos. No tenía ni idea de por qué tenía tanto éxito con las mujeres, pero tampoco se quejaba. Siguió su camino ignorando a las chicas, enfrascado en lo suyo, que era más succulento por cómo se sintió de golpe. Tuvo que detenerse porque el suelo pareció abrirse bajo sus pies. Tres segundos después frunció el ceño. Se trataba de una premonición empática. Al pensar en aquella forma de fastidiar la fiesta, notaba una preocupación clara, algo similar al pánico e, instantes después, incredulidad, aceptación y alivio. El sentimiento que lo asaltaba parecía decir que pasaría algo grande y, tras ese día, no tendría que soportar una sola fiesta más. No pudo reprimir una sonrisa.

A un lado de la piscina, Tamara se escabulló del grupo en el que se encontraba también su novio para acercarse a sus amigos. Estaba encantada con su aspecto de Atenea y se negaba a soltar el cetro, por muy aparatoso que fuera. En su cabeza dio rienda suelta a su imaginación. Cual espía, Atenea se reunió con los caballeros de Pegaso, Dragón y Fénix, o, lo que es lo mismo, con Reyes, Toni e Isaac.

Se acercó a Reyes y, de paso, revisó su disfraz de Pegaso para asegurar que todo estuviera en su sitio. La malla roja se cubría de plateado desde los pies a los muslos. No faltaban los mitones hasta el codo ni el cinturón y la carcasa que cubría el pecho y se disparaba en los hombros.

—Sin rastro de Adrián, pero los murmullos dicen que Daniel ha llegado —informó Tasmí.

Reyes asintió con rigidez. Se temía que el movimiento mandara al traste la peluca en color castaño de mechones disparados, sujeta por una especie de diadema con alas que resguardaba sus orejas y sostenía la pequeña cabeza del Pegaso en mitad de su frente.

—Sí, por la huida de Catwoman era visto —dijo Reyes en referencia al disfraz de Ana.

La novia de Daniel se había separado de sus amigas, también enfundadas en cuero, y la perdió de vista en la puerta que conectaba la parte trasera del jardín con la casa. Reyes buscó a la de los pendientes en forma de cadena, pero no estaba entre las chicas. Que estuviera con Adrián era una posibilidad que la hizo tragarse un gruñido. Sin embargo, descartó esta opción con facilidad. La tal Mónica no estaba allí, no estaba cerca, aunque eso no significaba que no volviera a verla. Reyes soltó un lamento. Ahora que había dejado de oír voces y ver abuelas muertas, que no notaba esa inquietud tan preocupante, su mente salía con esas.

Toni siguió los ojos de Reyes hasta dar con la puerta. También él llevaba con orgullo la malla negra, interrumpida por los tramos de armadura azul metalizado. Su escasa altura no desmerecía al caballero del Dragón, y hasta agradecía la falda que se asentaba desde la cintura hasta la cadera. Lo único incómodo era esa peluca negra hasta las rodillas y los adornos de la correspondiente diadema. Cuatro picos cual cornamenta que le presionaba un poco el cráneo, aunque también impedían que el falso pelo se quedase por el camino.

—Mala cosa, el cabreo parece serio —dijo Toni tan metido en el papel como Tasmí.

Sofí, como Andrómeda, se veía en consonancia con Isaac, caracterizado de Fénix, pues sus personajes eran hermanos. Llevaba su peluca sujeta por un casco con tres picos, aunque de distinta línea. Los tonos rosas predominaban en los tramos de armadura que cubría piernas, antebrazos y

tronco. No estaba a gusto con aquella justa malla verde a juego con la peluca, pero sí se lo pasaba en grande con la larga cadena de plata falsa.

—¿Y bien? —preguntó Sofi apartándose el flequillo verdoso de la cara para que dejase de hacerle cosquillas.

—Nada —protestó Reyes. Puso los brazos en jarras, poco más podía hacer con ellos. Los aparatosos salientes de los mitones le impedían cruzarlos con normalidad.

Isaac se resignaba a la pinta que tenía. También él agradecía el faldón, común al de los otros dos chicos, ya que ocultaba todo lo que marcaba su malla azul marino. Era el más colorido al mezclar el rosa, el dorado y el plateado, pero tampoco le quitaba el sueño. Por lo menos no tenía que soportar una melena kilométrica, sino una mullida mata de pelo negro que lo protegía del regio casco. Lo único incómodo eran las tres extensiones doradas que salían de la armadura por la espalda. Iba a pasarse la noche barriendo el suelo y, como alguien las pisase, adiós al disfraz.

—¿No se os ha ocurrido que pudo encontrarse mal y por eso no vino? —preguntó Isaac—. Tú misma dijiste que no tenía buena cara cuando lo viste.

Reyes sintió cómo el calor se agolpaba en su rostro y sus ojos se volvieron esquivos. La última vez que había visto a Adrián fue en la playa. En parte, casi prefería que no estuviese en la fiesta. Pero su amigo no se refería a ese momento, porque le era desconocido. Debía hablar de cuando lo vio en el cenador con su madre.

—No me refería a su salud, Isaac, le pasaba algo y no era la gripe.

Isaac no tuvo apoyo. Ninguno quería encontrar un pretexto lógico porque eso pondría fin al juego.

—Barramos la mansión —propuso Toni con una señal hacia Leo, el Cisne, quien había hecho caso a sus amigas y ahora tonteaba con una princesa medieval de la que se libró con delicadeza.

Todos coincidían en que Leo era el que salía mejor parado con el disfraz. Su malla azul contrastaba con el blanco de la armadura y la peluca amarilla que caía hasta sus hombros. Estaba impresionante y tenía mucho mérito. No le desmerecían ni las alas abiertas de la diadema ni la cabeza de cisne que llevaba en la frente.

Divertido, Leo hizo chocar las mismas alas de los tobillos, aunque en blanco, con las propias de Reyes, Pegaso.

—Dani está aquí, pero no Adrián. Nos dividiremos —dijo Reyes para ponerlo al tanto.

Leo asintió. Con las cabezas muy juntas, se distribuyeron el terreno en zonas para no saltarse el menor recoveco. Antes de separarse, entrechocaron los nudillos creando un replique metálico.

—Le diré a David que voy al baño —decidió Tamara. Sabía que era mejor no dar explicaciones y dejar a su poco participe novio fuera de la búsqueda.

Nadie puso inconveniente alguno. Emocionados por el plan, se separaron con discreción. No esperaban que nadie estuviera atento a ellos, iban a pasarse la fiesta investigando lo que sería una estupidez, pero era mucho más divertido convertirse en espías que seguir allí plantados.

Entre amigos y congéneres, Antón se sentía más vampiro que nunca, y no solo por ir caracterizado con aquel atuendo negro, la cara pintada de blanco y los colmillos, que sí eran auténticos. Llevaba todo el día con una mala sensación. Por si había problemas y para acatar cualquier maniobra, antes de la fiesta se había tomado una dosis de sangre de las que mantenía a buen recaudo en su

cuarto, dentro de una nevera escondida bajo el parqué.

Beber sangre todavía le revolvía el estómago, por eso la primera media hora de fiesta había sido un auténtico calvario. Con sus sentidos tan agudizados, voces y música le colapsaron la cabeza; perfumes y olores varios saturaron su nariz; y debía controlarse para no pasarse con su fuerza al sostener un vaso o apoyarse en cualquier cosa. Tras el *shock* inicial la impresión se suavizaba y, sobre todo, su instinto dejaba de hacerle notar heridas o restos de sangre. Muy a su pesar, que no le gustase su sabor no implicaba que no la detectase con avidez. En su estado podía captar hasta el menor detalle, y quizá por eso no pasó por alto el guiño de Inés a Saúl. Los latidos del corazón de su prima le parecieron tan ensordecedores que no albergó la menor duda. Conocía al brujo y le gustaba.

A él no le hacía ninguna gracia. Saúl y sus excesos, entre los que seguro se incluían mujeres, no era lo que su prima merecía. Le pareció sentir un *déjà vu*. Poco tardó en retroceder en el tiempo y recordar otra fiesta y el modo en el que ellos cruzaban las miradas. Si entonces no había tolerado que él la rondara, no iba a hacerlo ahora, pero las cosas eran diferentes. De entrada, su prima ya no era una niña ni él tenía derecho a meterse en su vida privada. Lo más seguro era que no tuviese que intervenir. Cualquier acercamiento entre esos dos estaba abocado al fracaso. No tenían nada en común y las relaciones entre condiciones distintas eran improbables mientras pertenecieran a los dominantes.

Antón tampoco pasó por alto el despliegue de Tamara y sus amigos. Le había parecido sospechoso y confirmó que lo era al agudizar el oído. Inmiscuirse en asuntos de licántropos novatos resultaba temerario. Las emociones eran lo que solía forzar la conversión y, como siguieran buscando a Adrián, iban a encontrarlo. No lo veía por ninguna parte, pero algo le decía que no iba a perderse la fiesta. Eso debería ser buena señal, pero no las tenía todas consigo. Por lo que pudiera pasar, debía estar atento a los chicos por si tenía que sacar a alguno de su trayectoria.

Esperaba que no se llegara a esos extremos, una mansión llena de gente no podía ser peor sitio. En teoría Noel podía aplacar y calmar a Adrián, era su líder, su mera presencia tenía algo balsámico para los licántropos, pero su futuro discípulo no parecía dispuesto a dejar que él se le acercase. Una mala idea, Adrián era fuerte y estaba cargado de resentimiento. Si se convertía, iba a ser muy difícil reducirlo.

Antón no tenía ni visiones ni premoniciones, su condición le ofrecía algo similar a corazonadas, y para la ocasión intuía cambios y amenazas. No podía estar tranquilo sintiendo eso. Iba a vigilar bien a los adolescentes. No necesitó justificaciones ni pretextos, estaba en su casa, por lo que podía ir a donde le viniera en gana. Con un «*vengo ahora*» de cortesía, se internó entre la multitud, pero de pronto no supo a quién seguir. Los chicos se dispersaron con una soltura y penetración que, en otras circunstancias, le hubiera parecido admirable.

La premonición conseguía que Saúl fuera incapaz de estarse quieto. No quería alejarse demasiado del grupo por si debían actuar, pero tampoco podía seguir parado en el salón. Iba a pasar algo grande, pero no veía indicio alguno que le diera pistas. En su búsqueda, reparó en los extraños movimientos. Tamara había cruzado la zona de baile. Miraba de soslayo a todo aquel que se encontrara y, tras ella, Antón actuaba del mismo modo. Al ver al vampiro tan nervioso, entendió

que no era el único inquieto. Reconocer las señales auténticas de su condición lograron que el suceso desagradable ascendiera hasta suceso trágico.

Suspicious, Saúl se valió de los pasillos que conectaban el espacioso lugar con las otras salas hasta localizar a Toni. Con discreción y normalidad, pero estudiándolo todo, su hermano pequeño pasó por el recibidor para salir al jardín delantero.

Saúl iba a seguirlo cuando la reluciente armadura blanca de Leo, y sobre todo su llamativa peluca amarilla, captaron su atención. Podía ser casualidad, pero le parecía que el chico estaba estratégicamente colocado a escasos metros de Noel y Daniel mientras fingía mantener una animada charla con una adolescente disfrazada de ninfa. Saúl se fijó mejor y, en efecto, los ojos claros del Cisne iban de la chica a la manada.

Por puro reflejo buscó a Reyes. Tampoco ella estaba lejos, pero sí colocada en otra zona, como si pretendieran cubrir un mayor terreno. La vio seguir a la novia de Daniel, quien estaba a punto de saltar sobre él, y no para saludarlo con cariño. La mulata parecía cabreada. Saúl volvió a fijarse en Reyes, sus ojos oscuros estaban puestos en su hermano y en la mujer gato que, nada más colocarse ante Daniel, empezó una riña de enamorados.

No ver a Sofi ni a Isaac por ninguna parte azuzó su desconfianza. Tenía la certeza de que esos dos estarían peinando la zona que no era visible desde donde él estaba. Saúl tuvo una ligera idea de lo que pasaba. Ser espectador de lo sucedido en la playa lo hizo partícipe de la preocupación de Reyes por el distanciamiento entre su hermano y Adrián. Contuvo una maldición al entender que los adolescentes pretendían meter las narices, aunque no tenía la menor idea de en qué forma. Si Adrián aparecía, como se les diera por calentar más los ánimos, él no iba a ser el encargado de reventar la fiesta. Con una seña hacia los brujos que formaban su grupo, se fue tras su hermano para descubrir qué demonios estaban tramando.

Desde el porche octogonal que servía de acceso a la mansión, Toni comprobó que el jardín delantero estaba tan masificado como el resto de la propiedad. Iba a ser como buscar una aguja en un pajar. Decidido, cogió aire para sacar pecho, descendió los cuatro escalones hasta los jardines y empezó a mezclarse con la gente. Las miradas que le dedicaban por su traje le aconsejaron que se diera media vuelta y se recluyera con los suyos. Ahora que estaba solo se sentía bastante ridículo. No iba a dejarse intimidar, tenía una misión. Sus ojos verdes peinaron el lugar y dio con el laberinto de setos. No le pareció un lugar en el que Adrián fuera a esconderse porque no creía que se estuviera escondiendo.

Un grupo de animadoras le sonrió con picardía al pasar por su lado. Una de las chicas, menuda y muy rubia, se adelantó un paso para forzar la charla.

—Vaya, ¡qué disfraz más guapo! —dijo mientras sus ojos marrones recorrían la indumentaria.

Toni se olvidó por completo de su misión y esbozó una sonrisa traviesa. Antes de abrir la boca, la familiar risotada de Saúl lo puso firme de pies a cabeza. A su espalda, su hermano mayor y sus amigos observaban el disfraz con toda la intención de burlarse.

Saúl entró en el campo de visión de su hermano y toqueteó los cuernos de la diadema.

—Vaya, vaya, tapón, te lo has currado —dijo antes de hacerle un guiño a la animadora que le había hablado a Toni, ganándose una dura mirada de su hermano y una seductora caída de ojos de la chica.

Con un manotazo, Toni se separó de su hermano mayor y sus amigos, quienes, como de costumbre, se las arreglaba para dejarlo en ridículo. Ni siquiera Lucas parecía ir a interceder por él. Las animadoras ya no lo miraban con aceptación sino regocijándose por el mote, como si no se hubieran dado cuenta hasta ese momento de que era bajo. Incluso la rubia rio.

—Que te den, payaso —masculló Toni entre dientes antes marcharse.

Viéndolo regresar a la mansión, Saúl no se sintió culpable. Quería a la pandilla controlada y en un mismo sitio. Le hacía un favor a su hermano menor, velaba por él a su manera.

A unos pasos de Noel y del resto. Daniel aguantaba estoico la bronca de Ana, incómodo porque sus nuevos amigos oírían cada palabra. Ese era el precio por haber dejado tirada a su novia toda la tarde. Existiendo conjuros para esconder lo que él era en realidad, también podría haberlos para evitar situaciones como aquella.

La dura mirada de Ana lo atravesaba. Escapó de los ojos oscuros, cada vez más molesto por su carácter celoso. Sin embargo, debía ser paciente porque Ana tenía toda la razón en estar cabreada. Se regañó por dentro, se habría ahorrado el mal trago con una llamada o algún mensaje. Algo relució no muy lejos. A Daniel casi se le desencaja la mandíbula al reconocer a Leo.

Buscó a Reyes con la mirada y no tardó en encontrarla. Su hermana estaba a cuatro corrillos de distancia. Por su expresión parecía enfadada. Tardó un poco en entender que se debía a la actitud de Ana con él y sonrió con gratitud.

—¡Daniel! —protestó Ana con incredulidad— ¿Encima te ríes?

Daniel volvió a centrarse en su novia y señaló a Reyes con nerviosismo. Le salió un balbuceo que no logró arreglar el asunto lo más mínimo. Por compasión, Reyes se les acercó como si no fuera consciente de que era un mal momento.

—Así que te rajaste —le dijo Reyes a Daniel. Negó con la cabeza, no demasiado, para no perder la peluca—. Ya te dije por la tarde que tenías que disfrazarte.

Daniel solo pudo mirarla descolocado. No había estado con Reyes por la tarde y en ningún momento pensó en disfrazarse. En cambio, Ana pareció relajar su actitud.

Con camaradería, Reyes le hizo un guiño a la chica.

—Que sosos son los tíos.

—Y tanto —aseguró Ana sin rastro del enfado anterior—. Por cierto, ¡estás estupenda!

Reyes sintió un acceso de vergüenza.

—Pues tú estás impresionante.

Mientras trataba de entender cómo su hermana había solucionado la riña en un segundo, Daniel frunció el ceño y se sumó a la conversación.

—Sí, demasiado. Las dos estáis demasiado todo —les advirtió metiéndose las manos en los bolsillos de sus pantalones oscuros con impotencia.

Ana rio divertida.

—No es para tanto. Bueno, estoy atrás con las chicas —dijo antes de darle a Daniel un fugaz beso en la mejilla, sin tener que estirarse para alcanzarlo gracias a los vertiginosos tacones de las botas.

En cuanto Ana les dio la espalda, Daniel no pudo evitar fijarse en cómo se ajustaba aquel mono negro a las curvas de su chica. Reyes le propinó un codazo suave, con la precaución de no

clavarle los salientes del disfraz.

—Amarra tus ojos que se van tras ella.

Daniel se centró y miró a su hermana.

—Tienes que enseñarme a hacer eso —pidió con una súplica, en referencia al modo en el que la menor había calmado a Ana con cuatro palabras.

Reyes sonrió con aire triunfal.

—Lo siento, los poderes de Pegaso no están a tu alcance.

Daniel enarcó una ceja y la miró de arriba abajo.

—Estáis como cabras —Sujetó el brazo de su hermana para chocar los nudillos contra el refuerzo que tenía en los antebrazos. Le sorprendió lo bien hechos que estaban—. ¿De dónde habéis sacado esto? ¿Es aluminio?

Reyes asintió antes de recuperar su extremidad de un tirón.

—Ya sabes, cortesía de Berta, la modista de Tamara. No supimos qué se le había ocurrido hasta una hora antes, y fue una suerte porque, de entrada, casi salimos corriendo.

Daniel estaba seguro. Así vestidos resaltaban bastante y eso tendían a evitarlo.

—¿Y Tasmi de qué va? —preguntó intrigado—. ¿Andrómeda? Seguro que le entusiasma su armadura rosa.

Reyes se asentó la diadema tras negar con demasiado empeño.

—El rosa sí, pero combinado con el verde le horroriza —dijo poniendo los ojos en blanco—. Ella fue lista y se cogió Atenea.

—Le pega —reconoció Daniel—. Y Toni el Dragón, fijo.

—Premio —dijo Reyes—. Cuánto conoces a mis amigos. Por cierto, no he visto por aquí al tuyo —espetó con una sonrisa mordaz.

El gesto de Daniel se desmontó de forma evidente, y hasta Reyes percibió cierta inquietud entre Noel y el resto. La adolescente cruzó una significativa mirada con Leo, y este se acercó un poco más con la ninfa para ver si oía algún comentario de Noel y los otros.

—Es curioso —continuó Reyes como si nada—, muy curioso que a ti casi no te haya visto el pelo en estos días, pero él se pasara por casa.

Daniel se incomodó con ese detalle.

—¿A qué fue a casa? —preguntó demasiado brusco. Desde luego no había sido para hablar con él. Si Adrián hubiera estado interesado, habría usado el móvil.

Reyes se encogió de hombros. La frente de Daniel empezaba a arrugarse y sus ojos se convertían en rendijas. Le pareció que era mejor dejar el tema, su hermano empezaba a enfadarse en serio. Había metido la pata hasta el fondo.

—No lo sé, habló con mamá —murmuró. De forma discreta, le hizo a Leo un gesto. Su amigo despidió a la ninfa y se les acercó con aire despreocupado.

—Hola, Daniel —saludó Leo con su sonrisa afable. Entrelazó el brazo con el de Reyes—. ¿Vamos a bailar?

Daniel notó cómo la rabia le recorría el cuerpo por el tema de Adrián. La oportuna aparición de Leo no lo ayudó a relajarse. Al margen de licántropo y cercano, algo nefasto para el Verdugo, tenía una ligera impresión de lo que el chico podía querer de su hermana. Todos se llevaban muy bien, pero la complicidad entre Reyes y Leo iba más allá.

Daniel sintió la enorme mano de Noel sobre su hombro. Fue como si se quitase un peso de

encima, y les dedicó a los chicos un asentimiento a modo de despedida. Perderlos de vista era lo mejor en ese momento.

Reyes y Leo se escabulleron entre los corrillos. Ambos se guardaron sus conclusiones para cuando pudieran reunirse con el resto. El punto de encuentro era la parte trasera y no veían el momento de dejar el mar de cuerpos para compartir que, en efecto, había problemas entre los dos amigos. A Reyes ya no estaba haciéndole gracia el asunto. Su hermano estaba muy raro y la aparición de Noel no tenía sentido.

¿Desde cuándo eran tan amigos? Allí había algo que no encajaba y Noel no le gustaba ni un poco. Que su hermano sustituyera a Adrián por aquel tipo enorme empezó a cabrearla. No había comparación ni tenía lógica ni era posible. Se negaba a aceptarlo, y haría todo lo que estuviera en su mano por ayudar en cuanto enmendara el error de comentar la visita de Adrián. El corazón le iba a cien por hora, la desesperaba no entender las cosas. Sus ojos recorrieron cada esquina, cada rostro. Necesitaba saber qué demonios estaba pasando.

En uno de los arcos que conectaban aquel salón con el recibidor, Antón escuchó lo que había pasado. Confirmaba que, por un lado o por otro, allí iba a suceder algo con tanto entrometido por el medio. Por el bien común, se vio obligado a ir al encuentro del brujo para compartir sus corazonadas. Esperaba que Saúl se valiera de algo para desviar la atención de los invitados. Podrían tener sus diferencias, pero con los hermanos menores de ambos de por medio, y jugándose el pellejo, harían todo lo posible por entenderse.

La fachada trasera de la mansión disponía de una galería a la altura del segundo piso, que ofrecía una vista completa de la zona ajardinada de la piscina. En el extremo derecho, sentado sobre la barandilla de piedra, Adrián prestaba atención al entorno sin ser visto, pues pocos eran los que subían hasta ese lugar.

En ningún momento pretendió esconderse ni generar tanta expectación. Si había elegido esa balconera para empezar la fiesta fue porque no tenía muy claro cómo enfrentarse a los asistentes. Además, por momentos, la multitud lo aturdió como si gritasen todos al mismo tiempo, y los olores saturaban su nariz. Incluso desde allí, le eran audibles las voces que tan bien conocía. Estaba descubriendo muchas cosas, aunque no tenía muy claro cómo tomárselas.

Por un lado, sentía una agradable sensación ante el interés que Reyes tenía en él, o al menos en lo que pudiera pasarle. Era un verdadero consuelo que alguien se preocupara, pues Daniel parecía reacio a dejar su nuevo grupo de amistades para afianzar las viejas. Se obligaba a no reprochárselo demasiado. La voz de Noel, el poder que tenía el líder, era casi hipnótico. A su pesar, algo le decía que el desagrado que él sentía por el hombre de treinta años era mutuo. Noel no lo había mostrado abiertamente, pero Adrián podía sentir en su voz el aprecio por Daniel y el recelo que a él le guardaba. Le hubiera gustado creer que esto venía de la preocupación por el modo en el que él llevaba lo que eran, pero encerraba mucho más.

Y no era el único inquieto. Antón y Saúl cuchicheaban en un pequeño despacho de la segunda planta, lejos de todas las miradas. Ellos pensaban lo mismo y también estaban de lo más preocupados.

Adrián intentaba sacar sus propias conclusiones basándose en las palabras cruzadas entre los miembros de la manada, los de Reyes y los del despacho. Prefirió frenar aquel espionaje, se esforzó por dejar de oírlos a todos, para meditar con calma la información.

Según el vampiro y el brujo el líder era eficiente, pero llevaba su cargo con un poco de tiranía. No los trataba a todos por igual, desmerecía a los que no eran licántropos. Adrián lo había comprobado, ahora entendía la indiferencia hacia la salud de Ignacio. Además, a él le parecía de lo más presuntuoso eso de convocar reuniones en el salón del trono. No es que la opinión de Antón y Saúl le resultara demasiado fiable, pero sí reconocía que, de todos, eran los únicos que se habían molestado en decirle algo, ya fuera por obligación.

En cuanto a él, entendió que por algún motivo Antón le tenía miedo. El vampiro estaba convencido de que esa noche iba a pasar algo, y todo le señalaba a él como el motivo. Adrián volvió a reparar en el jardín, en la normalidad de la gente que se entretenía ajena a aquella sociedad imposible, y no pudo hacer otra cosa que lamentar no formar parte de ellos. No quería ser un licántropo, menos uno tan fuerte como Antón aseguraba.

Sus ojos azules se centraron en Reyes, quien torcía el gesto haciendo cábalas y preocupada por si su intervención lo distanciaba más de su hermano. La pena apareció al momento, porque las cosas no fueran de otra forma entre ellos o, por lo menos, más simples. Ya no albergaba ninguna duda sobre si era o no correspondido, y lo único que podía hacer era mantenerla lejos. La diferencia de edad, que fuese la hermana de su mejor amigo o cómo se tomarían sus padres lo que sentía, ya no importaba. Si era tan fuerte, si no podía controlarlo, corría el riesgo de hacerle daño, y eso jamás lo permitiría.

Vio cómo Leo la rodeaba por los hombros. Los celos lo asaltaron, pero tenía que reconocer que, aunque le doliera, no era un mal chico para ella. A leguas se veía cuanto se entendían.

Le llegó la voz de Daniel, quien debía estar con los suyos cerca del recibidor, dos plantas más abajo. No se le escapó el matiz enojado cuando avisó que iba en su búsqueda. Adrián se armó de paciencia y se tragó el rencor que también le guardaba. No ayudaría si pretendía tratar las cosas de forma serena. No era capaz de dar demasiado crédito a las corazonadas de Antón, pero tampoco tentaría a la suerte, ni pondría en peligro a los que allí se reunían.

Dejó su asiento en la barandilla, los pies tocaron el suelo y apoyó los codos sobre la piedra para seguir contemplando el jardín. No quería una bronca con Daniel, porque no quería perder a su mejor amigo. Por momentos le dio igual, pero si lo pensaba con calma e ignoraba la rabia, sabía que si no arreglaban las cosas entre ellos, se arrepentiría. A fin de cuentas, ambos podían echarse en cara lo mismo.

Se sorprendió al sentir una mano amiga en su hombro. Al girarse, el rostro de Silvia se iluminó con una sonrisa benévola. Adrián le devolvió el gesto. Había estado tan entretenido con los hijos que no vio venir a la madre. Iba a tener que trabajar eso de aislarse o estar atento a lo que le rodeaba y encontrar un término medio.

Sin intención de entrometerse más de la cuenta, dándole la opción de hablar de nada o exponerlo todo, Silvia se acomodó a su lado con la vista puesta en el corrillo que formaban su hija y sus amigos, en el que solo faltaban Isaac y Tamara.

—Menudas pintas —dijo Silvia. Tenía un vago recuerdo de aquellos personajes—. Eran dibujos. ¿No?

Adrián suspiró con nostalgia.

—Los veíamos todos los domingos por las mañanas. Los tres, Reyes era una autentica friki.

—Claro, porque ahora no lo es —resaltó la mujer, arrancándole una risa suave.

—La verdad es que están geniales —dijo Adrián con aceptación—. Hasta les pega. Se han desplegado por la mansión como auténticos guerreros para ver qué pasa entre Daniel y yo.

Silvia se estremeció, aunque nada tuvo que ver con la brisa nocturna que se filtraba por la galería. La idea del ejército no se le iba de la cabeza y aquel comentario avivó sus preocupaciones.

Adrián percibió su temor y se contagió al ver cómo Silvia observaba al grupo de su hija. No pudo aguantar la incertidumbre.

—Por favor, Silvia. ¿Qué es lo que le pasará a Reyes?

Una sensación fría consiguió que Adrián se irguiera. Con lentitud, giró el rostro hacia la puerta de acceso. En el umbral, Daniel los observaba con desaprobación. Adrián entendió bien aquella mirada y la sostuvo a modo de duelo. Podía evitar muchas cosas respecto a Reyes, salvo que le preocupase lo que pudiera pasarle. Daniel tendría que asumirlo, le gustara o no.

Silvia miró a su hijo y a Adrián. La fuerza que emanaba de ambos la hizo dar un paso atrás y buscar alguna vía de escape por si alguno se convertía.

—No pasa nada, mamá —dijo Daniel. Se obligó a relajar su actitud, comprobó que también Adrián lo hacía, pero los dos se mantuvieron en tensión.

Para Daniel todo estaba siendo demasiado difícil. Los cambios, que su amigo no se hubiera molestado en hablar con él y, sobre todo, cualquier cosa relacionada con Reyes. En un primer momento le pareció que con su preocupación hacia ella Adrián traicionaba su amistad. No quería que él se acercase a su hermana y supuso que se debía a que también él tendría opción de acabar con el Verdugo. Las palabras de su padre aparecieron para calmarlo. Como Leo, Adrián conocía a Reyes de siempre y le tenía cariño. Seguro que no podría hacerle daño, pero algo le decía a Daniel que eso podría cambiar.

El hormigueo que recorrió el cuerpo de Silvia precedió a la voz de la Presencia.

—*Creo que es un buen momento para confesarse, Silvia.*

Silvia dudó, no lo tenía tan claro. Que los chicos aparentaran control no significaba que lo tuviesen, pero también era cierto que tarde o temprano todo aquello reventaría.

—Voy a decírselo —anunció Silvia. Miró a su hijo por lo que él pudiera decir al respecto.

Daniel fijó la mirada en su amigo. Un amigo al que conocía de toda la vida, al que quiso contarle lo que le sucedía, incluso antes de descubrir toda la verdad. No podía dejarse llevar por la paranoia. No podía olvidar que toda ayuda sería poca.

—De acuerdo.

El corazón le iba tan rápido que Adrián creyó que le estallaría. Fuera lo que fuera el misterio que rodeaba a Reyes, tenía que ser muy grave para demorarse tanto en compartirlo.

La Presencia volvió a adquirir protagonismo en la mente de Silvia.

—*No creo que tengas mucho tiempo ni mucho margen de maniobra aquí arriba si se transforman. A menos que decidas tirarte al jardín... una mala idea dada la altura y la ausencia de Sanadores en este pueblo* —atajó como si meditase las opciones—. *Saúl y Antón no están lejos y nuestro vampiro puede oírte. El líder no es precisamente sordo, sabes qué es lo que mejor para todos.*

Silvia cerró los ojos con expresión abatida.

—Será mejor que hablemos en otra parte y creo que también deberíamos tratar el tema con Antón y Saúl... Antón, sé que puedes oírme. Nos reuniremos en mi casa —pronunció para desconcierto de Daniel y Adrián. Ellos sabían que los otros estaban cerca, pero desconocían cómo Silvia lo había descubierto.

Ante ella, casi pudo ver los gestos infantiles que le dedicaban cuando no entendían algo y necesitaban que un adulto se lo explicase. Los ojos se le llenaron de lágrimas, ojalá fuera una de esas cuestiones sencillas, una pregunta de niños, cuya respuesta no entrañara peligros.

Daniel se acercó a ella y la abrazó. La mención del brujo y el vampiro le rompía todos los esquemas, pero aguantó sin preguntar mientras sentía temblar a su madre contra su pecho.

Adrián se estaba poniendo cada vez más nervioso. Mantuvo las distancias con Silvia, a pesar de querer abrazarla también, o zandearla para que dijera de una vez qué pasaba con Reyes. No se veía capaz de aguantar el trayecto hasta la casa sin despejar incógnitas.

Antón y Saúl no tardaron en reunirse con ellos, asomaron desde otra puerta que daba a la galería y se acercaron, ambos con una máscara tensa, listos para salir huyendo.

—Silvia —saludó Antón, un paso por delante del silencioso y expectante brujo—. Me temo que no podremos ir muy lejos. Noel también te ha escuchado.

Silvia se apartó de su hijo y se secó las lágrimas, importándole bien poco destrozarse su maquillaje. Podría negarse a decir palabra frente al líder, pero no venía al caso posponer lo inevitable. Tampoco cargaría a su hijo, a Adrián, al brujo y al vampiro con el secreto. Ya estaba hecho, había llegado la hora de confesarse. Cogió aire y miró a los cuatro jóvenes. No la presionaban con palabras, lo hacían con sus miradas, fijas en ella. Se encaró a Saúl, quien se temió lo peor al ser escogido.

—No estaría de más que despejaras esto —le pidió.

El líder no tardaría en alcanzarles. Era imposible evitar reacciones peligrosas para los humanos. Silvia contaba con que Daniel se transformara, y no descartaba que Adrián también lo hiciera. No quería daños colaterales ni demasiados testigos.

Saúl no esperó el consentimiento o corroboración de Noel y cuando lo obtuvo conjuró poniendo fin a la fiesta. Una orden masiva se instaló en las cabezas de los no sobrenaturales, quienes, de forma ordenada y sin protestar demasiado, empezaron a dejar la mansión. Estaba demasiado nervioso como para inventar un pretexto, se limitó a echarlos y, como era lo que tenía en mente, se culpó a él y a los brujos. Estropeaban la fiesta. Sin detalles. Cuando todo hubiera pasado, se reuniría con los suyos y buscarían otra cosa o lo dejarían así. Eso le tocaba decidirlo al líder. Supuso que no sería necesario evacuar también la plaza. Entendía que, lo que fuera que pasase, sucedería bajo aquel techo. Observó la terraza y la pequeña sala. Mala idea.

—¿Podemos ir a un sitio más... amplio? —propuso Saúl.

Silvia les indicó uno de los accesos por el que los chicos y ella salieron. Ya en la sala, Daniel no dejaba de mirar hacia su madre, expectante. La puesta al tanto le parecía una idea nefasta. Más sobrenaturales de los que preocuparse. Como intuyéndolo, Silvia se explicó.

—Tienen derecho a saberlo. Sus hermanos están con ella —dijo con intención de dejar el salón y bajar hasta el primer piso. Prefería ir junto a Noel a que él fuera a por ella.

En lo alto de las escaleras que llevaban al recibidor, Silvia miró a su hijo. Se mantenía a su lado, conteniéndose para no volver a abrazarla. Antón y Saúl los seguían, a un par de pasos de seguridad. Adrián iba el último en el más absoluto silencio, pero con el miedo cincelado en su

rostro.

Saúl perdió la poca paciencia que tenía.

—¿De qué va esto?

No mucho más tranquilo, Antón se puso de parte del brujo con un asentimiento, igual de preocupado por Tamara.

Juntos comenzaron a bajar las escaleras. El recibidor estaba desierto, restos de la fiesta se podían observar en el suelo, o en las mesas pegadas a las paredes sobre las que descansaban las bandejas de comida y algunas bebidas. Era el espacio más amplio que conseguirían, puesto que Noel y el resto de licántropos salieron en ese momento del salón principal.

Para cuando el grupo salvó el último escalón, la manada de licántropos se había abierto en abanico, con el líder en el centro en una actitud nada amistosa.

—¿Y bien? —preguntó Noel con una advertencia en su tono.

Antón y Saúl compartieron un mismo pensamiento: no podían estar en peor sitio. Noel parecía temerse un golpe de estado. Dejaron a Silvia y Daniel en primera línea. Adrián pasó junto a ellos y se colocó al otro lado de la inmune. En el bando contrario, solo Noel mostraba determinación. Los otros licántropos, chicos jóvenes y vecinos de toda la vida que apreciaban a Silvia y a los amigos, estaban tan perdidos como ellos. Ninguno quería un enfrentamiento, era obvio, pero si el líder lo ordenaba, atacarían con o sin motivo.

Cara a cara con Noel, Silvia supo que había cometido un terrible error. Se había afanado tanto por salvar a su hija, que no había pensado bien en las consecuencias que su plan tenía para su hijo. Noel no toleraría el riesgo que suponía Reyes, Daniel no consentiría que se le hiciera daño a su hermana. En cuanto Silvia compartiera el secreto, el líder podía dictar acabar con su hija. Y Daniel atacaría. Él no estaba a la altura de derrotar al líder, por mucho que en las primeras conversiones fueran más fuertes. El resultado sería eliminar el riesgo que suponía Reyes y, seguro, desterrar a Daniel por retarlo. Sintió cómo sus esperanzas se rompían en mil pedazos. Ese era el lugar, allí habría sobrenaturales para frenar al Verdugo si se daba, y fue dónde todo empezó. Pero estaba entre la espada y la pared. La salvación de Reyes era una posibilidad, como también lo era que se manifestara el Verdugo en ella pronto. Lo único seguro era que Daniel no se merecía ningún castigo. El destierro encerraba muchos riesgos. Tal vez otra manada no quisiera aceptarlo o, peor, se pondría al alcance de los demonios.

No pudo evitar mirar a Adrián. Él sí tenía fuerza, en una primera conversión podría con Noel, pero tal como imaginaba, el chico estaba tan sobrepasado y aturdido que no podría convertirse. Por mucho que quisiera a su hija, no reaccionaría a tiempo.

Silvia cerró los ojos, la voz de la presencia la envolvía y señalaba justo lo mismo que pasaba por su cabeza. La presión comenzaba a marearla. Ese era uno de los momentos más delicados, más temidos, y lamentaba que se hubiera precipitado sobre ella sin haber podido prepararse antes.

—Un hijo u otro —dijo Silvia, superada.

Aunque volvió a despegar los párpados, poco pudo ver a través de las lágrimas y lo agradeció. El gesto de Daniel haría imposible hablar con franqueza.

—Conocéis la maldición, las cinco opciones que pueden manifestarse en los descendientes, pero también que hay una más —comenzó a decir con voz monótona, sintiéndose como a kilómetros, perdiendo la noción del tiempo y de lo que hacía, como si el dolor y la pena la anestesiaran por completo—. Existe una que no puede manejarse, a la que hay que destruir para

que no lo destruya todo a su paso.

La comprensión brilló en cada par de ojos y solo los de Daniel no daban señas de sorpresa. Abatido, aguantó junto a su madre con la vista fija en el suelo para no tener que ver las expresiones de horror manifiestas.

—El Verdugo —pronunció Noel, por primera vez carente de la confianza que le daba su cargo.

Silvia asintió. Asumía su culpa, se guardaría para sí lo menos posible por el bien de Daniel. Lo único que no mencionaría era ese presunto ejército. Tal vez estuviera a tiempo de evitarlo, no quería señalar a los menores ante Noel y, con respecto a los demás, si Reyes se decidía a darles uso del modo que fuera, nadie podría evitarlo y los mayores sufrirían ante el destino de marionetas que les quedaba a sus hermanos.

—Mi madre lo fue y es probable que Reyes lo sea en cualquier momento. Con Daniel para perpetuar el linaje y mi prima embarazada de una niña, su conversión es impredecible... También es cierto que ella es diferente, las condiciones son diferentes y todo señala a que, en esta ocasión, se defenderá para que nada le dé muerte.

El silencio cayó sobre los congregados en el recibidor. Noel recobró el gesto confiado por obligación, mientras el resto de licántropos expresaban su nerviosismo. Daniel esquivaba todo contacto visual, lo que solo corroboraba a los demás que Silvia estaba hablando muy en serio. Antón y Saúl se miraron en busca de apoyo, incapaces de asumir que la buena amiga de sus hermanos perteneciera a una condición tan aterradora. Adrián se mantenía estático, mortalmente pálido.

Con falsa compasión, Noel le sonrió a Silvia.

—Entiendo tu estado y lo que dices, Silvia, no es fácil elegir entre dos hijos.

Daniel alzó la cabeza para mirar a Noel. Había escuchado lo de la elección cuando su madre lo dijo, pero no profundizó en el significado. Aunque el gesto afable de Noel pareció templar un poco su inquietud, una parte de él empezó a pelear por rechazar el control que ejercía el líder.

—Es duro, Daniel, eres muy fuerte al aceptarlo —le dijo Noel.

Daniel trató de sacudirse aquel atontamiento y aclarar sus ideas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó en un susurro. Miró a su madre, se contuvo de no zarandearla para que dejara salir las respuestas—. ¿Qué quieres decir con un hijo u otro? —pidió en un tono más alto.

Silvia fue incapaz de mirar a su hijo a la cara y volvió a cerrar los ojos. La presión le cortaba el aire, y parecía que la temperatura había descendido diez grados, obligándola a abrazarse a sí misma.

Noel brindó la respuesta al ver que Silvia, empedernida y temblorosa, era incapaz de hablar.

—Por lo que sé, por lo que dicen los textos antiguos, quien le da muerte al Verdugo es alguien próximo y, salvo mínimas excepciones, un licántropo.

Daniel tenía muy presente esas palabras. Él jamás podría hacer algo semejante, dejaría que arrasara el mundo antes que terminar con Reyes, lo tenía asumido. Supo que su madre no se refería a eso, pero guardó silencio. De forma automática miró a Adrián, pues él era el otro licántropo que podría atacar a su hermana. La sola idea consiguió que apretase los puños con rabia.

Adrián trataba de asimilar el secreto de Reyes. Las palabras de los demás formaban frases en su mente, pero lo que significaban no podía ser posible. Estaba a punto de desistir, no le entraba

en la cabeza. En la puesta al tanto sobre lo relacionado con la maldición, su padre había mencionado una criatura aterradora: el Verdugo. Y ese monstruo podía ser Reyes. Ni siquiera terminaba de entender que su propio cuerpo algún día podría volverse el de un animal, mucho menos que ella se volviera una asesina. Sintió la mirada de Daniel. No era el único que lo observaba con expectación. Antón, Saúl y un par de licántropos más parecían señalarlo como posible para terminar con Reyes. Se hubiera reído si no estuviera tan atontado.

Silvia empezó a ver borroso. Si el encuentro se alargaba mucho más, terminaría desmayándose bajo la presión. Se obligó a dejar su pena y seguir hablando. Agradeció como nunca contar con el apoyo de la Presencia, quien le facilitó un pretexto para salvar a su hija.

—Por eso, es posible que, así surja el Verdugo, vaya a por los licántropos, y más si estos son personas próximas —mintió. A su lado, notó que Daniel la miraba. Seguro que no entendía a qué venía el comentario—. Me llevaré a Reyes a Cádiz. Allí están todos los archivos de mi familia y puede que haya algo en ellos que nos valga.

Sintió un ligero alivio. Si Reyes dejaba el pueblo, ya no era responsabilidad de Noel, él no tendría que tomar la decisión de no correr riesgos y Daniel no se revolvería contra él.

Noel mantuvo su estampa compasiva, pero su postura era de defensa.

—Sabes cuál es el único modo de evitarlo —dijo Noel con toda la delicadeza que le fue posible—. Por primera vez, podemos detenerlo antes de que haga daño.

Silvia lo miró con horror. Exponía de forma directa lo que tanto temía. Vio en sus facciones que Noel lo hacía porque sí lo consideraba su responsabilidad y no le pasaría el problema a otro. Para él solo era una bruja a la que se debía dar muerte sin consideraciones, porque ella no las tendría al convertirse.

La tensión se convirtió en algo sólido que mantuvo inmóviles a los presentes. Todos comprendieron a qué se refería, y hasta los miembros de la manada expresaron rechazo en sus rostros. Conocían a Reyes, la habían visto crecer y se cruzaban con ella a diario. Por supuesto que el Verdugo era un ser peligroso, pero ninguno se había planteado acabar con una vida que, en ese instante, no entrañaba el menor riesgo.

Antón y Saúl supieron que acababa de prenderse la mecha que originaría lo que sus instintos habían pronosticado. Ambos tenían muy claro que ni Daniel ni Adrián dejarían que Reyes fuera condenada de manera preventiva. Si tuvieran algún peso los apoyarían. Les preocupaba el destino de sus hermanos menores, exponerlos a la posibilidad de que su amiga dejara de ser ella, pero eso ni había pasado ni tenía por qué suceder. Vivían en un mundo de normas y maldiciones, pero también en un mundo sobrenatural en el que todo era posible. Reyes era una más entre ellos, conocida y querida. Ni Antón ni Saúl se posicionarían en su contra hasta ver algún indicio de que fuera peligrosa. Vampiro y brujo cruzaron una única mirada, no necesitaban más. Con lentitud, se acercaron a Silvia. El recibidor no era lo bastante grande para los ocho licántropos. Si no querían acabar hechos pedazos, Antón debía llevarse a Saúl y a Silvia bien lejos.

Mientras Adrián se enfrentaba a las palabras del líder, tan increíbles como todo lo demás, Daniel dejó atrás cualquier atisbo de pena. Jamás consideró a Noel una amenaza porque estaba muy lejos de ser próximo a su hermana. Si ni siquiera pensaba esperar a que Reyes se convirtiera en el Verdugo, podría ordenar que la matase cualquiera.

Noel mantuvo su intención sin amedrentarse, sin titubear al ver que ni siquiera contaba con el apoyo de los suyos. Poco importaba cuánto les gustase o no su decisión. Salvo Silvia, todos

estaban obligados a cumplirla, y era bien poco lo que la inmune podría hacer para impedirlo.

—Debemos poner fin a la amenaza antes de que ella termine con nosotros —sentenció Noel con autoridad.

—No —siseó Daniel. El calor empezaba a invadirlo. Con la sola idea de proteger a su familia, consiguió transformarse.

Sin esperar a que empezase la pelea, Antón sujetó el brazo de Silvia y el de Saúl.

Nada más sentir que alguien la tocaba, Silvia trató de revolverse. No podía dejar allí a su hijo.

—¡No! —gritó con dolor.

Adrián era incapaz de moverse, ni siquiera parpadeaba. No era el único perplejo, los miembros de la manada se mantenían en guardia, con los ojos muy abiertos, pero sin intención de moverse. A su alrededor, todo sucedió demasiado rápido. De pronto, Daniel había sido sustituido por un enorme lobo color chocolate. A su vez, Noel se volvió un lobo todavía mayor, color canela. A su lado, Silvia desapareció. Su mente tardó en asimilarlo, demasiada información, demasiadas emociones. Un crujido de huesos y un quejido animal que transmitía dolor y desesperación, lo sacaron de su aturdimiento. El lobo que había sido Daniel fue arrojado contra los escalones de mármol, sangraba por diversas partes de su cuerpo, tiñendo los peldaños y su pelaje. Con aire triunfal, el lobo canela le enseñó a él los dientes. Destacaban en rojo por las heridas infringidas a su oponente. A Daniel.

La comprensión golpeó a Adrián con tanta fuerza que casi le arranca un grito. Su mejor amigo estaba malherido, carecía de fuerzas hasta para quejarse. Querían matar a Reyes. El culpable estaba ante él, dispuesto a demostrar quién estaba al mando. Una sensación sofocante lo invadió, la rabia se apoderó de su interior. Sintió cómo algo se rompía bajo su piel. No pudo controlar su cuerpo, ni quiso hacerlo. Lo único que quería era acabar con Noel. Varias manos trataron de sujetarlo, un par de cuerpos se unieron para reducirlo. Lo único que lograron los miembros de la manada fue que su ira surgiera como nunca.

—¡Adrián, no!

—No puedes...

Adrián no pensaba escuchar nada. Nadie iba a hacerle daño a Reyes y vengaría el infligido a Daniel. El imponente lobo canela le enseñó los dientes con más ganas. Noel ansiaba esa pelea tanto como Adrián y sabía que no se limitaría a dejarlo fuera de combate. Ni el miedo a la muerte evitó que Adrián se revolviera entre los hombres que forcejeaban para reducirlo. Se los sacó de encima con furia, mientras unos desagradables chasquidos se extendían por su cuerpo.

Las dimensiones, su forma de percibir el entorno, empezaron a cambiar. Mientras el dolor y los chasquidos transformaban su forma física, vio a los licántropos retroceder asustados. Se acababa toda intervención y su vista adquiría un nuevo enfoque. Ya no lo veía todo desde su altura, sino a un nivel mucho más nítido y violento.

Un potente gruñido pareció sacudir hasta el último cimiento de la mansión. Adrián tardó un segundo en asumir que había surgido de su garganta. Percibió un pelaje negro brillante, suyo. Otro gruñido consiguió que su atención volviese a estar en el frente. Noel estaba a un par de metros, con el hocico manchado con la sangre de Daniel. El líder no se acobardaba, se preparaba para tomar impulso y atacarlo. Adrián se dejó envolver por una fuerza que aniquilaba cualquier consideración o prudencia. Se impulsó sobre sus patas hacia el enorme animal que pretendía caer

sobre él. Saltaron al mismo tiempo. Adrián interceptó a Noel en el aire, atrapándolo por el cuello. Ambos regresaron al suelo con un golpe seco. Adrián escuchó diversos quejidos, sintió un sabor férreo en la boca. La tensión de las mandíbulas abiertas y deseosas de cerrarse para destrozar a su presa, competía con la presión que ejercían las patas sobre el cuerpo de Noel. Una parte de él gritó por los lamentos de Noel. Él no quería hacer daño a nadie. Bajaba la guardia, y Noel lo aprovechó para revolverse y quitárselo de encima. En un parpadeo, Noel volvió a arrojarlo contra Adrián. Su mente evocó a Reyes. Adrián volvió a sentirla entre sus brazos en la playa, mientras disfrutaba del mejor beso de toda su vida. Entonces, todo se volvió color rojo sangre.

A expensas de la manada, regocijándose de su buen hacer, la Presencia dio por finalizada su tarea. Estaba preparada para dejar aquel espacio, destinado a alguien que sabría bien cómo valerse y con la suerte siempre de su lado. No había sido del todo honesta con Silvia, salvo cuando la advirtió de lo bien que se les daba a las presencias manipular. Su silencio estaba motivado por algo muy simple: si nadie sabe nada, nadie tomará decisiones que puedan estropear el desenlace más conveniente.

Veía el futuro, pero de un modo diferente al que podía esperarse. Ella era un ser muerto y, como tal, las visiones que tenía eran sobre la muerte. Como Noel y Saúl, ella también sabía que un demonio elemental les rondaba. Y los había visto a todos vencidos. Conociendo el final podía manejar el comienzo para cambiar los sucesos, impulsar el que mejor le convenía, y llevaba suficiente tiempo ligada a su condición como para realizarlo con éxito. Tenía muy claro el destino que debía darse y solo era cuestión de tiempo que los grandes poderes recuperaran el sitio que merecían. Muchas personas saldrían ganando, otras lo perderían todo, pero así son las grandes batallas.

Silvia había hecho bien en desconfiar de ella, pues había enmascarado lo más importante. Había un ejército a merced de Reyes, pero jamás dijo que se limitara a su grupo de amigos. De hecho, quien lo lideraba era la propia Silvia.

LA PESADILLA

En su habitación, Sofía comenzó a deshacerse de los complementos del disfraz. Se sentía indispuesta, como mareada. Cada vez que quería recordar algo de la fiesta, su mente se lo impedía. Le pareció de lo más extraño. Una idea intentaba abrirse paso, algo sobre la pandilla de Saúl. Ellos estropearon la fiesta, pero no tenía ni idea de cómo. Otro pensamiento se interpuso en su empeño por recordar. Leo estaba guapísimo. Mientras se quitaba la malla, Sofía soltó un quejido. Leo siempre estaba guapísimo.

La fiesta. Había pasado algo en la fiesta.

Con un pequeño grito de frustración, se puso el pijama y se metió en cama. Esperaba no volver a pasar una mala noche. Necesitaba dormir o al día siguiente estaría de lo más espesa. Como le costaba un montón despertarse, su radio despertador estaba colocado sobre el escritorio, lo bastante lejos para no poder apagarlo de un manotazo y seguir durmiendo. Se fijó en él. Las manecillas se volvían borrosas, tuvo la impresión de que era pronto y, al mismo tiempo, muy tarde.

La agradable somnolencia comenzó a apoderarse de ella. Su cuerpo se volvió más ligero y cerró los ojos con una sonrisa. Ahora, solo tenía una cosa en mente: dormir.

La negrura que lo anegaba todo empezó a clarear, como cuando amanece. Reconoció su entorno. Estaba en uno de los caminos de tierra que conducían a casa de Reyes. Ante ella, Adrián la miraba con una expresión de absoluta devoción que formó un nudo en su estómago. Avergonzada, dirigió la vista al suelo. Una cortina de rizos negros se desplegó a ambos lados de su cabeza. Sofía entendió que no era su cuerpo, sino el de Reyes. Seguía siendo ella, pero parecía encerrada en el interior de su amiga.

Las manos de Adrián acariciaron su rostro. Con suavidad, lo alzó para que ella volviera a mirarlo. Sofía cayó entonces en que él estaba distinto, su pelo caía ahora hasta sus hombros.

—Todo saldrá bien —le prometió Adrián en un susurro que consiguió que las piernas amenazaran con dejar de sostenerla.

Adrián se acercó, ambos cuerpos se pegaron. Los labios del chico rozaron los de Reyes. Los suyos. Se abrazó a él con fuerza. El beso se volvió más profundo, sus lenguas jugaron hasta provocar descargas en su cuerpo. Sofía intentó separarse. Nunca había sentido nada por Adrián, lo que experimentaba eran los sentimientos de Reyes.

De pronto, Adrián la apartó de un empujón. Sofía estuvo a punto de caer, pero logró mantenerse erguida. Miró a Adrián con incomprensión y vio que sus ojos cambiaban. Su iris claro empezó a verse salpicado por motas rojas.

—¡Corre! —gritó Adrián aterrorizado.

Sofía o, mejor dicho, Reyes, echó a correr en dirección a su casa. Sin embargo, a la vuelta de la esquina lo que se encontró fue la plaza y la noche. El espectáculo que en ella se daba le arrancó un grito. Cinco piras iluminaban la oscuridad con sus llamas. En ellas, cinco cuerpos se quemaban entre gritos. La multitud congregada dejó de contemplar la quema para volverse hacia ella. Todos vestían de forma antigua y, sin excepción, adoptaron una expresión salvaje, y la señalaron con fiereza. Una niña pequeña, vestida de campesina, se separó de su madre y de su hermano para gritarle.

—¡Renuncia!

Asustada, Sofía volvió a echar a correr por la carretera que salía de la plaza e iba hasta el inicio del puente romano. Tras la primera curva, se encontró en uno de los callejones de la ciudad. Frenó en seco al localizar a Leo, Toni, Saúl y Antón cerrándole el paso. Vio las mismas expresiones que dejara en la plaza: un odio feroz hacia ella. Tasmi se abrió paso entre los chicos. Sofía pensó que era para ayudarla, pero en sus ojos azules descubrió el mismo sentimiento.

—¡Te mataré yo misma! —exclamó Tasmi.

Sin entender nada, Sofía gritó y se giró para escapar. Chocó contra el cuerpo de Daniel. Su expresión no era más amable que la de los otros. Un colgante pendía de su mano. Una cadena plateada con una brillante cruz celta.

—Se acabó —sentenció Daniel con furia.

Antes de que el hermano de Reyes se le echara encima, el callejón desapareció. Sofía se vio en el interior de lo que parecía el castillo del pueblo, en una sala enorme de aspecto sombrío. La única iluminación la confería la luna, cuyos rayos se filtraban por los amplios ventanales. No estaba sola. Desde el centro, Noel y David, el novio de Tasmi, la miraron con la misma ira que el resto.

—¡Basta! —gritó desesperada.

Noel y el novio de Tasmi desaparecieron. En su lugar, se vio rodeada por cuatro símbolos grabados en el frío suelo de piedra. Una llama de fuego, una gota de agua, un remolino de aire y unas colinas de tierra.

Una sombra alargada llamó su atención. Le costó reconocer la silueta de quien se reunía con ella, pero no podía ser otro que Carlos. En cuanto sus miradas se encontraron, él apuró sus pasos con expresión resentida. Una gruesa cadena salió disparada desde ninguna parte, se enredó en el cuello de Carlos y empezó a asfixiarlo.

Sofía se cubrió el rostro con las manos. Quería que terminase aquella pesadilla. Sin dejar de gritar, sintió cómo algo la envolvía para sacarla de allí. Miró entre sus dedos, aterrorizada, y se encontró consigo misma.

Suspendida en el aire, rodeada por una niebla blanquecina que le impedía señalar dónde estaban ella y su imagen, solo pudo fijarse en su duplicado. Algo le cubría la boca, como una mordaza. Al estudiar mejor su rostro, comprobó que no tenía labios. Los brazos parecían pegados a su cuerpo. La niebla comenzó a colorearse, ya no era blanca, sino morada, y serpenteaba a su alrededor con siniestros jirones que lamían su cuerpo. La devoraba, se filtraba por su nariz y sus

ojos...

Sofía se incorporó sobre su cama con un alarido que retumbó en sus propios tímpanos. Su cuerpo se echó a temblar de forma descontrolada mientras el sudor empapaba su piel y su pelo. Casi al momento, su madre abrió la puerta de su cuarto y corrió para sentarse junto a ella en la cama. Sofía se aferró a su cuerpo en busca de refugio.

—Sofí... ¿Qué pasa? —preguntó su madre igual de temblorosa.

Sofía quiso responder. Había visto algo horrible, pero los sucesos parecían disiparse como si fuesen una simple niebla. Las palabras no querían salir ni encontraba las necesarias para explicarse.

—Solo ha sido una pesadilla —dijo su madre sin dejar de abrazarla, meciéndola con cariño.

La seguridad que le transmitió su madre consiguió apaciguar a Sofía. La falta de recuerdos sobre el sueño espantó al miedo. La somnolencia regresó, los párpados le pesaban. Sintió cómo su madre la tumbaba sobre la cama y le daba un beso en la frente antes de marcharse. Casi dormida, a Sofía le pareció escuchar cómo ella y su padre hablaban en el pasillo. Ambos parecían estar llorando.

—Tranquila, cariño, es demasiado pronto —dijo su padre.

Tras un tiempo de silencio, su madre respondió. Su tono sugería absoluto derrotismo.

—Hemos disfrutado de ella todo lo posible, la hemos hecho feliz, pero a mí no me basta.

Sofía no supo a qué se refería su madre, ni alcanzó a entender los siguientes comentarios. Solo le llegó con claridad lo último que dijo su padre:

—No, lo que más me duele es olvidarla.



CLAVE III

Caminan entre nosotros desde hace siglos.
Nadie quiere verlos, nadie quiere oírlos,
pero eso no impide tenerlos al acecho.
Aguardan pacientes, tanteando el terreno;
esquivos y engañosos como su propia naturaleza.
Solo ellos conocen sus intenciones y sus planes son perfectos.
Cuando se cruzan en tu camino,
cuando aparecen en tu vida,
nada puede librarte de un demonio,
salvo otro demonio más fuerte.

50

MAL COMIENZO

Adrián sentía como si todo cuanto lo rodeaba no fuese real. Lo sucedido en la fiesta resultaba tan insólito que, si hubiera dormido, lo tacharía de sueño o, más bien, de pesadilla. Tras el estallido de rabia que derivó en su primera conversión, volvía a estar demasiado aturdido para dar forma o sentido a todo lo que pasaba por su cabeza. El amanecer había traído un nuevo día y una sensación de pánico y responsabilidad. No supo muy bien por qué decidió emplear su tiempo en visitar al pescador convaleciente, pero Ignacio seguía ingresado en el hospital y quería ver cómo iba. Además, necesitaba poner distancias con la manada y con el resto. Sabía que los otros licántropos estaban cerca, llevaba sintiéndolos con nitidez desde que recuperó su forma humana tras la pelea. Una vigilancia comprensible. Si volvía a convertirse en un animal, iba a necesitar otros tantos para que lo aplacasen. No le gustaba, ni poder sentirlos ni carecer de intimidad, pero lo entendía. Y ellos también lo entendían a él, porque no se habían acercado a hablarle en ningún momento.

No había matado a Noel, pero sí lo había dejado al borde de la muerte. Ni todos los motivos que tuvo en su momento lograban desterrar lo cerca que había estado de acabar con la vida de una persona. Mejor no pensarlo. Cuando todo acabó y recuperó su forma humana, lo primero que tuvo que encajar fue que, al haber vencido a Noel, el liderazgo pasaba a ser suyo. Sin embargo, nadie se deshizo en detalles acerca de su nuevo cargo. Adrián agradecería no verse saturado de información, si no tuviera la sensación de que no le decían nada porque a nadie le gusta dar malas noticias. Y eso leyó en todos y cada uno de los rostros de aquellos a los que apreciaba. Incluso su padre permitió que pasase la noche solo en casa de su abuela, trabajando. El exceso de energía corría por sus venas y no iba a dejarlo dormir; además, temía una nueva conversión espontánea. Su entrada en el mundo sobrenatural no podía ser más estrepitosa.

Sentado a una de las mesas de la cafetería del hospital Meixoeiro, miraba sus manos mientras se enfriaba su tila. No había rastro del corte en su palma, las lesiones más leves, los arañazos o punciones de las astillas, las grietas provocadas por el duro trabajo, se habían curado. Ninguna cicatriz, como si sus heridas jamás se hubieran dado. Ahora, su piel tenía el mismo aspecto, el mismo tacto, pero la sentía mucho más dura y resistente.

No debería sorprenderle, cuando Daniel ni siquiera había necesitado atención médica. Según Silvia, todo volvería a su sitio con reposo. Adrián los había acompañado a casa, y pudo cruzar con Daniel unas palabras antes de que su amigo se quedase inconsciente de nuevo. Tenían una

conversación pendiente pero, a grandes rasgos, habían resuelto sus diferencias. También tenía una conversación pendiente con Reyes y, sobre esta, sí que no tenía ni idea de cómo podía solventar lo que pasaba entre ellos. Si antes de saber que ella podría ser el Verdugo las cosas eran difíciles, ahora ni siquiera encontraba un calificativo adecuado para definirlo.

Se tomó la infusión sin ser consciente de lo que había a su alrededor. Ensimismado, dejó la cafetería y se metió en el hospital. Se preguntó dónde estaría Noel ahora. El anterior líder no se recuperaría tan rápido. Por temor a que los nervios lo transformasen de nuevo, desterró de su mente a Noel y se centró en caminar.

Le fue fácil encontrar la habitación en la que estaba el pescador. La puerta estaba abierta y Adrián asomó la cabeza, sin saber si era un buen momento. Un hombre de mediana edad que leía el periódico lo miró con confusión desde uno de los asientos para las visitas. Debía ser la pareja de Ignacio, y Adrián cayó en que él no dejaba de ser un desconocido para ambos. Sonrió a modo de disculpa por si no era bien recibido.

El hombre le devolvió la sonrisa y sus ojos fueron hacia una de las camas.

—Nacho, tienes visita —dijo el hombre mientras se ponía en pie.

Adrián se obligó a entrar en la habitación. Le impresionó ver a Ignacio. Parecía mucho más pequeño entre las sábanas blancas, cuya única nota de color era el logotipo azul del Sergas.

—Buenos días —saludó Adrián. No se atrevió a entrar por completo, por si molestaba.

—Vaya, me alegra verte —dijo Ignacio con una sonrisa amable que aplacó la incomodidad de Adrián, mientras reclinaba el respaldo de la cama hasta sentarse.

El otro hombre despejó el asiento en el que había estado. Se colocó la chaqueta en el brazo y dejó el periódico en la pequeña mesa con ruedas bajo la ventana.

—Aprovecho para bajar a desayunar —comentó para ambos.

Adrián lo despidió y se acercó a la cama. Continuó en pie. Dudaba poder permanecer sentado más de cinco segundos.

—Qué bien que tengas la habitación para ti solo —comentó Adrián mientras señalaba la otra cama pulcramente hecha.

—Sí —aseguró Ignacio—. Cuando llegué había un abuelito que roncaba como un tiranosaurio.

Adrián rio. Sentía los ojos de Ignacio escudriñándolo, como si buscase algo que señalase lo que sucedía. Por su parte, Adrián no pudo pasar por alto lo que le transmitía el pescador. Si en su primer encuentro no supo lo que era, en esos momentos su intuición le aseguraba con certeza que estaba ante un brujo.

—¿Cómo te encuentras? —murmuró Adrián adaptándose a las nuevas percepciones. Mejor buscar el tema común que los relacionaba—. Yo... No sé si la han cogido ya.

Ignacio no parecía preocupado en ese aspecto.

—Me duele la pierna, tanto que me dan ganas de arrancármela, pero para eso se crearon las drogas. Por lo otro, tanto tiene. La cojan o no, se irá o se quedará. Si no es una cosa es otra. Que no te preocupe.

Adrián desvió la mirada hasta la ventana. Perezosas nubes salpicaban el cielo. Los últimos sucesos desfilaron por su mente.

—Me parece que eso de no preocuparme va a ser difícil.

Ignacio soltó una carcajada.

—No me extraña, pero de verdad que no es fácil verlos. Chico, tuviste puntería.

Adrián no estaba tan seguro de que solo hubiera sido puntería. En su opinión, el mundo confabulaba para que tuviera bien presente todos los aspectos sobrenaturales que plagaban la tierra. Sacudió la cabeza para no caer en las lamentaciones, y recordó algo que le llegó por boca de los vecinos acerca del padre de Ignacio. Esa intuición extraña gritaba que el anciano no se había despistado y caído al agua, sino que había mucho más.

—¿Qué tal está tu padre?

Ignacio se encogió de hombros con un pesado suspiro.

—Como una cabra.

La curiosidad pudo con Adrián.

—Dijeron que se despistó y acabó en el agua, pero... bueno, él también es algo, ¿no? ¿Iba a por ella?

Ignacio dudó. Contempló el rostro del chico, había algo diferente y supuso lo que era. Ya formaba parte de su mundo. Le pareció que estaba de más guardarle secretos.

—Más bien esperaba que ella fuese a por él —dijo, sonriendo ante el gesto confundido de Adrián—. No sé si lo sabes, pero es en el momento anterior a una muerte segura y violenta, un asesinato, cuando se acumula el máximo poder de un brujo. Imagino que lo que mi padre pretendía era conjurar para protegerme. O eso, o sí se despistó, y no sé cuál de las dos cosas me resulta más inquietante.

Adrián lo vio frotarse el rostro con nerviosismo, mientras él trataba de asimilar lo que acababa de decirle.

Con un gesto cansado, Ignacio recuperó el buen humor.

—Al menos ahora tengo un motivo de peso para cuando me diga que puede estar solo. Está mayor, ciego, y es un terco.

Adrián podía entender esa parte. No dejaba de resultarle peculiar cómo la vida normal se compaginaba con las rarezas. No supo qué decir. Se quedaba sin frases de cortesía. El brujo se lo puso fácil.

—Veo que ya eres de los cinco magníficos.

Resignado, Adrián asintió.

—Y tanto. Soy el nuevo líder.

Los ojos de Ignacio se abrieron de forma desmesurada.

—Vaya, notaba algo... pero con eso no contaba. Eh... Para tanto rechazo, te has metido hasta el cuello.

Adrián supo que tampoco a Ignacio le entusiasmaba su nuevo cargo. En su rostro veía la misma expresión de Silvia o de su padre.

—¿Tan malo es? —preguntó Adrián—. No tengo ni idea de lo que significa.

Ignacio intentó animarlo, pero Adrián empezaba a asumir que no había demasiados motivos.

—No diré que me alegro, por ti no lo hago. Sin embargo, me parece que serás uno muy bueno.

Adrián no supo encajar el cumplido. Se revolvió, azorado.

—Seguro que la sirena opina lo mismo —dijo por decir.

Ignacio lo miró con pesar.

—Caminan entre nosotros desde hace siglos. Nadie quiere verlos, nadie quiere oírlos.

Las palabras consiguieron que el cuerpo de Adrián se estremeciera. Suponía que hablaba de demonios, pero no entendía por qué Ignacio se lo estaba diciendo.

—¿Y eso?

—Información restringida, hasta para el líder —respondió el hombre con una sonrisa traviesa—. Los brujos somos, con diferencia, los que más sabemos de qué va esto.

—Secretos de brujos, estupendo —lamentó Adrián. El grupo de Saúl al completo acudió a su mente. Como quisieran dar problemas, él no podría detenerlos.

—No me estás entendiendo —dijo Ignacio—. Si quieres un consejo, apóyate más en ellos. Tus congéneres te serán de ayuda, por supuesto, pero es el conocimiento lo que facilita la convivencia. Unidad y confianza.

Adrián reprimió una mueca burlona, por respeto.

—En serio, Ignacio, supongo que conoces a los brujos dominantes. No sé tú, pero yo no los señalaría como sabios ni creo que vayan a facilitar la convivencia en lo más mínimo.

Ignacio no pudo evitar reírse.

—La actitud de esos chicos, ¿a qué crees que se debe? Si a ti o a mí no nos gustaba Noel, ni te cuento a ellos. Solo tuve un encuentro con Noel, al menos consciente, y su forma de tratarme... Además, las apariencias engañan.

La pandilla de raperos locales fue sustituida por el rostro de Reyes. Si había una muestra de cuánto podían engañar las apariencias, era ella. El temor lo hizo tensarse de pies a cabeza. Decidió dejar el tema del liderazgo, porque solo era algo temporal.

—Da igual. En cuanto pueda, le paso el mando a otro.

Por la expresión apenada del hombre, Adrián intuyó lo que iba a decirle. No quería escucharlo.

—Adrián...

Ya eran demasiadas malas noticias; lo mejor que podía hacer era poner fin a la visita.

—Espero que te mejores pronto.

Ignacio sonrió y sacudió la cabeza, pero no insistió.

—Lo haré. Y gracias por preocuparte —dijo con amabilidad—. Ahora no es que sea de mucha ayuda, pero si algún día me necesitas, no dudes en llamarme.

Adrián sintió algo de lo más extraño hacia Ignacio, o hacia la situación general. Por las palabras del hombre no estaba siendo meramente cortés. Le hacía una promesa. Podría contar con él. Abochornado por emocionarse, se frotó la nuca sintiéndose ridículo.

—Gracias —murmuró antes de despedirse.

51

ES CULPA TUYA

Reyes tenía los ojos hinchados y un fuerte dolor en el pecho. Durante el desayuno, su padre le había contado que Carlos y su madre habían sufrido un terrible accidente. Todavía trataba de encajarlo. Le pareció imposible no haberse enterado antes. Las noticias volaban, sobre todo cuando eran malas pero, como había sido en la carretera general, nadie los echó en falta. Y ella se sentía terriblemente culpable. No recordaba haberle dedicado un solo pensamiento a Carlos en todo el día ni en la fiesta, a pesar de que él le había dicho que iría. Los problemas entre Daniel y Adrián y el desastroso beso lo eclipsaron todo.

Mientras se vestía para que su padre la acercara al hospital, sintió algo extraño al pensar en la fiesta. Tenía un vago recuerdo del momento de irse y la idea de que Saúl y los suyos lo habían estropeado todo. No había tiempo para eso ni para pensar en que Daniel había pasado la noche con Adrián. Arreglarían sus diferencias, volverían a ser amigos, y lo único que Reyes esperaba era que Adrián no le contase nada a su hermano... Se dio unos golpes en la frente con el puño. Se recriminó el egoísmo que mostraba. Ahora, lo importante era Carlos.

Su padre la esperaba en la cocina, tan silencioso como ella. De camino a la plaza y en el coche se mantuvo pensativa, llorosa y en silencio. El chat de amigos iba lento, la mayoría de ellos aún dormían. Solo Leo escribía, le preguntaba si quería que la acompañara, que se vestiría en un momento. Reyes estaba muy agradecida, pero prefirió dejarlo al margen. Además, ya iba con su padre. En ese momento, no se le ocurría mejor apoyo. La sola idea de tener un accidente, que él su madre, su hermano o sus amigos, sufrieran el menor daño, consiguió que rompiera a llorar con más fuerza.

A medio camino entre el pueblo y el hospital, Esteban se vio obligado a detener el coche en un arcén para tratar de consolar a su hija. Apenas entendió qué decía Reyes, pero supuso lo que pasaba por su cabeza. La estrechó contra él con fuerza, protector y decidido.

Silvia lo había puesto al tanto de los acontecimientos. Él también estaba afectado, porque jamás llegó a pensar que nadie fuera a hacerle daño a su pequeña de forma preventiva. Una vez más, se veía limitado por sus escasos conocimientos. De lo poco que sacaba en claro era que ahora Adrián mandaba, y él jamás le haría daño. De eso estaba seguro, como también del motivo. Pero Adrián no iba a ser el líder durante mucho tiempo, el chico ni siquiera quería ser licántropo. También, el secretismo que envolvía al Verdugo acababa de desaparecer. No solo Adrián conocía

lo que podía ocultar Reyes, también Antón, Saúl y la manada. Cualquiera de ellos podía llegar a la misma conclusión que Noel y atacarla.

—Podemos regresar si quieres —dijo Esteban, tanto por salvarla del mal trago en el hospital, como por la necesidad de plantear sus dudas ante su mujer.

Reyes se apartó de su padre, se recostó en el asiento y secó sus lágrimas de forma enérgica.

—No.

A pesar de la determinación con la que pronunció su negativa, Reyes estuvo tentada. No sabía cómo hacerle frente a la desgracia ni de qué iba a servirle su presencia a su compañero de pupitre. Pero imaginarse sola en una de tantas habitaciones, sin compartir lo sucedido con nadie, le parecía horrible. Acompañarlo era lo menos que podía hacer por él.

La zona de aparcamiento estaba inusualmente concurrida para la hora y para ser fin de semana. Reyes no aguantaría en el coche ni un minuto más, quería salvar el mal trago y dejar de darle vueltas a lo mismo. Cada vez se ponía más nerviosa y la tentación de huir aumentaba. Aunque le costó, consiguió convencer a su padre para que la dejara en el acceso principal. Iría de avanzadilla mientras él buscaba sitio.

Reyes sentía debilidad en las piernas cuanto más avanzaba por el inmenso recibidor. El lugar la intimidaba como ninguna otra cosa. La zona destinada a informar sobre las urgencias estaba en la primera planta y hasta ella fue. Los pocos ocupantes no le sonaban. En cuanto un médico abrió la puerta de dos hojas para salir, ella se le acercó para preguntar por Carlos. Por suerte, el médico supo de quién hablaba. Carlos estaba en la planta, con sus abuelos. Lo que más afectó a Reyes fue que su madre había muerto.

Reyes dudó, debería esperar a su padre, pero por lo que le había entendido al médico su amigo todavía no había despertado de la operación. No sería una visita larga. Apretó el paso y fue por las escaleras hasta la cuarta planta. Necesitaba tiempo para asumir que su compañero se había quedado huérfano, pero era demasiado, su mente le impedía hacerse a la idea. Se sentía incapaz de sentir lástima o dolor como minutos antes. Reaccionaba como si no quisiera creerlo.

No era buena orientándose en los hospitales ni en otros sitios grandes, pero a base de preguntar a las enfermeras localizó la habitación de Carlos. Cuando estuvo ante la puerta entornada, dudó. Si Carlos estaba dormido, quizá no le hiciera gracia su presencia. A Ella no le gustaría verse observada sin conocimiento. Además, tampoco conocía a sus abuelos. Paternos o maternos estarían desolados. ¿Qué iba a decirles ella? No tuvo tiempo a pensárselo mejor. La puerta se abrió de golpe y un rostro arrugado de mujer le sonrió.

Reyes sintió un escalofrío ante unos ojos verdes que la miraban como si la traspasaran. Era la única nota de color, todo lo demás, incluido el pañuelo que cubría su cabeza, era negro.

—Hola, niña.

La voz de la anciana le erizó el vello de la nuca. Le vinieron a la cabeza las brujas de los cuentos populares y sintió ganas de salir corriendo. Como si lo intuyera, la mujer se lo impidió al sujetarla del brazo y arrastrarla al interior de la habitación.

Un aroma denso y empalagoso, acusado por la falta de ventilación, se mezclaba con los olores típicos de un hospital. El estómago de Reyes se revolvió, pero no dejó que se viera.

Había un hombre conectado a un montón de aparatos en una de las camas, otro anciano sonriente sentado en una de las sillas de visitas y, en la cama situada junto a la ventana, una silueta irreconocible por los vendajes. La impresión de saber que bajo las curas estaba Carlos logró que

ella ignorase todo lo demás.

En cuanto la anciana la soltó, Reyes se acercó despacio a la cama, masajeándose de forma inconsciente el lugar en el que la mujer la había tocado.

—Esperaremos fuera —dijo el anciano levantándose.

El tono de voz le provocó a Reyes el mismo desagrado que el de la mujer. Poco había conocido a la madre de Carlos, pero no recordaba que la hiciera sentir tan mal. Que estuviera muerta volvió a noquearla. Se sintió culpable, sin saber por qué. Dejó de intentar asumirlo y se centró en su compañero. La sábana cubría su cuerpo, también él estaba monitorizado, y de su rostro solo era visible un ojo y un poco de sus amoratados labios. Todo lo demás lo devoraba el blanco vendaje.

—Lo siento —susurró Reyes incapaz de contener las lágrimas.

No se atrevió a tocarlo, mirarlo ya resultaba duro. Tenía que salir de allí porque también él parecía al borde de la muerte. El párpado visible de Carlos tembló. Reyes contuvo el aliento. Su compañero estaba a punto de despertarse. La esperanza la invadió.

—Carlos —dijo y se acercó un poco más. Quería que supiera que había ido a verlo. Era importante.

Cuando el ojo se abrió, Reyes dio un respingo, sobrecogida. El blanco inyectado en sangre le daba un aspecto siniestro, como sacado de una película de terror, y la expresión que se leía parecía rabia. Vio que Carlos intentaba hablar, pero no logró escucharlo. Se acercó un poco más. Con voz rasgada y de forma débil, el chico consiguió hacerse oír.

—Es culpa tuya.

Reyes sintió cómo el aire escapaba de sus pulmones ante la acusación. En el ojo ensangrentado persistía la fiereza. Lo estaba diciendo muy en serio, y un miedo irracional agitó su cuerpo. Retrocedió asustada, chocó contra la otra cama y echó a correr. Al salir de la habitación se vio entre los brazos de la abuela de Carlos.

—Ay, niña. ¿Qué te ha dicho el bobo de mi nieto?

Reyes se contuvo, pero deseaba apartar a la mujer de un empujón. Necesitaba quitársela de encima, salir de allí. La angustia agitó su respiración al sentirse atrapada.

—¿Reyes?

La voz de Adrián bastó para darle fuerzas. Reyes se deshizo de los brazos de la mujer y fue directa hacia él. Con la mirada borrosa, apenas podía ver lo que sucedía a su alrededor. Lo único que sintió fue cómo Adrián la abrazaba.

Adrián no sabía qué hacía Reyes allí y se dispuso a preguntárselo al extraño y desconocido matrimonio. En cuanto su mirada se encontró con la de los ancianos, notó cómo el aire se cargaba de estática. Percibió algo en ellos que hizo que sus palabras murieran en su garganta. El rechazo y el temor eran palpables por ambos lados. Durante un segundo, le pareció que sus arrugados rostros se ensombrecían como si estuvieran a punto de desfigurarse. Sujetó a Reyes con más fuerza y la arrastró hacia el ascensor para sacarla de allí.

—No vuelvas a acercarte a ellos —ordenó.

Reyes solo podía llorar, ni siquiera lo escuchó. Su cabeza estaba colapsada por las palabras de Carlos. Pegó la frente al pecho de Adrián, aferrándose a su cazadora como si le fuera la vida en ello. Las manos de Adrián buscaron su rostro, lo atraparon y lo alzaron para obligarla a mirarlo. Reyes esperaba que las tan conocidas facciones de Adrián la calmasen. Sin embargo,

cuando parpadeó para aclarar la vista y pudo ver bien al chico, percibió que algo había cambiado en él. De forma refleja, sintió lo que jamás había creído posible hacia él: desconfianza.

Adrián sintió un escalofrío al toparse con los ojos negros de Reyes. Muy oscuros, brillantes por las lágrimas, pero con una expresión que no le gustó lo más mínimo. Casi a la vez, él soltó su rostro, ella retrocedió un paso y rehuyó su mirada. Ninguno fue capaz de articular palabra. En cuanto el ascensor los dejó libres y salieron al recibidor, Esteban corrió hacia ellos.

—¿Qué ha pasado?

A regañadientes, Adrián dejó ir a Reyes con su padre. No sabía qué demonios acababa de pasar, pero le provocaba un rechazo increíble.

—¿A qué ha venido? —preguntó Adrián con voz fría.

Esteban encontró el tono brusco. No le gustó, pero estaba demasiado preocupado por el estado de su hija.

—Ayer un compañero de clase tuvo un accidente. Vino a verlo.

Adrián negó con reprobación, molestando más a Esteban. Observó a Reyes, quien se refugiaba entre los brazos de su padre sin la menor intención de volver a mirarlo. Su tono volvió a sonar impositivo.

—Que no vuelva a ver a esa... gente.

La sentencia logró que Esteban lo mirase con frialdad. Estuvo a punto de indicarle que no era quién para decir eso ni para dar órdenes. Podía tener peso entre los sobrenaturales, pero no iba a dejar que se entrometiera de ese modo en su familia.

Adrián supo que se había pasado, pero sentía demasiado miedo y una abrumadora responsabilidad.

—No son... —Tuvo que interrumpirse, no había forma de explicarse con tantos oídos alrededor.

No hizo falta, Esteban asintió. Entendía a qué se refería, pero mantuvo su expresión seca y distante. De algún modo, supo que ese ya no era solo Adrián. Con Reyes bien protegida entre sus brazos, le dio la espalda sin molestarse en despedirse.

Adrián cerró los ojos, abatido. Esperó a que padre e hija se perdiera por el acceso al hospital y dejó caer la cabeza. Conocía a Esteban, acababa de complicar su relación con él, pero después de lo que había visto le fue imposible guardar las formas.

—Colega, acabas de cagarla.

La voz de Saúl lo sobresaltó. Giró el rostro y encontró al brujo justo a su lado. Mantenía su habitual expresión burlona y los brazos cruzados sobre el pecho con confianza.

—Me pega que, a orgulloso, el arquitecto te da mil vueltas.

Adrián lo fulminó con la mirada.

—No necesito que me lo digas. Acabo de ver...

Saúl le hizo un gesto con la mano para interrumpirlo.

—Me lo supongo —aseguró antes de imitarlo con voz de falsete—. *Que no vuelva a ver a esa... gente.* Sí, son lo que piensas. No, no puedes hacer nada por evitar que anden por el mundo ni que se acerquen a ella. De nada.

A Adrián lo que menos le apetecía era que se burlasen de él.

—Eres la última persona con la que quiero estar, Saúl.

Saúl lo miró con todo su desprecio.

—Te jodes, porque soy la primera persona con la que tienes que estar. Yo no he venido de visita, vengo a por ti. En esto tienes que entrar por el aro. Ya.

Gracias a lo que Ignacio le había comentado, tuvo una idea de lo que Saúl podía querer de él. Si los brujos eran los que manejaban la información, debían ser los brujos quienes adoctrinaran a los líderes licántropos. Como todos tuvieran tanta idea como él, necesitarían una exhaustiva puesta al tanto de cómo funcionaba su sociedad.

—Vale, lo haré —dijo Adrián sorprendiendo al brujo, quien esperaba una reticencia mayor—. Te cedo el puesto a ti o a los tuyos, o nos lo jugamos a ver quién saca el palo más corto. Me dejaré ganar, no me importa lo más mínimo que el líder sea licántropo, inmune, brujo o japonés.

Pasada la sorpresa inicial, Saúl estalló en una sonora carcajada que consiguió que Adrián le gruñera una impertinencia y echara a andar alejándose de él. Antes de llegar a la puerta de salida, Saúl le dio alcance.

—¿En serio crees que esto es un sistema democrático? Que es una maldición, tío.

Adrián se revolvió inquieto ante el parloteo del brujo. Se cruzaban con personas, aunque estas no parecían ni un poco interesadas en ellos, ni siquiera reaccionaron ante la palabra maldición. Las personas del interior del hospital, las del exterior y las que casi rozaban en la puerta parecían no verlos.

—Magia —susurró Saúl sin dejar de burlarse.

Adrián hizo oídos sordos. Nada más salir, dejó que el aire fresco lo envolviera. Intentó serenarse, debía encontrar la forma de tratar con el insufrible brujo, porque solo él y los suyos podrían evitarle el liderazgo. Se le plantó delante a Saúl con su mejor gesto.

—Vale, Saúl, perdona. Estoy muy nervioso. Sé que conocéis entresijos que muchos ni siquiera alcanzan a imaginar. Vosotros...

Saúl volvió a reírse.

—No me jodas, ¿me estás haciendo la pelota?

—¡Maldita sea, Saúl! —exclamó Adrián desesperado. Ni siquiera le preocupó atraer la atención de las personas que estaban cerca de la puerta, en el acceso a la cafetería o en la parada del autobús—. ¿Tienes idea de lo que está suponiendo todo esto para mí? No necesito que vengas a cachondearte.

Saúl enarcó una ceja sin reflejar la menor compasión.

—Pues acostúmbrate. Te guste o no, nos necesitas.

Adrián lo miró con incompreensión.

—¿Crees que no lo sé? ¡A eso me refiero! Me siento responsable de todos, no lo soporto, y sé que vosotros sois los únicos que me podéis ayudar a salir del lío en el que me acabo de meter.

Saúl relajó un poco el tono porque vio que podría transformarse en cualquier momento.

—Vamos a calmarnos, ¿sí? —pidió Saúl—. No sé si me alegra que el líder también crea que esto es una mierda. De hecho, no creo que haya habido antes un líder que, bueno, no le gustara serlo.

Adrián entrecerró los ojos a modo de advertencia.

—No me digas que me acostumbraré, que solo es pasajero. Sé que no se trata de eso. Ni siquiera quiero ser licántropo.

—Oh, créeme que lo sé —aseguró Saúl.

Por ser una situación inusual, Saúl decidió tomárselo también él con más calma. Adrián no

sería como el anterior líder. Dudó. Podía arriesgarse, confiar en él, ayudarlo de verdad o limitarse a ponerlo al tanto acerca de su nueva ocupación y que se las apañara.

—¿Qué? —preguntó Adrián incómodo ante la mirada fija del brujo.

—Te ayudaré —decidió Saúl al fin. Ante la expresión de alivio en el rostro de Adrián, la gratitud, supo que acababa de acertar.

—Menos mal —murmuró Adrián con una franca sonrisa.

Saúl se limitó a asentir. Sabía que Adrián esperaba que ellos lo librasen del cargo, lo intentarían, pero no iba a ser nada fácil. Lo único que sí podían hacer por él era ayudarlo a entender las leyes, a aplicarlas y, sobre todo, a respetarlas. Por lo que había oído el chico pensaba ir a la universidad. Si bien eso estaba descartado, de hincar los codos no iba a librarse. Debía ponerse al día en todo, y Saúl asumió que lo tendría hasta en la sopa y que tocaba recurrir a la biblioteca secreta para ponerlo al tanto. No les quedaba nada.

—Lo primero —le dijo Saúl—, haré que Reyes olvide lo que pasó en la playa.

Adrián no entendió por qué la metía a ella en la conversación. Una vez más, se había olvidado de lo que la chica encerraba en su interior. Palideció. No podía enfrentar esa realidad.

Saúl negó con la cabeza. Más les valía continuar la charla en otra parte y con ayuda bien cerca.

—Te lo aviso, Adrián, mientras seas el líder... ella es una muy mala idea.

52

OPTIMISMO

Daniel consiguió incorporarse y sentarse en la cama. Con el dolor que se extendía por su cuerpo, un movimiento tan común resultaba toda una hazaña. Tenía un apósito en el cuello y un elaborado vendaje en el costado. Pequeños círculos granates tintaban el tejido blanco y su piel estaba salpicada de alguna que otra costra y sangre reseca. Le habían dado una paliza de las buenas. Horas antes, había estado tan aturdido que no pudo seguir el hilo de los acontecimientos. Recordaba lo justo. Lo último que había sucedido le parecía que era haber hablado con Adrián, pero no tenía muy claro las palabras cruzadas. Le quedaba una vaga idea que se reducía a que, en general, ninguno de los dos quería perder la amistad que tenían. De lo acontecido en la mansión, si su memoria no estaba tan afectada como sus músculos, las cosas habían terminado bien. En la soledad de su cuarto, sonrió.

La calma que parecía apoderarse de su casa se encontraba también en su interior. No sabía por qué, pero que Adrián sustituyera a Noel había aplacado en su totalidad los miedos hacia el destino de su hermana pequeña. No tenía ni idea de si su mejor amigo sería o no un buen líder, pero jamás le haría daño a ella. Eso era lo único que le importaba.

Se puso de pie. Sus piernas temblaron un poco bajo el peso de su cuerpo. Durante unos segundos se temió que no fueran a sostenerlo, hasta que adquirieron firmeza y se vio con fuerzas para caminar. Primero la puerta de su cuarto. Una distancia mínima, tres zancadas, que ni en sus peores momentos le había sido difícil recorrer. En esta ocasión, al llegar apoyó la frente contra la madera y se agarró al tirador. Estaba muy cansado. Se tomaría unos segundos y dejaría su encierro. Necesitaba saber si había alguna novedad más como, por ejemplo, el destino de Noel.

La llamada a la puerta lo sobresaltó. Un pinchazo en el costado lo obligó a apretar los dientes para no gritar.

—¿Dani? —preguntó su madre desde el pasillo.

—Au —se limitó a responder con un quejido.

Le pareció que su madre se reía. Probablemente estuviera de buen humor. No era para menos, si él se sentía mucho más tranquilo, cuanto más ella. Bajo su mano, notó cómo giraba el tirador.

—¿Puedo pasar? —preguntó Silvia.

Daniel percibió el tono confuso. Su madre había intentado abrir, pero él estaba apoyado en la puerta. A desgana, se giró para pegar la espalda a la pared y dejar libre el acceso. Sus ojos

volvieron a encontrar la cama. Mejor indagar en horizontal.

—Pasa.

Silvia abrió la puerta y lo miró con aire compasivo. Daniel captó el brillo de júbilo en sus ojos verdes, lo que confirmaba que estaba tan feliz como él.

—Deberías estar descansando —regañó Silvia con cariño.

Daniel se limitó a asentir. Dejó que su madre le rodeara la cintura con cuidado de no presionar su herida del costado y se valió de ella para regresar a la cama.

—Pensé que nos curábamos rápido —protestó mientras se tumbaba, con diversos estallidos de dolor en su cuerpo.

—Y te estás curando rápido —aseguró su madre. Se sentó junto a él y le acarició el rostro—. Tengo que decírtelo, lo que hiciste fue una estupidez.

—Sí, lo sé —reconoció Daniel con pesar. Quería salvar a su hermana y lamentaba no estar a la altura.

—Pero... —continuó Silvia con una amplia sonrisa—, no puedo estar más orgullosa de ti.

Daniel también sonrió, hasta que recordó lo que tanto le preocupaba.

—¿Qué pasó con Noel?

Silvia se revolvió inquieta por los recuerdos. Verse expulsada, y la incertidumbre, la habían hecho pasar el peor momento de su vida.

—Ya no debe preocuparnos. Ha sido desterrado, bueno, no es que tuviera muchas opciones. Un líder vencido no puede permanecer en el lugar que lideró. Es complicado. El caso es que ya no está y gracias al secretismo que rodea al Verdugo, tampoco recordará lo que podría ser Reyes.

Daniel no pudo evitar reírse. A pesar del dolor que le supuso la carcajada, esta vez no perdió la sonrisa.

—O sea, que todo ha salido genial.

Silvia no estaba tan segura. Desde luego en cuanto a la amenaza inmediata de Reyes, sí, pero había más cosas que le preocupaban.

—Más o menos. No deberíamos confiarnos ni bajar la guardia. Si tu hermana...

—Ella no será el Verdugo —zanjó Daniel. Estaba convencido de ello.

Silvia no insistió. En ese momento, podía darle un respiro a su hijo, que disfrutase la pequeña victoria, pero pronto debería prepararse para lo peor.

—Y hay otra cosa. Adrián no quiere ser líder, Dani. Debes apoyarlo decida lo que decida.

—Por supuesto —dijo leal—. Tengo que hablar con él... en cuanto venga, o en cuanto pueda salir yo. En serio, ¿cuándo me voy a curar? Estoy hecho un asco.

—Paciencia —protestó Silvia—. Podrías estar muerto, así que deja de quejarte. Además, ahora Adrián debe ponerse al día. Aunque no quiera ser líder, por el momento lo es, con lo que debe ocupar el puesto. Los brujos y la manada lo pondrán al tanto.

El gesto de Daniel se torció a la mención de los brujos.

—No creo que Saúl y los suyos vayan a ponérselo fácil.

Silvia se encogió de hombros. Tampoco ella estaba segura, pero Adrián no era Noel.

—Ya veremos si son capaces de entenderse. En cualquier caso, tampoco tienen opción. Le ayudarán.

La quietud en la que se había mantenido la casa desapareció al abrirse la puerta principal. Daniel alcanzó a oír los sollozos de Reyes y las palabras de cariño que su padre le dedicaba. Se

incorporó apoyándose en los codos, quería levantarse para ver qué le sucedía, pero la herida del costado volvió a tumbarlo en la cama.

Silvia se apuró en cerrar la puerta del cuarto y regresó con su hijo.

—No te preocupes, tu hermana está bien —dijo mientras oía cómo Reyes se metía en la habitación—. Un compañero de clase ha tenido un accidente de coche. Papá la ha llevado al hospital a verlo.

Precedido de una seca llamada de nudillos, Esteban abrió la puerta y se asomó. Tras comprobar el estado de su hijo mayor, sus ojos buscaron los de la mujer.

—¿Podemos hablar un momento?

Ni Silvia ni Daniel dejaron escapar la preocupación que destilaba su padre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Daniel mientras Silvia se levantaba para ir con su marido—. No, habladlo aquí, por favor.

Esteban pareció dudar, pero al fin, entró en el cuarto y cerró la puerta tras él.

—No sé muy bien de qué va la cosa —dijo con nerviosismo—. Adrián podrá explicároslo mejor, pero me temo que pasa algo raro con el amigo ese de Reyes o, por lo menos, con su familia.

53

EL NUEVO LÍDER

Adrián no podía sentirse más violento con tantos pares de ojos fijos en él. El lugar, el salón del castillo, conseguía que todo resultase mucho más intimidante. La enorme silla que debía ocupar parecía amenazadora, sombría. Ni en un millón de años se sentaría en ella. Ni siquiera los cinco veinteañeros con los que compartía condición habían ocupado sus sitios, se limitaban a esperar.

No tenía ni idea de qué decirles a los miembros de su manada ni al pintoresco grupo de brujos, quienes tampoco parecían habituados a congregarse allí con los licántropos. Los conocía a todos de vista, hasta recordaba a Isa, pero la situación no podía ser más inquietante. Debería consolarle no ser el único incómodo, pero lo que quería era largarse de allí.

Saúl había hecho una breve exposición de lo que implicaba su cargo. Adrián sacaba en claro que no tenía mucho que hacer, a menos que sucediera algo. Según las palabras del brujo, hasta la sirena jamás habían tenido apariciones. Tendrían una larga charla sobre esto —o eso indicó Saúl—, pero lo importante era que la sirena había pasado a la historia. A él la noticia lo hubiese alegrado, de no ser por las advertencias de Ignacio o el encuentro del hospital. Los demonios estaban ahí y no había nada que ellos pudieran hacer al respecto. Por lo demás, no entendía por qué Noel se había dedicado a citar a unos y a otros de forma constante. Lo cierto era que no estaba entendiendo nada, porque primero le tocaba ponerse al día de aquel mundo. Un inconveniente enorme. Los líderes siempre habían sido licántropos que llevaban años dentro de la comunidad. Intentó poner en orden sus pensamientos. Su mente parecía gelatina. La presión hacía mella y no llevaba ni un día como líder. Quería dejar el cargo ya.

—Vale, de verdad, creo que lo principal es decidir un nuevo líder —suplicó Adrián—. Yo no me estoy enterando de nada. Ni quiero serlo. ¿Cómo hacemos?

De pronto, las miradas que habían estado fijas en él se volvieron esquivas. Una mala sensación lo recorrió de pies a cabeza. Solo Saúl mantuvo el contacto visual y en él se centró.

—¿Qué? —gruñó Adrián.

Sin amilanarse, pues el tono impositivo consiguió que más de uno se tensase a la espera de una conversión violenta, el brujo dio un paso hacia él.

—Te dije que intentaríamos buscar una forma, no que fuera posible.

Adrián apretó los puños; la rabia comenzó a manifestarse. Se sentía engañado y, lo peor, acorralado. Dejó hablar a Saúl mientras intentaba contenerse.

—Las normas son una putada —comenzó a decir Saúl. Mantenía el tipo, pero se aseguró de que el grupo de licántropos estuviese preparado para lo peor—. Solo hay dos formas de dejar de ser líder: o porque la palmas, o porque te echan. Si encuentras otro licántropo en el pueblo capaz de ganarte en una de vuestras peleas de perros, dejas de ser líder. Entonces, te sucederá lo que a Noel, no puedes vivir aquí nunca más ni es aconsejable venir de visita.

Adrián trató de no dejarse arrastrar por el pánico. No le hacía la menor gracia dejar el pueblo, pero una mudanza no sonaba tan terrible frente a la idea de ser líder. Con irse a vivir al pueblo de al lado o a la ciudad todo podría solucionarse.

—Vale —dijo. La mala sensación le impedía relajarse. Notaba cada músculo en tensión y la ira planeaba sobre él. Intentó bromear, romper con el aire serio de la sala y de los presentes. Necesitaba calmarse de algún modo y las expresiones tensas que lo rodeaban no ayudaban—. Echadme, no os lo tendré en cuenta.

—Ya —murmuró Saúl sin entusiasmo y señaló con el pulgar a la manada—. Para irte, necesitas que alguno de estos o de los asentados te gane. Quizá con el tiempo puedan, ahora imposible. Las primeras conversiones son las más fuertes, les darás una paliza sí o sí, no es algo que tú controles. Es un desafío y reaccionarás por instinto. No valen las trampas. De hecho, cuando se da un duelo, ni nosotros ni los tuyos, nadie, puede intervenir.

Adrián se frotó el rostro, le dio la espalda al grupo. Estaba a punto de perder el control.

—¿Y qué dicen las normas de un líder que no tiene ni puñetera idea de lo que hacer? No es ni medio normal.

—Es lo que hay, Adrián —respondió Saúl. No había mucho más que decir al respecto por muy de acuerdo que estuviera con él.

Adrián quería dejarlos a todos allí, marcharse y dar esquinazo a la impotencia que lo devoraba. Lo peor era que sentía que no se habían terminado las malas noticias. Por un segundo se arrepintió de haber desafiado a Noel, pero recordar los motivos le impedía mantener la sensación. Lo había hecho por Reyes, por Daniel, y volvería a hacerlo. Su cuerpo comenzó a temblar. Iba a transformarse.

—Fuera —logró decir.

La palabra se filtró entre sus dientes apretados mientras su mente le susurraba la terrible realidad: él no dejaría de ser líder porque quien ocupara su lugar podría tomar la misma decisión que Noel sobre el destino de Reyes. Si quería protegerla a ella, debía estar al mando. Una pequeña chispa de resentimiento enturbió lo que sentía por ella. Quizá no fuera culpable, Reyes no le deseaba ningún mal pero, aun así, era la responsable.

Ni siquiera supo si los demás se habían marchado o no. La ira, la impotencia, la culpa, el resentimiento y el dolor consiguieron que se transformara una vez más.

54

EL ENCUENTRO

En el baño, Reyes se contempló en el espejo que había sobre el lavamanos. Por más que se lavara la cara, las lágrimas no desaparecían. Aunque dejase de llorar, sus ojos hinchados la delataban. No veía la hora de reunirse con su pandilla. Tras la insistencia de Leo, había terminado por contar lo sucedido en el hospital vía WhatsApp. Todos coincidieron en que era necesario una reunión de urgencia y habían quedado en el palco de la plaza. Necesitaba hablar del tema para quitarse la mala sensación y la culpa de encima.

Se soltó el pelo para poder ocultar un poco su rostro y cogió aire. El móvil volvió a pitar y entró en el chat de sus amigos. Toni amenazaba con romperle a Carlos los huesos que no se hubiera roto en el accidente. Ella también consideraba excesivo que la culpase. No tenía sentido. Por otra parte, quizá por el modo en el que había pronunciado las palabras, se había contagiado y sentía una pequeña responsabilidad. El recuerdo de los ancianos le provocó un escalofrío. Tendría que tratar esto con el grupo, había sido horrible. Y también debía agradecerle a Adrián que la hubiera sacado de allí. Se revolvió incómoda al recordar cómo se había abrazado a él y cómo él la había estrechado contra su cuerpo. Un gesto protector, pero que la reconfortó como nada. Soltó un quejido. Con cada detalle se enamoraba un poquito más de él. Cualquier día cometería alguna estupidez. Una imagen sacudió su cabeza, eran ella y Adrián en la playa, el uno frente al otro. Se ponía de puntillas para besarlo y él le devolvía el beso. Soltó un quejido por la jugada de su imaginación y por lamentar que algo así no fuera a suceder nunca. Lo mejor que podía hacer era mantenerse a kilómetros de él.

Con toda la entereza que pudo reunir, dejó el baño y se fue hasta la cocina. Su padre preparaba la comida con su habitual parsimonia mientras escuchaba las noticias en la radio.

—Bajo un momentito hasta el palco.

Esteban la miró por encima del hombro. En otras circunstancias se habría negado o hubiera protestado, pero después de los incidentes se limitó a asentir.

Al salir, se encontró a su madre vestida con un pantalón y una sudadera. Arreglaba las plantas que había junto a las escaleras que llevaban al cancello.

—Mamá, bajo y ya subo.

Acuclillada en la parcela de tierra, con una pequeña pala en una mano y una planta en la otra, Silvia levantó un poco la cabeza para mirar a su hija sin que la visera se lo impidiese.

—No tardes.

Reyes no pensaba tardar, aunque su padre era lo bastante lento entre fogones como para tener un margen amplio. Sin un segundo que perder, atravesó el límite de su propiedad y se internó en el primer camino. Los pitidos del móvil acompañaban sus pasos mientras ella tecleaba para informar de que iba hacia el punto de reunión. Solo faltaban Isaac y, por supuesto, Tasmi, quien llegaría cinco minutos antes de tener que regresar a sus casas.

Distraída, no vio el enorme perro negro que estaba en el segundo camino entre las fincas hasta que casi tropezó con él. La impresión la dejó inmóvil. Nunca había visto un perro tan grande. Su lomo le llegaba a la cintura y la musculatura y el pelaje le daban un aspecto feroz. Hubiera echado a correr si el miedo no hubiera inutilizado sus piernas.

Adrián sabía que Reyes aparecería en cualquier momento. La había escuchado, la había oído, y hasta juraría la había percibido. Y su única reacción fue quedarse muy quieto. Quizá debería haber saltado a una finca. Era evidente que no iba a pasar desapercibido. De hecho, le sorprendió que no lo hubiera visto nada más dar la curva. Y ahí seguía, porque resultaba de lo más desconcertante verla desde la perspectiva canina. Buscó su mirada, tuvo que alzar un poco la cabeza. Volvió a la realidad al percibir terror en sus ojos negros. No quería que le tuviese miedo. Sin querer, soltó un lánguido quejido.

La vio parpadear con sorpresa. Ella alargó la mano con la palma hacia arriba igual que haría con cualquier perro, y a Adrián le llegó el olor tan conocido del jabón que usaba. Se sentó. No supo bien por qué, pero le parecía que así le parecería menos peligroso. También así le cortaba el paso. Debería esquivarla e ir a su casa, que era a dónde se dirigía. La vio sonreír, empezaba a confiarse. Él no pensaba irse a ninguna parte por el momento. Giró la cabeza y pareció hacerle gracia porque ella soltó una risita.

—Mmm... eres muy mono, aunque tienes cara de «te muerdo» —dijo Reyes escudriñándolo mientras se acercaba un poco más con movimientos lentos, como si temiera asustarlo—. ¿De dónde has salido?

Adrián sintió sus manos en su cuello, buscaba algún collar o algo que lo identificara. Había que reconocer que la chica tenía valor, o era una insensata. Supuso que un poco de ambas. Siempre le habían gustado los perros, no debería sorprenderle. Se dejó acariciar, a su pesar resultaba muy agradable. Solo esperaba que ninguna de las personas que estaban metidas en la maldición aparecieran en ese instante. Era agradable, y un poco humillante. No supo reaccionar al ver que ella se acuclillaba. Ambas cabezas quedaron a la misma altura y se encontró con la sonrisa más franca y bonita que había visto nunca. Jamás le había sonreído así ni recordaba verle una expresión tan relajada.

—¡Pero qué *achuchable*! Te llevaría a mi casa, pero a mi padre podría darle un pasmo.

Antes de darse cuenta la tenía abrazada a su cuello. Un gesto afectuoso que apenas duró un segundo. Reyes volvió a separarse, mantenía su sonrisa entusiasta. Como un acto reflejo él le cruzó la cara con la lengua. Soltó un quejido mientras ella se reía. Se sentía ridículo. Solo le faltaba ponerse a jadear y mover la cola. Se preguntó con horror qué demonios estaba haciendo. Y justo entonces, Reyes le sostuvo el rostro y le plantó un beso en la frente.

—¿Te vienes conmigo a la plaza? Te presentaré a mis amigos.

Adrián daría cualquier cosa para que se comportase de forma tan próxima y relajada de estar él en su forma humana. La idea de transformarse acudió a su mente. El pánico consiguió que se

revolviera y la esquivara para alejarse de ella. No tuvo valor para echar la vista atrás, suponía que se encontraría con un gesto de pesar o decepción.

Todavía aturdido por el encuentro, logró abrir el cancello de la propiedad de Reyes con el hocico. Se coló y al llegar a las escaleras localizó a Silvia mirándolo desconcertada.

—Vaya, chico, estás... un poco peludo.

Adrián respondió a la broma con un gruñido. Intimidó a la madre tanto como había intimidado a la hija. La carcajada de Silvia estalló en sus oídos.

La mujer se levantó y se sacudió la tierra de los pantalones sin dejar de reírse. Dejó la parcela para abrir la puerta de la casa.

—Dani está en su habitación —dijo antes de alzar un poco la voz—. Cariño, no te asustes, es Adrián.

Resignado, Adrián traspasó el umbral y se metió en la cocina. Al parecer Silvia no lo acompañaría. No sabía bien cómo se tomaría Esteban su aparición perruna, y menos después del encontronazo en el hospital. Debería pedirle disculpas o algo. Cuando recuperase la capacidad de hablar, lo haría. O lo dejaría correr y no volvería a repetirlo, tendría que decidirlo.

Frente a la cocina, con la cuchara de madera en la mano, Esteban observó al enorme perro que avanzaba con la cabeza gacha.

—Ay, madre —se lamentó. Lo mejor que podía hacer era dedicarse a cocinar e ignorar lo que estaba viendo.

Como el hombre no parecía ir a facilitarle las cosas, de hecho le daba la espalda, Adrián volvió a valerse del hocico para abrir la puerta del pasillo y, una vez dentro, se aseguró de cerrarla bien. No tenía ganas de que le echaran la bronca por dejar pasar los olores. Le pareció increíble percatarse del detalle, mantener la normalidad cuando era un perro. Todo resultaba insólito y se sentía estúpido.

Cuando por fin se refugió en la habitación de su amigo, al ver cómo este se mordía la lengua para no burlarse, se desplomó en el suelo con un lloriqueo.

—Sí, es muy raro, tío —aseguró Daniel con énfasis antes de reírse.

Adrián le respondió con un ladrido. Volvió a lloriquear. Quería recuperar su forma humana. En cualquier momento lo conseguiría, y, más adelante, hasta podría controlarlo. Por ahora, no.

Daniel consiguió sentarse en la cama, no sin torpeza.

—Te haría compañía pero tampoco lo controlo. Volverás en cualquier momento. En pelotas, por cierto.

Desde el suelo, con la enorme cabeza apoyada sobre sus patas delanteras, Adrián se limitó a resoplar.

Daniel tenía un par de dudas, pero lanzarlas al aire sería inútil mientras su amigo no pudiera responder. Aun así, emprendió un monólogo para que el silencio no se cerniera sobre ellos recordándoles todo lo malo de su condición.

—No recuerdo mucho de lo que hablamos ayer. Te lo agradezco un montón y siento... bueno, no haber hablado contigo antes.

Frustrado, Adrián ladró. También gruñó, pero era una protesta solo para él.

—Supongo que...

En un parpadeo, el perro negro fue sustituido por Adrián.

Sentado en el suelo, desnudo, Adrián se pasó las manos por el rostro abatido.

—Odio todo esto —murmuró con pesar.

Daniel estaba resignado, pero podía entender el sentimiento de su amigo.

—Nos acostumbraremos. Creo que no es tan grave ni tan complicado como lo pintaba Noel. A fin de cuentas, apenas hay problemas.

Adrián lo miró con un gesto de descrédito.

—Claro, quitando lo de volvernos perros, compartir aire con demonios, haber tenido una puñetera sirena en el río y lo de tu hermana, supongo que no, no es tan grave.

Daniel arrugó el ceño ante la actitud catastrófica.

—No creo que sea buena idea que pases tanto tiempo con Saúl —cuchicheó a modo de crítica.

—Ni me hables de brujos —protestó poniéndose en pie para dirigirse al armario de su amigo —. ¿No pueden hacer nada con lo de la ropa?

Daniel no tenía ni idea. A pesar de haberse transformado primero no le llevaba demasiada ventaja a su amigo. Hasta donde sabía, la ropa que llevaban antes de transformarse se quedaba allí.

—¿Dónde cambiaste?

Adrián revolvió un poco hasta hacerse con unos pantalones de deporte y una camiseta.

—En el castillo. Por cierto, ya no hay sillas, me las cargué. Y, entre medias, también destrocé mi ropa y mi calzado.

—Supongo que ser líder no supone buenas noticias —dijo Daniel sin saber cómo preguntarle o adentrarse en el tema.

—Ni serlo ni querer dejar de serlo —aseguró mientras se vestía.

Daniel trató de sonar despreocupado.

—Oye, con lo que decidas, te apoyo.

Adrián sonrió. Si su amigo había seguido su mismo razonamiento, seguro que no apoyaba que rechazase el puesto.

—Seré líder. No tengo opción —dijo, lamentando mucho percibir su suspiro de alivio. Seguro que lo que sentía por Reyes no se lo tomaría tan bien.

—Te ayudaré en todo lo que pueda, igual los demás —aseguró Daniel—. Mi madre cree que los brujos no van a hacerte la puñeta.

—Yo no diría tanto, pero sí, parece que quieren ayudarme... o por lo menos lo van a intentar.

Daniel se vio en la obligación de ponerse serio.

—Estás haciendo mucho por mi familia, por mí. He sido un capullo por creer que... bueno, antes...

—Es igual —aseguró Adrián mientras se sentaba al lado de su amigo. Su mirada se centró en la puerta, su mente reproducía el encuentro con Reyes—. Yo me aislé, me lo tomé mal. No... bah, da lo mismo.

Daniel iba a hablar, pero el sonido de su móvil lo detuvo. Con gesto alicaído, extendió el brazo para cogerlo de la mesilla y, tras comprobar quien llamaba, lo silenció.

—¿Ana? —preguntó Adrián.

Daniel dejó salir un lamento.

—No quiero mentirle. Ella... quiere ir al cine, me quedo sin excusas —murmuró afligido—. ¿Mónica?

Adrián negó con la cabeza, agradeció no estar mirándolo para no tener que mentirle a la cara.

—Nada. No va a haber nada.

—Ya. He pensado en dejar a Ana, es muy complicado. Yo... no sé qué hacer.

Adrián tampoco lo sabría en su caso. Como su amigo no estaba pidiéndole consejo sino explicando un hecho, no tenía nada que decir.

Ambos se mantuvieron en silencio perdidos en sus pensamientos. Adrián se sentía mal y se preguntaba si Daniel vería algo más en su empeño por proteger a Reyes. Los pensamientos de Daniel estaban muy lejos de su hermana. A veces no era fácil resignarse y llevaba mal tener que esquivar a su novia. No quería mantener una relación así, no conducía a nada, pero tampoco era capaz de dejarla sin más. Él fue el primero en retomar la conversación.

—Ni siquiera sé qué vamos a hacer este año —lamentó notando una desagradable opresión en el pecho—. Me volveré loco.

—Yo pienso dedicarme a la casa —decidió Adrián—. Levantaré un montón de tabiques, para luego destrozarlos con una maza. Es terapéutico.

Daniel rio ante la idea.

—Buen plan.

Adrián se giró hacia él con una sonrisa amistosa.

—Venga va, te dejo un par para ti —bromeó, haciendo chocar su puño con el de su amigo.

—Gracias —insistió Daniel, recuperando su optimismo. La maldición no pintaba nada bien, pero poder pasarla con su mejor amigo era uno de los pocos consuelos—. Seguro que dentro de un año todo irá mucho mejor.

55

UNIDOS

Saúl caminaba de un lado a otro frente al portar de Inés. El día había sido horrible, lo único que le apetecía era estar con ella.

—Genial —murmuró sintiéndose cada vez más estúpido. Había decidido no dejar de verla, ella no parecía hacerle ascos con el guiño de la fiesta y, sin embargo, ahí estaba, gastando la acera sin saber cómo llamar al maldito telefonillo.

El móvil sonó. Justo lo que le faltaba. Ver el número de Inés consiguió que detuvieras idas y venidas.

—¿Si?

La voz cantarina de la pelirroja se le metió en la cabeza con un tono burlón.

—Hay un tío muy raro paseando delante de mi portal. No sé si abrir o llamar a la poli.

Saúl alzó la cabeza hacia la fachada del edificio. Desde una de las ventanas, Inés lo saludó con la mano. Con una maldición, Saúl colgó y se acercó a la puerta. En un par de segundos un zumbido indicó que abrían.

En el pequeño portal, en el ascensor y en la planta, se insultó por haber ido hasta allí. En cuanto ella abrió la puerta y se encontró con su gesto confiado, tuvo ganas de darle la espalda y marcharse. Por el contrario, la atrajo hacia él y la beso.

—Eres una graciosa, ¿lo sabías?

Inés le sonrió.

—Lo sospechaba —respondió haciéndose a un lado para dejarlo pasar.

Saúl se adentró en el conocido salón y se metió las manos en los bolsillos de su pantalón ancho. Se mantuvo de pie, conteniéndose para no volver a atraparla.

—¿Una cerveza? —preguntó Inés.

—Siempre —accedió Saúl siguiéndola hasta la zona delimitada como cocina. Se apoyó en la encimera y la observó mientras ella buscaba en la nevera.

—¿Qué tal por el pueblo? —preguntó Inés con normalidad.

Saúl rio. Iniciar una conversación así era tan ridículo como liarse con él.

Inés lo miró de soslayo mientras se hacía con dos botellas.

—Vale, sé que estáis *liadillos*...

Como buen conocedor de los entresijos mágicos, Saúl sabía qué podía rondarle por la cabeza.

Y como la situación ya era bastante tensa, se apiadó de ella.

—Pregunta lo que quieras.

Con una sonrisa de disculpa, Inés le tendió la botella y se quedó con otra. Ambos permanecieron de pie en el reducido espacio.

—La verdad, tengo un lío que supongo será cosa vuestra. Recuerdo poco de la fiesta, o sea, nada relevante. Vosotros la echasteis a perder... pero mi primo está de lo más feliz, por lo que supongo que... Bueno, me entiendes.

Saúl se fijó en la inquietud que transmitía. De no haber pasado nada entre ellos ni siquiera habría dudado de la versión oficial, pero estaba preocupada por él. Era muy extraño sentirse importante para alguien. Asintió.

—Hubo problemas —reconoció Saúl—, pero no fue cosa nuestra. Podría contártelo todo, pero luego tendría que borrarte para que no lo recordaras.

Inés titubeó, sus manos se dedicaron a jugar con la botella y sus ojos se movieron eludiendo a Saúl.

—Yo... ¿Es probable que algo quede? —cerró los ojos para tratar de explicarse mejor—. Creo, y es solo una teoría, que los recuerdos no se borran del todo, que algo se mantiene. No sé, una sensación rara... algo.

Saúl asumió que lo que fuese que rondase por la cabeza de la pelirroja no tenía nada que ver con la noche anterior. Intrigado, se explicó sin dejar de estudiarla. Le costaba centrarse. Hasta con unos vaqueros y una camiseta sencilla estaba preciosa.

—Sí y no. Depende de lo que implique ese recuerdo o suceso en sí. También de lo que seas. No es lo mismo un recuerdo borrado cuando se es un posible, que cuando somos dominantes o asentados. En general, se borra del todo, no lo recuperas jamás a menos que un brujo te lo devuelva, claro. Pero sí que a veces se mantiene lo que dices, la sensación de que algo no encaja.

Inés no parecía muy convencida. De pronto, volvió a sonreír y sacudió la cabeza.

—Da igual.

—No, me parece que no da igual —insistió Saúl—. ¿Por qué lo preguntas?

Las mejillas de Inés se tiñeron de rojo.

—Chorradas —descartó e intentó cambiar de tema—. ¿Y qué es eso que pone de tan buen humor a Antón?

Saúl no iba a dejar pasar el tema, pero le concedió una tregua.

—Tenemos nuevo líder, deberías saberlo.

Inés parpadeó antes de responder.

—Sí, Adrián... No me sorprende, ¿por qué no me sorprende?

—Magia —se burló Saúl.

Inés puso mala cara y le dio un pequeño empujón.

—Te lo pasas en grande con estas cosas, ¿no?

—Tiene su punto —respondió Saúl con malicia. Dejó la botella sobre la encimera para acercarse a ella. Le gustó ver cómo contenía el aliento al acortar distancias. La besó con suavidad y se mantuvo muy cerca de ella.

—¿Qué no recuerdas? —preguntó mientras sus manos acariciaban su cuerpo.

—A ti —respondió ella—. Tengo la sensación de que te conozco, pero solo te recuerdo del día que te llamé.

Saúl sintió una punzada de temor, mezclada con el deseo. Por una vez, decidió ser franco.

—Nos conocimos antes, me gustabas —le susurró al oído consiguiendo que ella se estremeciera—. Apenas tengo detalles con lo que, probablemente, nos borraron a los dos.

Tras un momento, Inés se sobresaltó, necesitó apartarse de él para pensar con claridad.

—¿Por qué? —preguntó dolida.

Saúl alzó las manos con inocencia.

—A mí no me preguntes, entonces no era un brujo.

—¿Qué? —exclamó Inés con gravedad—. ¿Cómo puedes tomártelo así?

Saúl se armó de paciencia y volvió a acomodarse en la encimera.

—Nena, ni te imaginas la de veces que tenemos que borrar.

—¿Pero eso es horrible!

—¿De verdad te sorprende? —necesitó preguntar Saúl—. ¿Cómo fueron tus comienzos? Yo solo tuve que intervenir una vez, pero fijo que has tenido más problemas y más graves.

La indignación de Inés se esfumó y dio paso a la vergüenza.

Saúl recuperó su gesto travieso. Enganchó el dedo en una de las trabillas del vaquero y atrajo a Inés hacia él.

—No tiene que ser nada personal o importante. Imagínate que estábamos hablando en alguna fiesta y, de pronto, alguien cambia o hace algo imposible. Hay que borrar ese momento. Se pierden cosas, a veces no todas o solo los sucesos sobrenaturales, pero te aseguro que cuesta atinar. Y si los vampiros novatos la lían, imagínate nosotros.

—¿Qué hiciste? —preguntó con temor.

Saúl se rio por lo bajo. En su momento había sido algo traumático. Hoy en día aún había veces en las que el recuerdo lo incomodaba. Junto a ella le pareció más fácil de llevar.

—Plena fiesta del pueblo, borré por completo a los vecinos que estaba allí. No sabían ni cómo se llamaban.

Los ojos de Inés se abrieron de forma desmesurada.

—¿A los brujos también?

Saúl se encogió de hombros.

—No somos inmunes. De todas formas, yo fui uno de los primeros brujos dominantes de mi quinta, intervinieron los asentados.

Inés no terminaba de entenderlo. Apoyó su cerveza junto a la de Saúl y se acercó un poco más a él.

—¿No había brujos dominantes?

Saúl no le dio ni la mitad de importancia.

—Un par, pero estaban en la mansión. Somos un bien escaso.

—Menos mal —dijo Inés antes de besarlo para impedir que él soltase algún comentario mordaz. Rodeó su cuello con los brazos y se apartó lo justo para mirarlo—. Una duda... ¿Tú podrías ver si tengo algún recuerdo por ahí perdido?

A Saúl empezaba a costarle seguir la conversación con aquel cuerpo recostado contra el suyo.

—No tienes ninguno, borrados, ya te lo digo. Es necesario el brujo que los borró, más que nada porque solo él sabe dónde y qué quitó.

—Vale, pues tus recuerdos... ¿Tuvimos algo... entonces?

Saúl la escudriñó. Trató de hacer memoria, pero salvo el encuentro en la plaza no había nada.

—No lo creo. Por lo que conservo, solo puedo decirte que a Antón no le hizo ninguna gracia que me acercase a ti. Entonces éramos posibles, la influencia es completa, no vamos a recordarlo jamás. Si yo tengo esta idea lejana, es por mi condición. Si tú te planteas eso... es porque estás loca por mí.

Inés puso los ojos en blanco, soltó su cuello y trató de retroceder. Saúl la sujetó por la cintura.

—Vale, yo también estoy loco por ti. ¿Mejor?

Inés se cruzó de brazos con un gesto de lo más escéptico.

—Eh, que es verdad —aseguró Saúl sin perder su tono desenfadado—. He tenido un día de mierda y lo único que me apetece es estar contigo.

Sin dejarse engatusar, Inés lo miró desconfiada.

—¿Tú no estás que aplaudes con las orejas porque Adrián sea el nuevo líder? No me lo creo, Noel era de lo peor.

—Un capullo, sí —reconoció Saúl—. No tengo nada en contra de Adrián, pero sí una mala sensación.

Inés notó cómo su actitud cambiaba, parecía perder el buen humor, la preocupación marcaba su rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó acariciando su mejilla.

Saúl no lo sabía, no podía señalar nada concreto. Ni siquiera que la chica se apoyara contra él de nuevo conseguía quitarle la mala sensación.

—Hay algo en todo esto que me da mal rollo. Con todo lo compleja que es la maldición, el lío de normas, la parte del liderazgo es de lo más sencilla. Esta vez... es distinto.

Inés se contagió de su inquietud. Porque lo necesitaba, se abrazó a él.

—¿Distinto en plan mal o en plan bien?

Saúl acarició su espalda, trató de centrarse en ella y desterrar las dudas. No lograba sacarse de la cabeza la imagen de la sirena. El ser había muerto, pero el elemental que lo invocó seguro que no. Una invocación, un líder que ni quería serlo ni sabía a lo que se enfrentaba. El Verdugo. Una responsabilidad sobre sus hombros si quería hacer bien las cosas. Ponía la mano en el fuego a que el demonio había urdido un plan, a eso se dedicaban los elementales. Uno que, a todas luces, iba contra las cinco condiciones. Y con el panorama en el pueblo podía tenerlo muy fácil. Sin embargo, ahí estaba la premonición empática para recordarle que la marcha de Noel y el liderazgo de Adrián eran algo positivo. Una parte de él estaba muerta de miedo, otra convencida de que estarían protegidos.

—Ese es el problema. No lo sé —reconoció Saúl en mitad de un suspiro.

Inés se separó un poco para acariciar su rostro. Las yemas de sus dedos se deslizaron sobre su piel y sobre sus pendientes con delicadeza.

—Te tiene a ti. Todo irá bien... —le dijo con cariño antes de bromear para aligerar el momento emotivo—, si no te pones desagradable, claro.

Saúl se lo agradecía. La confianza, la sinceridad. La broma. Empezaba a dudar que solo se conocieran de pasada. Inés tenía razón, entre ellos parecía haber algo más. Apartó este pensamiento, de un modo u otro lo que tenían en ese momento era lo que contaba.

—Si no me pusiera desagradable, entonces no sería yo.

Con un exagerado gesto, Inés enterró el rostro en su cuello.

—Por favor, Saúl, no vaciles al líder, ¿vale?

La sonrisa de Saúl fue pura malicia. La respiración de Inés le hacía cosquillas en el cuello. Se sentía feliz a pesar de toda la tensión.

—No se me ocurriría —aseguró listo para dar por zanjado el asunto del líder y centrarse en ellos dos—. Gracias a mí será un líder que pasará a la posteridad. ¿Qué no?

Epílogo

UN AÑO DESPUÉS

La lluvia arreciaba con fuerza sobre el cementerio. Limpiaba las lápidas abandonadas y ahogaba las flores al descubierto. Los charcos afeaban el cuidado césped, y ni siquiera los majestuosos panteones de la entrada estaban a salvo del mal tiempo.

En uno de los caminos embarrados, Carlos se mantenía inmóvil frente a una pared dividida en nichos. El tercero empezando por el suelo era dónde descansaban los restos de sus padres. Sin ser consciente del mal tiempo, sostenía una única flor que era, a su vez, una promesa.

Todavía le dolía el cuerpo, las numerosas cicatrices plagaban su piel y él hacía todo lo posible para que estuvieran siempre visibles. En su cabeza afeitada un intrincado de sietes contaban la dureza del accidente en el que perdió a su madre y una parte de sí mismo que no recuperaría nunca. Los achaques y las marcas del exterior se desvanecerían en cuanto cumpliera dieciocho años. No volvería a ver la línea que iba desde el ojo derecho a la mandíbula cada vez que pasase frente a un espejo. En un año serían solo un recuerdo. No quería perderlas, pero tampoco estaba en su mano conservarlas. Al menos no las señas físicas. Las interiores, las grabadas a fuego en su alma, jamás prescribirían, y eran lo único que lo mantenía con vida. Faltaba menos de un año. Era muy meticuloso con el paso del tiempo. No podía hacer otra cosa que contarlo hasta que se convirtiera. Entonces, podría dar paso a su venganza. El rostro de Reyes nubló su visión.

Un año atrás, cuando despertó en el hospital, supo que su madre no había sobrevivido antes de que nadie le informara. Del mismo modo, entendió quién era la responsable de su muerte. Si ella no lo hubiera invitado a la fiesta, él no hubiera puesto tanto empeño en buscar un disfraz espectacular y no se habría dado el aparatoso accidente. Ahora, podía reírse de su estúpido e infantil razonamiento. Había sido culpa de Reyes, pero por razones mucho más directas. Sus abuelos le habían abierto los ojos. Le era fácil creer en maldiciones y en seres demoniacos cuando estaba viviendo un infierno. La rabia y el dolor consiguieron que aceptase las palabras de los ancianos. Reyes le había arrebatado a su madre porque su madre sabía lo que ella era.

Los médicos estaban asombrados de su pronta recuperación, debería haberse quedado inválido sin alternativas. Ese sería su destino si fuera un humano. Su cuerpo se habría marchitado hacía tiempo en vez de adquirir cada día más fuerza. Su complejión era cada vez mayor. Como la de su padre. Sostuvo en alto el ave del paraíso por última vez y la colocó en el saliente del nicho

de sus padres.

—Lo pagará —prometió.

Una ráfaga de aire lo envolvió con violencia, las copas de los árboles se agitaron y creyó percibir un tintineo metálico. Sus labios se curvaron en una sonrisa. Lograría su fin. Ya no estaba solo. Por culpa de Reyes había perdido a su familia. Ahora, no descansaría hasta que ella perdiera la suya.

Agradecimientos

Sobre todo a ti, por darme una oportunidad y leer esta novela. Espero que te haya gustado.

Por su infinita paciencia, como para no darle las gracias a Blacquier y a Canopus, las primeras siempre. A P. Iglesias, sin el que ni siquiera tendría un blog. A Mocaury, por echarle un vistazo a algún que otro borrador. A Álex y a Pablo, por no amotinarse demasiado.

A Las locas de la escoba y a la Cuchipandi plumilla, porque son lo mejor que me han traído los libros. En especial a Lara Díaz, la primera en animarse a conocer al Verdugo.

A Red Apple, por su confianza al publicar esta historia tan especial para mí.

A los mencionados en los agradecimientos de Romy y Allen, Duelo de identidades, Anverso y Reverso y La Broma, por acompañarme en el blog y haberle dado una oportunidad a mis primeras novelas. Ahora, muchísimas gracias a quienes os habéis interesado por las nuevas.

A mi familia, sin importar distancias ni apellidos en común.

A los seguidores del *Rincón* por sus comentarios, su apoyo y su interés. A Ruth, Andrea y Noe, quienes ahí están, desde una tarde en el *Al Ándalus*.

A quienes me seguís en las redes, a los escritores y blogueros que sigo, porque con vosotros aprendo cada día un poco más.

A todos, muchísimas gracias por haberme acompañado hasta aquí.



NESA COSTAS (Vigo, 1981). Lectora veterana, escritora novata, cuando puede, bloguera. Siempre tiene a mano una libreta y un libro. Sus gustos son variados, e intenta lo mismo con sus historias. Ciencia ficción, sobrenatural, fantasía y romance. Cuatro géneros que le encantan, entre los que, a la que se despista, se mezclan el terror, el suspense y el humor. Todo empezó gracias al blog El rincón de Nesa, donde subió sus primeras historias. A estas se le sumaron otras cosillas, convirtiéndolo en un cajón desastre hasta que encontró otros rincones, empezó a aprender y decidió tomárselo más en serio. De forma independiente ha publicado dos novelas. *Romy y Allen*, una novela romántica contemporánea. *Duelo de identidades*, romántica paranormal. Uno de sus relatos de terror fue publicado en la antología Premio internacional de relatos mil palabras. *La broma* es su tercera novela.